

LA ERA DE LA OSCURIDAD

Edición de Christian Dunn

timunmas

Después de la Masacre del Desembarco en Istvaan V, Horus comienza la campaña contra el Emperador, una guerra de dimensiones galácticas que solo puede conducir a Terra. Pero el camino que lleva al enfrentamiento final entre padre e hijo es largo. Siete años llenos de secretos y silencio, planes cimentados en las más lejanas estrellas. Una historia desconocida está apunto de ser desvelada a medida que la luz se derrama sobre los años más oscuros de la Herejía de Horus, y las revelaciones harán temblar los cimientos del Imperio desde sus mismos cimientos...

Christian Dunn

La era de la oscuridad

Warhammer 40000. Herejía de Horus 16

ePUB r1.6

epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Las reglas del combate
Título original: *Rules of Engagement*
Graham McNeill (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

El legado del mentiroso
Título original: *Liar's Due*
James Swallow (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

>Hijos olvidados
Título original: *Forgotten Sons*
Nick Kyme (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

El último rememorador
Título original: *The Last Remembrancer*
John French (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Renacimiento
Título original: *Rebirth*
Chris Wraight (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

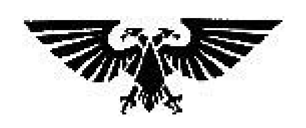
La cara de la traición
Título original: *The Face of Treachery*
Gav Thorpe (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Pequeño Horus
Título original: *Little Horus*
Dan Abnett (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Hierro por dentro
Título original: *The Iron Within*
Rob Sanders (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Armas salvajes
Título original: *Savage Weapons*
Aaron Dembski-Bowden (2011)
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo es para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



REGLAS DE COMBATE
GRAHAM MCNEILL

Quiso echarse a llorar, pero los dos años anteriores le habían vuelto de piedra el corazón. Le habían pedido mucho, se había perdido demasiado, y ya no le quedaba más pesar que sentir. Hermanos abandonados, todo un mundo de Ultramar arrasado y el sueño dorado de la unidad galáctica completamente reducido a cenizas. Un momento tan singular de la historia debía ser lamentado, sin duda alguna. Exigía llorar, desgarrarse las vestiduras, arrancarse los cabellos, o, como mínimo, un estallido de rabia primitiva.

No se permitió ninguna de aquellas liberaciones catárticas.

Si dejaba que comenzaran a salir las lágrimas, quizá nunca dejaran de hacerlo.

El Arcanium era un cubo de veinte metros cuadrados con una arcada en cada pared, por la que se podía acceder al interior, y que estaba iluminado con gruesas velas colocadas en unos candelabros de hierro con formas de leones rampantes y águilas fijados en las paredes. El suelo era de pizarra negra y las paredes de madera, pulidas y suavizadas con un cepillo de carpintero que él mismo había utilizado. Recordaba cómo buscaba refugio en aquel lugar muchos años antes, cuando las disputas incesantes entre los senadores de Macragge se hacían insoportables para un muchacho que lo que ansiaba era la emoción del combate.

Aquel muchacho había desaparecido, ahogado por la sangre del asesinato de Konor y la gran oleada de matanzas que él mismo había desencadenado tras aquella traición. En aquel momento del pasado lo había llamado justicia, pero el paso del tiempo le había proporcionado la perspectiva necesaria para reconocer el verdadero motivo que lo había impulsado a cometer aquel acto. La venganza no era una razón digna por la que enviar a los soldados a la guerra, y se había jurado a sí mismo que jamás caería de nuevo en esa tentación. Tras identificar aquella debilidad, había llevado a cabo las acciones necesarias para purgar de su interior ese defecto, y la ejecución de Gallan fue la última vez que permitió que las emociones guiaran su mano.

Volvió a concentrarse en el libro que tenía delante mientras oía el ajetreo de la fortaleza al otro lado de las paredes pulidas con esmero de su recinto privado. Aquel lugar se había erigido en tiempos pasados lejos de cualquier suplicante, ya que lo había edificado a centenares de kilómetros del asentamiento más cercano, pero ese aislamiento ya era algo muy lejano. Varias hectáreas de murallas de mármol, de cúpulas geodésicas centelleantes, de gigantescas torres y de estructuras perfectamente proporcionadas lo rodeaban. Se había construido toda una biblioteca alrededor de la

estancia, y aunque los arquitectos y los matemáticos le habían suplicado que tuviera en cuenta la geometría armoniosa del número áureo inherente a sus planos, él se había negado a que demolieran el Arcanium.

Quiso sonreír al darse cuenta de que, después de todo, quizá la ejecución de Gallan no había sido la última emoción que había influido de algún modo en su proceso mental para tomar decisiones. Sin embargo, la sonrisa se negó a aparecer, y si tenía en cuenta todo en lo que tenía que pensar en aquellos momentos, su decisión de recuperar aquel fragmento de su juventud le pareció un capricho terco en exceso.

Estaba sentado delante de una pesada mesa de madera de color oscuro que ocupaba el espacio central de la estancia, y leyó las palabras que acababa de escribir en el enorme tomo que descansaba sobre ella. El lomo tenía más de un metro de largo, y el grosor del libro era como mínimo de treinta centímetros. Las tapas de cuero estaban recubiertas de elementos decorativos de pan de oro y las páginas eran de pergamino muy pálido, tan nuevo que todavía olía al animal del que se había obtenido. La página de la izquierda la cubría una escritura apretada, con cada letra formada de un modo preciso y cada palabra dispuesta de manera que mantuviera unas líneas de texto perfectas.

El trabajo avanzaba a buen ritmo, y cada día lo acercaba más y más a la finalización de la tarea.

Sería su obra más importante, su *opus magnum*, y sería recordado para siempre gracias a ella. Algunos podrían llegar a considerar esa idea como una tremenda vanidad por su parte, pero él sabía muy bien la verdad. Con aquella obra lograría salvar todo lo que su padre genético había intentado construir. Sus enseñanzas formarían los cimientos de lo que se necesitaría para hacer frente a la tormenta que se avecinaba. El altruismo más puro, y no el orgullo, era lo que guiaba su mano para escribir y dejar registrados los decenios de sabiduría acumulada. Cada capítulo y cada versículo eran un fragmento de su genio codificado de forma biológica, cada retazo de conocimiento impartido formaba parte de un bloque de construcción, y todo ello se combinaría para crear una obra inconmensurablemente mayor que la suma de todas sus partes.

Después de la devastación que el enemigo había desencadenado en Calth, la legión buscaba, más que nunca, inspiración en su liderazgo. Sus guerreros habían sufrido un golpe tremendo en su orgullo, y necesitaban de un modo desesperado ver a su primogenitor. Los ilotas traían todos los días las peticiones de audiencia que enviaban

los capitanes de los diferentes capítulos, pero la tarea que tenía entre manos era demasiado importante como para atender a ninguna de esas peticiones.

Los capitanes no comprendían por qué se había apartado de ese modo de sus hijos, pero no tenían que comprenderlo, lo único que debían hacer era obedecer, incluso cuando sus órdenes no parecían tener sentido alguno o parecían tan heréticas como las que habían provocado que la galaxia estallase en llamas.

Jamás, en todos los años que llevaba al servicio de su padre genético, se había enfrentado a una decisión tan terrible.

El Imperio estaba perdido. Todo lo que sabía se lo indicaba, y esta traición sería la que salvaría el sueño que albergaba en lo más profundo de su corazón y que impediría su desaparición.

El cuerpo del Imperio se moría, pero los ideales de su fundación podrían seguir con vida. Su padre lo entendería, aunque los demás no lo hicieran.

Roboute Guilliman escribió dos palabras en la parte superior de la página derecha. Eran unas palabras traidoras, unas palabras salvadoras. Eran las palabras que anunciaban un nuevo comienzo.

Imperium Secundus

Combate 94

Se llamaba Remus Ventanus, pertenecía a la 4.ª Compañía de los Ultramarines, y era un traidor.

Aquello lo incomodaba profundamente, pero no era mucho lo que podía hacer al respecto. Las órdenes que tenía procedían directamente del primarca, y si había algo que se inculcaba a los Ultramarines desde el primer día de su entrenamiento era que las órdenes se cumplían, sin importar cuáles fueran.

Los destellos iluminaban las montañas de Talassar con un brillo fragmentado y pálido cada vez que los cegadores rayos de fuego bajaban dejando rastros ardientes como lágrimas de fósforo que cayeran en mitad del cielo nocturno. La retirada desde Castra Publius había sido muy larga y dura, y la incesante y tenaz persecución de sus atacantes había empeorado las condiciones del repliegue. Igual que unos aletafilos que hubieran captado el olor de la sangre en el agua, los guerreros de Mortarion jamás cedieron, jamás disminuyeron la presión, y en ningún momento dejaron de atacar desde que comenzó la batalla.

Era una característica que Remus había admirado antaño.

No tenía ni idea de cómo iba la batalla en el resto de Talassar. Lo único que sabía era lo que le transmitían los planificadores que se encontraban en el gran strategium a través del comunicador del casco, pero eran unos individuos que guardaban celosamente sus secretos y se mostraban renuentes a la hora de distribuir información.

La 18.ª Compañía había defendido Castra Publius hasta el último guerrero, y había proporcionado tiempo para retirarse al resto de las fuerzas de los Ultramarines, que se habían replegado a las posiciones defensivas ya preparadas por los ilotas, los zapadores de combate de la Fuerza de Defensa de Talassar y las monstruosas máquinas de construcción del Mechanicum. Esas máquinas habían demostrado ser esenciales para la estrategia que seguían, y Remus se sintió agradecido de que el primarca hubiera considerado adecuado exigir la presencia permanente del sacerdocio marciano en todos y cada uno de los mundos de Ultramar antes de que el planeta rojo cayera en manos de los aliados del señor de la guerra.

Remus se puso en pie y tomó el bólter de las rocas sobre las cuales lo había dejado. Efectuó las comprobaciones de rutina y activó el seguro. Realizó todas las acciones de un modo automático por lo arraigada que tenía la serie de movimientos. Lo mismo que ocurría con todos los actos de los demás guerreros de la XIII Legión. Acopló el arma al soporte del muslo de la armadura y miró a su alrededor, al paisaje

que lo rodeaba.

Las montañas de Talassar serpenteaban sobre la superficie del único continente del planeta igual que si fueran una columna dorsal deformada, donde cada vértebra era un pico desigual y agreste, y donde cada hueco se convertía en una serie de valles de los que a su vez partían fracturas minúsculas que formaban gargantas ocultas, cañones sin salida y desfiladeros estrechos cuyos suelos jamás veían la luz del sol. Era un terreno que favorecía a los defensores, y todas las maniobras de entrenamiento para hacer frente a una invasión que se realizaban confiaban en aquel baluarte montañoso y en sus fortalezas comunicadas entre sí.

Con lo que no habían contado esas maniobras de entrenamiento era con un enemigo tan implacable como la Guardia de la Muerte.

Una muralla en ángulo de escombros apilados y rococemento de fraguado rápido cerraba aquel valle concreto formando una serie de reductos fortificados y de bastiones. Remus conocía bien la velocidad y la perfección en el acabado con la que el Mechanicum era capaz de esculpir nuevos paisajes, pero lo que tenía ante él seguía siendo una visión increíble.

El valle se había ensanchado y profundizado, y habían hecho estallar sus flancos para luego perforar y cavar hasta formar una serie de fortificaciones entrelazadas que ocupaban toda su anchura. Él había partido de aquel lugar al frente de la 4.ª Compañía menos de doce horas atrás, cuando el suelo del valle era liso y estaba vacío y las paredes negras y volcánicas sólo estaban cubiertas de líquenes y de grandes extensiones de abetos. Todo aquello había desaparecido. El antaño verde valle de alta montaña se había convertido en algo que parecía una cantera explotada desde hacía varios decenios. Las unidades de las fuerzas auxiliares de Talassar ocupaban los reductos construidos de forma precisa a partir de gruesas losas prefabricadas, y las armas pesadas de los Ultramarines ocuparon unas almenas y torretas que no se encontraban allí diez horas antes.

Había sido una retirada muy difícil, y las unidades de vanguardia de la Guardia de la Muerte los habían acosado a cada paso del camino. A Remus le había repelido la idea de permitir que el enemigo mantuviera la iniciativa, pero la nueva estrategia implicaba que debían ceder terreno.

Los tres mil astartes de la 4.ª Compañía se reunieron en grupos cuidadosamente calculados y aprovecharon para descansar detrás de la alta muralla. Remus avanzó serpenteando entre los grupos. Se estremeció un momento al pasar bajo una de las

máquinas de construcción del Mechanicum. Se alzaba por encima de él, y era más larga y ancha que la propia Galería de las Espadas de Macragge. La tierra retemblaba con el profundo ronroneo reverberante de su poderoso núcleo motor. Su enorme masa tenía un color ocre polvoriento y estaba cubierta por multitud de torretas artilladas y de señales que indicaban peligro, además de mostrar por doquier el símbolo monocromático del engranaje del Mechanicum.

Todos sus guerreros se encontraban desplegados detrás de la muralla, con cada escuadra situada siguiendo exactamente las nuevas doctrinas tácticas que se habían instaurado recientemente. Todo aquello formaba parte de un cambio radical en la manera como estaba organizada la legión. Se trataba de una nueva serie de reglamentos y de órdenes de batalla que habían llegado directamente desde la Fortaleza de Hera y que imponían unas directrices muy estrictas sobre la manera en la que cada guerrero y cada escuadra debía actuar dentro de la legión como conjunto. Era una sensación muy extraña desarrollar una autonomía de mando dentro de unas especificaciones predeterminadas, pero si había alguien capaz de diseñar una doctrina táctica capaz de hacer frente a cualquier enemigo y situación, ése era Roboute Guilliman.

Vio al sargento Barkha en los peldaños que llevaban a la plataforma de combate. Estaba escuchando los informes que le enviaban los exploradores de la 4.ª Compañía, que se encontraban desplegados en los riscos que se alzaban por encima de ellos. De entre todos los guerreros de los Ultramarines, ellos eran a los que más les estaba costando adaptarse a las reglas recientemente impuestas, pero era tal la naturaleza integral y completa de los nuevos procedimientos operativos que hasta al irascible jefe explorador de la 4.ª Compañía, Naron Vattian, le estaba resultando casi imposible encontrar algún fallo en ellos.

—¿Alguna señal del enemigo, sargento? —le preguntó Remus.

Barkha se volvió y se golpeó el pecho con un puño. Era el saludo pre-Unificación. Le resultó extraño ver a su sargento hacer aquel saludo, pero Remus supuso que era más apropiado que el signo del aquila, ya que se habían convertido en traidores.

—Se detecta mucha actividad alrededor de Castra Publius, pero no se ha visto señal alguna de que ya se hayan puesto en marcha —le contestó Barkha con los brazos pegados a los costados y firmes como vigas, como si se encontrase en un desfile y no en un campo de batalla.

—No estamos en Macragge, sargento. No es necesario comportarse de un modo

tan formal —le indicó Remus.

Barkha hizo un gesto de asentimiento, pero no cambió de postura.

—Es la corrección, mi capitán —le contestó el sargento—. Que nos encontremos en situación de combate no significa que debamos dejar la corrección a un lado. Después de todo, así fue cómo comenzó todo este penoso asunto. Se pasó por alto la corrección. Eso no pasará bajo mi mando.

—¿Eso es una reprimenda? —le preguntó Remus, al mismo tiempo que se sacudía el polvo grueso y negruzco procedente de las montañas y que le cubría la superficie azul de la armadura.

—No, señor —respondió Barkha sin dejar de mirar hacia un punto lejano situado por encima del hombro izquierdo del capitán—. Es simplemente la constatación de un hecho.

—Tienes toda la razón, sargento. Si el señor de la guerra hubiera tenido como ayudante a un individuo quisquilloso como tú, nos habríamos ahorrado todo esto.

—Lo decía en serio, capitán.

—Y yo también —le contestó Remus mientras subía los peldaños que lo llevarían hasta las murallas para observar desde allí la zona montañosa.

Barkha lo siguió respetuosamente y se colocó a su lado, listo para cumplir cualquier orden que le diera. Aunque Remus no veía ninguna en aquel momento, sabía que las unidades de la Guardia de la Muerte estaban explorando los valles inferiores en busca de algún punto débil en la línea defensiva de los Ultramarines.

—No soy ingeniero, pero hasta yo soy capaz de ver que no seremos capaces de defender esta muralla —comentó Barkha.

—¿Por qué lo dices?

—Han construido la muralla demasiado en el exterior. La parte más estrecha del valle se encuentra a nuestra espalda.

—¿Y?

—Eso hace que la muralla resulte demasiado larga —explicó Barkha en un tono de voz que indicaba que era incapaz de comprender cómo era posible que su capitán no se hubiera dado cuenta de algo tan obvio—. No disponemos de suficientes guerreros o armas pesadas para repeler un ataque a gran escala. —Luego, el sargento señaló por encima del hombro—. La Garganta Yaelen se encuentra al sur, pero es demasiado estrecha como para que los blindados pesados puedan atravesarla a una buena velocidad. Castra Maestor bloquea las Escaleras Helicanas en el norte. Ésta es la única

ruta viable que atraviesa nuestras líneas, y la Guardia de la Muerte no tardará en darse cuenta de eso.

—Todo lo que dices es muy cierto, sargento. ¿Quieres sugerir algo con eso? —le preguntó Remus.

—Por supuesto. Casi parece que quisiéramos que atacaran por aquí. Lo que no entiendo es por qué se lo permitimos, cuando en realidad deberíamos ser nosotros quienes los atacáramos.

—La Guardia de la Muerte avanza como la ola de un maremoto —le contestó Remus—. Si nos enfrentamos a ellos en un ataque directo, su superioridad numérica nos barrerá. Lo que hacemos es replegarnos, provocando que avancen hasta que sus líneas se extiendan demasiado y sean más débiles. Entonces será cuando los ataquemos.

—¿Es su plan?

—No. Nuestra estrategia viene determinada por los escritos del primarca.

—Permiso para hablar —le pidió Barkha.

—Concedido.

—¿De verdad vamos a combatir siguiendo las tácticas de un libro?

—Es el libro del primarca —le recordó Remus.

—Lo sé, y no quiero faltar al respeto haciendo estas preguntas, pero ¿acaso puede algún libro, incluso uno escrito por el primarca, cubrir todas y cada una de las posibilidades tácticas de una batalla?

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo —dijo Remus al oír un intercambio de mensajes por el comunicador.

Las unidades de la Guardia de la Muerte ya se encontraban en las laderas inferiores del valle.

—Todo el mundo preparado para el combate, sargento —ordenó Remus.

—A la orden, capitán —respondió Barkha al mismo tiempo que saludaba. Se dio la vuelta de inmediato y comenzó a organizar a la 4.ª Compañía.

Remus Ventanus se quedó mirando a lo lejos, donde se divisaba el resplandor de varios fuegos más allá, en las montañas. Castra Publius había caído, los ultramarines que la defendían habían muerto y los guerreros de la Guardia de la Muerte avanzaban de nuevo para destruirlos.

¿Cómo se había llegado a aquello?

>La Guardia de la Muerte atacó cincuenta y dos minutos más tarde. Fue un asalto brutal encabezado por vehículos blindados pesados y dreadnoughts. Fue un puñetazo propinado con el guantelete de una armadura, algo pensado para machacar a los defensores y dejarlos insensibles antes de que el siguiente puñetazo impactara de lleno para completar su destrucción. Las escuadras de infantería mecanizada avanzaron rugientes en pos de los Land Raider pintados de color verde oliva que no dejaban de disparar rayos incandescentes contra los defensores. Las disciplinadas falanges de guerreros con armaduras del mismo color desembarcaron de los transportes blindados y comenzaron su avance inexorable hacia las posiciones de los Ultramarines.

Los disparos de las armas láser y de los bólters acribillaron a los guerreros atacantes y abrieron brechas en sus líneas, pero sin ralentizar en absoluto su avance. La poca artillería que poseían los defensores lanzó proyectiles especiales contra las filas enemigas y abatieron escuadras enteras bajo aullidos de luz y de sonido. Los dreadnoughts atacantes se lanzaron al asalto a grandes zancadas, y sus brazos armados acribillaron a los defensores con ráfagas mortíferas de precisión mecánica.

Remus vio a toda una escuadra de ultramarines abatida por los disparos de dos dreadnoughts que abrieron fuego de forma coordinada, y ordenó a gritos a una de las dotaciones de armas pesadas que acabaran con ambos. Un trío de misiles salió disparado hacia los dreadnoughts, y uno de ellos se desplomó destrozado tras ser alcanzado en un costado por dos de los proyectiles. El segundo cayó destruido unos segundos más tarde tras sufrir el impacto directo de un cañón de fusión en el sarcófago.

Aquello fueron victorias momentáneas, unos momentos luminosos frente a una superioridad aplastante. Los guerreros de la Guardia de la Muerte luchaban como máquinas, y siguieron avanzando con el ardor insensible de una criatura mecánica y sin alma. Remus era un guerrero, un luchador creado genéticamente con una habilidad superlativa para matar, pero también había sido creado para ser mucho más que eso. Se enorgullecía de su pericia como combatiente, y disfrutaba de la posibilidad de poner a prueba su habilidad contra otro guerrero, pero ver combatir a la Guardia de la Muerte era enfrentarse a un oponente para quien la guerra era simplemente una lucha de desgaste.

Pero Remus no estaba dispuesto a bailar al son de los tambores de guerra de la Guardia de la Muerte.

Los informes tácticos aparecieron desplegados en la pantalla de su visor: índices de bajas propias, proporción de bajas enemigas, resultados probables, y otra docena de variables del campo de batalla. El flujo de información habría dejado anonadado y superado incluso a un táctico del Ejército Imperial, pero la estructura cognitiva modificada genéticamente de Remus le permitió procesarlo todo en el tiempo que duraba un parpadeo.

La Guardia de la Muerte se reagrupó para efectuar otro asalto contra las murallas, y en ese periodo de tiempo la memoria eidética de Remus accedió a los parámetros de batalla que contenían los planes tácticos del primarca. Encontró una coincidencia que llegaba a conclusión lógica tras seguir una serie predeterminada de cursos de acción. Había llegado el momento de replegarse.

Remus acopló el bólter al soporte del muslo de la armadura y dio la orden de retroceder, una de las dos docenas de opciones permitidas que tenía disponibles. Los Ultramarines comenzaron a replegarse por escuadras de un modo ordenado mientras las tropas auxiliares de Talassar acribillaban la zona de tiro que se extendía delante de las murallas con los disparos de las armas láser. Aunque la máquina del Mechanicum no estaba diseñada para ser utilizada en combate, disponía, sin embargo, de un temible arsenal de armas defensivas. Sus enormes cadenas comenzaron a alejar a la máquina del combate mientras el rugido intermitente de las armas resonaba por encima de sus cabezas. Era un sonido curiosamente liso, casi llano, muy diferente al estruendo retumbante y explosivo de las ráfagas de disparos de bólter. Las piezas de artillería lanzaron una última andanada por encima de las murallas antes de dar media vuelta y acelerar a lo largo de la serpenteante carretera que atravesaba las montañas.

Remus se dio la vuelta y bajó de la muralla para unirse al sargento Barkha y a las mermadas filas de su escuadra de mando. Ithus, Helika y Pilus ya no estaban entre ellos, lo que había dejado a la escuadra peligrosamente escasa de efectivos, pero los escritos del primarca también tenían en cuenta esa posibilidad, y Remus requirió refuerzos de aquellas escuadras que no habían sufrido bajas durante el combate.

A su espalda, la Guardia de la Muerte llegó finalmente a la muralla y comenzaron a superarla mientras los defensores seguían huyendo. Cuando la última escuadra de ultramarines llegó a la cresta montañosa que se alzaba detrás de las murallas, Remus envió un chorro de datos en forma de transmisión codificada al adepto del Mechanicum que se encontraba en el interior de la gigantesca máquina de construcción. Pocos segundos más tarde, una serie controlada de explosiones hizo que

las paredes del valle se derrumbaran en una enorme avalancha destructiva. Aquello era poco más que una táctica dilatoria. La Guardia de la Muerte atravesaría aquel obstáculo en poco tiempo, pero era más que suficiente de momento.

Barkha le dirigió un gesto de asentimiento mientras se retiraban hacia las montañas.

—Nos estamos quedando sin espacio para movernos —le dijo al capitán—. ¿Cree que hemos hecho lo suficiente para que se estrellen sin resultado contra las murallas de Castra Tanagra?

Remus no le contestó de inmediato. Los informes tácticos de las proporciones entre bajas propias y enemigas aparecieron en ese mismo momento en el visor del casco. Mostraban una serie de lecturas preocupantes, pero se mantenían dentro de los parámetros establecidos en las condiciones que se habían previsto para aquel combate. Los datos de la situación estratégica general, procedentes del gran strategium, se filtraban a través de la información táctica y revelaban el punto hasta el que se había desangrado la Guardia de la Muerte en sus constantes asaltos a las fortificaciones de los Ultramarines.

—Eso parece. Los demás capítulos han cumplido bastante bien —le contestó Remus por fin.

—Pero no tan bien como nosotros, ¿verdad? —quiso saber Barkha.

—No, no tan bien como nosotros —le confirmó el capitán—. Nadie supera a la «Problemática Cuarta», ¿eh?

—No mientras yo tenga mando —le confirmó Barkha.

A Remus le agradó sobremanera el ánimo que mostraba su sargento, y le satisfizo oír una agresividad tan orgullosa en la voz del guerrero. Al parecer, el enfoque puramente doctrinal del primarca respecto a la guerra estaba resistiendo todos los posibles imprevistos caprichosos de la batalla.

Sin embargo, aquello no era más que un combate, y uno de los muchos oponentes a los que tendrían que enfrentarse.

Las verdaderas pruebas llegarían en el futuro.

Combate 136

La holopictografía trazada sobre la lustrosa superficie del proyector iluminaba con un brillo desagradable el resto del gran strategium. Provocaba unas sombras duras en las paredes relucientes y blanqueaba mucho todas las superficies a pesar de los colores de tonos intensos. El aire era espeso y estaba cargado con el olor de los aceites tóxicos y los ungüentos cáusticos que se quemaban en los incensarios del Mechanicum. Aquello apestaba a aceite de maquinaria mezclado con al menos una docena de sustancias venenosas, y aunque era una brujería propia del Mechanicum, era efectiva, sin duda alguna. Los guerreros de las legiones astartes soportaban aquellos efluvios sin mostrar que los afectaran en modo alguno, pero los mortales que se encontraban en el interior del gran strategium no dejaban de toser y de frotarse los ojos, que no paraban de lagrimear.

Remus Ventanus no sabía si eran lágrimas provocadas por las sustancias petroquímicas irritantes que ardían en los incensarios o al hecho de contemplar la destrucción de un mundo tan hermoso. Supuso que debía de ser una combinación de ambas situaciones.

Se quedó mirando la desolación de Prandium y deseó ser capaz de llorar también. Era, con diferencia, el mundo más hermoso de Ultramar, pero sus bosques maravillosos, sus montañas, que parecían esculpidas, y sus lagos centelleantes estaban envueltos en llamas o cubiertos de humo y llenos de sustancias contaminantes.

Angron jamás había mostrado temor alguno a la hora de tomar medidas extremas en un combate, y había dejado que sus Devoradores de Mundos actuaran del modo más feroz imaginable. Remus le había oído decir a su primarca en una ocasión que la legión de Angron era capaz de lograr lo que otras no serían capaces, porque el Ángel Rojo estaba dispuesto a ir más allá que cualquier otra legión, de comportarse de un modo que cualquier código de guerra civilizado consideraría completamente abominable.

Tras ver lo que le había hecho a Prandium, Remus comprendió muy bien lo que había querido decir su primarca.

Aquello no era una guerra honorable, era una representación perfecta de la matanza y la destrucción. Sin duda, la gran obra del primarca jamás habría considerado llevar la guerra a unos extremos tan terribles.

Los Devoradores de Mundos habían desembarcado en Prandium después de un incesante y feroz bombardeo de saturación que había arrasado la mayor parte de sus

ciudades de mayor tamaño y había incendiado el planeta de un polo a otro. Lo cierto era que había muy poco que se pudiera salvar, o que mereciera la pena hacerlo. Habían muerto millones de personas, y las explosiones de los diferentes tipos de munición habían dejado contaminada tanto la atmósfera como los mares durante milenios.

Sin embargo, Prandium seguía siendo un planeta valioso. Su órbita pasaba cerca del punto de salto interior, lo que significaba que quien controlara Prandium controlaría la entrada a Ultramar. Incluso si Prandium quedaba reducido a una roca arrasada y sin vida, seguía siendo un planeta de Ultramar, y ningún lugar por el que hubiera pasado Roboute Guilliman se entregaría sin presentar batalla.

Al ocurrir aquello tan poco tiempo después de la devastación provocada en el sol de Calth, Remus tuvo la sensación de que los mundos de Ultramar estaban siendo destrozados uno por uno. Igual que si se tratara de un antiquísimo estandarte medio deshecho que se hubiera sacado de unas de las criptas de estasis de la Fortaleza de Hera, todo el entramado que conformaba el tejido de Ultramar se estaba deshilachando. La invasión de Talassar, uno más de los feroces asaltos que estaba sufriendo el imperio de los Ultramarines, había sido rechazada. Los guerreros de Mortarion habían extendido demasiado sus líneas al dejarse llevar por el aparente éxito de sus ataques, lo que había dejado expuestos sus flancos de un modo peligroso cuando se lanzaron finalmente a por la fortaleza montañosa de Castra Tanagra.

Las unidades de la 9.ª, la 4.ª y la 45.ª Compañías se habían encargado de defender la fortaleza, y cuando la Guardia de la Muerte se había lanzado al ataque, las pinzas envolventes de la 49.ª, la 34.ª, la 20.ª y la 1.ª Compañías contraatacaron y destruyeron por completo a las fuerzas enemigas. Había sido una victoria que les había levantado el ánimo, pero Remus era incapaz en esos momentos de ver cómo iban a poder repetir aquel éxito en una situación como ésa.

Alrededor del proyector, con los rostros ceñudos y tallados en granito, se encontraban los capitanes de catorce compañías de combate de los Ultramarines, junto a sus lugartenientes, sargentos mayores y sabios. Los logistas de batalla no dejaban de suministrar información al proyector, y los datos estratégicos en tiempo real mostraban un planeta desgarrado por la guerra.

Un mundo moría ante sus propios ojos.

—La 5.ª Compañía se está desplegando en sus posiciones —dijo el capitán Honoria, de la 23.ª—. La 17.ª se acerca para proporcionarle apoyo.

—Las fuerzas enemigas han trabado combate con la 25.ª —informó el capitán Urath, de la 39.ª.

—El flanco oriental de Adapolis está cediendo —comentó Evexian, de la 7.ª—. Atravesarán nuestras líneas en cuestión de horas. Voy a ordenar a la 43.ª y a la 37.ª que se replieguen.

—¿Están la 13.ª y 28.ª en posición para el ataque del norte? —preguntó Remus.

—Lo están —le confirmó Honoria—. La 3.ª, la 5.ª y la 9.ª de los Devoradores de Mundos están atacando con fuerza en los límites de la provincia Zaragossa. Si no enviamos refuerzos, podríamos perder todo el flanco occidental.

Remus rodeó el proyector caminando con las manos cruzadas a la espalda mientras buscaba algún defecto en el plan de batalla de Angron. Era el capitán de mayor rango de entre todos los presentes en el gran strategium, por lo que tenía el mando general de todas las fuerzas de los Ultramarines en Prandium, un nivel de mando jamás ostentado con anterioridad, pero había sido el propio primarca en persona quien había efectuado el nombramiento.

¿Por qué lo había elegido? Había otros capitanes en el gran strategium que tenían más experiencia en el mando que él. Remus y la 4.ª Compañía habían librado decenas de combates a menor escala, y en todas y cada una de las ocasiones habían salido victoriosos, pero esas batallas habían sido enfrentamientos a escala de compañías, con poco más que unos cuantos miles de guerreros bajo su mando.

Aquello era otro nivel de batalla completamente distinto. Estar al mando de la defensa de todo un planeta era algo para lo que Remus estaba entrenado, por supuesto, pero que, en realidad, jamás había llegado a hacer. Tenía las enseñanzas del primarca grabadas de un modo indeleble en la mente: opciones, variables, parámetros, líneas de combate, respuestas posibles y un millar de planes con los que se cubría cualquier posible eventualidad que se produjera en la guerra.

Había funcionado en Talassar, y Remus tenía que confiar en que funcionaría allí.

Se paró delante del proyector táctico y captó la situación estratégica con un solo vistazo. El movimiento de los ejércitos, de las divisiones y de las cohortes, un millar de elementos que conformaban la batalla por el planeta, era un entramado de avances feroces, de marchas de flanqueo, de batallas brutales y de aislamiento de las fuerzas enemigas. La 19.ª Compañía, que se encontraba en Pardusia, había quedado prácticamente destruida, y las unidades de los Devoradores de Mundos avanzaban por el norte a través de un paisaje arrasado y baldío, que antaño había sido una hermosa

zona de pastos repleta de caballos salvajes que corrían libres y donde unas flores muy poco comunes, prácticamente extinguidas en el resto de Ultramar, habían florecido de nuevo formando caleidoscopios de colores gloriosos.

Los capitanes allí reunidos lo miraban fijamente, resentidos por verse obligados a enviar a tantos de sus hermanos a la muerte a fin de cumplir unas órdenes que rompían la cohesión de las líneas defensivas de los Ultramarines. Los arcos y los trazos de las posiciones de color azul serpenteaban por el mapa de forma aleatoria, y cada una representaba un bastión aislado de los Ultramarines, de las Fuerzas Auxiliares y de las unidades del Ejército Imperial que habían sido adscritas a la fuerza a la defensa del planeta.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán Ventanus? —quiso saber el capitán Honoria.

Remus se quedó observando el mapa e hizo pasar todos los datos de la situación por los filtros de la obra del primarca. Las órdenes pertinentes aparecieron casi de inmediato, pero no tenían sentido. Comprobó de nuevo las conclusiones a las que había llegado, y aunque sabían que eran correctas, las comprobó una vez más.

—Ordenad a la 25.ª y a la 7.ª que recompongan sus líneas de vanguardia —indicó Ventanus—. La 17.ª deberá detenerse y mantener las posiciones.

—Pero la 5.ª… —protestó Urath—… quedará aislada si la 17.ª no le cubre el flanco.

—Hacedlo —le replicó Ventanus.

—¡Esos guerreros van a quedar condenados a una muerte innecesaria con esas órdenes! —exclamó Honoria al mismo tiempo que se agarraba con las dos manos al borde de la mesa proyectora—. No puedo quedarme quieto mientras contemplo cómo pierdes este mundo y los mejores y más valientes guerreros de la legión con esa serie de órdenes demenciales.

—¿Estás cuestionando las órdenes que he dado? —le preguntó Ventanus.

—Por supuesto que lo hago —le replicó Honoria, furibundo, antes de recuperar la compostura. El capitán de la 23.ª inspiró profundamente—. Sé lo que hiciste en Calth, Remus. Maldita sea, todos te respetamos por ello, y sé muy bien que te has convertido en uno de los favoritos del primarca. Sé que se ha fijado en ti para acometer grandes misiones, pero esto es una locura. Seguro que tú también lo ves.

—Si cuestionas mis órdenes, cuestionas al primarca —le respondió Remus con voz baja y tranquila—. ¿De verdad es ésa la postura que quieres asumir, Honoria?

—Yo no cuestiono nada, Remus —le replicó con un tono de voz prudente el

capitán de la 23.ª, quien a continuación extendió el brazo para señalar la desastrosa situación táctica que se veía en la proyección de Prandium—. Pero ¿cómo van a poder estas maniobras detener a los Devoradores de Mundos? Los carniceros del Ángel Rojo están despedazando Prandium, y tú lo estás ayudando a hacerlo.

Remus se contuvo para no responderle. A pesar de estar más que de acuerdo con los sentimientos que embargaban a Honoria, tenía que confiar por completo en la idea de que el primarca sabía lo que debía hacerse. Intentar comprender una mente creada por la maestría genética del Emperador era algo más bien cercano a lo imposible. Los saltos de imaginación, de intuición y de lógica que el primarca podía realizar en sus procesos mentales eran inalcanzables, salvo para otro primarca. Pero incluso en este último caso, Remus dudaba que ninguno de los hermanos de Roboute Guilliman fuese capaz de igualar su increíble capacidad de visión estratégica.

Sin embargo, lo que había planeado sólo podía funcionar con éxito si todos y cada uno de los engranajes de la maquinaria actuaban al unísono y en el mismo sentido. Honoria, a pesar de toda su valentía y honor, estaba afectando al funcionamiento de esa máquina, y no se lo podía permitir, no en estos momentos.

—Honoria, quedas relevado del mando —le dijo Remus—. Sal de este puesto y que tus lugartenientes ocupen tu lugar.

—Ventanus, espera… —empezó a decir Evexian.

—¿Quieres secundar lo que ha dicho Honoria? —le preguntó Remus.

—No, capitán Ventanus —le respondió Evexian, cambiando el tono de voz y haciendo una breve reverencia—. Sin embargo, hasta usted debe admitir que sus órdenes son un tanto… contradictorias. Lo sabe muy bien. Lo veo en su mirada.

—Lo único que yo necesito saber es que mis órdenes tienen la autorización directa del propio primarca —le contestó Remus—. ¿Alguno de vosotros se cree mejor que nuestro primogenitor? ¿Puede alguno de vosotros proclamar que conoce las vicisitudes de la guerra mejor que nuestro propio primarca?

El silencio de la estancia le proporcionó a Remus toda la respuesta que necesitaba.

—Pues entonces, acatad mis órdenes —les dijo.

>Prandium ardía. Los iconos de menor tamaño de los Ultramarines iban desapareciendo a medida que las unidades eran destruidas, y los llamativos iconos rojos de los Devoradores de Mundos se deshicieron lentamente, como gotas de sangre. Ni una sola parte de Prandium quedó indemne. Los hermosos bosques de las

provincias meridionales se convirtieron en desiertos de cenizas atómicas; las montañas cristalinas del este quedaron cubiertas por los restos tóxicos que tardarían milenios en disiparse. Las gloriosas ciudades de enormes estructuras de mármol cubiertas de oro y de plata quedaron arrasadas y en ruinas, convertidas en escombros por los bombardeos orbitales que las borraron de la faz del planeta como si nunca hubieran llegado a existir.

Lo que había comenzado siendo un conflicto a escala planetaria degeneró en un millar o más de batallas libradas entre grupos de combate aislados. Las distintas fuerzas de los Ultramarines luchaban a pocos kilómetros unas de las otras, pero bien podrían haberse encontrado en planetas distintos si se tenía en cuenta el nulo apoyo que podían ofrecerse entre ellas. Remus tuvo la sensación de que su ánimo se hundía. Ya se arrepentía de la decisión que había tomado cuando le ordenó a Honoria que cediera el mando a sus lugartenientes en el escalafón superior del gran strategium. ¿Acaso no había hablado con Barkha del valor intrínseco que era disponer de un individuo quisquilloso? ¿No necesitaba todo comandante una voz disidente que lo obligara a cuestionarse sus decisiones?

Buscó por todo el mapa de despliegue táctico alguna señal de esperanza mientras se preguntaba dónde se había equivocado. ¿Podría haberlo hecho de otro modo? ¿Qué aspecto de las enseñanzas del primarca no había sido capaz de ver? Había reaccionado a todos y cada uno de los cambios de situación con una aplicación rigurosa de las nuevas doctrinas, y a pesar de ello, Prandium se encontraba a punto de escapárseles de las manos para siempre.

—Que avance la 13.ª —ordenó cuando su memoria automática recordó otra de las lecciones del primarca—. Reforzad la 17.ª, y que la 11.ª se reagrupe para flanquear el avance de las unidades de los Devoradores de Mundos que se dirigen hacia Thardonis. Que avancen hasta entrar en combate y que detengan el ataque de esas unidades enemigas.

—A sus órdenes —contestó Urath.

—Que el 8.º Grupo de Combate se repliegue hasta los límites de la provincia Ixiana. Las unidades del Mechanicum lo cubrirán, y que los zapadores construyan una serie de fortificaciones temporales —añadió Remus a medida que nuevas variables tácticas aparecían en su precisa memoria.

Comenzó a aparecer un patrón, y Remus se dio cuenta de lo precarias que eran las posiciones de los Devoradores de Mundos. Llevarlos hasta ese punto había costado

mucha sangre y muchas vidas, pero sólo en ese momento se percató Remus del equilibrio tan delicado que había tenido que soportar aquella estrategia a gran escala.

—Para lograr la mayor victoria, uno debe tomar los mayores riesgos —le había dicho el primarca en los desiertos radiactivos de Calth.

—Vos nunca corréis riesgos —le había replicado Remus.

—No que tú sepas —respondió a su vez Guilliman.

A medida que la multitud de variables tácticas que aparecían en el mapa proyectado se agolparon en los centros de procesamiento de la conciencia de Remus, las respuestas y las maniobras necesarias para responder a las amenazas le asaltaron de forma directa a la mente. Había oído decir que los mejores generales eran los que cometían el menor número de errores, pero aquello era una de las mayores estupideces. Los mejores generales eran los que planificaban la batalla previendo todas y cada una de las posibles variables y que sabían con exactitud cómo combatirían y reaccionarían sus enemigos. Al ver la belleza asombrosa y la complejidad de las estratagemas que se estaban desarrollando ante sus propios ojos, Remus supo, sin duda alguna, que Roboute Guilliman era uno de esos generales.

Las palabras prácticamente le salieron solas de la boca, como si él no fuera más que un hilo conductor que utilizaran para tomar forma.

—Que el Grupo de Combate Última reagrupe su vanguardia a lo largo del río Axiana. La 9.ª y 25.ª deben cambiar la dirección de su avance, hacia el nordeste, hacia las coordenadas seis nueve alfa ocho tres delta.

Los capitanes obedecieron las órdenes de inmediato, pero Remus todavía no había acabado. Las órdenes continuaron surgiéndole de la boca, y cada una salió disparada como si fuera un dardo venenoso dispuesto a clavarse en el corazón del comandante enemigo. Sus subordinados apenas fueron capaces de mantener su ritmo a medida que enviaba órdenes de maniobra al campo de batalla con una rapidez pasmosa. En todos los rostros aparecieron muestras de confusión, pero a medida que las posiciones de las unidades de los Ultramarines comenzaban a cambiar tras cumplirse las órdenes de Remus, el capitán vio que esas expresiones de confusión se veían sustituidas por gestos de asombro.

Un puñado de iconos rojos situados en el centro de los Territorios Praxos que representaban al grupo de combate más importante de los Devoradores de Mundos, se vieron de repente rodeados por todas partes cuando las unidades de los Ultramarines, unos minutos antes aisladas, convergieron y se cerraron igual que las mandíbulas de

una trampa para dejarlas encerradas en el interior de una zona de exterminio mortífera. Otros pocos minutos después, esos iconos comenzaron a parpadear y a desaparecer cuando la potencia de fuego combinada de tres compañías de los Ultramarines acribilló la zona con fuego de artillería, con andanadas masivas de bólters y con oleadas de salvas de fuego pesado procedente de las unidades de devastadores astutamente escondidas.

Las cohortes de Devoradores de Mundos que se encontraban por todo Prandium se vieron rodeadas de repente y aisladas entre sí después de que su agresividad insensata las hubiera llevado de cabeza hacia las armas de los Ultramarines. El efecto fue similar al de un millón de piezas de dominó colocadas de un modo aparentemente aleatorio y que al caer crearan una obra maestra de energía cinética en funcionamiento. Las compañías de Ultramarines que estaban replegándose de forma apresurada giraron en redondo para unirse a sus hermanos y encerrar a los Devoradores de Mundos en una serie de trampas mortíferas de las que no había escapatoria posible.

Las unidades de los Ultramarines se movieron bajo las órdenes de Remus como si aquello fuera la más grácil de las representaciones de baile, y se desplazaron juntas con una armonía sin tacha alguna. Se habían convertido en una máquina de matar elegante y de diseño impecable. Uno por uno, los iconos rojos de los invasores fueron desapareciendo, mientras que los de los Ultramarines se mantuvieron en un intenso color azul. Los indicadores de bajas propias comenzaron a descender hasta que finalmente quedaron en cero, mientras que los Devoradores de Mundos continuaron muriendo.

Todas las batallas se acabaron en menos de una hora, y Prandium quedó salvado.

—No me lo puedo creer —musitó Urath mientras iban llegando los informes procedentes de todas partes del planeta que indicaban los campos de batalla donde la victoria ya era segura.

—Es que no parece posible —murmuró Evexian—. De un modo tan rápido, tan feroz…

Lo cierto era que a Remus también le estaba costando creer que el final de la invasión hubiera llegado con tanta rapidez. Una cosa era confiar en la visión del primarca por su gran obra, y otra muy distinta verla en acción.

—¿Qué nivel de efectividad operativa tenemos? —quiso saber Remus.

Sus capitanes se apresuraron a reunir la información y filtraron los datos que

llegaban desde los diferentes campos de batalla, desde las listas de bajas hasta el gasto de munición y el porcentaje de degradación de las distintas unidades. Todos aquellos informes aparecieron en el mapa proyectado. Unos cuantos aparecían en color rojo y algunos menos en naranja, pero la mayoría de ellos mostraba un tranquilizador color verde. Urath resumió todo aquel flujo de información, pero a Remus no le hacía falta que le interpretaran los datos. Los resultados visuales eran lo suficientemente claros.

—El setenta y siete por ciento de las unidades desplegadas informan de una disponibilidad inmediata para entrar en combate con toda efectividad —declaró Urath—. Un ocho por ciento indican que su estado de efectividad es mínimo o inseguro, y un trece por ciento se encuentran en un nivel peligroso de efectividad como unidad de combate. Sólo un dos por ciento informan de su nula efectividad combativa.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos… —declaró Evexian, diciendo en voz alta lo que todos pensaban.

—¿Y todo esto es gracias a la obra del primarca? —le preguntó Urath.

—¿Es que acaso lo dudabas? —le respondió Remus.

—Pues sí, maldita sea, Remus, tuve dudas en algún momento —le replicó Urath al mismo tiempo que se secaba el sudor de la frente—. Si debo recibir una amonestación por ello, que así sea, pero temí que hubiéramos perdido Prandium, y además, con buena parte de la legión.

—Pues es prácticamente como si hubiéramos perdido Prandium —declaró Evexian con una voz cargada de amargura—. Mirad lo que esos cabrones le han hecho a la Hermosa Doncella de Ultramar. ¿Cómo va a recuperarse ningún planeta de semejante castigo?

—Los mundos de Ultramar son más duros que la mayoría de los demás, Evexian —le contestó Remus antes de dejar escapar un largo suspiro y sonreír por la victoria que acababan de conseguir—. Prandium puede recuperarse de esto, y florecerá con más belleza incluso que antes. Confía en mí cuando te digo que hará falta algo más que los carniceros de Angron para apagar su brillo.

Combate 228

—No me gusta esto —declaró el sargento Barkha—. Tengo la sensación de estar volando dentro de una lata de comida. Podría abrir este fuselaje de un salivazo.

—Eso es porque puedes escupir ácido —le recordó Remus—. No hay muchos cascos o fuselajes en los que no pudieras abrir un agujero con tu saliva.

—Los dos sabemos a qué me refiero.

—Sí, lo sé, pero yo de ti no me preocuparía. La Thunderhawk es un diseño con una función provisional. No durará mucho en servicio.

—Bien —asintió Barkha al mismo tiempo que miraba a su alrededor, al interior burdo de metal estampado de la cañonera, que no dejaba de estremecerse.

Las vigas metálicas que formaban el costillar de la nave estaban al descubierto, y también se veía el entramado de cables, sujetos en manojos, que serpenteaban de un extremo a otro del fuselaje con forma de rectángulo. Ultramar se encontraba muy lejos de los centros de producción de los mundos forja del Mechanicum, y la 13.ª Legión acababa de recibir hacía muy poco una flotilla de las nuevas cañoneras. A Remus le molestaba mucho ver la premura, las especificaciones de escasa exigencia, la falta de calidad en el acabado que habían dado como resultado el diseño y la producción de aquella aeronave.

Ningún ingeniero o artesano se había dignado a ponerle nombre a aquel artefacto, algo que no sorprendía en absoluto a Remus. Aquella aeronave mostraba todas las características de ser una pieza montada en serie por una cadena de servidores, y el hecho de que se viera obligado a poner su vida en manos de aquel cacharro no hacía que se sintiera mejor. Habían grabado con ácido el símbolo del Mechanicum en la mampara que tenía al lado, y Remus lo tocó para que le trajera buena suerte.

—Lo he visto. ¿Supersticioso?

Hizo la pregunta con un tono de voz despreocupado, pero Remus captó la advertencia implícita en ella, la sugerencia de que debía escoger con cuidado cuál sería su respuesta. Barkha tendría todo el derecho a condenar a un oficial superior por conducta impropia de un guerrero ultramarine. Incluso allí, en mitad de una situación de combate.

Sobre todo, en una situación como aquélla.

—No, pero me reconforta saber que el Mechanicum considera esta nave tan segura como para marcarla con su símbolo.

—Probablemente es lo único que mantiene de una sola pieza a este cacharro —

comentó Barkha al mismo tiempo que la aeronave viraba para esquivar uno de los silos agrícolas quemados por el sol de Quintarn. Los haces de luz que entraban a través de los paneles de visión engastados en el fuselaje de la nave giraron con el movimiento, y Remus sintió que algo se desprendía de la parte inferior de la cañonera. ¿Había sido un impacto, o un fallo mecánico? Se sobresaltó cuando la nave de desembarco descendió de golpe y una de las alas pasó a un metro de la superficie plateada de uno de los silos.

—Objetivo a proa —dijo una voz por el comunicador interno.

La voz sonó tensa por el esfuerzo de mantener en un rumbo firme la aeronave, que no dejaba de saltar. El tono también le indicó a Remus lo que el piloto pensaba sobre el nuevo tipo de aeronave. Un Stormbird tenía cierto peso propio, una solidez que convertía en un placer pilotarlo, y un medio de transporte seguro para llevar hasta donde fuera necesario a los feroces guerreros de la legión.

Remus conectó los visores internos del casco con los pictógrafos delanteros, montados en la proa de la cañonera. Gracias a ello vio con claridad la simetría prístina de Idrisia, una de las ciudades hidropólicas agrícolas más importantes de Quintarn. Aunque estaba pensada de un modo pragmático para servir como centro de recogida de cosechas y de su posterior manufactura, la ciudad seguía siendo bella a su manera, con unas torres majestuosas, unos hangares levantados sobre columnas y unos edificios con fachadas de mármol. La estructura de las calles estaba impregnada de su propósito, una combinación magistral de funcionalidad y estética. Como había hecho con la mayoría de las cosas de Ultramar, el primarca había volcado su genio en el diseño y la construcción de ciudades.

Era una pena que no se hubiese involucrado en el diseño de aquella aeronave.

Las fortificaciones enemigas en el interior de la ciudad estaban marcadas en color rojo, y Remus se dio cuenta de lo profundamente que habían clavado sus garras en la metrópolis. Aquel enemigo en concreto destacaba por su habilidad en los combates urbanos, y tendía a emplear armamento que era más eficaz a corta y media distancia, y que era capaz de atravesar cualquier cobertura como si no existiera en realidad.

Aquélla sería la batalla más difícil de todas. Las demás los habían llevado hasta el borde de la derrota antes de que la gran obra del primarca demostrara toda su valía. Lo había hecho una y otra vez, en un combate tras otro. La 4.ª Compañía ya no era la única equipada con el increíble logro del primarca. Mientras la compañía de Remus se acercaba mediante aquel asalto aéreo, otras compañías se enfrentaban en otras batallas

a los mismos enemigos que ocupaban Quintarn.

Sin embargo, Remus estaba seguro de que tanto él como sus guerreros serían los que sufrirían el escrutinio más atento para determinar si las enseñanzas del primarca habían quedado grabadas en sus mentes.

Remus y los suyos eran conocidos en algunos círculos como la «Problemática Cuarta», una compañía famosa por sus tácticas atrevidas, sus locuras heroicas y la valentía personal de todos y cada uno de sus guerreros. Si se lograba que la obra del primarca quedara embebida en la psique de la 4.ª Compañía, quedaría embebida en cualquier unidad de combate.

Y después de Calth…

Allá donde iba la 4.ª Compañía, las demás compañías la seguían.

Remus cortó la conexión táctica con los pictógrafos de proa cuando la cañonera se estremeció de nuevo y el piloto viró hacia un lado para comenzar una serie de maniobras de evasión que le revolvieron el estómago. La luz de desembarco que había sobre la rampa de asalto delantera pasó de rojo a verde, y Remus dio una palmada en el mecanismo de apertura del arnés de gravedad. El cierre se abrió de inmediato y el sistema subió hasta quedarle por encima de la cabeza. El capitán se apresuró a sacar el bólter del hueco de seguridad que tenía a un lado. Quizá la Thunderhawk era un trozo de chatarra volante, pero los espacios de almacenamiento, distribuidos de un modo muy inteligente, hacían que al menos fuese funcional.

—¡Cuarta! ¡Desembarco en quince segundos! —gritó Remus.

El interior de la Thunderhawk lo ocupaban treinta guerreros. Se trataba de una fuerza capaz de enfrentarse a cualquier oposición con un elevado grado de certeza de que destruirían a la fuerza enemiga. Sin embargo, a Remus le resultaba extraño entrar en combate sin tener al menos a cincuenta guerreros a su espalda. La guerra no consistía en ser justos o en reconocer el honor que tenía tu oponente, sino en aplastarlo por completo con una fuerza abrumadora. Pocos enemigos serían capaces de sobrevivir al ataque de cincuenta guerreros de los Ultramarines.

Era cierto que tampoco muchos lo harían frente al ataque de treinta, pero aquel asunto todavía lo irritaba.

Remus se colocó en su posición delante de la rampa de asalto mientras el zumbido de la cañonera cambiaba de tono debido a que el piloto la mantenía inmóvil en el aire aullando a toda potencia. La rampa bajó, y el calor seco de la piedra abrasada y el metal quemado invadió el interior del compartimento. A pesar de la intensidad de esos

olores, no eran rivales para el hedor de los fertilizantes sintéticos, los aditivos químicos del suelo, el fuerte olor a tierra removida y los miles de hectáreas de cosechas. Remus salió a la carga seguido por sus guerreros, que formaron unas escuadras perfectamente alineadas a ambos lados de su comandante. Todos los guerreros se desplegaron avanzando semiagachados para evitar los chorros ardientes de los cohetes de la Thunderhawk.

Se encontraban sobre un tejado que tenía la superficie ennegrecida y que apestaba a combustible quemado. En los parapetos de aquel tejado yacían varios cuerpos inmóviles cubiertos con armaduras de color verde, y Remus vio numerosos tubos lanzamisiles entre los restos de los caídos.

—Bajas de aterrizaje —comentó Barkha, siguiendo la dirección de su mirada.

—Cierto —admitió Remus.

No se había percatado de los disparos de las armas de proa de la Thunderhawk, pero supuso que era lo más normal. Efectuar un desembarco de asalto en una zona de aterrizaje y en mitad de un combate era una maniobra difícil y peligrosa, pero los cañones de la Thunderhawk habían eliminado de un modo eficiente a todos los contactos hostiles del punto de inserción. Casi se detuvo en seco al pensar de nuevo en aquel último detalle. Había sido muy fácil dejarse llevar por la inmediatez de los combates anteriores, pero aquella operación era muy diferente.

—¿Ocurre algo, capitán? —le preguntó Barkha—. Debemos continuar en movimiento. Los hemos pillado por sorpresa, pero eso no durará mucho.

—Estoy bien —le aseguró Remus antes de echar un último vistazo a los cuerpos.

Movió la cabeza con gesto de pesadumbre. Lo impensable se había convertido en una amenaza muy real, y tenía el compromiso moral de no olvidar en ningún momento lo que estaba en juego. No importaba quiénes eran el enemigo. Lo único que importaba era el resultado final. Los Ultramarines tenían que luchar, y tenían que vencer.

Nunca había habido tanto en juego.

La victoria aseguraría la supervivencia de lo más valioso de la galaxia.

La derrota provocaría que desapareciera del todo y que jamás se volviera a ver.

Remus apartó aquellos pensamientos de la mente, ya que no le servían de ninguna utilidad en aquel combate. Era un capitán de los Ultramarines, y tenía una misión que cumplir. El puesto de mando del enemigo se encontraba en ese mismo edificio, y tomarlo era una pieza clave de la estrategia general del primarca. Las semanas de

exploración, de descifrado de códigos y de estudios de los combates ya librados habían permitido a los planificadores estratégicos de los Ultramarines determinar los despliegues más probables de centros de mando y de control del enemigo. El resultado de la guerra en Quintarn seguía en la cuerda floja, por lo que había llegado el momento de utilizar esa inteligencia predictiva.

Los elementos blindados asaltaron las primeras líneas de los defensores atrincherados, y al mismo tiempo, Remus encabezó el ataque de sus treinta guerreros para decapitar con un golpe preciso la estructura de mando enemiga. Las transmisiones codificadas que habían interceptado indicaban que el comandante enemigo de mayor rango se encontraba en la zona, y era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

Remus se sabía de memoria la estructura del edificio, y dirigió a sus guerreros hacia el fortín blindado que albergaba la escalera que llevaba hasta el claustro superior. Se mantuvo encorvado y pegado al parapeto, con el bólter apuntado hacia la puerta. No tenía sentido que el enemigo se atreviera a salir, pero no se trataba de Ultramarines, por lo que, ¿quién podía saber hasta qué grado de comportamiento suicida podrían llegar?

Se detuvo al lado de una serie de tuberías de compresión. El metal estaba muy caliente al tacto, y de la superficie caían pequeños hilos de gotas provocadas por la condensación. Sus guerreros acabaron de colocarse en sus posiciones, listos para asaltar el fortín, y él aprovechó para echar un vistazo por encima del parapeto en ángulo del borde del tejado.

La ciudad se extendía a su alrededor. Las torres cubiertas de metal y los silos resplandecientes relucían como la plata bajo el tremendo brillo del sol. Los guerreros ultramarines formaron con rapidez un perímetro defensivo mientras la Thunderhawk se elevaba, impulsada por unos motores rugientes, con un sonido semejante al de una tormenta. Remus observó cómo se alejaba para colocarse en formación con otras dos docenas de naves idénticas. Varios rayos láser cegadores surgieron de la superficie del planeta en dirección a las aeronaves. Las baterías de armas ocultas acribillaron el cielo y media docena de Thunderhawk sufrieron impactos. Las naves alcanzadas se separaron de la formación y describieron una serie de arcos sinuosos mientras se desplomaban hacia el suelo.

Remus no se quedó a contemplar cómo caían, sino que avanzó hacia el fortín situado en el centro del tejado. La compuerta de acceso era blindada, y con toda

seguridad, estaría sellada de un modo estanco, pero eso no representaría problema alguno para su equipo de asalto. No le hizo falta dar órdenes. Ya había informado de todos los detalles de la operación a sus guerreros antes del despegue, y cada uno de ellos sabía muy bien cuál era la tarea que tenía encomendada, y no sólo eso, sino que siguiendo las indicaciones de la gran obra del primarca, cada guerrero sabía qué misión tenía encomendada cada uno de sus hermanos. Si alguno de ellos caía, cualquiera de ellos podría tomar su puesto y su responsabilidad.

Avanzó a la carrera con el bólter apoyado en el hombro. Distinguió los sonidos de los combates que se estaban librando en los demás edificios, el estampido seco de los bólters y el sonido líquido y rugiente de las unidades lanzallamas enemigas. Remus frunció los labios en un gesto de desprecio. Quizá esas armas serían suficientes para atemorizar a la escoria alienígena, pero apenas representaban una amenaza para unos guerreros protegidos por las mejores armaduras creadas en las forjas de los maestros armeros de Macragge.

El sargento Archo y el hermano Pilera se acercaron a la carrera a la compuerta blindada. Colocaron una serie de cargas perforantes en las bisagras y en la cerradura con una rapidez fruto de la práctica. Los cables detonantes se deslizaron entre los dedos de los guanteletes cuando los guerreros se apartaron para tomar posiciones a cubierto a ambos lados de la compuerta. Remus hizo un gesto de asentimiento, y una breve y silenciosa descarga de datos provocó la detonación de las cargas. La compuerta se dobló hacia dentro como si hubiera recibido el golpe de un puño invisible de proporciones gigantescas. Remus y Barkha corrieron hacia ella y le propinaron varias patadas. La superficie metálica acabó de ceder y se dobló casi por la mitad ante la tremenda fuerza de los golpes.

La compuerta retorcida cayó hacia el interior, y otros dos ultramarines lanzaron un puñado de granadas a través del agujero cubierto de humo, antes incluso de que la puerta chocara contra el suelo. El eco de una serie de explosiones, curiosamente amortiguadas, como el estampido de unos cuantos petardos, les llegó desde el fondo. Barkha dio un paso hacia el umbral destrozado, pero Remus alzó un puño, con lo que les indicó a todos los guerreros que mantuvieran las posiciones.

Un chorro de fuego líquido surgió rugiente del interior del fortín. Su poder abrasador envolvió todo el tramo de escalera del otro lado de la compuerta. La tormenta de fuego atravesó el umbral, pero antes de que el arma tuviera ocasión de disparar de nuevo, Remus le hizo un gesto de asentimiento a Barkha. El sargento se

asomó por el hueco y descargó una larga ráfaga de bólter en fuego automático hacia la zona inferior de la escalera. El sonido fue ensordecedor, y el eco resonó por todo el interior, que quedó iluminado por los destellos estroboscópicos de los disparos.

Barkha bajó a toda velocidad por la escalera y su escuadra lo siguió de inmediato. Remus encabezó el descenso de la segunda escuadra, y el sargento Archo formó a sus guerreros detrás de él. Todas las superficies del interior de la escalera estaban ennegrecidas y quemadas, como si el hueco hubiese sido el tubo de eyección de magma de un volcán.

«Eso debería hacer que esos cabrones se sintieran como si estuvieran en su casa», pensó Remus.

Abandonó la escalera y entró en un claustro amplio que recorría todo el interior de la estructura. El edificio en sí era poco más que un rectángulo con un patio interno de unos cincuenta metros de ancho y unos cien de largo. De la zona inferior llegaba el estampido y el eco de los disparos. Era evidente que el enemigo intentaba de un modo desesperado reorganizar y reagrupar sus defensas. Remus vio tres vehículos de mando, dos Rhino y un Land Raider. Cada uno de ellos estaba cubierto por un bosque de antenas de comunicación situadas en su parte superior. Los vehículos estaban pintados de color verde oliva, y en las compuertas laterales mostraban el blasón de una cabeza de dragón negro.

—¡Archo, por la izquierda, Barkha, por la derecha! —gritó el capitán.

La orden fue innecesaria, porque ambos sargentos sabían muy bien lo que debían hacer. Habían leído en el tratado del primarca los puntos relativos a aquellas clases de asalto, y no les hizo falta que Remus se lo recordara. Varios guerreros de armadura verde surgieron de unas estancias que se encontraban un poco más allá en el propio claustro. Salieron con las armas en la mano, pero ya era demasiado tarde.

Los ultramarines acribillaron todo el lugar con los disparos de los bólters, y fue tal la potencia de fuego desplegada que ni siquiera una armadura forjada por un maestro armero podría resistirla durante mucho tiempo. Remus disparó el bólter mientras avanzaba, y compensó el peso adicional que llevaba en la parte inferior del arma. Preparó los hombros para el retroceso del disparo, pero lo hizo de un modo automático, antes de recordar que no hacía falta. Los dos guerreros que tenía delante de él cayeron. Uno se desplomó por encima de la balaustrada y se estrelló en el patio inferior, y el otro simplemente se derrumbó con un efecto mucho menos dramático.

Remus se arrodilló al lado del cuerpo y estudió con detenimiento la armadura y

los símbolos que la cubrían. Los dragones de grandes filas de dientes sobre los campos de fuego, unidos a los símbolos del martillo y de la forja, creaban una sensación terrenal y prometeica. Era demasiado feroz, demasiado «idólatra» para ser imperial. Tenía todo el aspecto de una cultura salvaje que hubiera sido elevada hasta la civilización, pero que en realidad jamás hubiera sido civilizada del todo.

Salamandras. Hasta el nombre tenía una cierta consonancia bárbara. Era una legión bautizada con el nombre de los legendarios monstruos capaces de escupir fuego de una era ya olvidada. Era un nombre que no tenía dignidad alguna, y Remus negó con la cabeza ante su naturaleza visceral y primitiva.

—¿Cómo te sientes al saber que vas a morir siendo mi enemigo? —le preguntó al salamandra.

—Igual que cuando morí siendo tu hermano —le replicó el guerrero un momento antes de que la cabeza se le inclinara hacia un lado.

Remus se limitó a asentir antes de dejar de prestar atención al guerrero caído.

La imagen del visor cambió para mostrarle la situación táctica. Sus guerreros habían ocupado todos los niveles superiores del edificio y se estaban abriendo paso sin dejar de luchar hacia las zonas inferiores. Lo repentino del ataque había pillado desprevenidos a los Salamandras, pero a aquellos adoradores del fuego todavía les quedaba espíritu de lucha. Remus comparó la situación táctica del combate con el recuerdo preciso que tenía de la obra del primarca, y vio de inmediato cómo iban a conseguir abrir una brecha en las defensas.

—Sargentos, la escalera de la zona norte está a punto de caer. Archo, quiero a tu escuadra en el claustro de la parte sur. Lanza una cortina de fuego de supresión contra esos tanques y los guerreros enemigos desplegados en el patio. Barkha, tú y yo entraremos por el norte mientras Archo les hace mantener la cabeza agachada.

—Entendido. Me sitúo en posición —le confirmó el sargento Archo.

Remus condujo a sus guerreros alrededor del claustro. Desde la parte inferior llegaron chorros de llamas, y varias granadas repiquetearon tras pasar por encima del parapeto. Los ultramarines se apresuraron a arrojarlas de nuevo hacia abajo, y los salamandras no tardaron en aprender que debían esperar y lanzar las granadas en el último momento. Remus mantuvo la cabeza agachada cuando un puñado de granadas estalló contra una pared un poco por delante de su posición de avance. Dos de sus guerreros cayeron con la armadura chirriando mientras se desplomaban contra el suelo. Notó la tremenda fuerza de la onda expansiva que pasó a alrededor de él, pero

eso no fue suficiente como para apartarlo del combate.

—¡Adelante! —aulló—. ¡Arriba y adelante!

Los ultramarines se irguieron y se lanzaron a la carrera hacia la escalera. Remus vio a los guerreros de Barkha al otro lado, y al dar la vuelta a la esquina se tropezó con los elementos de avanzada de la escuadra del sargento, que ya estaban acribillando el fondo de la escalera con las ráfagas de los bólters. Barkha dobló la esquina del lado opuesto del claustro al mismo tiempo, y ambos tomaron posiciones en la parte superior de la escalera.

—¿Resistencia? —le preguntó Remus.

—Mínima, y acabamos con rapidez con el enemigo —le respondió rápidamente el sargento.

—Atacamos en tres, dos, uno…

Casi como si los hubieran estado esperando, una serie de armas pesadas vomitaron una sucesión de andanadas desde el otro lado del claustro. El estampido rugiente de los bólters pesados llenó el aire del patio, seguido de inmediato por el silbido aullante de los misiles. Los disparos procedentes de la parte inferior de la escalera disminuyeron casi de inmediato. Remus dobló la esquina del rellano y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera que llevaba al patio. Un salamandra apareció en el hueco inferior. Todo el umbral relucía por el chisporroteo del residuo llameante que había dejado la cabeza explosiva especialmente modificada de los misiles. El salamandra apuntó hacia Remus el rifle de fusión que empuñaba, pero un disparo de Barkha le impactó de lleno en la cabeza y lo hizo salir despedido de espaldas hasta desaparecer de la vista. Otro salamandra disparó su arma asomando tan sólo la bocacha del cañón, pero sus disparos fueron muy imprecisos. La armadura de Remus indicó que había sufrido un impacto en el hombro derecho, pero fue un golpe de refilón, sin la fuerza necesaria para detener su ataque.

Remus entró en tromba en el patio disparando ráfagas precisas y certeras contra los guerreros que se encontraban al descubierto. El enemigo estaba agazapado detrás de los vehículos para mantenerse a cubierto de los disparos de la unidad de Archo, que llegaban desde arriba, pero esas posiciones los dejaban peligrosamente expuestos por la retaguardia, por lo que abatió a dos oponentes con tres ráfagas. El tercer salamandra recibió los impactos de los proyectiles, pero no cayó. Alzó su arma, un cañón de plasma ennegrecido por los disparos, y Remus apretó de nuevo el gatillo, pero el percutor del bólter golpeó en vacío.

Se maldijo a sí mismo por la falta de disciplina de disparo y corrió para ponerse a cubierto detrás de uno de los Rhinos inutilizados.

Sin embargo, antes de que su enemigo pudiera disparar el cañón de fusión, un misil estalló en el suelo a su lado, y la onda expansiva de la explosión derribó al salamandra. Remus casi se estampó contra el costado del Rhino cuando llegó corriendo para ponerse a cubierto, y se sintió agradecido de que al menos uno de los marines de apoyo de la escuadra de Archo hubiera pensado en guardar un disparo por si acaso se producía algún acto de temeridad en la 4.ª Compañía. Sonrió. Ni siquiera todo un volumen de enseñanzas del primarca era capaz de borrar por completo el espíritu propio de la Problemática Cuarta.

Remus cambió el cargador del arma y revisó la zona batida por las ráfagas de disparos en que se había convertido el patio interior. Buscó con la vista las insignias o cualquier otro símbolo que indicara un rango superior de mando. Distinguió grabados de dientes, amuletos de dragones y diversos símbolos de forja, pero no vio nada que se pareciera a una progresión lógica de insignias de rango. Lo habían instruido sobre el sistema de insignias de los Salamandras, pero no vio entre ninguno de los muertos nada que indicara la presencia de un comandante de rango elevado.

¿Serían erróneas las deducciones a las que habían llegado con la información de la que disponían?

Descartó de inmediato aquella idea. Pensar que Roboute Guilliman se podía haber equivocado en algo iba más allá de lo ridículo. Sería algo herético, lo que, dado el combate en el que se hallaba inmerso, también se convertiría en una tremenda ironía. Volvió a concentrarse en el campo de batalla, ansioso por cumplir con éxito la misión. Hasta ese momento, la 4.ª Compañía poseía la hoja de servicio más brillante de todas las compañías de la legión, y no estaba dispuesto a manchar ese historial con la vergüenza de una derrota.

Los dos Rhino de los Salamandras aparecían como fuera de combate en su visor, y las instalaciones del centro de mando y control estaban destrozadas más allá de cualquier posible reparación. Sin embargo, el poderoso Land Raider, de costados como paredes rocosas, simplemente estaba fuera de servicio. Las armas no estaban operativas, y una de las unidades oruga había sufrido un impacto que la había debilitado. El vehículo no iba a ponerse en marcha en ningún momento, pero quien estuviera dentro estaba vivo casi con toda certeza.

Como si quisiese confirmar aquello, el Land Raider giró sobre su propio eje. La

única oruga en funcionamiento trituró la superficie de las losas hasta convertirlas en un polvillo fino debido al peso monstruoso del vehículo. La rampa frontal de asalto descendió y de su interior emergieron tres figuras, unos titanes entre mortales, unos gigantes para los simples humanos.

Exterminadores.

Remus ya había visto armaduras de exterminador durante la batalla de Calth. Eran unos petos de combate tan enormes que parecía imposible que nadie fuera capaz de llevar puesto uno. Tal era la novedad y la complejidad de aquel tipo de armaduras que sólo unos pocos ultramarines de la 1.ª Compañía habían recibido entrenamiento en su uso. Además, tan sólo había armaduras suficientes para equipar a unos pocos centenares de guerreros de la 1.ª Compañía, ya que las naves de carga del Mechanicum que los transportaban acababan de llegar a Macragge cuando también llegó la noticia de la matanza de Istvaan V.

Cada exterminador era un coloso cubierto por grandes placas de armadura, y les sacaba una cabeza y los hombros a los ultramarines. Esas gruesas placas blindadas resistían las ráfagas de proyectiles de bólter como si fueran simples gotas de una llovizna. Remus ya había visto el efecto que había tenido aquel tipo de guerreros en los Portadores de la Palabra, pero enfrentarse a ellos era una nueva experiencia para él, una que no le gustaría en absoluto repetir.

Uno de esos guerreros enemigos llevaba puesta una capa de cota de malla de color verde oliva sobre la hombrera izquierda, y llevaba acoplado al casco el cráneo de enormes colmillos de una bestia desconocida, lo que le confería un extraño aspecto alienígena, el de un guerrero bárbaro. En una mano empuñaba un gigantesco martillo de proporciones desmesuradas cuya cabeza estaba envuelta en un halo de energía. Con la otra mano sujetaba un escudo con la forma de la insignia honorífica, una cruz de brazos triangulares tan anchos que prácticamente conformaban un cuadrado que le otorgaba el derecho a llevar una armadura tan aterradoramente poderosa.

Otros dos guerreros acompañaban a aquel oficial de aspecto tan brutal; sin duda, el comandante de aquel destacamento de salamandras. Cada uno de ellos era un tanque de forma humanoide equipado con un puño de tamaño monstruoso y un arma que parecía dos bólters unidos mediante una soldadura.

Abrieron fuego con los bólters y descargaron una lluvia de proyectiles que acribilló el patio de izquierda a derecha en una serie de ráfagas controladas. Tres ultramarines cayeron abatidos por los disparos de los dos escoltas del comandante,

que dispararon de forma coordinada. No se trató de un tiroteo indiscriminado, sino de una matanza metódica. Varios disparos pasaron muy cerca de Remus, pero éste logró ponerse de nuevo a cubierto detrás del Rhino antes de que el grueso del fuego enemigo se centrara en él.

El comandante enemigo no los atacó. En vez de eso, apuntó con el martillo hacia una de las paredes del patio, la más cercana al Land Raider. Un único golpe del martillo fue suficiente para abrir un agujero del tamaño de un ser humano. Los bloques de piedra y los puntales del soporte de acero quedaron destrozados por la mortífera arma. El comandante enemigo sólo necesitaría como mucho otros dos golpes como aquél para conseguir escapar de aquel ataque por sorpresa. Sería prácticamente imposible organizar una persecución efectiva por las calles de Idrisia. La armadura de Remus ya estaba captando el flujo de mensajes procedentes del comunicador del comandante enemigo, que había empezado a solicitar refuerzos. El objetivo no tardaría en escapar sin remedio.

—Que todas las fuerzas converjan y cierren la trampa —ordenó—. El objetivo se encuentra a la fuga.

Los guerreros ultramarines salieron corriendo de sus posiciones a cubierto y se movieron de forma escalonada para cubrirse unos a otros con sus disparos, pero mientras que cualquier otro enemigo se hubiera visto obligado a ponerse a cubierto ante semejante potencia de fuego, los exterminadores caminaron erguidos bajo unas andanadas que hubieran sido capaces de reducir escuadras enteras a carne picada.

Remus vio cómo varias ráfagas enemigas impactaban en Barkha. Su armadura se agujereó bajo los múltiples proyectiles de los bólters de gran tamaño. El sargento soltó una serie de obscenidades en la lengua propia de Talassar antes de caer desplomado en el suelo, donde se quedó inmóvil. Remus vio que el ataque se había detenido y que las bajas propias no dejaban de aumentar, por lo que supo que sólo le quedaba una opción para ganar aquella batalla. Abrió el canal de comunicación con el sargento Archo.

—Archo, quiero fuego de supresión en el patio, ¡ya!

—Capitán, os encontráis en la zona de fuego.

—¡Lo sé. Tú hazlo! ¡Acribilla este sitio!

No necesitó repetir la orden. Archo sabía muy bien cuál era su lugar en la cadena de mando, lo mismo que lo sabía Remus. El éxito de la misión era lo más importante. Las escrituras del primarca dejaban muy claro que las vidas de los combatientes del

propio bando debían tener una importancia capital, sobre todo las de los guerreros de las legiones astartes, ya que sin duda escasearían en los años de guerra que se avecinaban.

Pero el primarca también dejaba muy claro que las guerras sólo se ganaban con la sangre de los guerreros que luchaban en ellas. A veces, el único modo de ganar era sacrificarlo todo para conseguir la victoria.

—¡De prisa, Archo! —gritó cuando el comandante enemigo logró por fin derribar por completo la pared que se interponía entre él y su huida.

El patio entró en una erupción de llamas y chorros de fuego cuando un misil tras otro se estrellaron contra su superficie. Las ráfagas de proyectiles de bólter pesado acribillaron arriba y abajo toda la zona interior abierta del edificio. Los disparos fueron brutalmente efectivos y mortíferamente indiscriminados. Un misil dio de lleno contra la hombrera del capitán de los Salamandras, y la fuerza del impacto lo hizo girar en redondo para que otro le acertara en plena placa pectoral. La potencia combinada de ambas explosiones lo hizo caer de rodillas. Otro misil cruzó el aire en su dirección, pero el salamandra logró alzar el escudo para interceptar el proyectil. El misil rebotó y salió desviado hacia otro punto del patio, donde estalló en mitad de un puñado de ultramarines, que se encontraban agazapados detrás de la poca cobertura que quedaba.

Una tormenta interminable de disparos acribilló el patio, y Remus perdió la noción de todo lo que lo rodeaba cuando se vio asaltado por la ensordecedora cacofonía de sonidos que le pasó rugiente por encima. Había perdido el control de la batalla, pero podría recuperarlo si sabía qué le había ocurrido al comandante de los Salamandras.

Avanzó a rastras para rodear al Rhino, y mantuvo el bólter apoyado en el antebrazo mientras pasaba por encima de los restos de la batalla: los casquillos de los proyectiles, los cascotes y los cuerpos de los muertos. El comunicador no dejaba de chasquear y retumbar en su oído. Eran las escuadras cercanas pidiendo informes de la situación, mensajes interceptados a las unidades enemigas que se dirigían hacia el edificio y las advertencias que los pilotos de las Thunderhawk se lanzaban unos a otros. Remus hizo caso omiso de todo aquello y se concentró en avanzar con rapidez para cumplir el objetivo de la misión.

Alcanzó el otro extremo del Rhino y se irguió hasta ponerse de rodillas. No tenía posibilidad alguna de sopesar la situación o de consultar la obra del primarca, así que simplemente dobló la esquina que formaba la parte delantera de la oruga del vehículo.

El comandante enemigo había conseguido ponerse en pie de nuevo, aunque el visor de Remus mostraba numerosos puntos debilitados en la armadura de exterminador del salamandra.

El comandante enemigo quizá sintió su presencia, porque se volvió hacia él. Remus le sostuvo la mirada, de lente óptica a lente óptica. El capitán alzó el bólter y miró a través del visor del arma, y aunque era físicamente imposible ver detrás de la rugiente máscara de combate, tuvo la sensación de que sí que era capaz de ver la piel oscura como el carbón del guerrero enemigo y sus ojos rojizos como el infierno. Por supuesto, era algo ridículo, pero había un punto vulnerable en la máscara facial del casco del guerrero, uno que un tirador experto podría aprovechar…

Remus apretó el gatillo, y el bólter efectuó un único disparo. Aunque el proyectil salió a una velocidad supersónica, el capitán tuvo la impresión de que podía observar la trayectoria que seguía. Supo nada más disparar que acertaría en su objetivo. El proyectil dio de lleno en el rostro del exterminador, y el capitán vio cómo su visor confirmaba aquella muerte. El exterminador no cayó: la armadura era demasiado grande para permitir que quien la llevaba se derrumbara, ni siquiera después de muerto.

Remus soltó un jadeo de alivio para luego dejarse caer de espaldas y permitir que lo abandonase toda la tensión y el esfuerzo de aquel último combate. Aunque había sido uno de los más breves, sin duda había sido el más exigente respecto al esfuerzo necesario.

Muy por encima del edificio, las rugientes Thunderhawk comenzaron a descender como aves carroñeras que comenzasen a sobrevolar en círculos el lugar en previsión de un festín.

Combate 314

Un viento helado soplaba a lo largo del desfiladero de basalto y llevaba consigo el polvo arrastrado desde las cumbres más altas de Macragge. Remus notó el olor a savia de pino de las tierras elevadas de un verde perenne y los matices frescos y cristalinos de los pequeños lagos de las montañas. Se agachó para agazaparse detrás de un pequeño montículo de piedras erigido para marcar el sitio. Era un cono de unos tres metros de altura de rocas volcánicas con mensajes tallados que indicaban a los viajeros por dónde transcurrían los caminos seguros que cruzaban las montañas y en qué lugares se podía encontrar agua y refugio. Aquellas señales, talladas en el antiguo lenguaje cuneiforme de Macragge, eran ilegibles para cualquiera que no fuese nativo del planeta. Ni siquiera tendrían sentido para otros ciudadanos de Ultramar.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Remus había pasado por aquellas montañas, cuando era poco más que un niño. Había corrido tambaleándose en un estado de agotamiento increíble, casi moribundo, de un montículo a otro, en un esfuerzo desesperado por conseguir un puesto entre los Ultramarines. De todos los chicos que habían iniciado aquella última carrera, él había sido el único en sobrevivir. Los demás habían muerto uno por uno debido al agotamiento por el calor, a la deshidratación, despeñados desde los riscos más altos o devorados por las feroces panteras de montaña que vivían en las cuevas y acechaban en los picos más altos.

Remus atravesó bamboleante la entrada de las puertas de bronce de la Fortaleza de Hera, donde lo recibió el capitán Pendarron, el heroico guerrero que había luchado junto a Roboute Guilliman en las tierras salvajes de Illyrium antes de la traición que Gallan cometió contra el rey Konor. El capitán lo había ayudado a erguirse, le había quitado un poco el polvo y lo había enviado a los apotecarios con un breve gesto de aprobación.

Al pensar en ello, su flujo sanguíneo se inundó con una oleada de endorfinas, pero fue un placer muy corto. Aquello había ocurrido en otra vida, y casi doscientos años separaban a aquel muchacho del astartes en que se había convertido Remus. El muchacho todavía tuvo que soportar decenios de formación, y aunque fueron unos años de presión muy intensa, de tribulaciones, también lo fueron de una gran alegría. Demostrar que merecía un lugar en las filas de los Ultramarines había sido el mayor honor que había tenido, y todavía recordaba la mirada de orgullo de su madre cuando lo vio desfilar por las calles de Macragge equipado con la armadura de color azul brillante.

Jamás volvió a ver a su madre, pero su pérdida no lo afectó tanto como él suponía que debería afectarle. Le habían reestructurado la mente de un millar de formas distintas, y aunque no le habían eliminado la capacidad de sentir tristeza u otras emociones, era necesario un estímulo muy poderoso para provocar la aparición de emociones relacionadas con su antigua vida como mortal.

Un chasquido del comunicador sacó a Remus de su ensoñación, y apartó de su cabeza los pensamientos sobre aquellos tiempos dorados y se concentró en el momento presente. Aquella campaña había sido la más dura de todas, ya que los Hijos de Horus los habían superado en estrategia y los habían vencido en cada ocasión. En el espacio, la flota del señor de la guerra se había abierto paso a través de las líneas defensivas, y varias fuerzas de flanqueo, formadas por sigilosas naves de emboscada, habían aparecido de la nada para provocar una enorme confusión dentro de las precisas líneas de combate de los Ultramarines.

Había caído un planeta tras otro. Tarentus, Masali… y Quintarn ya se habían perdido por completo. La caída de aquel último mundo había supuesto un duro golpe para Remus después de todo lo que la 4.ª Compañía había sufrido en su lucha contra los Salamandras. La siguiente en caer había sido Prandium. La devastación que habían comenzado los Devoradores de Mundos había quedado rematada por un bombardeo vírico que había arrasado toda la materia viva que todavía existía sobre la superficie del planeta en una plaga infernal de proporciones cataclísmicas. Prandium había quedado convertido en una roca desierta e inhóspita.

Iax había sufrido un bombardeo incendiario tras otro, hasta que del Jardín de Ultramar no quedó más que un desierto de cenizas. El señor de la guerra jamás libraba dos campañas del mismo modo, y a los oídos de Remus habían llegado ciertos rumores desde los niveles superiores de la escala de mando, rumores en los que se decía que los planificadores del gran strategium se estaban quedando sin ideas para hacerle frente. Remus sabía que aquello no podía ser cierto. Tenía la certeza de que en los escritos del primarca existiría una solución para hacer frente a aquel ataque contra Ultramar pero, sin duda, sería un plan demasiado complicado como para que las simples mentes mortales fuesen capaces de comprenderlo, ni siquiera las de los guerreros de las legiones astartes, que habían sido mejoradas mediante implantes cognitivos.

Roboute Guilliman jamás había perdido una guerra, y estaba claro que no iba a perder aquélla.

Macragge no podía caer.

No podía hacerlo, de ninguna de las maneras.

Remus no supo decidir si debía considerar aquella idea un hecho o un simple pensamiento optimista.

Barkha trepó por el terreno rocoso en su dirección y procuró mantenerse detrás de las grandes rocas afiladas tras las que se ocultaban los guerreros de la 4.ª Compañía. El suelo del desfiladero, situado treinta metros por debajo de ellos, serpenteaba retorciéndose entre las montañas. El terreno allí abajo era liso y firme. La zona estaba alejada de las batallas que se estaban librando en las rutas que cruzaban las tierras bajas para dirigirse hacia la Fortaleza de Hera, y habían llegado a la conclusión de que el señor de la guerra enviaría fuerzas de flanqueo para que cruzaran aquellos cañones y desfiladeros y abrieran un segundo frente contra el último bastión de los Ultramarines.

La 4.ª Compañía vigilaba los pasos montañosos para asegurarse de que no se abriera ese segundo frente.

—Ya vienen —avisó Barkha—. Han detectado unidades blindadas de los Hijos de Horus, con aerodeslizadores y motocicletas en vanguardia. Es una fuerza bastante pequeña, pero seguro que hay más adentrándose en las montañas.

Sin duda era así, pero había numerosos destacamentos de la 4.ª Compañía vigilando los demás caminos secretos que cruzaban esas montañas.

—¿Qué separación hay entre los vehículos?

—Se han descuidado en eso. Tienen prisa. A los tanques les cuesta avanzar, y las motocicletas han disminuido la velocidad para poder mantenerse cerca de la fuerza principal.

Remus bajó la mirada a lo largo del cañón al oír el lejano retumbar de los vehículos enemigos a medida que se acercaban a la zona de la emboscada. Las montañas de Macragge eran un territorio hostil muy diferente a cualquier otro que se hubieran encontrado los Hijos de Horus. Los enemigos de Macragge se habían visto derrotados una y otra vez por aquella geografía tan adversa. A los Hijos de Horus les pasaría lo mismo.

—Pasa la orden. Que nadie dispare hasta que yo dé la señal. Que primero eliminen al tanque de vanguardia y al de retaguardia. Quiero que queden atrapados para luego acabar con todos poco a poco en dirección al centro de la unidad.

—Entendido —contestó Barkha.

Remus captó el leve tono de exasperación en la voz del sargento. La 4.ª Compañía había realizado maniobras de entrenamiento sobre aquellas situaciones de combate en innumerables ocasiones, y no hacía falta que nadie le indicara cómo debía llevar a cabo una emboscada. El capitán comprobó una última vez el bólter y se apoyó para mirar a través de una hendidura en las rocas que tenía delante. Veía con claridad el desfiladero que serpenteaba más abajo, pero las sombras y el tono oscuro de la roca lo mantenían completamente oculto.

Trazó un mapa táctico sobre la visión que tenía del desfiladero, y vio a sus guerreros resaltados en color azul pálido por todos los riscos y peñascos de la zona. No había quedado ningún ángulo sin cubrir, ninguna ruta de huida que no fuera una trampa mortífera, ningún centímetro cuadrado de terreno que no pudiera quedar acribillado por las armas de los Ultramarines.

—Pan comido —musitó Remus.

El sonido de los motores que avanzaban resonó con más fuerza tras rebotar contra las paredes del desfiladero. Remus captó el resoplido rítmico de los Rhino, el rugido poderoso de los Predator y el tronar retumbante de al menos un Land Raider. El zumbido agudo de las motocicletas destacaba por encima de toda aquella cacofonía, y Remus se mantuvo agachado cuando un par de aerodeslizadores aparecieron a la vista.

Ambos estaban pintados del color verde marino, propio de los Hijos de Horus, y en la parte frontal del fuselaje se veía el emblema del ojo del color de las llamas. Los aerodeslizadores se detuvieron en el aire, igual que unos perros rastreadores que buscaran un olor concreto, pero Remus conocía muy bien aquellas montañas, y había situado a todas sus escuadras bajo una cobertura perfecta. No importaba lo sofisticados que fueran sus sistemas de exploración: no darían con sus guerreros.

Los aerodeslizadores avanzaron con cuidado a lo largo del cañón, y no tardó en seguirlos una escuadra de cinco motocicletas, cada una de ellas con un poderoso blindaje y armadas con dos bólters de disparo frontal. Un estandarte negro con otro ojo como símbolo ondeaba en la parte posterior de la motocicleta que marchaba en vanguardia. Remus tuvo que contenerse para no abrir fuego contra aquellos invasores.

Unos momentos después aparecieron los tanques. Eran un par de Rhino, al que siguieron con rapidez tres Predator y un monstruo retumbante, el Land Raider. A continuación llegaron tres Rhino más y luego un par de Predator, que formaban la

retaguardia. Barkha había llamado a aquello una fuerza pequeña, y lo era comparada con la potencia de combate que una legión podía desplegar en cualquier batalla, pero a pesar de ello seguía siendo una formidable fuerza de combate, con una enorme potencia de fuego.

Las motocicletas y los aerodeslizadores siguieron avanzando, y Remus supo que no iban a tener mejor oportunidad que aquélla. Se puso de rodillas y apuntó con el bólter hacia el piloto del aerodeslizador que tenía más cerca. Apretó el gatillo, y vio con satisfacción cómo se encendía una señal en el visor que indicaba una baja enemiga segura. El vehículo se desplomó hacia adelante cuando el cuerpo del piloto cayó sobre los mandos. El disparo de Remus fue la señal que esperaba la fuerza desplegada en posiciones de emboscada, pero antes de que ningún ultramarine tuviera tiempo de abrir fuego, una andanada rugiente resonó desde varios puntos elevados de las montañas.

Remus vio como decenas de sus guerreros morían debido a las explosiones de los proyectiles disparados con una precisión mortífera. Se dio la vuelta a tiempo de ver los destellos de las armas que disparaban desde unas posiciones montañosas más elevadas que las suyas. Los iconos de los Ultramarines desaparecieron con rapidez en su visor, y aquel momento de asombro paralizante casi le costó la vida. Su armadura sufrió dos impactos, aunque ninguno de ellos fue directo, por lo que no eran lo suficientemente graves como para impedirle el movimiento, y se lanzó de cabeza a ponerse a cubierto detrás del montículo de rocas.

—¡Barkha! —aulló por el intercomunicador al mismo tiempo que respondía a los disparos—. ¿Tienes contacto visual?

—Afirmativo —le contestó la voz jadeante del sargento—. Infiltradores de los Hijos de Horus. Los símbolos de las escuadras coinciden con las de los vehículos del desfiladero.

Remus se sintió aturdido ante aquel cambio de situación. ¿Cómo era posible que los Hijos de Horus hubieran conseguido colocarse a su retaguardia? ¿Cómo habían sabido que los Ultramarines estaban ocultos y a la espera de que aparecieran?

Ambas fuerzas intercambiaron andanadas y ráfagas de disparos de forma incesante, y Remus supo con certeza que los vehículos del fondo del desfiladero no tardarían en sumar su potencia de fuego a la batalla. La fuerza que había tendido la emboscada había sufrido a su vez una emboscada, y no tenía sentido continuar con una batalla que ya se había perdido desde el principio. Las lecciones del primarca

sobre ese tipo de asuntos eran claras y abundantes.

«Cuando te tengan atrapado, no te retrases en escapar».

—A todas las unidades, retirada y reagrupamiento —ordenó Remus—. Punto de reunión, Ultima Sextus. ¡Ya!

>Remus pasó de una cobertura a otra a grandes zancadas, casi saltando, sin dejar de disparar mientras corría. Ni siquiera tenía tiempo de apuntar, y sólo le quedaba la esperanza de que alguno de aquellos disparos efectuados de un modo precipitado impactara contra uno de aquellos cabrones de los Hijos de Horus. Oyó el rugido de los disparos por doquier, acompañado del bramido de los motores de los vehículos y el estampido de las piezas de artillería que lanzaban andanadas de proyectiles. Un grupo de ultramarines algo astrosos corría junto a él. Eran los elementos supervivientes de tres escuadras que había reunido a lo largo de la huida desde la Puerta de Konor, situada un poco más abajo en las propias montañas.

Los Hijos de Horus habían contrarrestado o neutralizado cada una de las maniobras que habían llevado a cabo. Había sido humillante descubrir que cada vez que había recurrido a las palabras del primarca lo que se había producido era un fracaso deprimente. Remus cada vez tenía menos esperanza en la posibilidad de vencer en aquella batalla, pero tenía que mantener la fe en que todavía estaba por revelarse que todo era una estrategia a mayor escala.

Numerosos rayos de luz le pasaron por encima de la cabeza. Aumentaron hasta formar una abrasadora tormenta de disparos láser provocada por el intercambio de fuego entre los ilotas de los Ultramarines y las unidades de vanguardia del ejército del señor de la guerra. Remus no disponía de una visión táctica de la situación. El disparo de un francotirador de los Hijos de Horus le había dañado el casco más allá de toda posible reparación, por lo que lo había dejado atrás, a unos tres kilómetros de donde se encontraba en esos momentos. Para Remus, luchar con la cabeza desprotegida era una sensación completamente nueva, ya que le impedía disponer de acceso a cualquier información sobre el campo de batalla, pero la conexión que tenía con la naturaleza visceral del combate era inevitable. El olor acre del combustible de los misiles, la onda expansiva de las explosiones de los proyectiles y el sabor a quemado que dejaban en el aire los rayos láser eran un tremendo incentivo, con el mismo efecto que una patada en el estómago, para mantenerse agachado y a cubierto.

Tenía la cara cubierta de sudor y de hollín el cráneo rapado. El aire por encima de

él era un torbellino de trazos de colores dejados por las estelas de los proyectiles y las tremendas explosiones. Los sonidos que asaltaban sus oídos no se parecían en nada a cualquier otra sensación que hubiera experimentado jamás: no estaba acostumbrado a oír sin el casco el tableteo de las armas de pequeño calibre ni el estampido más grave y profundo de los cañones que abrían fuego cerca de allí.

El sargento Archo estaba a cubierto en una trinchera improvisada. Sus guerreros se agazapaban detrás del borde mientras los Hijos de Horus avanzaban siguiendo a una barrera de artillería incesante. Al igual que había ocurrido en los desfiladeros del sur, las fuerzas del señor de la guerra habían atacado a los Ultramarines por el lado ciego una y otra vez, algo que parecía improbable hasta un grado tan absurdo que Remus se preguntó si no estaría inmerso en alguna especie de pesadilla horrible de la que no lograba despertar.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima de las rocas, y lo que vio fue una ominosa oleada de guerreros con las armaduras de los Hijos de Horus que no dejaban de avanzar hacia él. Cada uno de ellos mostraba el símbolo del Ojo de Horus en la placa pectoral, y ese mismo símbolo aparecía en los estandartes que colgaban de las antenas de los cientos de vehículos blindados que no dejaban de disparar hacia la cima de la colina.

—Ya no son tan sutiles, ¿verdad? —dijo Barkha tras aparecer y dejarse caer al lado de Remus.

Al igual que el capitán de la 4.ª Compañía, el sargento se había quitado el casco. Su piel estaba curtida, morena hasta casi parecer negra, y llevaba el cabello recogido en una serie de trenzas que a su vez se reunían en una pequeña cola sobre la nuca.

—No tienen por qué serlo —le replicó Remus.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Exactamente lo que he dicho. Nos hemos quedado sin opciones. El señor de la guerra nos ha colocado un cuchillo en la garganta y ya no necesita más sutilezas. Estamos ante el golpe de gracia.

—¿De verdad? —preguntó Barkha, y Remus vio el miedo extenderse por su rostro ante aquella respuesta—. Seguro que tenemos algún plan para hacer frente a este ataque.

—Dime tú qué otra cosa podemos hacer. Han contrarrestado y anulado todas y cada una de las tácticas y estratagemas que hemos empleado. Se han anticipado y desactivado cada uno de los subterfugios de combate que hemos utilizado. Lo único

que nos queda por hacer es luchar como verdaderos reyes guerreros de Ultramar y llevarnos por delante a tantos cabrones como podamos.

—Pero seguro que el primarca ha previsto este tipo de situación —insistió Barkha—. Seguramente habréis leído mal algo, o habréis dado una orden incorrecta. Es la única manera por lo que hemos podido acabar así.

Remus negó con la cabeza.

¿Crees que no he pensado en ello desde que comenzó la batalla? Lo he repasado todo una y mil veces, y no he olvidado nada, ni he leído mal nada. Hicimos todo lo que pudimos hacer.

—Entonces, ¿cómo hemos llegado a esto?

—Porque hay cosas a las que no se puede hacer frente con planes y preparación —le contestó Remus—. Algunos guerreros son lo bastante hábiles como para clavar la punta de una lanza en los entresijos del mejor plan, sin importar lo brillante que sea. El señor de la guerra es uno de esos guerreros.

—Pero el primarca Guilliman…

—No lucha ahora a nuestro lado —lo cortó Remus en seco—. ¡Deja de hablar y comienza a matar!

>Un paso tras otro, de un modo brutal e incesante, los Ultramarines se vieron obligados a retroceder poco a poco hacia la zona superior de las montañas, dejando tras de sí miles de guerreros caídos. Cada metro que los Hijos de Horus ganaban lo tenían que pagar con muchas vidas, pero Remus había estado en lo cierto. Aquello era el golpe de gracia.

Los defensores de Macragge ya tenían la Fortaleza de Hera a sus espaldas, y se prepararon para librar la batalla final. Ceder la tierra de sus antepasados sin luchar no era propio de los Ultramarines, pero ya casi había llegado el momento en que tendrían que enfrentarse al señor de la guerra desde detrás de los parapetos de mármol y las torres de oro y plata. Si aquello era el fin, sería el final más glorioso imaginable.

Remus había ofrecido voluntaria a la 4.ª Compañía para que sirviera de retaguardia de los Ultramarines, y sus guerreros tomaron posiciones a lo largo de la Via Fortissisimus, la gran avenida que subía desde las llanuras inferiores hasta las enormes puertas de bronce de la fortaleza de la legión. A su espalda, las filas diezmadas de las compañías de los Ultramarines que habían sobrevivido habían encontrado un refugio temporal en la Fortaleza de Hera.

Si había algo que los ejércitos del señor de la guerra habían dejado muy claro era que no existía ningún lugar realmente seguro.

Ni en Macragge ni en ningún otro lugar de la galaxia.

Los Hijos de Horus se prepararon para el asalto final a las puertas de la fortaleza, y en ese preciso momento, Remus vio un Land Raider colosal que atravesó retumbante las filas enemigas. Aunque no tenía un tamaño superior a cualquier otro vehículo de su clase, por unos instantes pareció más poderoso todavía de lo que cualquier blindado era realmente. Unos vítores belicosos saludaron la llegada del Land Raider, y cuando su rampa de asalto frontal descendió hasta posarse en el suelo de roca volcánica de las montañas, Remus comprendió el motivo por el que su llegada había provocado semejante oración.

El guerrero que salió del interior iluminado por luces rojas era de tal magnitud que empequeñecía a todos los que lo rodeaban. Su armadura era del negro más profundo, y estaba decorada con cadenas de oro y una capa de pellejo curtido de murciélago zorro con reborde de piel. El casco que ocultaba el rostro del guerrero era de una simetría tan perfecta que Remus se emocionó. Aunque sabía qué cara se encontraba tras el visor, temió que se quitara el casco.

Remus notó que se quedaba sin respiración.

«El señor de la guerra. Horus Lupercal…».

El hijo más brillante del Emperador, un hijo que merecía ser un bastardo, había acudido para contemplar la humillación final de los Ultramarines.

Los Hijos de Horus lo vitorearon, y sus aullidos resonaron en las montañas como el eco de los gritos de batalla de una antigua tribu bárbara. Aquellos bramidos eran plegarias a dioses sanguinarios y olvidados, y todos y cada uno de los guerreros de la 4.ª Compañía sintieron el temblor del gusano del miedo que se abría camino hacia sus corazones al ver aquel avatar de sangre y de muerte.

¿Qué podía enfrentarse a semejante enemigo y seguir existiendo?

¿Qué ejército sería capaz de resistir al genio táctico del intelecto de aquel guerrero?

«Es posible que no seamos capaces de derrotarlo, pero todo el mundo recordará que le hicimos frente y resistimos. Quizá eso será suficiente…», pensó Remus.

—¡Guerreros de Ultramar! —rugió Remus—. Recordad dónde estáis y en nombre de quién lucháis. Todos y cada uno de vosotros sois héroes de los Ultramarines, guerreros sin igual, ¡y luchadores cuyo corazón jamás desfallece!

Remus sintió que su ánimo y su cólera crecían con cada palabra que pronunciaba.

Su voz resonó con fuerza por encima de las montañas, hasta los guerreros ultramarines que se retiraban hacia la fortaleza y los guerreros de Horus, que se estaban agrupando para el ataque.

—Sólo con la muerte se acaba nuestro deber hacia el sueño del Emperador, y sólo con nuestra muerte morirá ese sueño. No pienso permitir que ese sueño muera. ¡¿Y vosotros?!

La 4.ª Compañía respondió como un solo hombre.

—¡Jamás!

El grito resonó en las laderas de las montañas de un modo extraño, como si algunos de los guerreros de los Hijos de Horus se hubieran unido a esa negativa.

El poderoso guerrero que se encontraba en el centro de las filas enemigas alzó un puño. La luz del sol se reflejó en el reborde dorado del guantelete un momento antes de que cuatro garras relucientes surgieran en su dorso. El guantelete bajó como un rayo, y los Hijos de Horus se lanzaron a la carga.

>La batalla careció de cualquier sutileza, de cualquier gloria y de cualquier esperanza de éxito para la XIII Legión. Aunque Remus había seguido todos los preceptos que aparecían en los escritos del primarca, todo se redujo a aquel último combate desesperado. Fue un bombardeo de artillería, un intercambio de disparos a larga distancia seguido de otro a corta distancia, y, finalmente, un combate cuerpo a cuerpo de puños y hojas afiladas.

Hacía tiempo que Remus había agotado los cargadores de munición, por lo que desenvainó la espada. Cada mandoble que propinó lo hizo con la desesperación del fervor, y cada parada la realizó con el deseo desesperado de mantenerse con vida para conseguir matar al mayor número posible de invasores. Cualquier parecido a un plan de batalla desapareció por completo en el mismo instante en que ambas fuerzas chocaron.

Los guerreros de brillante armadura azul se trabaron en un combate de movimiento incesante, en una tormenta de hojas afiladas, con los traidores de armadura del color de un océano lejano. Remus se preguntó mientras luchaba cómo recordaría la historia aquella guerra. ¿Serían ellos mismos quienes acabarían tachados de traidores? La historia la escribían los vencedores, así que nadie podía saber todavía cómo quedarían reflejados los Ultramarines en ella. ¿Serían los salvadores de un ideal glorioso que murieron en las montañas de Macragge, o unos traidores innobles cuya

arrogancia sólo fue comparable a la escala de su fracaso?

Lucharon en un círculo cada vez menor de guerreros, y a cada momento que pasaba, más y más ultramarines morían a medida que el enemigo los superaba por completo. Al igual que un nudo corredizo que se fuese apretando poco a poco alrededor de la garganta de un condenado a muerte, la vida de la desafiante 4.ª Compañía se fue apagando poco a poco, hasta que sólo Remus quedó en pie.

Se había entregado por completo, pero no había sido suficiente. La fuerza que lo había mantenido con vida a lo largo del enfrentamiento se desvaneció. Le habían propinado tantos golpes y mandobles que era increíble que todavía estuviese en pie. Se desplomó de rodillas, destrozado por la decepción y carente ya de esperanza ante aquella derrota. Inclinó la cabeza hacia el suelo al pensar en la escala de su fracaso.

Remus alzó la mirada cuando una sombra enorme lo cubrió.

El señor de la guerra se alzaba por encima de Remus, con el guantelete rematado por garras por encima de la cabeza, como la zarpa de un depredador gigantesco. Remus esperó a que cayera el golpe que acabaría con aquella farsa, pero en vez de asestar un golpe de gracia, las garras del señor de la guerra se retrajeron al interior de las vainas del guantelete. Horus Lupercal se llevó las manos al casco y abrió los cierres herméticos que lo mantenían en su sitio.

Remus fue incapaz de mirarlo a la cara.

—Mírame —le ordenó una voz de perfección dorada.

—No puedo. He fracasado —contestó Remus.

—No, Remus Ventanus —le contestó a su vez Roboute Guilliman—. No has fracasado. He sido yo quien lo ha hecho.

>Remus se encontraba sentado a solas sobre un risco rocoso desde el que se podía contemplar la Fortaleza de Hera. Le parecía absurdo que tuviera un aspecto tan tranquilo cuando tan sólo unas pocas horas antes había sido testigo de un enfrentamiento tan terrible. Los ilotas y los siervos de la legión recorrían las laderas de las montañas en busca de restos, casquillos de munición y trozos de armadura abollados que habían sido arrancados de los combatientes.

Los armeros de la legión ya repintaban las armaduras y los vehículos que habían actuado en el campo de batalla como si fueran elementos de los Hijos de Horus. Las estancias de la legión apestaban a disolvente y a pintura a medida que los colores y los símbolos del «enemigo» eran borrados de las placas blindadas y de las armas.

Remus había dejado la armadura de combate en su cámara de armado, y le había ordenado a su nuevo palafrenero que la limpiara y la dejara lista para ser utilizada de nuevo en combate. Era una tarea de la que él en persona solía ocuparse, pero que en cierto modo le parecía inapropiado hacer en un día como aquél. Había arrancado el simulador de objetivos láser del cañón del bólter y lo había arrojado desde los riscos, ya que despreciaba lo que representaba y odiaba que un objeto como aquél fuera ni siquiera necesario.

Iba vestido con un mono de faena de color arena y un sencillo chaleco de color azul pálido. Dejó que el sol le calentara el rostro mientras esperaba las recriminaciones que recibiría por el fracaso que tanto él como la legión habían tenido en sus intentos de resistir los ataques de los Hijos de Horus.

¿Podría haber hecho algo para evitarlo?

¿Habría podido algún guerrero derrotar a los Hijos de Horus?

En el rostro de Remus apareció de repente una sonrisa cuando se dio cuenta de que sí que había un guerrero que habría sido capaz de dar la vuelta al curso de la batalla…

—No había nada que pudieras hacer para evitarlo —dijo una voz a su espalda.

Remus se dio la vuelta y vio a Roboute Guilliman. Se puso en pie e inclinó la cabeza hacia el suelo en señal de contrición ante su señor y progenitor genético. Nadie podía mirar demasiado tiempo al sol sin quedar cegado por su brillo, y lo mismo ocurría con Roboute Guilliman. Su rostro esculpido hasta la perfección mostraba unos rasgos clásicos morenos y suaves, conformados de un modo grácil y distribuidos de un modo igualmente hermoso a la manera de las estatuas que se alineaban a ambos lados de la Vía Triunfal que llevaba hasta el Santuario de la Corrección, en el corazón de la Fortaleza de Hera.

Guilliman se acercó al borde del risco y se quedó contemplando sus dominios. Remus se colocó al lado del hombro del primarca, aunque la cabeza sólo le llegaba a la altura del bíceps de su señor. Al igual que Remus, Guilliman se había quitado la armadura y llevaba puesta una túnica de entrenamiento, aunque el capitán no logró sacarse de la cabeza la imagen de su primarca equipado con la armadura de color negro medianoche propia del señor de la guerra. Aunque había entrevisto destellos de un brillo azulado en determinados puntos, igual que la luz del sol que atravesara las capas de nubes en un día tormentoso, la imagen de alguien tan espléndido como el primarca de los Ultramarines ataviado como un traidor sería algo que jamás

conseguiría olvidar.

—He debido de hacer algo mal —dijo, al cabo, Remus—. Es la única explicación.

Guilliman hizo un gesto negativo con la cabeza y sonrió con gesto ceñudo.

—Me concedes demasiado mérito en esta victoria, Remus. No soy infalible. Este último combate debería habértelo demostrado.

—No puedo aceptar algo así.

—¿Qué es lo que te resulta tan difícil de aceptar? —quiso saber Guilliman—. Seguiste todas mis enseñanzas, y te condujeron a la derrota. Si esto y lo ocurrido en Calth nos han enseñado algo, es que siempre debemos ser adaptables, que nunca debemos ser inflexibles en nuestro pensamiento.

—Pero vuestras enseñanzas…

—Tienen fallos —lo interrumpió Guilliman—. Nadie, ni siquiera alguien como yo, es capaz de prever todos y cada uno de los posibles desenlaces de una batalla. Mis palabras no forman una obra sagrada que deba ser obedecida de un modo estricto. Siempre debe existir un cierto espacio para la iniciativa personal en el campo de batalla. Tú y yo sabemos muy bien que una chispa de heroísmo es capaz de darle la vuelta al curso de una batalla, que el conocimiento y la experiencia de cada persona sólo se pueden conseguir gracias a la sangre derramada, y que es el comandante que se encuentra en el campo de batalla quien debe tener la última palabra sobre lo que debe hacerse.

—Os lo recordaré la próxima vez que la «Problemática Cuarta» se encuentre en el campo de batalla.

Guilliman soltó una breve carcajada.

—Asegúrate de hacerlo, Remus. Sé muy bien que algunos me consideran carente de toda emoción, como si el Talos de la antigüedad se hubiese encarnado en mí, y que piensan que sólo quiero asfixiar cualquier pensamiento libre con unos métodos fijos y ordenados, pero nos encontramos en unos tiempos que no nos permiten desviarnos de nuestro rumbo establecido.

—Entonces, ¿había algún modo de ganar ese último combate?

—Quizá, pero dejaré que encuentres la respuesta por ti mismo.

—¿Y qué haréis vos?

—Seguiré redactando el Codex Astartes —le respondió Guilliman.

—¿El Codex Astartes? ¿Así es como lo vais a llamar?

Guilliman volvió a sonreír y asintió.

—Sí, creo que ese nombre posee el peso y la gravedad adecuados, ¿no te parece? Proporcionará una fuente de información de valor incalculable tanto en la guerra como en la paz, pero no quiero que sea considerado un sustituto para el razonamiento y la intuición. ¿Me entiendes?

—Eso creo —dijo Remus, y Guilliman le indicó con un gesto que se acercara al borde del risco.

—Nos encontramos en los días más oscuros y siniestros para el Imperio, y temo lo que pueda deparar el futuro. Ya hemos perdido Calth, y también Istvaan. ¿Quién sabe cuántos mundos más quemará mi hermano en su locura?

—Pero vos tenéis un plan para combatirlo, ¿verdad? —casi le suplicó Remus.

Guilliman no le contestó, como si temiera la conclusión a la que podría llegar Remus con su respuesta. Tras unos instantes habló:

—Tengo un plan, sí, y es muy peligroso. Demasiado peligroso como para sacarlo a la luz todavía. Pero cuando llegue el momento de ponerlo en marcha, tendré que pediros a todos que confiéis en mí como jamás lo habéis hecho en la vida. Cuando llegue ese momento, os llamarán traidores, os considerarán unos cobardes y unos renegados, pero nada estará más lejos de la verdad. No veo en el futuro esperanza alguna para el Imperio tal y como lo conocemos ahora mismo, y por eso llevamos a cabo estos combates de práctica. No importa cómo se desarrolle esta guerra: es inevitable que llegue el momento en el que os tendréis que enfrentar a guerreros que considerabais vuestros hermanos. Quizá incluso contra algunos de los que ahora mismo se oponen al señor de la guerra.

—No voy a fingir que comprendo lo que eso significa, pero podéis contar con que cumpliremos todo lo que nos ordenéis —le prometió Remus.

—Sé que puedo hacerlo —asintió Guilliman.

—Derrotamos a todos los ejércitos a los que nos hemos enfrentado, pero he tenido tiempo de considerar nuestra derrota a manos de los Hijos de Horus.

—No has tardado mucho.

—Aprendo con rapidez.

—Cierto. ¿A qué conclusiones has llegado? —quiso saber Guilliman.

—Que no fue un combate justo ni igualado.

—¿Y por qué fue así?

—Porque no luchasteis a nuestro lado —le contestó Remus.

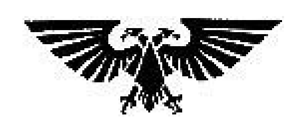
—¿Y crees que eso hubiera supuesto una diferencia?

—Sé muy bien que habría marcado una diferencia —insistió Remus mirando fijamente el rostro perfecto de Guilliman—. Y vos también lo sabéis.

El primarca se encogió de hombros en un gesto de modestia, pero Remus se dio cuenta de que estaba de acuerdo con él.

Roboute Guilliman alzó la mirada hacia el cielo, como si intentara discernir alguna verdad lejana o el resultado de una batalla que ni siquiera se había librado todavía. Tras unos instantes, el primarca se volvió hacia Remus, y el capitán de la 4.ª Compañía vio una expresión angustiada en sus ojos, igual que un deseo que se agarrara a una posibilidad sin esperanza alguna.

—Entonces, esperemos que cuando haya que derrotar al señor de la guerra, sea yo quien se enfrente a él.



EL LEGADO DEL MENTIROSO
JAMES SWALLOW

+++ Emisión menos cero cero [Solar] +++

La voz que acababa de sonar en el altavoz situado por encima de la plaza era medida y automática, y no varió en absoluto del tono habitual con el que hablaba de los asuntos más corrientes de la vida diaria. Las palabras átonas, casi carentes por completo de emoción alguna, recorrieron las calles del asentamiento Cuarenta y cuatro, la avenida principal y los callejones, por encima del tejado del almacén principal y de los cobertizos de los vehículos. La gente que se encontraba bajo la sombra del Gancho Estelar se quedó completamente inmóvil, sumida en un silencio aturdido, o bien se pusieron a caminar en círculos debido a que el miedo y la confusión los habían dejado sin capacidad de pensar de un modo racional.

La grabación llegó al final y comenzó de nuevo.

—«Habla el Imperio —dijo la voz chasqueante cargada de zumbidos, a la que siguió un sonsonete de tonos orquestales—. Hoy llegan noticias del núcleo hasta la colonia agrícola de Virger-Mos II».

Esa parte del mensaje era siempre la misma, una promesa a los habitantes de Cuarenta y cuatro y de los demás asentamientos de aquel planeta apartado de la civilización de que sabrían, hasta cierto punto, lo que ocurría en la galaxia que los rodeaba.

Ese día, el prólogo contenía un tono ominoso, el de lo familiar que se convertía en algo siniestro. Comenzó el asunto principal del mensaje. En algún punto por encima de las cabezas de la muchedumbre, en la cima del Gancho Estelar, se encontraba el único astrópata del planeta. La única tarea que tenía encomendada aquel psíquico era analizar y transformar sintácticamente las noticias de un modo comprensible para luego transmitirlas por el comunicador.

—«Un mensaje desde Terra de la máxima importancia. Que todos los ciudadanos sean conscientes y sepan de esta certeza ominosa. La batalla ha traspasado la Puerta de la Eternidad. El Palacio Imperial ha caído y Terra arde a su alrededor. Debemos anunciar con enorme tristeza que el Emperador de la Humanidad yace muerto por mano de Horus Lupercal, el señor de la guerra».

Algunos de los habitantes del asentamiento comenzaron a llorar mientras otros se agarraban la cabeza con las manos y se esforzaban por no hacer caso de las palabras que pronunciaba la voz. Uno de los ciudadanos soltó una carcajada, una risa carente de alegría y llena de incredulidad. Unos cuantos se miraron fijamente entre sí y no dijeron nada, tan sólo esbozaron un leve gesto de asentimiento, como si supieran

desde el principio que aquel día acabaría llegando.

Los paneles de comunicación situados debajo del altavoz repiquetearon y chasquearon de forma incesante a medida que las plaquetas de madera giraban para formar las palabras.

—«El Emperador se ha unido a la lista de honor de sus hijos caídos: Sanguinius, Dorn, Russ y el Khan. Los restos de sus fuerzas piden la paz. La rendición está a punto de consumarse. La guerra entre las legiones se ha acabado. La batalla por la independencia ha concluido y Horus ha logrado la victoria. En este mismo instante se han enviado naves a todos los puntos cardinales del éter para confirmar su reinado como Imperator Rex. —Se produjo un silencio momentáneo, como si el locutor mecánico no fuese capaz de comprender del todo las palabras que estaba emitiendo—. Que todo el mundo lo sepa. La guerra ha terminado. Horus está en el trono».

Los altavoces se quedaron en silencio, y el pánico comenzó a apoderarse de la gente.

En la frescura del porche del almacén de hielo, Leon Kyyter bajó la mirada hacia las palmas de sus manos, donde vio la fila de pequeñas medias lunas en los puntos donde se había clavado las uñas en la carne. Se sentía mareado y con náuseas. El joven temió ponerse en pie ante la posibilidad de tambalearse y desplomarse sobre el asfalto agrietado de la avenida principal. Aquello era una pesadilla. Tenía la sensación de que se trataba de un sueño. No podía haber otra explicación. Ninguna otra cosa tenía sentido.

¿El Emperador, muerto? Era imposible, increíble. ¡Los pájaros cantarían en gótico alto y las estaciones del año cambiarían antes de que pudiera ocurrir algo así! Leon se negó a aceptarlo. ¡No tenía intención alguna de hacerlo!

«Horus está en el trono…».

Oyó como una de las mujeres cosechadoras de la granja de Forroth repetía aquellas palabras. Las dijo en voz alta, como si no estuviese segura de que no se trataba de una sarta de tonterías sin sentido.

—¿Vendrá aquí? —se preguntó otra persona en voz alta, y la pregunta tuvo el mismo efecto que una chispa en mitad de un montón de leña menuda.

De repente, todas las personas que se encontraban en la plaza del asentamiento comenzaron a hablar al mismo tiempo, y las voces se alzaron en una confusión generalizada. Leon se vio asaltado por retazos de conversaciones que le llegaban desde todos lados.

—¿… y cuánto tiempo tardaría?

—… ya estará de camino…

—… ¡pero si no hay nada para ellos aquí!

—¿… se le puede matar?

—… este planeta quedará bajo el dominio del señor de la guerra…

El joven soltó un bufido de desprecio y se puso en pie para luego alejarse con rapidez, casi como si así pudiera dejar atrás los pensamientos siniestros que no dejaban de acosarlo en el interior de la cabeza.

«Terra envuelta en llamas. El palacio en ruinas. Un cielo negro cubierto de naves. Un campo de batalla sembrado de armas silenciadas…».

Se abrió paso a través del gentío. Allí debía de haber cientos de personas. Casi toda la población del asentamiento Cuarenta y cuatro se encontraba en aquel espacio abierto para escuchar la voz de la emisión semanal. ¿Se estaría repitiendo esa misma escena en todos y cada uno de los asentamientos conectados a la red local de comunicaciones, desde la capital, Cero Uno, hasta las granjas de hielo de Ochenta y siete?

Leon alzó la vista y siguió con la mirada las líneas de cable de telégrafo, el entramado de hilos negros que colgaban de los esbeltos postes de plástico extrusionado. La fila de mástiles desgastados de color hueso se alejaba del asentamiento y desaparecía de la vista en el horizonte del paisaje interminable que formaban los campos de cebada. El terreno que se extendía más allá del asentamiento era completamente llano, carente de todo accidente geográfico de un extremo a otro del horizonte, y la vista sólo tropezaba de vez en cuando con la columna de acero de un silo o con las líneas de una estación de ferrocarril. Se trataba de un paisaje monótono e inmutable, muy representativo del propio planeta en sí.

Virger-Mos II era un mundo agrícola, una colonia productora de alimentos que se encontraba tan alejada del eje principal de los mundos imperiales más importantes que era casi invisible. Era uno más de los centenares de planetas que alimentaban a un imperio hambriento, y de ese modo, en cierto sentido, poseía un valor estratégico menor. Sin embargo, se trataba de un mundo aislado en el Dominio de las Tormentas, en las profundidades de Ultima Segmentum. Era un planeta remoto y poco importante que orbitaba sin que el resto de la galaxia se diera cuenta de su existencia. Menos de un millón de personas habitaban la superficie quemada por el viento del segundo planeta, y todas trabajaban al servicio de las granjas de un modo u otro.

Y ninguno de ellos debía olvidar cuál era su puesto, sobre todo aquellos que vivían en Cuarenta y cuatro. Leon se dio la vuelta para mirar hacia el otro lado, y su campo de visión quedó dominado de forma inmediata por la sombra negra de una torre que se alzaba detrás de un complejo de servicio al otro lado de la plaza y que desaparecía de la vista en el propio cielo. Echó la cabeza hacia atrás y le dio la impresión de que el ascensor espacial se afilaba hasta quedar reducido al diámetro de un hilo a medida que se elevaba hacia la órbita. Los sistemas automatizados del interior, que pocos humanos habían llegado a ver, funcionaban sin descanso para recoger los contenedores llenos de grano que llegaban mediante las líneas de ferrocarril, en trenes también automatizados, y llevarlos hasta la órbita. El Gancho Estelar era la única razón por la que existía el asentamiento Cuarenta y cuatro. Aunque había granjeros que llamaban su «casa» al lugar, en su mayoría se quedaban casi siempre en sus ranchos. El asentamiento era para aquellos cuya vida giraba alrededor del ascensor y su funcionamiento, aunque lo cierto era que sus tareas eran meramente decorativas.

Leon recordó una noche en la que su padre, Ames, llegó bebido a casa procedente de la taberna del asentamiento y decidió darle una lección siniestra: le dijo que él no tenía razón de ser. Todos y cada uno de los sistemas del interior del Gancho Estelar, desde los manipuladores de carga hasta el complejo entramado de cables de diamante que tiraban de los contenedores para llevarlos al espacio, todos, los controlaban unos mecanismos automatizados. Si todos los habitantes de Cuarenta y cuatro morían al mismo tiempo mientras dormían, aquel montacargas gigantesco seguiría funcionando y llevaría el grano hasta la órbita, donde lo recibirían las naves de carga. Ames Kyyter le dijo que la lección era muy sencilla: incluso cuando la gente se engañaba a sí misma pensando que era muy importante, lo habitual era que la realidad demostrase lo contrario.

Sin embargo, el joven no lo veía del mismo modo. No creía que la sombra del Gancho Estelar fuera algo que debiera despreciarse, tal y como hacía su padre. El anciano consideraba a la torre un monstruo, y la miraba fijamente todos los días, como si estuviera desafiando a la conexión orbital para que se atreviera a partirse y caérsele encima. No. Leon veía a la torre como un puente que llevaba hasta algo más grande, como un monumento a la capacidad de esfuerzo de la humanidad. Se sentía protegido bajo su sombra, como si, de algún modo, el poder del Emperador hubiera quedado capturado en esa penumbra.

Se había sentido así hasta ese mismo día.

Pensar en su padre hizo que Leon se encaminara hacia la pequeña cuesta que llevaba a la casa-dormitorio que había sido propiedad de su familia desde hacía siete generaciones. Estaba tan concentrado pensando en ello que se dio de bruces con un puñado de personas que se habían enzarzado en una discusión tensa y apasionada.

—¡No importa lo que creas! —gritó Dallon Prael.

Prael era uno de los encargados superiores del huerto solar, donde la luz del brillante sol amarillo de Virger-Mos se recogía y transformaba para proporcionar energía al asentamiento. Era un individuo de gran tamaño, pero era todo fachada. Prael tenía un cuerpo flácido, carente de músculos o de resistencia, como el propio Leon había comprobado en los juegos de fuerza de la taberna.

—¡Todos hemos oído lo que ha dicho el telégrafo! —añadió sin dejar de mover las manos rechonchas en el aire.

Varios de los miembros de aquel grupo de colonos reunidos allí hicieron gestos de asentimiento para mostrar su acuerdo con lo que decía Prael. Sin embargo, el individuo al que iban dirigidas aquellas palabras torció el gesto.

—¿Y qué es lo que propones, Dallon? —le preguntó con energía Silas Cincade—. ¿Qué nos quedemos por aquí preocupándonos todo el día?

En contraste con el encargado del huerto solar, Cincade era un individuo alto y membrudo, pero su verdadera fuerza residía más allá de su apariencia. El anciano padre de Silas poseía los cobertizos de vehículos, y su hijo trabajaba en el mantenimiento de los mismos. Siempre que Leon se había encontrado con él, Cincade tenía las manos manchadas de aceite lubricante u olía a fluido de batería.

Prael y Cincade eran amigos e iban a la misma taberna, pero en ese momento y lugar, aquello no parecía tener importancia alguna. No se trataba de una discusión sobre política sentados a la barra, sino de algo muy distinto, de algo provocado por el miedo. La tensión en el aire era muy intensa, parecida a la estática que se percibe antes de una tormenta. Leon empezó a preguntarse si ambos acabarían peleándose a golpes. No había pasado ni una sola semana a lo largo de los dos arios anteriores sin que alguien hubiera provocado una discusión acerca de la guerra civil, y aquellos dos solían estar metidos en todas.

—¿Es que prefieres que demos palos de ciego? —le preguntó Prael—. He hablado con Yacio. Me ha dicho que todos los demás cables telegráficos han dejado de funcionar. No llega ninguna clase de mensaje, no hay nada más que silencio. —Cruzó

los brazos sobre el pecho—. ¿A ti qué te parece que es, eh? Es una táctica militar, ¿no? Lo de cortar las líneas de comunicación.

—¿Y tú qué sabes de tácticas militares? —le replicó Cincade—. La única guarnición del Ejército Imperial que hay en el planeta está en Cero Uno, ¡y tú jamás has salido de este cuadrante!

—¡He recibido entrenamiento! —le replicó Prael a su vez, enfurecido—. ¡Cuando vino el Ejército Imperial y nos enseñó cómo hacer la instrucción, me entrené para formar parte de la milicia del asentamiento!

Cincade abrió los brazos de par en par.

—¿Te refieres a esa milicia que nunca se constituyó y que nunca hemos necesitado?

—¡Pues quizá la necesitaremos ahora! —gritó otro de los que formaban el grupo, un individuo de pelo de color zanahoria que trabajaba en las instalaciones médicas.

Prael hizo un gesto de asentimiento.

—¡Sí! Si no estuviese aquí perdiendo el tiempo con esta discusión, ya estaría preparando mi rifle.

El mecánico alzó la mirada y puso los ojos en blanco. Cuando la bajó otra vez, vio a Leon, y lo miró buscando ayuda, pero el joven sólo consiguió encogerse de hombros con un gesto tenso.

—Mirad —volvió a hablar Cincade, pero procurando mantener la calma—. Ya sabéis lo que pasa muchas veces. Las líneas de comunicación suelen fallar.

Tenía razón en eso. Alguna peculiaridad del suelo cargado de minerales de la colonia provocaba graves interferencias en los comunicadores normales, lo que obligaba a que todos los mensajes se enviaran y se recibieran mediante los cables telegráficos tendidos por todo el paisaje, que una vez en el asentamiento convergían en el Gancho Estelar. Sin los cables telegráficos, todos los asentamientos se veían obligados a recurrir a mensajeros o a heliógrafos. Aquel suelo tan fértil producía unas cosechas increíbles, pero la abrasión desgastaba las paredes de rococemento de todos los edificios, y la tos negra que provocaba era la mayor causa de mortalidad de la colonia. A veces, el polvillo que arrastraba el viento era suficiente para carcomer los cables con recubrimiento de protección que se extendían por los campos.

—Seguro que hay una explicación racional de que no recibamos señal alguna de la capital —insistió Cincade.

Una mujer, que tenía el rostro casi enrojecido por la histeria, lo miró fijamente.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le gritó.

—Tenemos que protegernos —insistió a su vez Prael—. ¡Eso es lo que deberíamos estar haciendo ahora mismo!

Cincade torció el gesto.

—¡Vale, vale! A ver qué os parece esto. Tengo el todoterreno de tres ruedas en uno de los cobertizos. ¿Qué os parece si conduzco hasta Cero Uno y me entero de lo que está pasando? Podría ir y estar de vuelta antes de que se haga de noche.

—Es peligroso —dijo Leon sin detenerse a pensarlo.

El mecánico lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

—¡El chico tiene razón! —exclamó Prael—. ¡Por el Trono, Silas!, ¿es que no has oído el mensaje? La guerra…

—¡No es asunto nuestro! —lo interrumpió Cincade—. Estamos en el agujero del culo del Imperio, donde ningún ser humano o primarca se fijaría jamás, así que todo este pánico patético no tiene sentido alguno. Será mejor que nos enteremos por el gobernador planetario de qué es lo que ha ocurrido de verdad, ¿no os parece? —El mecánico se volvió hacia Leon y le dio un leve empujón en el hombro—. Márchate, muchacho. Vete a casa. Cuida de tu padre. —Miró a los demás mientras se alejaba—. ¡Vosotros deberíais hacer lo mismo!

Prael murmuró algo, y la mujer de cara enrojecida se quedó mirando de nuevo al mecánico.

—Siempre ha ido por el pueblo como si oliera a rosas —refunfuñó—. ¿Y ahora este chapuzas anda dando órdenes?

Leon se dio cuenta de que la mujer ahora lo estaba mirando a él, como si esperara a que se mostrara de acuerdo con ella, pero no dijo nada y siguió con su camino, de regreso al dormitorio.

>Su padre no estaba cuando llegó. Leon subió de dos en dos los peldaños de la escalera que llevaba hasta la planta superior. Rozó con la mano la puerta del cuarto de su madre, siempre cerrada, al pasar por delante. Ya era una costumbre. Al llegar al rellano se dirigió de inmediato a la suite, un nombre pomposo para las estancias, demasiado grandioso para una simple combinación de dormitorio, balconada y lavabo. Llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Maese! —dijo en voz alta.

Leon llamó con insistencia. No había más residentes en la casa-dormitorio desde hacía ya cierto tiempo. Eran los meses de barbecho, en los que los conductores de los campos lejanos preferían quedarse en sus ranchos antes que aventurarse a llegar hasta el Gancho Estelar.

—¡Maese Mendacs! ¿Estáis aquí?

Oyó movimiento al otro lado de la puerta, y al cabo de unos momentos se abrió deslizándose sobre unos raíles bien engrasados.

—Joven Leon —lo saludó el individuo mientras se alisaba con gesto distraído la pechera de la camisa—. Cuánta prisa.

—¡El telégrafo…! —empezó a decir Leon con tanta rapidez que se atrancó con las palabras y tuvo que comenzar de nuevo—. ¡El telégrafo dice que el Emperador ha muerto y que Horus ha tomado Terra! ¡La guerra ha terminado! —Parpadeó—. No creo que sea verdad, pero…

—¿No? —le preguntó Mendacs mientras se metía de nuevo en el dormitorio. Leon lo siguió—. ¿O te refieres a que no quieres creer que sea verdad?

Mendacs era un individuo delgado, de piel pálida si se la comparaba con la tez morena de los habitantes del mundo agrícola. Tenía unos dedos largos que al joven le recordaban a los de una mujer. A pesar de ello, se comportaba con una cierta actitud de aplomo que Leon se esforzaba en imitar. En Mendacs se captaba una tranquila autoconfianza. Era muy curioso el modo en el que alguien tan poco llamativo a primera vista fuera capaz de llamar poderosamente la atención cuando era necesario.

Se sirvió un trago de amasec de una petaca que tenía sobre la mesa y luego miró hacia donde se encontraba Leon. El joven no dejaba de retorcerse las manos una y otra vez.

Leon repitió lo mejor que pudo recordar el mensaje del telégrafo, y las palabras le salieron a borbotones. Cada sílaba se vio teñida de emoción, y notó que se le enrojecían las mejillas y se acaloraba cuando llegó al final. Mendacs se limitó a escucharlo mientras tomaba pequeños sorbos de licor con los labios fruncidos.

—Las naves de guerra de Horus ya se dirigen hacia aquí —añadió Leon—. ¡Quizá ya están cerca!

—No se puede saber —admitió Mendacs—. Las corrientes de la disformidad son extrañas e impredecibles. El paso del tiempo es, hasta cierto punto, algo flexible.

Leon frunció el entrecejo en un gesto de frustración. Aquella no era una de las posibles reacciones que había esperado de Mendacs. Casi parecía… resignado.

—¿Es que… es que no lo preocupa lo que está ocurriendo? ¡La guerra se dirige hacia nosotros! ¡El Imperio está destrozado! ¿Es que no teme lo que pueda pasar a continuación?

Mendacs dejó en la mesa la copa de amasec y se acercó hasta la ventana. Las placas pictográficas y un puñado de varillas de escribir yacían en el alféizar formando un montón sin orden.

—Cualquier persona cuerda debe preocuparse por lo que deparará el futuro, pero si algo he aprendido, es que no puedes dejarte llevar por lo que quizá es posible que pase. Una existencia vivida a la sombra de posibilidades que no se han cumplido es limitada y demasiado centrada en uno mismo.

El joven no entendió lo que quiso decir con aquello, y así se lo hizo saber. En el rostro de Mendacs apareció un breve gesto de consternación.

—A ver… Las tormentas de polvo que se suelen producir en esta época del año, ¿te dan miedo?

—La verdad es que no… Bueno, ya sé que pueden ser peligrosas, pero…

—Pero comprendes su naturaleza. Sabes que no eres capaz de cambiarlas. De modo que lo que haces es buscar refugio y dejar que pasen de largo. Luego retomas tu vida y sigues adelante como si nada hubiera sucedido. —Mendacs hizo un gesto amplio en el que los incluyó a ambos—. Somos gente sin importancia, mi joven amigo, y los que son como nosotros no cambian el rumbo que toman las guerras que asolan esta galaxia. Sólo podemos seguir adelante con nuestras vidas y aceptar lo que el destino nos depara.

—¡Pero el Emperador ha muerto! —barbotó Leon, alzando la voz—. ¡No puedo aceptar eso!

Mendacs inclinó la cabeza hacia un lado.

—No puedes cambiar ese hecho. Si eso es lo que ha ocurrido, debes aceptarlo. ¿Qué alternativa hay?

León se dio media vuelta moviendo la cabeza en un gesto negativo al mismo tiempo que cerraba los ojos.

—No, no…

Se sintió mareado de nuevo, y se acercó tambaleándose a una cortina que separaba el dormitorio del espacio principal que formaba el salón. De repente, durante unos instantes, vio el lugar donde dormía Mendacs. Vio la cama baja y estrecha, la hilera de ganchos para colgar la ropa.

Había una bolsa alargada encima de la mesa. León recordó que era la misma mochila que Mendacs llevaba colgada de un hombro cuando llegó por primera vez al asentamiento. Estaba abierta. Dentro no había ropa ni placas pictográficas, sino una pieza sin forma determinada que no se parecía a nada que el joven hubiera visto antes. No era metálico, ni estaba cubierto de aceite lubricante como los mecanismos internos de los vehículos. Daba la impresión de ser un objeto frágil, compuesto por álabes de vitraleo negro y filigranas de plata.

Un momento después, los pensamientos que se estaban formando en la mente de Leon se vieron interrumpidos de forma abrupta por el sonido bronco de la voz de su padre procedente de la escalera.

—¡Chico! ¡Sal de ahí ahora mismo!

Oyó el estampido sordo de las botas al pisar los peldaños.

—Deberías irte —le dijo Mendacs, pero sin querer parecer desconsiderado.

Ames Kyytes estaba en el rellano de la escalera cuando Leon salió por fin de la estancia. El padre saludó con un seco gesto de asentimiento a Mendacs, y luego miró fijamente a su hijo.

—Ya te he dicho que no molestes a maese Mendacs. Venga, sal de ahí.

Intentó darle un pescozón a Leon detrás de la oreja, pero éste logró agacharse a tiempo de esquivarlo, y luego echó a correr hacia el piso inferior. Su padre lo siguió con rapidez.

—¿Adónde has ido? —le exigió saber—. Te dije que te quedaras aquí, que esperaras que volviera a casa, y en vez de eso, cuando vuelvo, descubro que no estás.

—¡El telégrafo! —protestó Leon—. ¿Es que no te has enterado?

Ames torció el gesto y negó con la cabeza.

—Eso es lo que te ha trastocado, ¿verdad? Tendría que haberlo imaginado.

Leon apenas fue capaz de creer el desdén con el que su padre trataba aquella noticia. «¿Primero Mendacs, y ahora él?».

—¡Por supuesto que me ha trastocado! ¡Es la guerra, papá! ¡La guerra se nos viene encima!

—¡No me levantes la voz! —le bufó Ames—. Ya he oído la puñetera transmisión. ¡Sé lo que dice! ¡Y no me voy a mear encima por ello! —Dejó escapar un resoplido —. En un momento como éste, un hombre debe mantener la calma. Tiene que comprender la importancia de un día semejante, no empezar a correr por todos lados como un estúpido.

Leon notó que una sensación helada le recorría todo el cuerpo.

—Papá, ¿qué nos va a pasar?

Odió el modo en que la pregunta había sonado, como si no fuera más que un niño pequeño atemorizado.

—Nada. Nada de nada —insistió su padre—. ¿Crees que al señor de la guerra le importa una mierda esta colonia? ¿De verdad crees que ni siquiera sabe el nombre de este sistema estelar? —Soltó otro bufido de desprecio—. ¿Crees que el Emperador lo sabía?

Leon no pudo evitar cerrar las manos y convertirlas en puños. Se enfurecía cada vez que su padre hablaba del Emperador con aquel tono de voz. Tan poco respetuoso. Tan despreciativo.

Abrió la boca para contestarle, pero en aquel momento sonó el grito agudo de una mujer. Los dos se dirigieron a la puerta principal del edificio en busca de quien había gritado, y al salir a la calle se encontraron con que la gente estaba señalando hacia un punto del cielo situado al suroeste del asentamiento. Había una nueva clase de miedo en sus rostros. Leon se dirigió al centro de la calle y levantó la cabeza para ver lo mismo que estaban viendo ellos.

Tenían el sol, ya bajo sobre el horizonte, a sus espaldas, y el cielo mostraba una tonalidad azul oscuro, cubierto tan sólo por unas cuantas líneas alargadas de nubles blancas y grises. Las lunas del planeta eran visibles como fantasmas en lo más alto, pero lo que le llamó la atención fueron las luces.

Durante unos momentos no tuvo muy claro qué era lo que estaba viendo. Eran líneas llameantes, delgadas como un hilo, que cruzaban con lentitud el cielo en el punto más lejano del horizonte.

Había muchas, una docena o más, según pudo llegar a contar. Era difícil saberlo con certeza. Reflejaban la luz del sol mientras caían.

—¡Es una invasión! —exclamó alguien con un tono de voz que casi parecía un gemido.

—¡Es el señor de la guerra! —Leon se volvió y vio que se trataba otra vez de la mujer de rostro enrojecido. Señalaba al cielo con un dedo—. ¡Está descendiendo desde la órbita!

—Se dirigen hacia la capital —comentó otro de los presentes—. ¿No es así cómo lo hacen? ¿Con esos «desembarcadores», o como se llamen? Van llenos de soldados y de armas.

—Cápsulas de desembarco —lo corrigió Leon en voz baja, casi para sí mismo.

—¿Qué has dicho, muchacho?

Leon se volvió hacia la mujer.

—No, verá, es que no creo que…

—¿Ahora te has vuelto un experto, así, de repente? —le replicó ella, interrumpiéndolo y sin dejar de mirarlo fijamente.

—He leído libros —contestó Leon con voz débil, y continuó antes de que ella hablara de nuevo—. Me refiero a que no sabemos qué es eso. Las luces en el cielo… Podrían ser meteoritos. Los he visto muchas…

El rostro de la mujer mostró una expresión furibunda.

—¡No digas estupideces! —Se volvió para mirar iracunda al padre de Leon—. Ames, ¿tu hijo es tan tonto como parece? Mirad bien —añadió, señalando de nuevo al cielo—. ¡Llegan las legiones astartes!

El joven se volvió para mirar a su padre en busca de apoyo, pero Ames estaba negando de nuevo con la cabeza, y los presentes volvieron a hablar todos al mismo tiempo, por lo que, dijera lo que dijese, nadie le hizo caso.

+++Emisión menos ocho semanas [Solar]+++

El tren de contenedores vacíos pasó a través del campo de rayos ultravioleta antibacteria y salió por garganta del Gancho Estelar, con las complejas sujeciones de manejo y los puntos de los raíles magnéticos moviéndose adelante y atrás. Los destellos ocasionales provocados por los chorros de chispas y las luces de señalización proporcionaban una iluminación débil y esporádica en el interior del complejo de almacenamiento, situado en la parte baja del montacargas espacial. Un convoy idéntico de contenedores avanzaba en la dirección opuesta, aunque éstos iban cargados con envases sellados al vacío de cosechas congeladas en seco. Resonó un chirrido de mecanismos, y la fila de seis contenedores se engancharon a la línea de ascensión para subir a lo largo de la empinada rampa hasta que el convoy comenzó a moverse de forma vertical. La unidad transportadora se enganchó también, y el convoy de contenedores se alejó hacia el cielo nocturno. Tras dos horas de viaje llegarían a la zona de microgravedad de la estación de descarga, en órbita geoestacionaria baja. Una vez allí, los sistemas robotizados descargarían el convoy para posteriormente mover la carga hasta la zona de almacenes, donde esperaría la llegada de la siguiente nave de transporte interestelar. Toda la operación se realizaba sin que interviniera ningún humano a lo largo del proceso.

Al otro lado del complejo, los contenedores vacíos se detuvieron de forma brusca al pasar por debajo del ojo siempre vigilante de un escáner de múltiples longitudes de onda. Una señal de alarma sonó dos veces, y el convoy se desplazó de lado al mismo tiempo que los seis contenedores se abrían de forma automática. Del techo se desplegaron unos brazos manipuladores de apariencia arácnida, rematados por bocachas de aspersión, que comenzaron de inmediato a recorrer el interior de los contenedores y a expulsar chorros de espuma cáustica hacia las esquinas oscuras. El sensor había detectado algo en el interior de uno de los contenedores, por lo que había activado una de las subrutinas de eliminación de plagas. Aunque no era habitual, a veces las criaturas procedentes de otras biosferas lograban infiltrarse a través de todo el proceso de carga y descarga, y las plagas de alimañas procedentes del exterior de un planeta tenían la capacidad de destrozar todo su ecosistema nativo.

Nada vivo podía subir o bajar por el Gancho Estelar, ni siquiera pasajeros. Sólo la carga inerte tenía vía libre. La solitaria pista de aterrizaje en las afueras de Cero Uno, que podía considerarse el espaciopuerto del planeta, era el único punto de contacto entre la colonia y el resto de la galaxia, aunque apenas se utilizaba. Las naves de

transporte que acudían a llevarse la producción del planeta a veces desembarcaban mercancías, pero la mayoría sólo atracaban para embarcar las cosechas y marcharse. Las tripulaciones de esas naves ni se preocupaban en bajar a la superficie. Dejaban que los cogitadores se encargaran de las operaciones de llegada y partida. Nadie quería quedarse cerca de Virger-Mos II más tiempo del que era absolutamente necesario.

Las bocachas encontraron su objetivo y lo cubrieron de chorros de líquido ardiente. Sin embargo, aquella forma de vida del interior salió a través de la lluvia abrasadora y bajó al suelo del almacén. El sistema automático no estaba programado para hacer frente a nada que se pareciera a un comportamiento semejante por parte de una plaga alienígena, por lo que no hizo nada cuando el hombre se quitó el mono de plastoide que lo había protegido del frío espacial y luego lo dobló para guardarlo en una mochila que llevaba a la espalda.

Después dividió la mochila en dos bolsas separadas. Tras prepararlo todo durante unos cuantos minutos, retomó la marcha. El recién llegado cruzó la zona de almacenamiento con paso despreocupado pero procurando esquivar los cargadores automáticos, hasta que llegó a una de las pocas zonas de mantenimiento accesibles a los humanos. Nadie la había utilizado desde hacía décadas, y tuvo que esforzarse para abrir las puertas, pero una vez lo consiguió, el individuo abandonó las instalaciones y se dirigió hacia la avenida principal.

Debido a que sus superiores lo habían entrenado de una forma excepcional, nadie del asentamiento Cuarenta y cuatro le vio. Al menos hasta que él quiso.

Se había cambiado de ropa y se había puesto una túnica de viajero corriente pero adecuada, y después de rodear todo el perímetro del asentamiento, regresó y se acercó desde el este. Cualquiera que lo viera tendría la impresión de que acababa de cruzar las tierras llanas, procedente del propio atardecer cálido y polvoriento.

No le hizo falta preguntar direcciones, ni siquiera consultar el detallado mapa topográfico copiado de los archivos del Departamento Terra Colonia. Todos los asentamientos como aquél eran iguales, aunque no en un sentido literal, no en la disposición idéntica de calles y casas, sino en el carácter. La dinámica del asentamiento era muy parecida a la de decenas de otros planetas humanos. La «personalidad» del lugar, a falta de una palabra mejor, era equivalente.

Mendacs se dejó atraer por la luz y el sonido que salían de la taberna, y mientras lo hacía, abrió todos sus sentidos al asentamiento Cuarenta y cuatro. Quería conocerlo a fondo, y en muchos sentidos, ya era así.

>Entró en el establecimiento y se dio cuenta de inmediato de que todo el mundo lo miraba. No era de extrañar: un desconocido que llegaba sin avisar a un lugar remoto como aquél era algo casi equivalente a un pequeño milagro. Mientras cruzaba la estancia hacia el bar automatizado situado en el otro extremo, las conversaciones se reanudaron cargadas de especulaciones sobre quién sería o de dónde vendría.

Pidió una botella de la fuerte cerveza local al servidor mecánico que atendía la barra y esperó a que el primero de los clientes reuniera el valor suficiente para acercarse a él. Se sirvió con cuidado la cerveza en el vaso y aprovechó el momento para estudiar con discreción la estancia. Había sillas plegables y mesas de juego aquí y allí. Por lo que se veía, el regicida era un juego muy popular en el asentamiento, y eso le convenía. Le proporcionaría un cierto grado de interés común con los habitantes del lugar, algo que podría aprovechar.

Ya casi se había tomado una tercera parte de la cerveza cuando, por fin, uno de los clientes le habló.

—Disculpad, maese. —Lo saludó e inclinó levemente la cabeza—. Soy Silas Cincade. ¿Puedo preguntaros si venís del rancho Tolliver?

Era un truco apenas disimulado para intentar pillarlo en una mentira, pero era exactamente lo que él quería.

—Me temo que no —le contestó con una sonrisa—. Me llamo Mendacs. Estoy… de paso.

—Ah, ya veo —respondió Cincade, aunque era evidente que no era así—. ¿Habéis llegado en un vehículo? Dispongo de un lugar donde mantenerlo a resguardo.

Mendacs captó el olor a aceite de motor que emanaba del individuo, y negó con la cabeza.

—Vengo caminando desde el asentamiento más cercano.

Cincade abrió los ojos de par en par.

—¿Desde Dos Seis? ¡Es toda una caminata!

—Dos Seis —repitió Mendacs con un gesto de asentimiento—. Así es. Y he llegado seco.

Cambió con discreción su acento. Abandonó la forma de hablar más suave y educada de un habitante del núcleo galáctico para imitar las vocales ásperas del acento del mecánico.

—Tengo que admitir que me ha dado bastante sed —añadió al mismo tiempo que alzaba la cerveza, y Cincade asintió con una sonrisa cómplice antes de pedir lo mismo

para él.

—Te quita el polvo de la garganta, es verdad.

Mendacs vio que los paisanos de Cincade, un individuo rechoncho, un joven y un hombre de aspecto avinagrado vestido con una camisa, estaban sentados alrededor de una mesa de juego y se esforzaban en no parecer interesados por el recién llegado.

—Me gustaría quitarme un poco de peso de encima —dijo, señalando las bolsas que llevaba—. Y me gustaría divertirme un poco a cambio.

—¿Una partida? —Cincade alzó una ceja—. ¿Sabe jugar a castillos?

Era una variante muy común del regicida anterior a los tiempos de la Gran Cruzada. Mendacs lo conocía muy bien, además de los trucos para ganar siempre, incluso con trampas.

—He jugado algo —contestó con un gesto de asentimiento.

Cincade ya se dirigía hacia la mesa.

—Tenemos una silla libre si quiere unirse a nosotros.

—Por supuesto.

Mendacs tomó su vaso y lo siguió.

>Al cabo de un par de horas se había dejado ganar un poco de dinero imperial y se enteró de lo que quería saber al ver la cara de Cincade y de sus compañeros cuando ofreció cubrir las pérdidas con un trono de oro. Dejó caer la moneda en la mesa y observó con atención los pensamientos que delataban sus rostros.

El individuo rechoncho, Prael, se creía algo parecido a una autoridad en cualquier asunto pero, en realidad, no era más que un tipo cargante, engreído y un tanto mojigato. Mendacs no creyó que los que se encontraban con él en ese momento se hubieran sentado a su lado si no se hubiese tratado de un asentamiento de pequeño tamaño, donde no tenían forma alguna de evitar su compañía ni las reacciones que hubiera provocado semejante desaire. El hombre de cara avinagrada, Kyyter, casi se relamió al ver la moneda, pero el joven, su hijo, mostró un tipo muy diferente de avaricia. Mendacs se dio cuenta de que el chico se mantenía retraído en presencia de los otros dos hombres y ansiaba conocer cualquier cosa que le resultara interesante.

Ya estaban charlando de forma amistosa, como si fueran buenos amigos que se conocieran desde hacía años. Tenía ese don. Era capaz de conocer a las personas con facilidad. Le resultaba tan fácil como respirar, y era hábil a la hora de llevar a los demás hacia lo que parecía simplemente una conversación educada y sin profundidad

alguna. En realidad, a la gente le encantaba hablar de sí misma, y a menudo lo único que hacía falta para que se lanzaran a ello era simplemente que alguien les diera la oportunidad y los animara.

Sólo el muchacho siguió haciéndole preguntas, y, tras un rato, Mendacs supo que había llegado el momento de que revelara un poco de su propio misterio.

—Viajo por todas las colonias que se extienden a lo largo del Dominio de las Tormentas. Soy un rememorador —le explicó. Miró fijamente al joven—. ¿Sabes lo que es eso, Leon?

El joven asintió con entusiasmo.

—Crean obras de arte para el Administratum. Documentan la gloria del Imperio.

—¿La gloria? —dijo Ames con una media sonrisa que no ocultaba el veneno de la pregunta—. No hay mucha de ella por aquí. Puedes creer lo que te digo.

—Con todo el respeto, no estoy de acuerdo —lo contradijo Mendacs—. Esos océanos dorados de grano, el azul perfecto de este cielo… Aquí hay mucha belleza, señor, y a los que caminan por los salones de Terra les vendrá bien saber que esto existe.

—¿Habéis… habéis estado en Terra? —le preguntó Leon, conmocionado ante aquella posibilidad.

Mendacs supo que ya tenía ganado al joven.

—Mi querido amigo, yo nací allí.

—¿De verdad? ¿Es como dicen que es? —le preguntó Prael.

Mendacs asintió con gesto solemne para aumentar la tensión dramática del momento.

—Es todo eso y más, maese Prael.

—¿Podría… podría hablarnos de ella? —quiso saber Leon, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante, pendiente de todas y cada una de sus palabras.

—¿Qué quieres saber?

—¡Lo quiero saber todo! —La emoción del joven se desbordó—. ¡Siempre he querido ver el sistema solar!

Mendacs le sonrió con benevolencia, e hizo un gesto de asentimiento más adecuado para incluir a los otros dos individuos.

—Tengo pensado quedarme aquí durante una temporada. Seguro que podré contar unas cuantas cosas.

La puerta de la taberna se abrió a su espalda, y la estancia se quedó en silencio de

nuevo durante un breve instante. Mendacs se volvió y vio a un hombre de aspecto muy serio que llevaba un casquete de mandarín y una túnica gris y que en ese momento estaba cruzando el lugar. La gente comenzó a dar la vuelta a las sillas para mirarlo de frente mientras se acercaba al bar.

—Oren Yacio —le explicó Ames—. Es el telegrafista del asentamiento. Trae las noticias semanales de los cables de comunicación.

—Éste es un buen lugar para emitirlas —comentó Prael—. Aquí no tenemos cables individuales que vayan a cada casa, no como en Dos Seis o en la capital. Además, tampoco es que haya otro sitio en el que pasar la noche bebiendo, ¿verdad?

—Resulta interesante —respondió Mendacs mientras observaba cómo Yacio introducía el grueso rollo de datos en una consola que se encontraba cerca del bar.

El telegrafista carraspeó para aclararse la garganta.

—Hoy llegan noticias del núcleo hasta la colonia agrícola de Virger-Mos II. Habla el Imperio.

Apretó uno de los mandos con un movimiento elegante de la mano y una voz artificial brotó de unos altavoces escondidos en el techo.

Mendacs se quedó sentado y en silencio, como todos los demás, mientras escuchaba el flujo continuo de propaganda favorable al Imperio.

—«Todo marcha bien. El traidor señor de la guerra se ve obligado a retroceder en todos los frentes. Hemos logrado victorias en Calth, en Mertiol y en Signus Prime. No hay nada que temer. El Emperador vencerá».

Mendacs sonrió mientras los veía escuchar con atención. En cierto modo, estaba decepcionado. Aquel lugar no representaría un desafío. Sería tan sencillo como en los demás sitios.

>Una vez terminó el rollo de datos, las conversaciones se centraron en el contenido de la emisión de noticias, y Mendacs observó que esas insensateces y mentiras desinformativas eran aceptadas como verdades incuestionables por todos los presentes en la taberna. Simuló estar cansado, y fue entonces cuando Ames mencionó que disponía de habitaciones para alquilar. Un par de tronos dorados más cerraron el trato, y el hombre carente de toda alegría le ordenó a su hijo que acompañara al rememorador hasta la casa-dormitorio.

Leon casi se cayó por su afán en llevar el equipaje de Mendacs, y juntos recorrieron la avenida principal. Era noche casi cerrada, y el aire era frío y vigorizante.

—Entonces, ¿allí sólo vivís tú y tu padre?

El joven asintió.

—La tos negra se llevó a mi madre hace un par de estaciones.

—Lo siento.

—Gracias. —Leon inclinó la cabeza. No quería hablar de ello—. ¿En qué parte de Terra nació? ¿Fue en Mérica, o en Hy-Brasil? ¿En Bania?

—¿Conoces las montañas Atalánticas? Me crié en un pueblo muy parecido a esto, aunque el paisaje era muy diferente.

Era una verdad poco común en su arsenal de mentiras, pero también era cierto que aquellos detalles siempre constituían una base sólida para una convincente personalidad falsa.

—¡Sí, las conozco!

Leon empezó a hablar de las grandes llanuras que formaban el fondo de los océanos secos mucho tiempo atrás y de las montañas que las dividían por la mitad, y lo hizo con el entusiasmo propio de un devoto del tema. Repitió de memoria descripciones enteras, y Mendacs se imaginó que el chico estaba recordando las páginas de los libros de pictografías que habría leído ya un centenar de veces. Luego prosiguió con un bombardeo continuado de preguntas que duró todo lo que tardaron en recorrer el camino hasta la casa-dormitorio. ¿Había estado alguna vez en la Luna? ¿Y en la Ciudad de los Suplicantes? ¿Qué sensación se tenía al contemplar el Palacio Imperial? ¿Había visto alguna vez a un marine espacial?

—He estado en presencia de las legiones astartes. —Incluso frente a un primarca, aunque eso no lo dijo—. Son igual que dioses de la guerra convertidos en seres de carne y de metal, terribles y hermosos.

A Leon se le escapó una exclamación ahogada de asombro.

—A mí también me gustaría verlos.

—¿Estás seguro? —le preguntó Mendacs mientras entraban en la casa-dormitorio —. Allá adonde van, los sigue la guerra. Para eso los crearon.

Decidió que el chico sería su barómetro. Gracias a él sería capaz de tomarle la medida al estado de ánimo de la comunidad, y por extensión, de toda la colonia.

El joven tragó saliva con dificultad.

—He leído mucho sobre ellos. Me pregunto… —empezó a decir, pero se calló repentinamente al mismo tiempo que se detenía delante de la puerta del dormitorio.

—¿Qué es lo que te preguntas? —quiso saber Mendacs mientras tomaba la llave

que Leon le ofrecía.

El joven inspiró profundamente.

—¿Cómo es posible que se peleen entre ellos? Hermano contra hermano… ¡No tiene sentido!

—Lo tiene para Horus Lupercal.

El nombre hizo que, literalmente, Leon se encogiera un poco.

—¿Cómo es posible? —repitió—. ¿Qué locura es la que ha dividido a las legiones y hace que se ataquen unas a otras? Llevamos más de dos arios de conflicto, y esta guerra civil no parece que vaya a llegar pronto a su fin. Ni siquiera aquí, tan lejos, dejan de llegar las noticias sobre la guerra. —Negó con la cabeza—. ¡La matanza de Istvaan y todo lo que se produjo a continuación sólo puede ser obra de alguien que se ha convertido en un demente!

Mendacs tomó las bolsas de viaje y entró en su dormitorio.

—Yo ni siquiera me atrevo a imaginármelo. No intentes comprender los pensamientos y las razones de los guerreros de las legiones astartes. No son como nosotros, Leon. —Sin que lo pretendiera, un extraño tono de sinceridad tiñó su voz —. Se encuentran a un nivel que supera nuestra simple y primitiva humanidad.

>Cerró la puerta del dormitorio y se quedó en silencio, escuchando, hasta que estuvo seguro de que el muchacho se había marchado. Luego pasó otra hora moviéndose por la estancia a la luz de las lámparas y con un auspex en la mano. Dejó que el artefacto buscara en el aire indicios de ondas electromagnéticas, huellas termales o cualquier otra señal que indicara la presencia de un artefacto de escucha. Mendacs sabía que no encontraría nada, pero era una buena práctica hacer aquel barrido de todas maneras. Después de todo, seguir los hábitos y las costumbres que dictaba el espionaje era lo que mantenía con vida a individuos como él.

Colocó el equipaje y la ropa en su sitio y se acomodó en la estancia. En realidad, era un alojamiento mucho mejor de lo que se esperaba, modesto pero confortable. Reconoció los detalles propios de una mano femenina, que ya se habían empezado a descuidar. Un resto de la influencia de la madre muerta.

Una vez se sintió preparado, Mendacs abrió la más pequeña de las bolsas de viaje y soltó los delgados paneles que ocultaban su verdadero contenido. Pulsó un control cristalino y activó los sistemas del aparato para que quedaran en modo de encendido continuo. Los programas cogitadores autónomos del interior de los mecanismos

realizarían una serie de pruebas para asegurarse de que la unidad se encontraba en perfecto estado operativo, pero Mendacs no esperaba encontrarse problemas. La unidad era extremadamente resistente.

Mendacs se abrió la túnica mientras el artefacto emitía una serie de sonidos repiqueteantes y sacó una pequeña varilla de vigilancia que llevaba oculta en un bolsillo interior. Luego la desconectó del micrófono que llevaba incorporado en la manga de la túnica. Abrió un panel con forma de disco de la varilla para manipular la grabación y dejarla lista para una transferencia. Tenía grabada toda la emisión de Yacio, con la voz y la plantilla grabada al detalle, casi a la perfección. Una vez acabó de trabajar con la unidad, insertó la varilla en una conexión de datos y dejó que la grabación se transfiriera.

El interior de la bolsa de viaje era todo un sistema de matrices microelectrónicas y cristalográficas. Era capaz de llevar a cabo muchas funciones: comunicador de voz, emisor tanto de banda ancha como de banda estrecha, anulador de frecuencias, contramedidas, simulación, rastreo de datos y mucho más. Dudaba mucho que ninguno de los habitantes de Virger-Mos II fuera capaz ni por asomo de comprender el verdadero potencial de aquel aparato. Aquel tipo de tecnología estaba prohibida incluso en los mundos del núcleo, y era tremendamente difícil de encontrar.

La varilla emitió un leve tintineo y la retiró, para después desplegar una pequeña pantalla en el interior de la bolsa de viaje y examinar las ondas de la voz generada de forma artificial. Mendacs se quedó observando durante unos momentos el entramado de diferentes longitudes de onda del mismo modo que un artista contemplaría el lienzo en blanco antes de dar la primera pincelada.

Se detuvo unos instantes. Hacía un intenso calor seco, y tardaría bastante en realizar la tarea que tenía por delante. Se quitó la túnica y se remangó la camisa interior que llevaba puesta para ponerse cómodo antes de tomar una varilla de escribir.

Si hubiera habido alguien con Mendacs en esa estancia, quizá habría tenido un fugaz vistazo de un icono que llevaba tatuado en la parte interior del antebrazo. Se trataba de un símbolo grabado en tinta verde, el de la hidra mitológica, con la cola alzada y tres cabezas echadas hacia atrás en un gesto de desafío amenazante.

+++ Emisión más once horas [Solar] +++

En las llanuras se estaba formando una tormenta de polvo, y aunque estaba demasiado lejos de Cuarenta y cuatro como para causar daños, el borde de la misma ya estaba afectando a la zona exterior del asentamiento. El cielo se oscureció y las oleadas de gravilla repiqueteaban por las calles.

Algunos de los habitantes del lugar que se habían reunido en el exterior de la estación de telégrafo ya llevaban gafas protectoras y máscaras colgando del cuello, dispuestas para ser utilizadas en cualquier momento. Otros ya se las habían puesto. Además de las máscaras, muchos portaban sin disimulo una gran cantidad de armas diferentes. En su mayor parte se trataba de rifles de pequeño calibre y escopetas que se utilizaban para mantener a raya la población de roedores del grano. Algunos empuñaban herramientas de granja, aunque no estaba claro de qué clase de enemigo esperaban tener que defenderse con aquellas armas. Más bien se trataba de que las armas tranquilizaran a aquellos que las empuñaban y no de que resultaran útiles en un combate.

Dallon Prael poseía lo único que se podía considerar un arma «moderna», y eso si se utilizaba el término en el más amplio de los sentidos. El rifle láser de cerrojo que empuñaba con fuerza tenía más de ciento cuarenta años de antigüedad, y había pasado a formar parte de las propiedades de la familia gracias a un tatarabuela que había servido de forma meritoria en el Ejército Imperial. La reliquia brillaba bajo la luz de las farolas, y el individuo rechoncho la empuñaba como si fuera un objeto que le proporcionase alguna especie de rango superior.

El asentamiento Cuarenta y cuatro nunca había tenido un alguacil. Jamás hubo necesidad de ello. El agente de la ley de Cero Uno pasaba una vez cada periodo lunar. Sin embargo, Prael se consideraba a sí mismo un representante de la justicia, como si el hecho de poseer aquel rifle lo convirtiera precisamente en un agente de la ley.

Miró a Ames Kyyter, que respondió a su mirada con la expresión avinagrada de siempre y con los brazos cruzados. El propietario de la casa-dormitorio hizo un gesto hosco de asentimiento.

—¿Nos hemos reunido aquí para algo en concreto? —preguntó.

Prael miró a su alrededor. Nadie había realizado llamamiento alguno, pero la mayoría de los habitantes del asentamiento se habían reunido en aquel lugar. Se veían caras procedentes de prácticamente todas las familias que vivían en la demarcación. Todos estaban hablando de aquellas familias que no tenían ningún miembro presente,

y habían comenzado a cuestionar su ausencia. Después de todo, si no aparecías, era sin duda porque ocultabas algo. Era que tenías miedo de ponerte en un bando u otro.

Nadie había cometido todavía la estupidez de golpear a un conciudadano, o de amenazarlo con un arma, pero ese momento estaba cada vez más cerca. Los desacuerdos se volvían más acalorados, y las discusiones apasionadas se convertían en un rabioso intercambio de invectivas. Prael se mantuvo a la escucha, y sólo interrumpió las conversaciones cuando estuvo convencido de que tenía la razón y de que lo más probable era que se mostraran de acuerdo con él. Las discusiones mostraron que había dos puntos de vista opuestos entre sí. En vez de tratar de conseguir un consenso, aquella reunión ciudadana improvisada hacía más grandes las diferencias entre los habitantes del lugar.

Si era cierto que el Emperador había muerto, decían algunos, ¿qué significado tenía aquello para la gente de la colonia, para los del asentamiento? ¿Qué significaría de verdad?

Prael no albergaba duda alguna de que el mensaje era auténtico. Después de todo, existían sistemas desplegados a lo largo de las líneas de comunicación que se aseguraban de que las señales astropáticas procedentes del sistema solar y de los mundos del núcleo del Imperio fueran inmunes a las distorsiones. Otras emisiones habían informado de aquello, y él creía que era cierto. No necesitaba saber cómo funcionaban esos sistemas, tan sólo que existían. Aunque le disgustaba el tono religioso de la palabra, tenía fe en ello.

El mensaje decía que el Emperador había muerto, por lo tanto, estaba muerto. ¿Y a qué conclusión llevaba aquello a un individuo como Dallon Prael? Horus a esas alturas, ya estaría sentado en el trono de Terra reuniendo las fuerzas de su nuevo imperio. Todos conocían los relatos sobre los planetas arrasados hasta quedar convertidos en cenizas por atreverse a mostrar la más mínima sombra de desafío al señor de la guerra, como había ocurrido en los planetas de las Estrellas Taebianas y otros subsectores cercanos, abrasados y convertidos en orbes de roca sin vida.

Algunas voces insistían en que debían someterse al nuevo orden, que era lo más inteligente y lógico que podían hacer. Querían izar la bandera del señor de la guerra, que se viera el Ojo de Horus en todos y cada uno de los mástiles. ¿Qué otro modo tenían de salvarse si no era declarando de inmediato su lealtad al nuevo Imperator Rex? Si no lo hacían, cuando llegaran las legiones astartes, los pasarían a cuchillo en masa.

Otros mostraban repugnancia ante semejante idea. Después de todo, estaban en un planeta imperial. Lo habían fundado Terra y el Emperador, y había cobrado vida gracias a la voluntad imperial, a partir del sudor de ciudadanos imperiales y puesto al servicio del Imperio de la Humanidad. Un mundo leal poblado por colonos leales debía despreciar y mostrar su odio a un asesino traidor como Horus Lupercal.

Prael escuchó los argumentos a favor y en contra que se cruzaban de uno a otro bando, y se contuvo para no hablar. El sistema Virger-Mos se encontraba muy lejos de Terra, estaba tan aislado en un sector tan remoto que apenas formaba parte del Imperio. Sólo de nombre y por costumbre. Se atrevió a hacerse a sí mismo una pregunta: ¿es que acaso importaba todo aquello?

¿Qué le importaría a un mundo como el suyo quien gobernaba en la lejana Terra? ¿Horus o el Emperador? ¿Qué diferencia representaría para ellos? Seguirían cultivando grano, cosechándolo para exportarlo, seguirían naciendo y afanándose por sobrevivir y morir bajo la sombra del Gancho Estelar. El único cambio sería el color de las banderas y la voz de las emisiones de noticias.

Entonces, ¿así de débil era su lealtad? ¿Era la lealtad de una simple colonia hacia su mundo natal tan frágil y carente de sentido que se podía romper con unas cuantas luces en el cielo y la amenaza fantasmal de un castigo?

—¡No podemos echarnos patas arriba en el suelo como si fuéramos perros! —Prael se sobresaltó a sí mismo al decir lo que pensaba en voz alta. Los ojos se le empañaron de lágrimas ante la fuerza de aquella emoción, a la que había dado rienda suelta de forma tan brusca—. ¿Tan débiles somos?

—¡No es debilidad, es pragmatismo! —le replicó Ames Kyyter con voz furibunda, y un puñado de asistentes le mostró su apoyo con gestos de asentimiento—. ¡Para nosotros no representa diferencia alguna quién tiene el culo sentado en el Trono de Terra! Tendremos que pronunciar un juramento de lealtad diferente, ¿y qué? ¡Al menos seguiremos con vida! ¡No pienso perder todo lo que tengo en nombre de alguien a quien jamás he visto, alguien que ni siquiera sabe que este planeta existe!

Prael dio un paso amenazante hacia Ames.

—¡No lo entiendes! Puede que ni siquiera se trate de Horus. ¿No te has parado a pensarlo? —le replicó a su vez—. ¡Puede que sean los restos de las tropas leales al Emperador, que han decidido desembarcar aquí!

La puerta de la oficina de telégrafos se abrió de golpe a sus espaldas, y Oren Yacio salió a la calle con movimientos casi espasmódicos. Tenía el rostro pálido, casi blanco,

y todavía llevaba en las manos el complejo aparato de escucha que utilizaba mientras trabajaba en la consola telegráfica. Un cable suelto le colgaba a la espalda, procedente de un implante que tenía en la nuca.

Nadie dijo una sola palabra mientras Yacio bajaba los peldaños que llevaban a la calle, con el rostro blanco y cubierto de sudor. El único sonido que se oía era el repiqueteo y el zumbido de los cables que corrían por encima de sus cabezas, sacudidos por las ráfagas de viento procedentes de la lejana tormenta.

El telegrafista habló por fin, y alzó la voz para hacerse oír:

—Hoy llegan noticias… llegan noticias a la colonia agrícola… —Se esforzó por mantener un tono de voz profesional mientras hablaba, pero no lo logró. Tragó saliva y comenzó a hablar de nuevo, esta vez dejando a un lado por completo todo aire de formalidad—. Ha llegado un mensaje fragmentado por el cable. Ha llegado por partes, y me ha llevado muchas horas reconstruirlo por completo. Son informes esporádicos procedentes de Cero Nueve, Uno Cinco y la capital.

—Las cápsulas de desembarco. ¿Son los Hijos de Horus? —preguntó una mujer.

Detrás de aquélla llegó una tormenta de preguntas, y Yacio movió las manos con energía delante de él al mismo tiempo que alzaba la voz:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Escuchadme todos! —Estaba temblando a pesar del calor de la noche—. Es mi deber comunicaros que su señoría, maese Lian Toshack, gobernador imperial elegido para la colonia de Virger-Mos, se ha quitado la vida en sus propias estancias hoy mismo. Existe… existe cierta confusión sobre lo que se debe hacer ahora.

Una oleada de conmoción recorrió al gentío congregado. Prael no dijo nada, pero no dejó de manosear con dedos sudorosos el rifle láser de cerrojo. Toshack había preferido suicidarse antes que hacer frente a la invasión. ¿Cuántos más harían lo mismo al sentirse tan aterrorizados por el señor de la guerra que ni siquiera serían capaces de soportar la idea de hacer frente a sus legiones?

—Hay más —añadió Yacio, sobrecogido ante la importancia de las noticias que le habían llegado—. Otros asentamientos transmiten informes sin confirmar de… de avistamientos. —Se pasó la lengua por los labios—. Se han visto figuras con armaduras gigantescas avanzar de un asentamiento a otro. Los asentamientos que han enviado esos informes han desaparecido de la red de comunicaciones poco después.

—Marines espaciales —musitó Ames—. ¡Trono y sangre, están aquí de verdad! —Asintió para sí mismo con la solemnidad fúnebre de una persona que se encontrara

delante del cadalso donde lo iban a decapitar—. Lo sabía.

—¡No! —gritó Prael—. ¡No, no lo sabemos con certeza! —Agarró al telegrafista por el brazo—. Has dicho «sin confirmar». Eso significa que puede tratarse de algún error, o de…

—¡Abre los ojos! —le gritó a su vez la mujer—. ¡Nos invaden, idiota!

Sus palabras provocaron el mismo efecto que una cerilla encendida en un montón de leña seca, y todo el mundo en la calle comenzó a gritar y a chillar.

El pánico golpeó a Prael como si fuera algo físico, y sintió que las esperanzas de los habitantes del asentamiento se derrumbaban. Supo que si no actuaba en ese preciso instante, todo el asentamiento se vendría abajo. Se subió con un gruñido de esfuerzo al capó de un camión aparcado y movió el rifle láser en alto con energía mientras inspiraba profundamente para llenarse los pulmones de aire.

—¡Escuchadme todos! —aulló, y eso atrajo la atención de todo el mundo—. He vivido toda mi vida en este lugar, lo mismo que todos vosotros, ¡y por lo que a mí se refiere, Horus Lupercal se puede ir a tomar por saco! —Agitó de nuevo el rifle al mismo tiempo que encontraba una nueva fuerza de voluntad en su interior—. ¡Prefiero morir antes que permitir que ese cabrón traidor y sus hijos de puta rebeldes me arrebaten mi hogar! ¡Prefiero arder que rendirme!

Aquel arranque de oratoria directa y llena de energía le valió un coro desigual de vítores por parte de aquellos que pensaban lo mismo que él, pero todavía quedó un grupo numeroso de personas que lo miraron y se burlaron de sus palabras.

Y en ese preciso instante, desde su ventajosa posición elevada, Prael vio que algo se acercaba. Eran unas luces que se movían arriba y abajo mientras avanzaban, a las que seguía el sonido de un motor. Algo grande y oscuro apareció silueteado por la tormenta, que se dirigía hacia ellos por la avenida principal del asentamiento.

—¡Son ellos! ¡Ya están aquí! —gritó una voz.

El gentío se dispersó de inmediato. Algunos casi se cayeron al tropezar con los demás en su prisa alocada por huir, mientras que otros se apresuraron a colocarse detrás cualquier cosa que les proporcionara cierta protección.

Movió las manos de forma automática e inconsciente. De repente, Prael se dio cuenta que tenía la culata del rifle apoyada contra el hombro y que estaba mirando a través del punto de mira de hierro del arma. El entrenamiento recibido y los días que había pasado cazando alimañas con el lanzaproyectiles volvieron a su mente. El viejo rifle láser se activó y notó cómo se calentaba al quedar preparado para disparar. Ya

tenía el dedo en el gatillo.

Las siluetas oscuras se acercaban más y más, a lomos de una enorme ráfaga cargada de polvo. Prael se preguntó qué habría allí fuera, detrás de esas luces. ¿Un tanque con su blindaje, quizá un vehículo todoterreno? A lo mejor se trataba de guerreros de una legión astartes que caminaban en fila. Había oído decir que era un truco que utilizaban para ocultar el número de atacantes.

—¡Prael! —Era Ames quien le gritaba al mismo tiempo que intentaba que bajara del capó del camión—. ¡Quítate de ahí, imbécil descerebrado! ¡Vas a hacer que nos maten a todos! ¡Suelta ese puñetero rifle antes de que te vean!

Dallon Prael había querido ser algo durante toda su vida. Ser algo más que un simple encargado de una instalación solar, conseguir que su vida tuviera un sentido. No, quería todavía algo más que eso. Quería ser un héroe.

Tensó más el dedo alrededor del gatillo. Sería un héroe. Aunque tuviese que morir en el intento. Daría una lección a esos invasores.

El rifle láser de cerrojo disparó un rayo de intensa luz roja al que acompañó el chillido del aire hendido. El disparo dio de lleno en el punto donde Prael estaba apuntando.

Dejó escapar una bocanada de aire, y de repente se sintió mareado. Esperó la respuesta del enemigo. Esperó y esperó.

El viento y el polvo siguieron soplando por doquier y le pasaron por encima con el chasquido propio de la gravilla. Prael se bajó tambaleante para avanzar sin dejar de apuntar hacia su primer objetivo. Un humo acre llenaba el aire, y le llegó el olor a carne quemada.

Se detuvo en seco y se dio cuenta de que estaba mirando el cadáver de Silas Cincade. El cuerpo había salido disparado de la motocicleta de tres ruedas, que se había quedado parada con el motor encendido. Más de una cuarta parte de la cara del mecánico era un simple trozo de carne ennegrecida. El rayo láser le había impactado justo por encima del ojo derecho.

Prael comenzó a temblar, y el rifle se le cayó de los dedos sin fuerza.

>Al final le correspondió a Yacio encargarse de que existiera algo parecido a una cierta organización. Mientras Prael se derrumbaba y sollozaba como un niño, el telegrafista ordenó a los habitantes allí reunidos que buscaran todo aquello que se pudiera utilizar para levantar barricadas en las calles de salida y entrada a Cuarenta y

cuatro. Todos obedecieron, más que nada por la necesidad de sentir que estaban haciendo algo que tenía sentido en vez de quedarse a la espera de que les llegara la muerte.

Se llevaron el cuerpo de Cincade, y alguien se encargó de quitarle el rifle láser a Prael. El mecánico había viajado hasta Cero Uno en busca de información, y ya no sabrían jamás de lo que se había enterado. De todas maneras, la mayor parte del asentamiento ya había asumido que Silas había muerto. Pensaban que los invasores que merodeaban por los campos lo habrían matado antes siquiera de que lograse llegar a la capital que se hallaba más allá del horizonte.

Yacio les advirtió que las legiones astartes llegarían hasta allí, sin duda alguna. Era algo inevitable. El Gancho Estelar se encontraba en aquel asentamiento, y eso lo convertía en un objetivo táctico. Tenían que protegerlo, ya fuera de un ejército invasor dispuesto a reclamarlo para sí como de una brigada de defensores dispuesta a negarle su posesión a un dictador inmisericorde. Aquel montacargas espacial era lo único que tenían que quizá los ayudaría a mantenerse con vida.

Lo que más preocupaba a Oren Yacio era la cuestión de qué harían cuando por fin supiesen con certeza quién había desembarcado en Virger-Mos, si las fuerzas del Emperador o las legiones de Horus.

«¿Acaso realmente importaba?».

+++ Emisión menos dos semanas [Solar] + + +

El título del libro era Insignum Astartes: uniformes y distintivos de los marines espaciales. Era un tomo en el sentido tradicional de la palabra. No se trataba de un libro pictográfico que se pudiera leer en una placa de datos, sino de un objeto físico impreso en plaspapel, como los que siempre le habían gustado a su madre.

Leon siempre tenía gran cuidado al manejarlo, ya que la encuadernación era antigua y las páginas se despegaban un poco allí donde el adhesivo que las mantenía unidas se había vuelto amarillento hasta convertirse en polvo.

Contempló las imágenes de tonalidad apagada por el paso del tiempo de aquellos guerreros cubiertos con armaduras, tomadas por pictógrafos o directamente pintadas, en las que se los veía caminar por los campos de batalla igual que si fueran los míticos señores de la tormenta. Se sabía de memoria cada imagen, cada sombra, cada trazo, cada pincelada de color. Se sabía de memoria todo el texto del libro. Las páginas ya desgastadas mostraban los detalles de los emblemas de las distintas legiones, sus estandartes e insignias, los elementos históricos básicos de cada legión astartes y sus doctrinas de combate. El libro desprendía un olor a solemnidad y a historia. A los pies tenía bocetos dibujados a mano que estaban repletos de detalles minuciosos, pintados sobre trozos del papel utilizado en la carnicería, y que se apilaban en montones desordenados al lado de la cama.

Los bosquejos de Leon eran rudimentarios comparados con las ilustraciones del libro, pero seguía esforzándose al máximo con ellos. Las mejores piezas de su obra, las pocas que se podían considerar así, estaban colgadas de las paredes de su pequeño y estrecho dormitorio, junto a los recortes amarillentos de los noticieros y las páginas que había guardado de los panfletos que repartían las autoridades coloniales. El resto de sus libros y de cilindros de datos se encontraban en las estanterías de plástico que se extendían a lo largo de la pared de la cama. Competían por el espacio disponible con la colección de figuritas, algunas de metal y pintadas con colores muy vivos, y otras hechas a partir de trozos de madera que Leon había tallado con sus propias manos. La habitación del joven era, a su modo, un lugar dedicado a los grandes sueños del Emperador y de sus guerreros, a su gloria y a la gloria de la humanidad.

El puesto de honor lo ocupaba un cilindro de bronce de bordes gruesos, que había pulido hasta tener un brillo impecable: el casquillo de un proyectil de bólter. Dejó el libro a un lado y alargó la mano para cogerlo entre el pulgar y el índice. Lo giró para que destellara bajo la luz. Leon se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía,

dónde había acabado el proyectil del que había formado parte. Intentó imaginarse la punta explosiva y los daños que habría provocado al impactar. «¿Quién murió por su culpa?», se preguntó en silencio. Se esforzó por imaginarse a sí mismo en ese instante, mirando mientras el proyectil acababa con la vida de un enemigo del Imperio.

La puerta de su habitación se abrió de repente y Leon se irguió sobresaltado, arrancado de golpe de su ensoñación. Había estado tan concentrado en sus propios pensamientos que no había oído acercarse a su padre. Como siempre, éste ni siquiera se había molestado en llamar a la puerta antes de entrar.

Ames vio de inmediato el casquillo que Leon tenía en la mano, y la expresión de su rostro se agrió todavía más.

—Veo que estás muy ocupado.

León se sonrojó y se sintió estúpido.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras manoteaba con el casquillo.

No sabía dónde ponerlo. El individuo que se lo había vendido le había puesto un precio muy alto, y Ames le había propinado una paliza al enterarse de todo el dinero que había «malgastado», pero el casquillo había salido despedido por la ranura de eyección del bólter de un marine espacial, y poseerlo hacía que Leon Kyyter se sintiera unido de algún modo a la hermandad de guerreros de la que hablaban los libros.

—No vale nada, lo sabes, ¿verdad? —El padre de Leon señaló el cilindro de bronce—. Probablemente, alguno de esos idiotas del Ejército Imperial se tropezó con eso en el barro al darle con una bota, y eso ya es decir mucho. Ese casquillo jamás ha estado ni a un año luz de un marine espacial.

Ames miró a su alrededor con gesto de desaprobación, como siempre hacía cuando entraba en la estancia. Leon se mantuvo en silencio. No le importaba lo que dijera su padre. Para él, el casquillo era genuino, y eso era lo único que le importaba.

—Jamás entenderé por qué aprecias tanto todo… —Soltó un bufido burlón al ver los sencillos dibujos clavados a las paredes y las figuras de metal—. Todo esto. —La voz de su padre se cargó de amargura—. Los marines espaciales, el Emperador, todos ellos… A ellos no les importas tanto como ellos te importan a ti. Terra no piensa nunca en Virger-Mos o en la gente que vive aquí. No dejo de preguntarme cuándo vas a madurar y a darte cuenta de eso.

Leon siguió sin contestarle. No quería repetir las discusiones inútiles que habían librado más de un centenar de veces.

Ames dio unos golpecitos con un dedo en una imagen del Palacio Imperial que

Leon había recortado de un panfleto. Los bordes se estaban curvando ya hacia dentro.

—Sé que crees que un día verás todo esto en persona, pero tarde o temprano tendrás que darte cuenta de que no va a ser así. Es una fantasía, hijo. Naciste aquí, y aquí morirás, y el Imperio seguirá su marcha sin ti. No le importará que desaparezcas.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Leon por fin.

Su padre frunció el entrecejo y se dio la vuelta.

—Haz algo útil. Lleva los restos de la cocina al incinerador.

Leon esperó hasta que su padre salió, y entonces colocó el casquillo de nuevo en su sitio. Dejó la copia del Insignum Astartes en la estantería, donde recibiría la presión de los demás libros para quedar bien cerrado y estaría seguro, y luego se dirigió a regañadientes a cumplir la tarea que su padre le había encomendado.

>Cruzó la pequeña parcela de hierba cubierta de polvo que se extendía en la parte posterior de la casa-dormitorio y se dirigió hacia la bocacha del incinerador que sobresalía del suelo, ya que se trataba de una instalación subterránea. Abrió la portilla de una patada. Leon había dejado que su mente divagara, y se imaginó que se encontraba en Terra, que paseaba por los corredores del Palacio Imperial, pero el hedor del incinerador le llegó a la nariz y aquella agradable ilusión se esfumó. Torció la boca en una mueca de asco mientras vertía el cubo de restos en el tubo de recogida, y dejó que el incinerador cumpliera su parte de la tarea.

Alzó la vista hacia el Gancho Estelar por pura costumbre. A aquella hora del día, la sombra provocada por la luz del sol caía directamente sobre la casa-dormitorio.

Leon vio a maese Mendacs sentado en la hierba con las piernas cruzadas. A su lado, en el suelo, había una cantimplora y una bolsa de lona. El rememorador estaba utilizando un punzón electrónico sobre una pantalla pictográfica. Se dio cuenta de la presencia del joven y le sonrió levemente al mismo tiempo que le indicaba con un gesto que se acercara. Dejó el cubo y se limpió las manos en el pantalón.

—Le pido disculpas, maese Mendacs —dijo Leon a modo de saludo cuando estuvo un poco más cerca—. Huelo un poco mal, por los restos de comida de la cocina. Los estaba tirando.

Mendacs hizo un gesto de asentimiento.

—No se nota. ¿Estás bien, Leon?

—Sí, bastante bien. —Señaló con un gesto de la barbilla la pantalla que Mendacs sostenía en la mano—. ¿Qué hacéis aquí?

—Míralo tú mismo.

Mendacs le ofreció el artefacto, y Leon lo tomó con mucho cuidado, procurando no tocar ninguna de las teclas o de los botones situados al lado de la pantalla pictográfica.

En el centro de la pantalla se veía una imagen a medio terminar, un boceto del asentamiento desde la ligera elevación sobre la que se encontraba la casa-dormitorio. La torre que formaba el Gancho Estelar dominaba todo el dibujo.

Leon sintió una leve punzada de envidia. La habilidad que Mendacs poseía para dibujar se encontraba en un nivel muy superior al de los burdos intentos del joven. Incluso aquella obra incompleta hacía que sus dibujos parecieran simples garabatos.

—Es impresionante.

—Quizá sirva como base de una pintura digital —comentó Mendacs sin darle mayor importancia—. Ya lo decidiré una vez lo acabe.

Al ver que Leon no contestaba, la expresión del rostro del rememorador cambió, y frunció el entrecejo. El joven tuvo la impresión de que la mirada tranquila y penetrante del rememorador lo atravesaba de parte a parte, y quiso apartar los ojos.

—Tu padre… —Mendacs se calló un momento mientras buscaba las palabras apropiadas—. Tu padre no parece apreciar mucho el arte.

Leon asintió con gesto sombrío.

—Así es.

—Pero tu madre sí, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabéis?

Mendacs sonrió.

—Porque tú sí que lo aprecias, Leon, y porque todavía quedan trazas de su carácter en la casa. —De repente, se calló con gesto de preocupación—. Te pido disculpas. Hablo de lo que no sé.

Leon negó con la cabeza.

—No, no. Tenéis toda la razón. —El joven dejó escapar un suspiro—. Me gustaría tener el talento que poseéis, pero no es así.

—Estoy seguro de que todas tus habilidades están más que compensadas entre sí —le contestó con amabilidad el rememorador.

—No es lo que piensa mi padre.

Mendacs lo observó con atención.

—Los padres y los hijos siempre mantienen una relación algo tensa. Eso es algo

que existe a lo largo y ancho de toda la galaxia. Uno tira del otro… El otro se rebela, lo desafía… El padre se esfuerza por mantener el antiguo orden de las cosas, muchas veces de un modo que va contra lo razonable.

—No nos entendemos en absoluto —suspiró Leon—. Él cree que el Imperio no nos hace ningún caso por estar aquí, en la periferia. Dice que estamos demasiado lejos, que no se puede llegar hasta nosotros. Ni Terra ni nadie.

—Eso tiene tanto de cierto como de equivocado, pero supongo que maese Kyyter no quiere oír nada parecido —le contestó Mendacs. Luego se inclinó hacia Leon—. ¿Crees que tu padre tiene razón?

—No —respondió el joven de inmediato. Comenzó a indignarse poco a poco—. Él no ve lo mismo que yo. Está ciego, demasiado anclado en su propia realidad, y quiere que yo opine lo mismo que él. He intentado que vea las cosas del mismo modo que las veo yo, pero no quiere ni oír hablar del tema. Cree… —El joven se calló un momento—. Cree que me estoy volviendo contra él.

—Un traidor a tu familia —dijo Mendacs sin emoción alguna—. Es extraño, ¿verdad? Lo cerca y lo lejos que están al mismo tiempo los padres y los hijos. —Se calló un momento y apartó la vista—. ¿Crees que Horus Lupercal sentía algo parecido a lo que tú sientes ahora mismo, Leon?

—¿Qué? —La pregunta fue involuntaria, y Leon se sintió incómodo tras hacerla —. ¡No! Quiero decir que… —Se calló y movió la cabeza en un gesto negativo—. El Emperador y los primarcas no son como nosotros.

La idea le pareció ridícula.

—¿No? —Mendacs retomó el dibujo, y deslizó el punzón a lo largo de la pantalla mediante pequeños movimientos precisos—. Incluso aquellos que trascienden su humanidad no pueden dejar atrás sus raíces. Los lazos que forman la familia, la hermandad, la paternidad… siguen existiendo en ellos. No pueden huir de semejantes verdades. —El rememorador se volvió para mirarlo—. Lo mismo que tú, Leon. Es algo a lo que todos debemos enfrentarnos. La cuestión es: ¿desafiaré a mi padre?

—La rebeldía del señor de la guerra ha acabado costando la vida de millones de personas —barbotó Leon.

Mendacs volvió a apartar la mirada.

—Toda elección debe pagar un precio.

+++ Emisión más veintidós horas [Solar] +++

Leon se sentó al lado del alféizar, con las luces de la casa apagadas, y se esforzó por oír lo que ocurría. Desde el asentamiento le llegaban con claridad el ruido de los cristales rotos y el eco del chasquido de los disparos. Se sintió vacío por dentro mientras contemplaba las columnas de humo negro que se elevaban hacia el cielo nocturno. El débil resplandor de los incendios era visible a través de los huecos de los callejones. Supuso que el almacén principal estaba ardiendo, pero no se le ocurrió ningún motivo para que alguien quisiera prenderle fuego.

Habían pasado horas desde que su padre se marchara, no sin antes ordenarle que no saliera de la casa-dormitorio bajo ningún concepto. Ames no sabía que su hijo le había visto sacar el revólver que guardaba en el sótano y metérselo en la cintura antes de marcharse. Leon se esforzó en comprender qué podría significar aquello. ¿Para qué iba su padre a necesitar un arma? A menos que supiera que Cuarenta y cuatro se encontraba en peligro. ¿O habría otra razón? ¿Otra clase de amenaza?

Leon se retorció las manos y miró a su alrededor, al interior de su habitación. La débil luz lanzaba sombras sobre sus dibujos e imágenes. Quería hacer algo, pero en realidad no sabía qué. Ninguno de sus libros o de las pictografías le proporcionaba una respuesta.

Fue entonces cuando oyó que la puerta principal de la casa se cerraba. Parpadeó sorprendido y se asomó por la ventana. Aquello era algo raro. ¿Acaso habría regresado su padre?

En vez de eso, lo que vio fue una silueta que se movía por los lugares hasta donde no llegaba la luz procedente del asentamiento mientras se alejaba de la casa-dormitorio. La figura avanzó con cuidado procurando mantenerse en las sombras, sin acercarse en ningún momento a la luz.

Sólo podía tratarse de Mendacs. Sin embargo, su huésped se movía de un modo que Leon jamás había visto antes. Casi tuvo la impresión de que hasta su lenguaje corporal había cambiado de un modo muy sutil. El joven se dejó llevar por un impulso que no llegó a comprender y se puso en pie para seguirlo.

>La ruta que siguió el rememorador lo llevó por las afueras del asentamiento, y puesto que había pasado toda su vida en aquel lugar, Leon no tardó en darse cuenta de hacia dónde se dirigía Mendacs. Los callejones y atajos que el rememorador tomaba

formaban parte del mapa del mundo personal del joven, unos lugares por los que había corrido cuando era un niño y donde había jugado a la Gran Cruzada con sus amigos.

Mendacs se dirigía hacia la base del Gancho Estelar, y la ruta que seguía evitaba todos los puntos donde se había reunido algún grupo de habitantes de Cuarenta y cuatro. Leon se mantuvo a distancia del rememorador y se esforzó por no distraerse con todo lo que lo rodeaba mientras lo seguía, pero no le resultó fácil ignorar el sonido de los incendios o los gritos.

Habían colgado a varias personas de las farolas en la esquina del Anexo, y los cuerpos se balanceaban movidos por una leve brisa. La cuerda de fibra que los había estrangulado crujía a la altura del cuello. Leon reconoció los rostros, habituales de la taberna, aunque estaban hinchados y pálidos. Tuvo la impresión de que la gente había levantado barricadas a lo largo de la avenida principal, aunque se encontraba demasiado lejos como para saberlo con seguridad. En un par de ocasiones vio pequeños grupos de gente que empuñaban todo aquello que se pudiera utilizar como un arma. Algunos acechaban por las calles, mientras que otros se mantenían ocultos, como si esperaran a alguien para emboscarlo. Las contraventanas de algunas de las casas estaban atrancadas, y en una de ellas vio el nombre del señor de la guerra pintado sobre la puerta principal. No tuvo claro si se trataba de una advertencia o de una señal de odio. Alguien había derribado con una motosierra un poste de telégrafo de la zona occidental, que había quedado tirado en el suelo con una masa de cables desgarrados y enredados en su parte superior.

Leon perdió de vista a Mendacs cuando el rememorador se acercó al bloque de servicio situado a los pies del montacargas espacial. Se distrajo un momento por el intercambio de gritos enfurecidos entre dos personas que se vio interrumpido de forma abrupta por el disparo de una escopeta. Reconoció una de las voces. Se trataba de Kal Muudus, un vecino suyo que vivía unas cuantas puertas más abajo en la misma calle. Estaba gritando algo sobre el Emperador, pero lo que decía apenas era coherente o audible.

Una oleada de miedo intenso recorrió a Leon, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo sin parar de regreso a la casa-dormitorio.

Notó cómo se le tensaba todo el cuerpo mientras buscaba en su interior el poco valor que tenía. El mundo de Leon se derrumbaba a su alrededor a medida que pasaba el día, y en un momento de extrema lucidez se preguntó si maese Mendacs no tendría

algo que ver con todo aquello. Aquellas tensiones y enemistades ocultas entre los habitantes de Cuarenta y cuatro siempre habían existido, antes de que el propio Mendacs llegara, pero sólo después de su aparición se manifestaron y salieron a la superficie. Sólo después de que el rememorador fijara su residencia en el asentamiento había comenzado la oscuridad de la Gran Guerra a extender sus negros dedos hacia la colonia.

Leon se irguió y recorrió a la carrera la distancia que lo separaba de la casamata de servicio. La puerta estaba cerrada, pero encima de ella se abría un estrecho conducto de ventilación, y el joven era lo suficientemente delgado para pasar por él.

>Se había esperado que comenzaran a sonar de inmediato las alarmas por todos lados, pero lo único que se oyó fue el sonido de sus botas al chocar contra el suelo. Se escondió detrás de un convoy de carga, pero el ruido de su entrada se perdió por completo en el continuo rumor de fondo de los mecanismos del Gancho Estelar.

A pesar de todo lo que estaba ocurriendo en el asentamiento Cuarenta y cuatro, el montacargas mecanizado seguía cumpliendo su tarea, sin hacer caso del drama humano que estaba teniendo lugar, y continuó enviando convoyes de contenedores llenos de grano hacia la estación espacial de transferencia. Una parte de Leon se sentía impresionada por su propio atrevimiento al entrar en la casamata de servicio, y además, en haberlo hecho con tan poco esfuerzo, pero luego recordó que a todos los habitantes del asentamiento se les había insistido una y otra vez en que no debían entrar allí bajo ningún concepto. No se trataba tan sólo de que la maquinaria del interior podía acabar matando por accidente a cualquiera que entrara, sino que, además, hacerlo constituía una violación de los estatutos de la colonia. Cualquiera que fuera culpable de este hecho era declarado ilota legal y enviado a las heladas zonas polares, donde trabajaba una década o dos en un destacamento penal. El temor a aquel castigo había convertido el lugar en un espacio sacrosanto.

Ya estaba dentro, y Leon se sintió fascinado por lo que vio: el movimiento de los brazos mecánicos, de los enganches de los raíles, de los convoyes de carga. Si una hormiga se hubiera colado dentro del motor de un vehículo, habría experimentado los mismos ruidos y habría contemplado algo equivalente.

Un movimiento le llamó le atención y le hizo fijarse en un convoy de seis cápsulas vacías que tenía los portalones superiores dobles abiertos de par en par. Mendacs se encontraba en la cabecera del convoy, inclinado sobre una mesa de control. Estaba

pulsando botones y moviendo palancas con gran habilidad. Un momento después, una de las sirenas emitió un aullido bajo, y el convoy comenzó a avanzar al mismo tiempo que las compuertas se iban cerrando poco a poco. Mendacs agarró sus bolsas y las arrojó al interior de la cápsula más cercana antes de meterse dentro también él.

Leon salió de las sombras mientras el convoy se alejaba. El hueco dejado por las compuertas era cada vez menor a cada segundo que pasaba. Sabía que las cápsulas irían allá donde Mendacs quería ir. Hacia arriba, hacia la estación, fuera del planeta.

Si no hacía nada, nunca sabría el motivo, nunca sabría qué le estaba ocurriendo a su hogar y a su colonia. Sin embargo, el riesgo… El riesgo era mucho mayor que cualquier otra cosa que hubiera hecho en la vida.

Se arriesgó de todas maneras. En el último momento, literalmente, echó a correr hacia la cápsula de cola del convoy y se coló antes de que se cerraran del todo las compuertas. El interior de la cápsula resonó cuando la abertura se cerró por completo y quedó sellada y aislada del exterior.

El joven notó el súbito empuje de la aceleración cuando el convoy entró en los raíles de ascenso. Luego quedó en posición vertical y Leon salió despedido hacia una esquina, donde se golpeó la cabeza contra la pared. Las espirales de luz que le estallaron detrás de los ojos lo llevaron hacia la oscuridad.

>El programa cogitador modificado hizo exactamente lo que Mendacs quería, y el convoy de cápsulas se desvió hacia un lateral cuando entraron en la estación de transferencia en vez de dirigirse directamente hacia la zona de descarga. Se bajó y recuperó las bolsas con su equipo antes de mirar con una sonrisa taimada hacia la parte posterior del convoy para luego ponerse en marcha de nuevo.

Las placas de gravedad del puente de la estación de transferencia cambiaban la orientación de un modo que dejaba a la colonia a su espalda. La plataforma propiamente dicha, situada a unos tres cuartos de la altura total del Gancho Estelar, era un disco liso con la forma de un engranaje de tres lóbulos. Cada uno de los dientes del engranaje era en realidad una gigantesca compuerta estanca a la que se podían acoplar las naves de transporte, aunque sólo había una de ellas ocupada. La nave acoplada a la compuerta tenía un tamaño relativamente pequeño comparada con los transportes de grano que solían atracar allí. No era más que una lanzadera de disformidad, poco más que una nave correo. Mendacs había tomado la precaución de atracarla en el muelle superior para que nadie con un telescopio fuera capaz de verla

desde el planeta.

No se dirigió directamente hacia su nave. Lo primero que hizo fue dejar a un lado las bolsas, ya que no necesitaría su contenido en la última parte de su misión, y se encaminó hacia la parte interior del disco, a las estancias privadas de la astrópata.

La pistola láser seguía donde la había dejado cuando llegó, colgada con un cordón de los controles de la compuerta. Mendacs la empuñó, comprobó el estado del cargador por pura costumbre, y luego abrió la pesada puerta de acero. Oyó el chasquido que emitía el campo amortiguador cuando cruzó el umbral.

Nada había cambiado. El glóbulo que formaban los aposentos de la astrópata seguía como lo había dejado, con la escotilla de iris completamente abierta, lo que dejaba a la vista parte del espacio con gravedad cero y las paredes acolchadas del interior. Las piezas rotas que había por el suelo continuaban en el mismo sitio después de que hubieran caído cuando se vio obligado a demostrarle a golpes de culata a la astrópata la seriedad de sus intenciones.

Y allí estaba la propia astrópata. Seguía en la misma postura, encogida sobre sí misma, con la melena de rizos enmarañados extendida y el rostro enjuto vuelto hacia el techo, al que miraba sin expresión alguna. Mendacs inclinó hacia un lado la cabeza y se quedó contemplando el halo de luz verde anaranjada que rodeaba a la mujer. Aquel brillo lo emitía una caja de hierro del tamaño del torso de una persona. El generador de campo de estasis había cumplido a la perfección su tarea.

Se arrodilló sobre una pierna y examinó a la astrópata. Detrás del brillo del campo de estasis parecía una imagen estática sacada de una grabación pictográfica. Mendacs no conocía con exactitud la tecnología que utilizaba el aparato para funcionar, y sólo sabía que era capaz de rodear una zona limitada, y que dentro de esa zona el tiempo prácticamente se detenía. Llevaba en Virger-Mos casi dos meses solares, pero para la mujer apenas habrían pasado un par de segundos. Desde el punto de vista de la astrópata, sería igual que si nunca se hubiera ido.

Mendacs alargó una mano y pulsó el botón que desactivaba el artefacto. El campo parpadeó un instante, y la psíquica se movió de forma brusca.

—¡Por favor, no me mate! —gimoteó, retomando así una conversación que terminó semanas atrás y que Mendacs ya había olvidado.

—Te dejaré vivir si haces lo que te digo —le contestó él—. Tienes que enviar un mensaje. Sólo eso.

La astrópata movió la cabeza en un gesto negativo, y él alzó la pistola para

apuntarle directamente a la cara. La mujer apartó la mirada y, finalmente, dejó escapar un suspiro.

—No es algo que se pueda hacer por capricho. Hacen falta una serie de preparativos. Se necesita una disposición…

Mendacs alzó las manos.

—No me mientas. Puedes transmitir de forma casi instantánea si hace falta. No soy uno de esos tecnócratas del Administratum al que puedes confundir con el misterio de tus poderes. —Mendacs se dio un par de golpecitos suaves en la sien con la punta del cañón de la pistola—. Sé cómo funcionas.

La astrópata abrió los ojos de par en par.

—¡Sin los preparativos adecuados podría resultar malherida! La disformidad devora las mentes desprevenidas. ¡Por favor, no me obligue!

Era una psíquica de escasos poderes. Era innegable. El simple hecho de que la hubieran destinado a aquel puesto, en aquel mundo perdido, en vez de a una nave estelar o a una colonia de verdadera importancia, lo confirmaba. La vida de la astrópata debía de ser una sucesión de días tediosos y solitarios dedicados a retransmitir los mensajes procedentes del centro del Imperio salpicados por la comunión ocasional con los camaradas que iban a bordo de las naves que pasaban de vez en cuando. La llegada inesperada de Mendacs casi había sido un regalo.

Apretó el cañón de la pistola láser contra la mejilla de la astrópata y la miró imperturbable.

—A bordo de mi nave tengo otros modos de enviar el mensaje —le explicó—. Sin embargo, prefiero que lo hagas tú. Si tu respuesta sigue siendo no, esto se acaba aquí y ahora.

Al cabo de unos instantes, la mujer hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. ¿Adónde debo enviar ese mensaje? —Mendacs recitó una serie de coordenadas espaciales que llevaba grabadas en la memoria y contempló con cierta diversión cómo la expresión del rostro de la astrópata cambiaba para mostrar un gesto de asombro—. ¿Ahí? Pero eso se encuentra más allá de las líneas de… ¿Es para él?

Mendacs hizo un gesto de asentimiento.

—Para el señor de la guerra, sí. En cierto modo —la apuntó de nuevo con la pistola—. Envíale exactamente esto, sin cambiar nada. Son ocho palabras.

—¿Cuáles? —preguntó ella al mismo tiempo que le lanzaba una mirada fulminante.

—Misión cumplida. Me dirijo al siguiente objetivo. Mendacs.

>Leon no tenía muy claro qué ocurriría a continuación.

Jamás había estado tan cerca de alguien con poderes psíquicos, y nunca había visto a alguien así en persona. Si ni siquiera había abandonado la superficie de su planeta natal hasta ese mismo día… Pero allí estaba, esforzándose por ocultarse entre las sombras del pasillo que discurría por el exterior de las estancias de la astrópata.

El joven había despertado cuando el convoy de carga se detuvo con una sacudida en la estación de transferencia, y se quedó paralizado por el miedo. Se sintió enfermo hasta el punto de querer vomitar. Todo era extraño, desde la fuerza de la gravedad, curiosamente leve, hasta la iluminación del techo, que brillaba demasiado, pasando por el aire frío y de regusto artificial.

Se quedó escondido en el interior de la cápsula, temeroso de que Mendacs se acercara y lo descubriera. Se mantuvo a la espera de que los pasos del rememorador se perdieran en la lejanía. Leon se atrevió a salir cuando recuperó un poco de valor, y siguió al hombre lo mejor que pudo. Había llegado hasta allí equivocándose y cambiando de ruta varias veces, y en el camino había pasado por delante de una portilla de observación desde la que había visto la curvatura de su planeta y el vacío infinito que lo rodeaba.

Leon se había parado a contemplar la negrura, y jamás en su vida se había sentido tan aterrorizado. Vio la masa oscura y frágil de Virger-Mos II, y de repente se dio cuenta de que su padre había tenido la razón desde el principio. El universo que se extendía más allá del hogar que ellos conocían era un lugar inmenso e implacable. Una simple ojeada a aquella visión impresionante le había mostrado toda la verdad de aquellas palabras.

Se atrevió a asomarse un poco al oír cómo Mendacs pronunciaba su propio nombre sin dejar de apuntar a la astrópata con la pequeña pistola que empuñaba. La mujer hizo algo extraño, y el aire a su alrededor comenzó a titilar y a moverse como si fuera una lente de aceite. Una sensación aguijoneante y grasienta recorrió todo el lugar y le provocó picores en la piel. Leon tuvo la sensación de que una gran telaraña le rodeaba todo el cuerpo, y casi se le escapó un grito. Aquello era la disformidad. Eran los bordes etéreos que surgían de la astrópata mientras enviaba el mensaje.

El joven comenzó a temblar y a balancearse hacia adelante y hacia atrás. Le suplicó al destino que aquella sensación desapareciese de una vez. Un momento después, con

la misma rapidez que había aparecido, se esfumó.

—Ya está hecho, cerdo traidor —dijo la voz de la mujer, que llegó hasta donde él se encontraba.

Mendacs dio un paso atrás y resopló.

—Es una visión muy simple de la situación —le replicó—. La lealtad es un concepto muy maleable. Te sorprenderías al descubrir todo lo que puede llegar a abarcar si se le proporciona el ímpetu necesario.

—No lo lograrás —le espetó la psíquica—. Sé lo que eres. He visto la marca. La Legión Alfa —señaló su brazo, donde se veía un tatuaje en la parte que asomaba fuera de la manga—. No eres más que el instrumento de unos monstruos y unos traidores. ¡Un mentiroso, una falsedad viviente!

—Lo lograré. De hecho, ya lo he logrado —le replicó Mendacs—. Aquí, en Virger-Mos II y en una docena de otros lugares, todos ellos muy parecidos. Éste no es el primer planeta que llevo al límite, ni será el último.

—Si… si tus amos vienen a invadir el planeta, pagarán con creces todo lo que hagan. ¡Las legiones astartes del Emperador vendrán y lo recuperarán todo!

Mendacs negó con la cabeza mientras sonreía levemente.

—No lo entiendes. Déjame que te lo aclare, portavoz mental. Yo soy la invasión, y ya he concluido mi tarea. No se producirá ningún ataque en masa desde las estrellas, ni habrá bombardeos o flotas de combate.

—Pero Horus…

Mendacs se echó a reír.

—El señor de la guerra tiene otras tareas mucho más importantes que cumplir que enviar a sus guerreros a este rincón perdido de la galaxia. ¿Tan arrogante eres que crees a este planeta merecedor de la atención de un primarca? ¿De verdad crees que iba a enviar unas cuantas naves para apoderarse de una simple granja?

El rememorador pronunció aquellas últimas palabras con un tono de desprecio más que evidente. Estaba disfrutando con el asunto. Leon reconoció el tono de voz. Era el mismo que había utilizado cuando habló con el joven sobre sus viajes.

—La flota de Horus, a pesar de lo inmensa que es, no puede estar en todos lados al mismo tiempo, pero para instigar el miedo en los leales al Emperador tiene que dar la impresión de que sí es capaz de hacerlo. ¿Es que no lo ves? Yo no soy más que uno más de las decenas de agentes que Alpharius ha enviado para crear confusión y disidencias por toda la galaxia —hizo otro gesto de asentimiento—. Tienes mucha

razón. Sí que soy un mentiroso, y uno de los mejores. Tomé muestras de las señales que enviabas a los habitantes del planeta, las copié y las imité. Después sólo fue cuestión de insertarlas en la red telegráfica y dejar que la paranoia y los miedos ridículos de estos simplones hicieran todo el trabajo. Sólo hizo falta un puñado de pequeños asteroides capturados en la Nube de Oort y lanzados a la atmósfera por unos servidores automatizados para que todo empezara. —Sonrió de nuevo—. Fui yo quien hizo que el cielo se les cayera encima.

La furia de Leon había ido en aumento con cada palabra que pronunciaba Mendacs. El terror que lo había embargado dio paso a la ira, a un tremendo resentimiento ante su traición. Finalmente, no fue capaz de soportarlo más y salió a la carrera de su escondite para abalanzarse sobre Mendacs mientras gritaba su nombre como una maldición.

El rememorador… No, el espía, dejó que se le acercara corriendo antes de girar en el último momento el brazo con la pistola láser para propinarle un golpe en la cara. Leon soltó un grito por el dolor que lo invadió cuando la empuñadura de la pistola le partió la nariz. Tropezó y cayó de bruces al suelo.

Mendacs se volvió con el mismo movimiento hacia la astrópata y la ejecutó. En la estancia resonó el chillido de un único disparo láser que atravesó el corazón de la psíquica y la mató de forma instantánea.

Leon se arrastró hacia atrás de espaldas y alzó las manos delante de la cara en un inútil gesto de protección mientras sufría un ataque de arcadas debido al hedor a carne quemada. Mendacs no le hizo caso alguno, y en vez de eso, se agachó para recoger el artefacto con forma de caja que se encontraba en el suelo. Enfundó la pistola y comenzó a alejarse.

Casi había salido de la estancia cuando Leon reunió el valor suficiente para gritarle:

—¡Ella tenía razón! ¡Eres un cabrón traidor! ¡Eres un asesino en masa!

Mendacs se detuvo en seco en el umbral.

—Eso no es cierto, Leon. Sólo he quitado una vida desde que llegué a este planeta. —Señaló con un gesto del mentón el cadáver de la psíquica—. Es la gente quien asesina. La gente de ahí abajo, la del asentamiento Cuarenta y cuatro y la de todos los sitios parecidos. La gente como tu padre, como Prael y todos los demás. Todos se dejan manipular porque, en el fondo de su ser, quieren tener la razón. Quieren que sus miedos más oscuros se hagan realidad, para así poder certificar de

algún modo el desprecio que sienten por las vidas que llevan.

—¡Tú lo hiciste todo! —le gritó Leon—. Tú simulaste el descenso de las cápsulas de desembarco. Utilizaste eso que traes en las bolsas para alterar las emisiones… ¡Hiciste que los habitantes se volvieran los unos contra los otros con tus mentiras y tus falsedades!

—Sí, lo hice, y lo volveré a hacer, una y otra vez…

Leon hundió los hombros.

—¿Ahora vas a… vas a matarme?

Mendacs negó con la cabeza.

—No. Ya sabía que me estabas siguiendo. Quería saber hasta dónde serías capaz de llegar.

—¿Por qué?

El rememorador se encogió de hombros.

—Me divertía. Son muy pocas las ocasiones en las que tengo un testigo que contemple todo el conjunto de mi tarea. —Mendacs señaló con la barbilla en dirección a la estación de transferencia—. Eres lo bastante listo como para encontrar un convoy de cápsulas de carga que baje a la superficie. Casi te llevarán hasta tu casa.

Leon se puso en pie tambaleándose.

—Cuando llegue a la superficie, le diré a todo el mundo lo que has hecho —le respondió con voz apagada—. Voy a detenerte. ¡Me aseguraré de que otros planetas estén sobre aviso!

—No, no lo harás —le replicó Mendacs, al mismo tiempo que se daba la vuelta—. Tienes una elección, Leon. Debes jurar lealtad a Horus Lupercal y renegar de la égida del Emperador, porque para cuando el Gancho Estelar te haya devuelto a la superficie, la colonia de Virger-Mos II pertenecerá al señor de la guerra. No será mediante el uso de las armas, sino a causa de la debilidad de la gente que vive en ella. Porque han cambiado el miedo hacia algo que nunca han visto por el miedo al otro. —Miró por última vez al joven—. Y si no te unes a ellos, ellos serán los que te maten.

>La lanzadera de disformidad se separó del Gancho Estelar y giró sobre sí misma. Los motores de fusión sublumínicos se encendieron para impulsar a la nave lejos del planeta colonia.

Mendacs introdujo la última de las anotaciones en el cuaderno de bitácora de la misión y luego se dedicó a estudiar los detalles de la avanzada minera que se

encontraba a seis años luz y que sería su nuevo objetivo.

Una vez quedó convencido de que estaba preparado para ello, se recostó en el asiento de aceleración y alargó un brazo hacia el generador de campo de estasis. Activó el temporizador para que se desconectara una semana antes de la inserción orbital. De ese modo tendría tiempo de interceptar las transmisiones de comunicación de la avanzada minera y comenzar un nuevo plan de engaño.

Mendacs cerró los ojos y apretó el botón. Para él, el despertar llegaría un segundo más tarde, cuando comenzaría de nuevo.

Era lo que mejor se le daba.

>León Kyyter se inclinó hacia adelante y dejó que la frente se apoyara en el frío vitraleo de la portilla blindada, con la palma de las manos abiertas de par en par a cada lado de la cara.

Bajó la vista sin atreverse a mirar hacia la amenazante oscuridad y contempló el mundo agrícola que se extendía bajo sus pies. La noche cubría todo el paisaje, pero se veían luces, aquí y allá, en bandas dispersas y en franjas de color interrumpidas.

Eran las luces de los asentamientos envueltos en llamas, de un color naranja amarillento y tonos infernales, que brillaban allá donde mirara.

Leon contempló en la soledad de aquel frío y aquel silencio cómo se propagaban las lejanas llamas.



HIJOS OLVIDADOS

NICK KYME

CAÍDA A TIERRA

I

Heka'tan surgió de la nube de humo como una estatua de ónice viviente. La mujer seguía con vida pero estaba inconsciente. Unos zarcillos grises de humo se enroscaban por la piel de ébano del guerrero a lo largo de la zona que había utilizado para protegerla de la explosión. Los escombros, la mayor parte procedentes del techo, incluido el montaje de lúmenes que se había venido abajo, crujían bajo los pies. En algún lugar del entretecho parpadeaba un resplandor naranja.

El fuego aún no había alcanzado la sala de meditación y las nubes de humo procedentes de los conductos de ventilación se propagaban por el techo. Al menos, la mujer no moriría asfixiada por los gases. Otros podrían estar heridos o necesitar ayuda. De repente, la nave se tambaleó y el movimiento lanzó a Heka'tan contra la pared. El vehículo espacial agonizaba. Era capaz de sentir las sacudidas de los motores que fallaban a través de la mampara, e incluso oír el chillido de la veloz despresurización procedente de la enorme grieta abierta en el casco.

La puerta estaba bloqueada. Heka'tan sintió el calor bajos los pies y oyó el crujir de las llamas en su avance arrollador por la sección del pasillo adyacente. Su armadura de batalla quedaba guardada en su armero particular durante la meditación. Recordó los juramentos del momento fijados en sus hombreras y grebas. Uno de esos juramentos se repetía en la carne ónice de su torso desnudo, marcado para toda la eternidad.

«Proteger al débil».

Estaba escrito en lenguaje de signos, el primitivo idioma de Nocturne. Heka'tan renació del fuego en ese mundo infernal. Más que debilitarlo, el fuego lo vivificó. Arrancó la puerta de sus bisagras y cerró los ojos al tiempo que las llamas se propagaban y lo envolvían. Se extendieron a toda velocidad y se apagaron casi de inmediato tras devorar el oxígeno. Heka'tan permaneció anclado en el lugar hasta que todo pasó, con un suave cosquilleo en la piel como única muestra del contacto con el fuego.

Un pasillo se extendía ante él. El aire estaba viciado por el calor de la conflagración. De nuevo, la nave dio unas sacudidas. No quedaba mucho para el impacto. Volvió la mirada hacia la mujer.

Un comunicador chasqueó cerca de él cuando cobró vida y emitió las últimas palabras del piloto.

—… amos cayendo. Prepáren… para… impacto. Emperador… protégenos…

Fue una voz fría y calmada, aún en la proximidad de una caída inminente y violenta. A Heka'tan le resultó curioso el último comentario. Sonó casi como una plegaria.

El zumbido del motor se convirtió en un aullido. Durante unos segundos, Heka'tan recordó… Los gritos, la muerte y la sangre. «El infierno hecho realidad»; eran palabras de Gravius. Heka'tan se tambaleó, pero no por debilidad ni fatiga. Se tambaleó al recordar aquello, aquel lugar donde muchos perdieron la vida y casi todo salió mal.

«Padre».

El pensamiento fue muy doloroso y tomó forma sin desearlo.

«Vulkan estaba solo. Solo y rodeado. Venían a por él. Estaba… estaba…».

Sacudió la cabeza para hacer desaparecer la pesadilla. El humo dentro de la habitación y el pasillo se estaba haciendo cada vez más denso. Heka'tan oyó unos gritos sobre el rugir de las llamas. La atormentada nave avanzaba como una flecha a través del firmamento. Demasiado de prisa, de forma muy brusca. Las fuertes vibraciones de sus laterales presagiaban un impacto final.

Un cambio repentino en la inclinación de la nave anunció la llegada al final de su llameante trayectoria. La bodega se encontraba delante de él. Heka'tan iba por la mitad del pasillo cuando se percató de que no llegaría a tiempo. Arcadese tendría que proteger a los demás, si es que no había muerto.

—Ya llego, humana… —masculló mientras se daba media vuelta y corría a toda prisa hacia la puerta. Al menos podría salvar una vida.

Mientras Heka'tan la abrazaba, la Stormbird golpeó el suelo con toda la fuerza de una cápsula de desembarco y el mundo explotó en un fuego infernal.

II

Anteriormente…

Persephia observó a su amo con temor.

Unas placas pesadas, rematadas en oro, descansaban sobre sus hombros. El guerrero llevaba una espada pegada al muslo, tan ancha y larga como el brazo de la mujer. La armadura de metal de color cobalto daba forma a su figura. Ella sólo encontró una mirada gris y fría como el hielo en sus ojos gigantescos, que la fulminaron con una intensidad penetrante, así que volvió a mirar al suelo.

El Emperador inmortal de las legiones astartes, sus benditos ángeles de la muerte… No, eso no era correcto, simplemente sus ángeles de la muerte, creados para proteger a la humanidad de las amenazas de más allá de las estrellas. Un billón, un billón de mundos; un millón, un millón de culturas siempre obedientes, sumidas ahora en la guerra.

«¿Quién nos protegerá de nosotros mismos? —se preguntó Persephia, manteniendo la mirada en la cubierta temblorosa—. ¿Quién nos protegerá de ti?».

La guerra estaba en todas partes, o así lo parecía, o eso era lo que los propagandistas, los demagogos y los jefes de prensa del Ejército Imperial querían que creyese toda la galaxia. Entonces, ¿qué cabida tendría esa era de prosperidad y paz prometida dentro el Imperio preeminente? La realidad era la de una galaxia dividida.

¿Habría que unirse al Emperador, esa figura distante e intocable? Después de todo, ¿quién si no sus favorecidos hijos había llegado a conocerlo? Por el contrario, la otra opción era ser denunciado por traidor, convertirse en un hereje.

No, tampoco eso era lo correcto.

Se tomaron grandes molestias para reivindicar el hecho empírico de que el Emperador no era un dios. No había dioses.

No se había vuelto a ver ni oír a los propagandistas ni a los panfletistas. La idolatría tenía que ser erradicada. La ciencia y la razón eran el futuro; la lógica conduciría a la raza humana a la cúspide, y aun así… había rumores.

¿Cuál era la alternativa? Horus. Un belicista, un exterminador de planetas, despiadado demagogo de una cruzada sangrienta relacionada con una vieja religión, con la vieja fe. Una campaña de desprestigio que se llevó a cabo con brutalidad militar en la propia Terra. Vilipendiado como un demonio, Horus había quedado convertido en un monstruo, como los de las pesadillas de la niñez. Cuán rápido algo valioso puede perder su valor.

—No te muevas —dijo el gigante de cobalto.

Persephia apenas era capaz de oír sus propios pensamientos debido a los zumbidos de los motores; no podía aislar su propia voz. Sin embargo, el gigante la había oído con tanta facilidad como si estuviesen entablando una conversación educada en una habitación silenciosa. Su voz llegó con toda la fuerza de un trueno.

—¿Mi señor?

—He dicho que no te muevas —repitió el gigante. Llevaba una «U» grabada en el peto de la armadura. Un casco curvado, con un comunicador de rejilla para la boca y unas lentes de un frío color carmesí, permanecía fijado a la muslera de la armadura mediante un dispositivo magnético. Incluso sin sus armas, que descansaban seguras en un armario de la nave, seguía pareciendo imponente.

—La nave en la que te encuentras es una Stormbird, aunque ya apenas lo parece. Ha soportado unos viajes muy duros.

—Sí, mi señor. Lo siento. —Persephia era humilde y se mostraba arrepentida.

Aparentemente satisfecho, el guerrero se recostó en su arnés de gravedad, aunque no por ello resultaba menos amenazador. Los implantes biónicos bajo su armadura resonaron cuando se movió, lo que reveló la existencia de viejas heridas. Ése era el motivo por el que el gigante había abandonado sus obligaciones en primera línea de combate y la razón de que Persephia lo acompañase. En otra época fue artesana, pero tras el Edicto de Disolución su papel como rememoradora dejó de existir. La guerra llegó a la galaxia y el talento de Persephia fue arrojado a la fragua al igual que ocurrió con el resto de la raza humana.

Nadie quiso volver a recordar jamás.

Una oleada de turbulencias sacudió la nave, lo que hizo que Persephia diese un traspié.

La voz del piloto llegó desde la cabina a través del altavoz.

—Entramos en la atmósfera de Bastion. Experimentamos el empuje de los fuertes vientos. Intentamos corregirlo.

La mirada de Persephia se posó sobre el gigante de cobalto. Tenía los ojos cerrados y su respiración apenas se podía apreciar por los movimientos de su pecho.

—No debería estar aquí, no de esta forma —dijo ella, al mismo tiempo que apretaba con fuerza los puños, deseando con todas sus fuerzas que las turbulencias remitiesen.

—Humana, tú y yo tenemos algo en común. Ninguno de los dos debería estar

aquí. A ambos nos han abandonado. —Sus ojos se abrieron de forma brusca, cargados de dolor y de ira—. Heka'tan ya casi ha acabado con sus meditaciones. Necesitará su armadura. —El gigante cerró los ojos de nuevo mientras la artificiera volvía al fondo de la nave. Su voz sonora la siguió.

—Olvidados… los dos.

III

Heka'tan estaba casi desnudo. Tan sólo llevaba puestos los pantalones de entrenamiento. Las cenizas y el brasero estaban preparados. Había cumplido los ritos y calentó el hierro de marcar. La llama nació en el cuenco del brasero, y gracias a su trascendencia ígnea encontró la pureza y un cierto sentido de la verdad. Un recuerdo reprimido llegó a la par que eso…

La nave de desembarco estaba recibiendo disparos por todos lados. La mayor parte de su blindaje quedó perforado por los rayos de los cañones láser y casi todas las baterías de bólters pesados habían quedado destruidas. El calor emanaba del interior. Las sombras merodeaban por allí, creadas por cuerpos destrozados perfilados por el rojo visceral de las llamaradas en el interior. Las entrañas de la nave estaban desparramadas a lo largo de la llanura de Istvaan, donde una densa nube de humo había convertido la atmósfera en asfixiante. Las ráfagas de proyectiles trazadores cruzaban el aire, chirriando al unísono con los disparos de los bólters y los cañones pesados. En algún lugar, a lo lejos, junto a una línea montañosa, brotó una explosión.

—Sufrí… os… fueg… inten… —crepitó el auricular en el oído de Heka'tan al transmitir el mensaje inconexo.

—¡Gravius! ¿Eres tú, hermano?

—Afir… mativo, hermano… apitán…

—Retrocede de inmediato y adopta posiciones defensivas.

A su alrededor, la lucha se estaba intensificando. Fuego de pistolas, decenas de ráfagas de bólter que se solapaban hasta elevarse en un frenesí ensordecedor. Las cohortes enemigas se concentraban de este a oeste y avanzaban sus posiciones.

Cohortes enemigas.

La idea era demencial, una pesadilla de locos hecha realidad en un mundo muerto y con la muerte como único testigo. Sin duda, eso era el lugar donde se encontraban.

—Hermano… apitán… —hubo una pausa que no habían provocado las interferencias estáticas.

Unas siluetas empezaban a dibujarse entre la niebla artificial. Sus formas corpulentas vestían el color del duro acero, de un metal rígido. Hierro.

La Depresión de Urgall no era el lugar para una última batalla. El barranco se

asemejaba a un osario y no a un lugar donde hubiesen tenido lugar grandes hazañas. No habría gloria. De cara al suelo en la tundra empapada con la sangre de los asesinados por sus propios hermanos.

Gravius prosiguió, y por una vez la conexión fue limpia.

—¿Qué es lo que ocurre?

Heka'tan aún tenía trescientos sesenta y dos legionarios astartes a sus órdenes. Habían formado un anillo alrededor de la nave de desembarco destrozada. Más de la mitad de esa cantidad habían quedado sepultados para siempre dentro de la propia nave. Unos efectivos perdidos antes del comienzo de la batalla, una batalla que el hermano capitán no era capaz de entender.

—Adopta posiciones defensivas —respondió a la espera de algo mejor, algo que tuviese sentido.

La línea de hierro disparó sus armas. Las descargas de proyectiles se cruzaron con otras tantas cuando ambos bandos se enfrentaron. Cientos de destellos procedentes de las bocachas de las armas rasgaron el humo como cuchillos de luz ardiente.

No era más que una escaramuza dentro de una vorágine de muerte. Aquella batalla no era como ninguna otra. Se trataba del juicio final. Era una auténtica demostración de fuerza. Pero, ante todo, se correspondía con un fratricidio a escala épica.

Las palabras que Heka'tan le dijo a Gravius le sonaron huecas incluso a él. «Resiste todo lo que puedas».

Era el fin. Heka'tan ya lo sabía, incluso antes de ver la columna de blindados que avanzaba detrás de la infantería. Recibió un disparo en el hombro, el impacto explosivo casi le arrancó la protección de la articulación y lo hizo girar sobre sí mismo. Un segundo disparo lo golpeó en el pecho e hizo que se tambaleara.

Uno de sus hombres, Ikon, o eso creía, murió de una herida en la garganta. Otros lo siguieron, demasiados y a gran velocidad. Los apotecarios eran un lujo sin sentido en aquella matanza en ciernes. El aire titilaba con el calor de los proyectiles, que pasaban tan cerca que algunos chocaban entre ellos y se desviaban de su objetivo original. Las naves Thunderhawk y Stormbird intentaban huir por encima de ellos. Heka'tan vio varias con los distintivos de la Guardia del Cuervo y los Manos de Hierro caer en picado del cielo ennegrecido por el humo como si fuesen meteoritos. Unas explosiones distantes dieron cuenta de su destrucción.

«Ínfima» no era la palabra que definiese su posibilidad de supervivencia.

Más bien se trataba de fatalismo, aunque la capitulación no formaba parte del vocabulario emocional de Heka'tan. Los hijos de Nocturne procedían de una raza más fuerte. Procedían de la tierra y su llameante sangre ardiente. No irían al Monte del Fuego Mortal sin llevarse por delante a unos cuantos enemigos.

—¡Quemadlos!

Una oleada de promethium ardiente salió de las líneas zigzagueantes de los Salamandras. Varios guerreros de hierro cayeron ante los lanzallamas, de rodillas primero antes de derrumbarse sobre la tierra sembrada de proyectiles.

No fue suficiente. Siguieron llegando más. Las lenguas de fuego fundían sus armaduras como brillantes estelas de vapor. Llevaban consigo cañones automáticos y láseres múltiples, cañones Rapier y Tarantula.

Los hermanos se mataban entre sí en una tormenta de fuego sin final que aún no había alcanzado el punto culminante de su furia.

En esos momentos, las alargadas torretas de los carros de combate hicieron notar su presencia. Era fácil imaginarse los cráneos aplastados a su paso, la lenta y segura desintegración de cualquier civilización bajo su enorme masa. Las marcas de enemigos caídos recubrían sus cascos. Heka'tan se preguntó cuántas se les podrían atribuir a la legión de los Salamandras antes de que se acabase aquella locura.

Los tanques aún hacían maniobras de posición cuando el Hijo de N'bel cayó sobre la línea de hierro doblándola a su antojo. Una figura brillante surgió de entre los guerreros de hierro, distante pero, aun así, magnífica. Vulkan y la Guardia de la Pira atacaron violentamente a los traidores desplegando una venganza implacable. El martillo del primarca abrió una brecha de sangre entre la multitud de enemigos, lentos a la hora de reaccionar ante el ataque por el flanco.

Desde abajo no le fue fácil a Heka'tan seguir el rastro de su padre, pero vio lo suficiente como para saber que los cascos de hierro quedaban hechos añicos y los petos aplastados bajos su ira. Un chorro de llamas hizo retroceder a los traidores colina arriba, lo que provocó que chocaran con los blindados que avanzaban. El guantelete de Vulkano los envolvió en una conflagración ardiente tan intensa que las servoarmaduras no pudieron ofrecer protección alguna contra ella.

El primarca llegó al primero de los carros de combate, un Demolisher, que levantó con sus propias manos y volcó de un solo empujón. Golpeó el casco de un segundo blindado con el martillo y arrancó a la tripulación de su interior antes de

que la Guardia de la Pira, formada por su séquito y su círculo más cercano de guerreros, continuasen el ataque con granadas. La parte de atrás del tanque estalló levantando una columna de fuego, humo y metralla.

Heka'tan comenzó a correr en dirección a su padre, retrocediendo hacia la colina.

—¡En el nombre de lord Vulkan, adelante! ¡Hasta el yunque!

El anillo de trescientos efectivos lo siguió en su movimiento de carga, con sus estandartes andrajosos chasqueando en actitud desafiante bajo un viento gélido. La nieve se había vuelto fangosa con el calor de los lanzallamas, que apuntaban a la línea abatida de los Guerreros de Hierro.

—¡Perturabo!

La voz hizo que toda la línea montañosa se estremeciera de una forma tan profunda e intimidatoria como un abismo de lava de Nocturne. Vulkan estaba encolerizado, y apartaba a golpes los tanques para quitarlos de su camino como si fuesen juguetes de niño. No era el más habilidoso con la espada, tampoco un maestro de la estrategia ni un psíquico digno de mención, pero en fortaleza física y mental… en eso, el decimoctavo primarca no tenía rival.

Si Ferrus Manos todavía estuviese con vida podría haberlo discutido, pero la cabeza del primarca de los Manos de Hierro yacía separada del cuerpo sobre un suelo de nieve que se derretía, por lo que la cuestión quedaría en duda.

El débil silbido de una descarga de misiles cortando el aire contestó a Vulkan, que alzó la mirada al cielo.

Heka'tan siguió la mirada de su primarca un segundo después, y ese breve instante le hizo ver el peligro demasiado tarde.

La furia explosiva sacudió las montañas y destrozó por igual tanques y cuerpos, arrasando sin distinción a los astartes de los Salamandras y de los Guerreros de Hierro. La onda expansiva redujo a nada la colina con una explosión abrasadora, que tronó en los oídos de Heka'tan justo cuando Vulkan quedó barrido de su vista. Después, el mundo se desvaneció, oscureciéndose en todos los sentidos y…

… se despertó.

Algo le estaba arañando los dedos. Los esfuerzos eran desesperados pero absolutamente inútiles. Heka'tan abrió los ojos, todavía tembloroso. Tenía agarrada a una mujer por la garganta con una de las manos. Entrecerró los ojos y la soltó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se incorporó desde su posición en cuclillas, pero la mujer retrocedió cuando trató de aproximarse a ella. Se masajeó la garganta mientras se esforzaba por recuperar la respiración.

La piel de su cuello mostraba moratones y quemaduras donde la habían tocado los dedos de Heka'tan, que aún conservaban el calor del brasero.

—El hermano Arcadese…

—No debería haberte enviado —la interrumpió Heka'tan, irritado. La artesana movió la cabeza en un gesto de incomprensión.

—¿Qué es lo que he hecho?

Estaba un poco irritada a su vez, aunque también asustada y un tanto indignada.

Heka'tan se irguió mostrando toda su altura, y se inclinó sobre ella.

—Los ritos de Nocturne son tan sólo para los hijos de Vulkan.

Había un cierto tono de reproche en su voz. El enfado de la mujer se fue derritiendo bajo el fuego ardiente de los ojos del salamandra. Eran rojos, del color propio de un horno de fundición. El efecto, unido a la piel de ébano del guerrero, era inquietante.

—Ni tampoco necesitamos a los artesanos armeros.

Decidió que hablaría con Arcadese más tarde.

—Sois mi primer salamandra —reconoció, reuniendo el coraje para hablarle a la cara al guerrero diabólico.

—Entonces eres afortunada, ya que quedamos muy pocos —Heka'tan se apartó—. Ahora déjame. Un salamandra debe ser tocado por el fuego antes de la batalla.

—¿Qué batalla? Pensé que esto era una misión diplomática.

El salamandra la fulminó con la mirada.

—¿Acaso te parezco un diplomático?

—No, mi señor.

—No me llames así. No soy tu señor, simplemente soy. Ahora, vete.

Una repentina sacudida de la nave hizo tambalearse a la artesana armera, que se esforzó por recuperar el equilibrio. Heka'tan la agarró, pero esta vez la aferró con suavidad.

El crepitar de un altavoz hizo que los dos se volviesen hacia el receptor de la pared. Le siguió la voz desesperada del piloto.

—¡… niobra de evasión… parénse para… mpacto!

El pensamiento a medio formular fue silenciado por la explosión que golpeó el

casco y la onda expansiva que desgarró el techo.

Heka’tan se echó encima de Persephia como cae la noche.

Después vino el humo y el olor a quemado.

RESTOS

I

La elegante nave aterrizó sin apenas temblar. Su larga proa plateada brillaba bajo la puesta del sol en Bastion, algo en desacuerdo con el funcional gris y bronce de las torres de acoplamiento. No era aquél un sitio elegante y pulido; era un lugar de perfiles robustos, de una arquitectura minimalista, lógica, de megalitos tecnológicos con formas poco elegantes y enormes torres de perforación.

Los servidores, los transportistas, el personal de cubierta, los supervisores y los capataces obstruían las escalerillas y atestaban los puentes de grúa vertiginosamente altos y las majestuosas plataformas de trabajo. Así era la industria. Era rutina y solidez. Así era Bastion.

Culis era el enclave principal. Se trataba de una ciudad dura, llena de individuos duros, no sólo operarios e ingenieros, sino también militares, y era su poder y su arsenal propio lo que les permitía elegir.

Bastion no representaba un verdadero desafío para cualquier legión. Sin embargo, sí representaba un gasto de tiempo, un desvío de recursos, un esfuerzo que ninguno de los bandos estaba dispuesto a asumir. Los ejércitos estaban desperdigados por todo lo largo y ancho de la galaxia. Era mejor cortejar a su gente con palabras y razonamientos que arriesgarse a convertir Bastion en una tierra baldía carente de uso para cualquiera de las facciones.

Ortane Vorkellen era consciente de todo aquello cuando bajaba por la rampa de su lanzadera, protegiendo sus ojos de la puesta de sol.

—Huele a aceite y metal —farfulló Insk, su escriba—. Deberíamos haber traído las mascarillas.

—¿Y arriesgarnos a ofender a los nativos? —le replicó Vorkellen con voz suave, dibujando una sonrisa perfecta en dirección a la gente que saludaba.

Un grupo de archiveros, eruditos en leyes y codificadores bajaban la rampa tras él e Insk.

—Saludos, viajeros —articuló un noble del cónclave, que lucía un poblado bigote.

Destacaba entre los forasteros debido al servoarnés hecho a medida, un exoesqueleto de bronce que lo hacía un metro más alto y aumentaba el tamaño de sus extremidades gracias a su chasis. Los soportes para armas, colocados en cada hombro y bajo los abdominales, estaban vacíos, una señal de que aquella reunión sería un encuentro pacífico. Asimismo, los tres guardias del noble sólo llevaban sables de luz ceremoniales, ni látigos de púas, ni rotores trilladores ni ningún tipo de cañón manual.

Un jefe de la guardia los acompañaba, con lo que eran cinco hombres en total.

Los nativos de Bastion eran gente que apreciaba todo lo castrense. Quizá por eso el sometimiento había sido tan fácil de conseguir allí, a pesar de su obvio poder militar. Respetaban la fuerza y también conocían su alcance. Por supuesto, la legión de Perturabo había combatido en batallas más duras, campañas más prolongadas que aquélla en la que conquistaron Bastion y sus mundos anexos. Ellos siempre reconocieron el poder de los marines espaciales y juraron vasallaje desde entonces y hasta ese momento, evitando así el asedio. Un contingente de Guerreros de Hierro se quedó allí, en teoría para actuar como guarnición en el planeta, pero se marcharon antes del estallido de la guerra sin dar razón alguna. La influencia de su primarca se dejaba sentir aún, sin embargo, en las estatuas de Perturabo que se alzaban como agujas en las ciudades.

—Saludos del cónclave —añadió el noble.

Su chaqueta rojiza y plateada estaba planchada e impoluta, acentuando a la perfección el bronce pulido de su servoarnés. Sus botas, ancladas en los estribos de la máquina, eran negras y brillantes.

Vorkellen nunca había estado en Bastion, aunque había estudiado el mundo y sus costumbres. Sabía que el cónclave representaba el círculo íntimo sociopolítico-militar de la infraestructura del mundo y de cada uno de los nueve continentes de Bastion, y ya fueran las llanuras heladas, las planicies desiertas o las altas montañas, todas las tierras se mostraban fieles a la voluntad y al consejo de ese cónclave. Un recurso natural termonuclear proporcionaba luz y calor, algo que protegían enormemente y cuya energía se almacenaba en silos subterráneos que corrían como arterias por todo Bastion. Cullis era la capital y el enclave principal, por eso Vorkellen había viajado hasta allí para negociar.

—Mi señor le envía saludos y honra al cónclave —le respondió, inclinándose a los pies de la rampa para seguir la tradición de venerar al noble del cónclave de Bastion —. Mi señor Horus le transmite a través de mi persona su gratitud por este encuentro.

El noble asintió.

—Sea recibida y anotada por el Cónclave de Cullis. Por favor, síganos.

Giró entonces su servoarnés entre ruido de motores, pistones y piezas de mecanismos neumáticos, y continuó sonando con una serie de chasquidos metálicos por la dársena en dirección a una gran puerta mecanizada. Era espléndido si se tenía en cuenta su tamaño y los mecanismos internos, que se mostraban tan perfectos como

los órganos de un cuerpo en una mesa de autopsias. Pero, al fin y al cabo, era algo frío y sin rigor artístico.

Vorkellen lo siguió, con sus lacayos a la zaga.

—¿Has preparado nuestra petición? —le preguntó a Insk.

El escriba ofreció la placa de datos a su señor.

Vorkellen la tomó y comenzó a leer. Los guardias, el jefe de la guardia y el noble del cónclave no le prestaron atención, seguían con los ojos al frente y se aproximaban con rapidez a la puerta.

Los forasteros fueron conducidos por una amplia galería engalanada con estandartes y laureles.

—Aquí es donde esperarán a ser recibidos por los nobles del cónclave —dijo el jefe de la guardia.

—¿Han llegado ya los representantes de Terra? —preguntó Vorkellen mientras echaba un vistazo el austero entorno.

—Vienen con retraso.

—Sin duda, el Emperador preferiría una demostración de fuerza abrumadora para doblegar al cónclave.

El jefe de la guardia frunció el ceño.

—Tendrá su oportunidad de presentar el caso ante el cónclave a su debido tiempo.

—Por supuesto, señor. Sólo espero solucionar este asunto de lealtad cuanto antes —contestó con cierto tono de arrepentimiento.

«Es una pena que no podamos soltar a los Devoradores de Mundos en este lugar para arrasarlo», pensó mientras mostraba una amplia sonrisa que indicaba a los demás su excelente carácter y sus honorables ideales.

El jefe de la guardia saludó, con un gesto similar al del viejo signo de Unificación: un puño apretado golpeando el pecho.

—El cónclave se reunirá dentro de dos horas y treinta minutos.

El interventor de Horus sonrió de nuevo, esta vez su sonrisa no era tan amplia, semejaba la boca sin labios de una víbora.

«Ni Erebus podría sacar adelante esto tan bien como yo», pensó en un arrebato de arrogancia.

—Estaremos preparados —le prometió.

II

La escotilla lateral del Stormbird se abrió de golpe tras una patada bien dirigida. La abertura vomitó una bocanada de humo mientras una ancha silueta delineada por las llamas lo ocupaba.

Arcadese llevaba puesto el casco de combate y portaba sobre el hombro el cuerpo del piloto. El humano estaba manchado de sangre, con los dedos y el pelo ennegrecidos por el hollín.

El ángulo no era el correcto cuando se asomó al umbral de la escotilla. La Stormbird se había estrellado primero con el morro, abollando la cabina y rompiendo partes del ala. El fuselaje y los componentes del motor estaban diseminados a consecuencia del descenso. La docena de incendios que habían devastado el casco ya casi estaban extinguidos. Arcadese saltó desde la escotilla, aterrizando de forma impecable a pocos metros de la nave siniestrada. El suelo cedió bajo sus pies y el ultramarine se hundió unos pocos centímetros. Las luces y la industria de Cullis eran pequeños puntos en el horizonte, a no más de un día de camino. Incluso desde aquella distancia fue capaz de ver los pilotes sobre los que estaban instaladas las plataformas y grúas que se alzaban sobre los pozos de ceniza marrón grisáceo que los rodeaban. Se trataba de un mantillo petroquímico, cargado con un desagradable olor a residuos de centrales de energía y de efluvios procedentes de las fábricas de motores.

Dejó al piloto en el suelo y volvió a la nave.

—Salamandra —exclamó, haciendo una llamada hacia el humo que se disipaba.

Las luces de emergencia parpadearon.

Una figura emergió de entre la niebla tóxica con otra más pequeña en sus brazos.

—Estoy aquí.

La maestra armera iba acunada en los brazos de Heka'tan. Tenía los ojos cercados de rojo y le escocían, y no dejaba de toser.

Una frase apareció con firmeza en la mente de Arcadese cuando la vio: «Es una carga».

—¿Qué hay de los demás? —preguntó Heka'tan, emergiendo por el halo de luz de la escotilla rota.

—Un superviviente. Fuera. ¿Dónde está tu armadura, hermano?

—Está dentro —replicó Heka'tan.

Arcadese se acercó a coger a la mujer.

—Déjamela a mí. Ve a recuperar tu armadura y tus armas. Puede que no estemos

en terreno neutral, después de todo.

Heka’tan le entregó a la chica y se encaminó de vuelta a la carnicería del interior de la nave.

III

Se produjo un silencio incómodo entre Arcadese y la armera.

—¿Cómo regresaremos? —preguntó ella al fin.

—No lo sé.

—¿Nos atacaron?

—Parece ser que sí.

La mujer echó un vistazo a aquellos pozos industriales con temor.

—¿Estamos a salvo aquí?

—Lo dudo.

—¿Podremos…?

—¡Deja de preguntar! —El ultramarine le dedicó una mirada penetrante y Persephia se encogió un poco.

—Lo siento —se disculpó entre sollozos—. Fui entrenada para preguntar… cuando se me requería recordar.

Arcadese apartó la mirada. La expresión de su rostro era pétrea.

—Nunca más —dijo de forma tajante, y continuó vigilando los alrededores de la nave destrozada.

IV

Arcadese se sintió aliviado cuando Heka'tan emergió por la escotilla cargando con dos voluminosas cajas de municiones. Cada una mostraba el sello de una legión, la XVIII y la XIII respectivamente. Las dejó caer al suelo, una tras la otra, y se puso a cubierto.

Heka'tan frunció el ceño al ver a Persephia.

—¿Está herida?

—Es una humana, hermano, eso es todo —contestó Arcadese, empeñado en abrir la caja. Sonrió ante el elegante surtido de armas, con los repuestos protegidos por la espuma que los envolvía. Pasó su mano enfundada en el guantelete por el bólter, encontró la empuñadura y tiró para liberar el arma.

—¿Estás herida? —le preguntó Heka'tan a la armera.

—Estoy bien —le replicó, dándose la vuelta para afrontar su mirada. Se secó las lágrimas—. Estoy bien. Sólo déjeme hacer mi trabajo.

Arcadese estaba a punto de intervenir cuando Heka'tan lo detuvo.

—Déjala.

El ultramarine resopló mientras se colgaba el bólter al hombro mediante la correa.

—No hay ninguna amenaza por aquí, hermano —señaló hacia Cullis—. Nuestros enemigos están allí.

Heka'tan había empezado a enfundarse la cota de malla de su servoarmadura. Permitió que Persephia lo ayudase con algunos ensamblajes y cierres de la parte posterior.

—Se trata de negociaciones pacíficas, Arcadese.

—Tú más que nadie debería saber toda la falsedad que hay en eso.

Heka'tan no respondió.

—Somos hijos olvidados, tú y yo —prosiguió Arcadese—. Tú por el Imperio y yo por mi legión. Despertarse del coma y enfrentarse a esto… Nikaea, Istvaan V, nuestro querido señor de la guerra convertido en un traidor… Es algo que escapa a toda comprensión. Debería estar en Calth con mi padre y mis hermanos, y no en este mundo de cloacas jugando a los diplomáticos.

Heka'tan se ajustó las grebas y el peto en silencio.

Un suspiro de incredulidad del ultramarine hizo que el salamandra alzase la vista.

—¿Es que no quieres venganza? —preguntó Arcadese.

Se estaba refiriendo a los hechos de Istvaan y la masacre.

—No sé lo que quiero. Cumplir con mi deber es suficiente por ahora.

Arcadese hizo un amago de encoger los hombros y fue a recuperar al piloto, que yacía boca abajo.

—Déjalo.

El ultramarine se detuvo y miró a Heka'tan como buscando una aclaración.

—Está muerto.

V

En el fuselaje había un agujero de bordes dentados envuelto en una orla de fuego.

—He visto muchas naves caídas. Ésta parece que tiene lo de fuera dentro y no al revés.

—En efecto —asintió Heka'tan. Con la ayuda de Persephia consiguió ponerse toda la armadura, convertido en un monolito de color verde bosque.

Arcadese andaba cerca y apenas pudo contener su ira.

—Fuimos derribados —su voz clamaba venganza.

Heka'tan comprendió muy bien su sentimiento.

—No hay nada que podamos hacer ahora.

—¿Qué hacemos con ella? —Arcadese hizo un gesto hacia a la mujer, que permanecía apartada de los restos del siniestro con la cabeza gacha.

—Ella viene con nosotros.

—Nos hará avanzar con más lentitud.

—En ese caso considera una bendición que nadie más sobreviviera —el resto de la reducida tripulación estaba muerto—. Cargaré con ella si es necesario.

Con toda la tripulación compuesta por humanos, la Stormbird se actualizó y se acondicionó como nave diplomática, cambiando los blindajes y las armas por camarotes privados, archivos y habitaciones. Considerando los alcances del desastre, Heka'tan se preguntaba en esos momentos por lo acertado de aquellas medidas.

—Este trabajo no supone una honra para los guerreros —declaró Arcadese con voz profunda.

—Ya no somos guerreros —le replicó Heka'tan, cansado del descontento del ultramarine, y pasó un dedo por el agujero irregular.

Arcadese se fue airado sin hacer caso de la humana.

—Haz lo que tu conciencia te dicte, hermano.

Heka'tan ya no lo estaba escuchando. Se afligió ante la Stormbird caída. Le recordó a otra nave dañada, en otro campo de batalla…

… Estaban huyendo de la zona de aterrizaje, las Stormbird eran poco más que piras ardientes con sus hermanos dentro.

Lo estaban arrastrando. La lucidez lo abandonó, sus oídos retumbaban con el sonido de la explosión.

La imagen de su padre envuelto en fuego y muerte se quedó grabada en la

cabeza de Heka'tan. Por un momento el pánico lo sobrecogió y forcejeó con los dos salamandras que tiraban de él.

—¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué nos marchamos?

Intentó liberarse, pero estaba muy debilitado. Su armadura estaba rota y ensangrentada.

Un casco de combate roto, con el verde bosque ribeteado de un carmesí arterial, lo miró.

—Ha fallecido, hermano.

—¿Qué? ¡No! —Heka'tan se revolvió de nuevo, pero una descarga de dolor en sus heridas frenó en seco sus esfuerzos—. Tenemos que volver.

—No hay nada a lo que volver. No queda nada. Vulkan ha muerto.

Mientras protestaba para que diesen media vuelta y lo buscaran, Heka'tan se desmayó y sólo vio oscuridad.

De repente, al sentirse observado, Heka'tan volvió en sí y miró alrededor. Un encargado de la vigilancia de los yacimientos, uno de los operarios del cónclave que trabajaba en las fincas de pozos en la periferia de las principales ciudades de Bastion, estaba de pie un poco más allá, observándolo. Llevaba puesta una mascarilla, una chaqueta antirradiaciones y unas botas adecuadas para los pozos. En la mano izquierda sostenía una larga vara de labranza que se utilizaba para comprobar la profundidad de los pozos de ceniza.

El encargado de los yacimientos, que no había visto jamás un guerrero semejante, saludó con la cabeza.

Persephia seguía a Arcadese. Heka'tan le devolvió el saludo y continuó tras ellos.

NEGOCIACIÓN

I

—Deja tus armas, hermano.

Heka'tan mantuvo la voz calmada y sin mostrar emoción en el interior de la galería. Más allá de la misma, tras una enorme entrada de piedra, estaba el auditorio donde los nobles del cónclave de Bastion atenderían su petición. Quedaría sellado durante la reunión, y además, las armas estaban estrictamente prohibidas dentro de la cámara.

Ése fue un hecho que el ultramarine no se tomó nada bien.

—Un guerrero de las legiones astartes no abandona sus armas. «Arranca mi arma de mis dedos, fríos y muertos». Ésa es la única manera en la que un guerrero de Ultramar dejará su bólter; así hablaba mi señor Guilliman.

—Y mi señor Vulkan aconseja templanza para afrontar las discusiones estancadas. El pragmatismo, que no el orgullo, es la solución para las discordias que aparentan ser irreconciliables —Heka'tan soltó el enganche de su bólter y sacó el cargador de la culata antes de entregárselo a un guardia del sagrario—. Déjalo, Arcadese. No podemos negociar portando armas ni armaduras. Y tampoco podemos volver.

La Stormbird estaba destrozada, y la marcha a través de las ciénagas de los pozos no había hecho más que aumentar el mal humor de Arcadese, a pesar de que Heka'tan había cargado con la humana para acelerar la marcha.

—Estaremos indefensos.

Heka'tan le devolvió una expresión impasible y sostenida.

—Un guerrero de la legión nunca está indefenso, hermano.

»Dedos fríos, muertos, recuerda. Soy un ángel de la muerte. Soy la muerte.

Unos agentes de seguridad con pesadas armaduras entraron en la galería y apuntaron al ultramarine con unas armas de múltiples cañones giratorios.

Arcadese empuñó su espada de combate, que produjo un beligerante chirrido de acero al ser desenvainada.

—¡Alzarse en armas contra uno es alzarse en armas contra todas las legiones astartes!

Un severo apretón en su muñeca encendió todavía más su ira, aunque detuvo lo que podría haber sido un derramamiento de sangre. La presa de Heka'tan era inquebrantable. Sus ojos rojos ardían con su fuego interior.

—Piensa. Cualquier matanza aquí no favorecerá nuestra causa, la destruirá… Y a nosotros. Usa la sabiduría que te proporcionó tu padre.

Si bien era reacio, Arcadese recapacitó y cedió. Frunciendo el ceño ante los aliviados guardias, dejó sus armas.

Estaba a punto de avanzar hacia el auditorio cuando un par de agentes le cortaron el paso.

Arcadese los miró enfurecido.

—¿Y ahora qué?

—Su armadura también —dijo el jefe de la guardia detrás de él.

El ultramarine hizo un gesto negativo con la cabeza y dedicó una mirada de pesar a Heka'tan mientras se quitaba un guantelete.

—Esto mejora por momentos.

Persephia se acercó para ayudarlo.

—Procura que no les pase nada —dijo Arcadese con voz amenazante. La maestra armera se limitó a asentir mientras retiraba con cuidado un brazal.

El jefe de la guardia se quedó mirando.

—¿Quién hablará por el Imperio?

—Yo —respondió Arcadese.

Se había quitado el peto además de la cota de malla del torso. Unos grotescos implantes biónicos salieron a relucir bajo la cota, un legado de Ullanor, donde había caído en batalla contra los pielesverdes. Permaneció en coma y no fue testigo de la última batalla del Emperador, su mayor victoria. Por el contrario, se despertó en un mundo que carecía de sentido.

Heka'tan sonrió mientras retiraba las placas de su armadura.

—¿Es que no está claro que él es un negociador por naturaleza?

II

Permanecieron de pie ante los nobles del cónclave vestidos con unas togas prestadas.

—Tenemos unas pintas que hasta provocaríamos la risa del Sigilita —aseguró Arcadese momentos antes de reunirse con los diplomáticos.

Persephia se unió con ellos más tarde, tras desaparecer con todo el equipamiento y asegurarse de que era almacenado de forma correcta.

Aunque seguían llevando las botas y el pantalón de cota de malla, el hecho de ir sin armadura seguía doliéndole al ultramarine, por lo que llamó a la maestra armera a su lado en cuanto regresó.

—Necesito que hagas algo por mí…

El resto de su petición se perdió con el sonido de las grandes puertas del auditorio cerrándose tras ellos.

Tras un fuerte y vibrante estruendo, un quinteto de figuras sombrías emergió de la oscuridad sepulcral. Iban iluminados por un despliegue de tenues faroles que proyectaban sombras fantasmagóricas en sus rostros. Se sentaron en un balcón lóbrego. En una galería orientada hacia el suelo del auditorio donde se encontraban los peticionarios había una gran cantidad de rostros semiocultos en la sombra, nobles de Bastion de bajo rango, sus políticos y líderes. Todos ellos formaban parte del jurado.

En la oscuridad, la inmensa forma del auditorio tan sólo se insinuaba. Heka'tan percibió otras construcciones, cuadradas y en buen estado. El aire tenía un regusto a piedra y acero. La habitación era mucho más de lo que su nombre sugería. Tenía múltiples niveles, pasillos y conductos. Laberíntico, el auditorio era sólo una parte, una pequeña parte del todo. La mirada del salamandra descansó sobre los demás peticionarios.

—Es difícil creer que Horus haya enviado a un iterador y no a un legionario.

Arcadese examinó a los hombres y mujeres situados alrededor de una figura central bien vestida.

—Creía que el enemigo había disuelto la orden de los rememoradores, al igual que nosotros.

—Horus es un conquistador, hermano. Quiere que sus victorias formen parte de la historia.

—Sí —asintió Arcadese. El mal genio subió por su garganta al ver a los cobardes humanos—. Busca la inmortalidad, y hacer creer que su causa es algo honorable.

—Cuéntaselo a mis hermanos muertos en Istvaan —masculló Heka'tan.

El ultramarine lo escuchó a medias. Su mirada se centró en un balcón sumido en la oscuridad, en la parte alta de la bóveda del auditorio, frente a los nobles del cónclave.

—No estés tan seguro de que el señor de la guerra no haya enviado guerreros. Nuestra nave no se estrelló por sí misma.

Un brasero se encendió emitiendo una llama azul celeste e iluminó la figura del jefe de la guardia, de pie en medio del auditorio, lo que hizo que terminara la conversación con cierta tensión.

—Presten atención —su voz retumbó, magnificada por un megáfono sujeto a su boca como un aparato para respirar—. El senado da comienzo a la sesión.

Arcadese puso mala cara por toda aquella ceremonia. Luchar contra los orkos hubiese sido mejor que esto.

—Llévame de vuelta a Ullanor —masculló.

III

Vorkellen se comportó con un aire serio y profesional. Por dentro estaba extasiado. Aquél era su campo de batalla natural, una guerra en la que incluso enfrentándose a la legión se sentía superior.

Observó al ultramarine durante un momento. «Te destruiré», susurró para sí. No necesitaba legionarios. ¿Qué utilidad tenían? Toda su fuerza y poder sólo eran efectivos hasta cierto límite; los corazones y las mentes no se podían conquistar con músculos.

—El Emperador envía guerreros para hacer el trabajo de los embajadores —dijo Insk entre risitas.

—En efecto —afirmó Vorkellen, apartando la mirada al percatarse de que el salamandra lo estaba mirando—. Un fallo lamentable.

Rió entre dientes. Verlos humillados, sin armas ni armaduras, fue algo exquisito.

Los nobles del cónclave se dirigieron a la asamblea, explicando a todos que se trataba de una negociación para decidir la lealtad de Bastion y sus ejércitos a Horus o al Emperador. A los dos bandos se les permitiría defender su petición de lealtad y, basándose en sus argumentos, Bastion alcanzaría una decisión. A los perdedores se les garantizaría la inmunidad hasta que regresasen a sus naves intergalácticas, tras lo que serían considerados enemigos y tratados como tales. Como habían llegado los primeros, a los representantes de Horus se les permitió hablar en primer lugar.

Mientras el jefe de la guardia volvía a su lugar entre las sombras, Vorkellen avanzó al frente.

—A Horus, nuestro señor, muchos lo describen como un monstruo y un tirano. Eso no es así. Él es un señor de la guerra, un general guerrero que lo único que persigue es la unificación de la humanidad bajo un mismo orden. Prometed lealtad a Horus y formad parte de esa unidad. Os hablaré de tiranos, carniceros y las masacres más nauseabundas. En Monarchia, donde la arrogancia del Emperador se volvió locura…

IV

Arriba, en los niveles más altos del auditorio abovedado, lejos de la audiencia, una sombra se agitaba. Preparada y en posición, tenía que contenerse a sí misma para limitarse a mirar. De momento.

TIRANOS

I

Vorkellen extendió un brazo.

—Contemplad.

Un holograma se materializó delante de él desde un proyector bajo el suelo del auditorio. Representaba una gloriosa ciudad de templos, edificios en forma de aguja y catedrales. Incluso en el halo intermitente de la resolución holográfica era posible distinguir las estatuas del Emperador, con grandes arcos de veneración alrededor de su imagen.

—Monarchia… —repitió Vorkellen, dejando una pausa elocuente—. Antes de que la legión de Roboute Guilliman la arrasara.

Una segunda proyección nació de un chisporroteo, sustituyendo a la primera. Ésta mostraba la ruina más absoluta, algo así como un cráter humeante donde una vez existió civilización. Se vieron cuerpos desparramados por las ruinas, aquellos que fueron lo demasiado estúpidos o inflexibles, o quizá temerosos, como para marcharse.

—Devastación —dijo Vorkellen—. ¿Y por qué razón? ¿Por qué toda esta masacre autorizada por el Emperador, amado por todos? —Abrió sus manos en señal de pesar —. Por amor. La gente de Monarchia se atrevió a mostrar amor al Señor de la Humanidad, se atrevieron a honrarlo y a reverenciarlo, y ésta fue su recompensa: la muerte.

Observó a los legionarios; su mirada era una deliberada acusación. Esto era también culpa de ellos. Eran sus guerreros, sus carniceros.

—Mirad —declaró Vorkellen, dirigiendo la mirada a los representantes del Imperio—, uno de los guerreros ultramarines está con nosotros. La XIII Legión, aquellos que se consideran superiores a los demás, el molde del que sus socios, los marines espaciales, querrían formar parte, son asesinos de mujeres y niños inocentes.

II

Arcadese lo miró con odio, observando su seguridad al caminar, el trasfondo de arrogancia en la expresión del iterador, la finura de sus atuendos y las algo caras operaciones de rejuvenecimiento aplicadas para preservar su juventud. Vanidad y seguridad corrían por sus venas como un fluido invisible.

Apretó un puño. Fue su legión la que destruyó Monarchia, aunque él no estuvo presente.

—Mantén la calma, hermano —le susurró Heka'tan—. Está tratando de enfurecerte.

Arcadese asintió. No mordería el anzuelo. Entonces, todas las miradas se dirigieron al ultramarine, invitándolo a dar la réplica.

—A los ciudadanos de Monarchia se les dio tiempo más que suficiente para evacuar la ciudad. No somos monstruos. Nosotros…

El iterador lo interrumpió.

—¿Así que la XIII Legión no perpetró la destrucción de Monarchia ni la subsiguiente masacre de la mayoría de su población?

—Fueron advertidos —gruñó Arcadese—. Monarchia practicaba una religión proscrita. La idolatría es el camino a la condenación. No verían la luz.

—Un intrigante juego de palabras —replicó Vorkellen—. ¿No es la religión el verdadero camino hacia la iluminación?

—No es una cuestión de debate teológico. Se trata de leyes. Monarchia era…

—¿Y quién estableció aquellos edictos, aquellos mandamientos que toda la humanidad debía suscribir para evitar el dolor de una sanción cruel? ¿No fue el Emperador?

—Sabes que lo fue.

—Y dime también: ¿a quién veneraba la gente de Monarchia que tan severas medidas se tomaron contra ellos? ¿A alguna imagen grabada de un déspota, a un demagogo de una fe corrupta y sin base alguna o, peor aún, quizá a un símbolo de la Vieja Noche?

—Adoraban al Emperador.

—Él, quien estableció sus leyes desde las alturas; él, quien creó la más formidable fuerza de combate que la galaxia jamás haya conocido a través de la ciencia y el arte genético; este… ser, quien enseñó a los hombres cómo abarcar el gran abismo de la galaxia y que puede matar con un pensamiento, ¿éste es al que honraban?

Arcadese contestó con los dientes apretados.

—Sí.

Vorkellen escupió su impaciencia y se volvió hacia su audiencia.

—¿Cómo puedes confiar en un Emperador que castiga a los que le rinden culto? ¿No es ése un decreto hipócrita? ¿Es ése el Imperio al que quieres servir?

Hubo murmullos entre las sombras, e incluso los cinco altos nobles intercambiaron comentarios y miraron con seriedad al ultramarine.

—A toda esa gente se le dio siete días para evacuar la ciudad. La fe es peligrosa; abre el camino a la destrucción.

—Pronunciado como un verdadero fanático —lo zahirió Vorkellen—. Ésta es la recompensa que ofrece el Emperador por vuestra lealtad. Envía a sus legiones para asesinar, quemar y aniquilar. Es el destino que os espera, Bastion, si os decantáis por el lado del Imperio.

Hizo una pausa y su voz cambió. Estaba calmada, de hecho, impregnada de una verdad irrefutable.

—Horus no se rebeló contra un padre ausente; luchó contra un tirano disfrazado de pacifista y de gobernante benevolente.

—¡Mentira! —La voz de Arcadese retumbó con fuerza, delatando su ira.

Un silencio de estupefacción inundó el auditorio.

Heka'tan se movió intranquilo detrás de él.

—Hermano…

Arcadese relajó el puño. El ultramarine abrió la boca para hablar, pero no encontró las palabras. Se trataba de herejía, ¿verdad? Eso es por lo que Monarchia ardió. Fue un mal menor para evitar uno mayor. Fue…

—Os pido disculpas.

Las miradas de toda la asamblea se concentraron en la figura del ultramarine con severidad.

Uno de los altos nobles puso voz a su menosprecio:

—Medita tus próximas palabras con cuidado.

Arcadese asintió con frialdad, lanzando puñales con la mirada al interventor. Se volvió y le susurró a Heka'tan:

—Sabía que esto era una locura.

—Esto no ha hecho nada más que comenzar, hermano. Ten paciencia —miró a su alrededor—. ¿Adónde has enviado a la armera?

—A que vigile mi bólter y mi espada. Podríamos necesitarlos antes de que esta farsa acabe, aunque sólo sea para ensartar a esa serpiente mimada de Horus.

Heka'tan estaba a punto de contestarle cuando su mirada fue atraída de forma inexplicable hacia los niveles más altos de la sala.

III

La figura envuelta en sombras del balcón se movió ligeramente. El dueño de aquellos ojos rojos lo estaba mirando. Por un momento pensó que lo habían descubierto y su mano corrió hacia el rifle. Entonces, el guerrero apartó la vista y la figura ensombrecida se relajó. Aún no… aún no…

IV

Persephia había sido siempre una excelente artesana. Antes del Edicto de Disolución había sido escultora. Eso hizo la transición a maestra armera algo más fácil. También significaba que no había sido alistada para formar parte del Ejército Imperial, ni enviada a las manufactorías para fabricar proyectiles y bombas. Oyó hablar de las condiciones en aquellos lugares, de los despiadados supervisores que transformaban a hombres y mujeres en la sangre que alimentaba la máquina de guerra imperial. Atrás quedó la era de la esperanza, de gloriosas conquistas de las que ella quería formar parte. En su lugar, reinaba una era de oscuridad.

La armería donde se custodiaba el equipamiento de los legionarios estaba justo debajo del auditorio, en un nivel inferior. Al no representar ninguna amenaza, los guardias le permitieron el paso a las negras profundidades sin oponerse. Toda su atención estaba fijada en los dos enormes guerreros que se dirigían al cónclave.

Las palabras de su señor regresaron a su mente.

«Necesito que me traigas mis armas. Pásalas a escondidas dentro del auditorio. Nadie te prestará atención alguna, y déjalas en algún sitio donde pueda encontrarlas sin problemas».

Ella asintió, sin atreverse a cuestionar al gigante de cobalto.

«Nuestra nave fue atacada, ya lo sabes. Hay enemigos en Bastion. Creo que quieren matarnos e inclinar las negociaciones a favor del señor de la guerra. No podemos quedar desprotegidos».

Ella se marchó después de eso, temerosa por lo que acababa de descubrir.

La piedra fría y gris y unos puntales de acero en buen estado bordeaban los pasillos bajo el auditorio. Había antesalas y habitaciones, casi todas almacenes o enormes oficinas abarrotadas de pizarras y papeles. La armería estaba delante, y Persephia intentaba planear cómo pasar una de las enormes armas del ultramarine cuando un calor ligeramente punzante asedió su piel y sus orificios nasales. Era embriagador, y si forzaba el oído, podía oír los zumbidos de la maquinaria.

Prosiguió hacia su destino, pero encontró a más guardias en el pasillo hacia la armería a los que no había visto antes. Se escondió en un hueco antes de que la viesen, y, tras un minuto, decidió volver sobre sus pasos. No podría entrar por allí, pero tal vez podría dar un rodeo y encontrar una ruta diferente para llegar.

Otro pasillo la apartó de la gris arteria principal. Aquí el zumbido de la maquinaria era más atronador, por lo que prosiguió esperando que la llevase al otro lado,

esquivando así a los guardias.

Mientras más avanzaba Persephia, mayor era el ruido. Algún tipo de maquinaria inmensa que sólo alcanzaba a imaginar. Pronto los muros y los puntales dieron paso a motores, tuberías y conductos. Había indicadores de temperatura y conductos de ventilación, unas cámaras alargadas protegidas por varios revestimientos de plastocemento. Un vibrante nexo de energía emanaba de algún lugar bajo ella. Alcanzó el final del túnel y se encontró de pie al borde de un abismo circular cercado de grúas.

Aunque era extraño, el camino estaba libre. Ninguna de las puertas de esa parte estaban cerradas con llave ni había guardias que alcanzase a ver. De forma intermitente, dio con pesados servidores armados, pero tenían los componentes ciberorgánicos desactivados.

Los operarios se movían de acá para allá, aunque absortos en tareas poco importantes. Persephia se movió entre ellos con cautela, poniendo mucho cuidado en no interrumpir su rutina ni tocarlos mientras seguía descendiendo. El calor no hacía más que aumentar. Unas manchas de sudor oscurecían ya sus axilas y un barniz de transpiración le cubría la frente.

Vio a un servidor trabajando en una de las consolas. Un banco de pantallas mostraba algunos de los puntos nucleares geotermales de Bastion. Todos ellos, y era algo inquietante, parecían iguales. Persephia continuó, atraída por la curiosidad y el distante fulgor nuclear que se acercaba.

Alguien se movió bajo ella. No era un servidor. Sus movimientos no eran lo suficientemente sincopados. Demasiado grande también, y mucho mayor que cualquiera de los operarios ciberorgánicos. Trabajaba en una de las consolas, arreglando algo. Persephia estaba demasiado lejos como para ver qué era. Algo en aquella figura hizo que se detuviera. Se sintió intranquila mientras observaba su masa moviéndose con discreción en su trabajo.

De pronto, se dio cuenta de por qué no había guardias en activo, por qué la ruta al núcleo estaba abierta. Persephia se preguntó a qué altura estaría el nivel del auditorio y a qué distancia. Había perdido la noción del tiempo.

Era un sitio peligroso. Sus instintos lo gritaban. Que aquella figura la viese era una llamada a tener serios problemas. Una invitación a la muerte.

Una gota de sudor bajó por la frente de Persephia hasta su ojo. Jadeó.

La figura miró hacia arriba, unos ojos de expresión dura que miraban a través de unas lentes carmesí. Era gris, gris como los muros. Su armadura estaba bordeada por

un dorado sucio y mostraba el icono de una calavera estampado en su hombrera izquierda como un mal presagio. Vio a la mujer y se agazapó.

A Persephia le llevó unos segundos darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Levantándose de la posición en cuclillas, la figura escaló al puente inmediatamente superior. Repitió el movimiento e hizo lo mismo otra vez. Debajo de sus pies, el metal tembló.

Corrió. Otro temblor se transmitió por el puente, más fuerte esta vez, quizá sólo unos pocos niveles por debajo. El ruido de las pisadas la seguía, resonando tras ella, y Persephia se percató de que la figura la estaba persiguiendo. Oyó el fuerte chasquido del metal golpeando contra el metal y se escondió detrás de un servidor. Un segundo después, hubo un estruendo colosal y los sirvientes explotaron provocando una lluvia de hueso y piezas de maquinaria.

Persephia aceleró el paso. Los oídos aún le zumbaban. La muerte estaba a su espalda. Tenía una máscara de hierro y no podía escapar de ella.

Un potente gruñido mecánico le asaltó los oídos cuando la enorme masa del guerrero de hierro la envolvió.

El fuerte rugido mecánico se convirtió en un chapoteo líquido y luego en un chillido cuando Persephia lanzó un grito moribundo. Escupió un torrente de sangre sobre su ropa, y entonces su asesino apareció ante sus ojos vidriosos e inmóviles.

ENEMIGOS ENTRE NOSOTROS

I

Heka'tan escuchó más y más diatribas del iterador en contra del Imperio y del Emperador, y vio que, poco a poco, Arcadese iba perdiendo la calma. Su humor se estaba alterando también, pero por una razón diferente.

—Hace mucho que se fue.

Arcadese se medio volvió al oír como el salamandra comenzaba a moverse.

—¿Adónde vas?

—A buscarla.

—¿Qué? —le preguntó en un susurro, tan sólo oyendo a medias el continuo asalto verbal del iterador—. Necesito que hables de Istvaan V. Como testigo, tu testimonio es crucial.

—Tengo que encontrarla, Arcadese.

El rostro del ultramarine se contrajo por la confusión.

—¿Por qué? —preguntó, haciendo una mueca.

Las heridas de Arcadese no se habían cerrado del todo; nunca se cerrarían del todo. Sus compuestos biónicos le permitían moverse, pero a costa del dolor. Ningún humano podría soportarlo. A un legionario como el ultramarine tan sólo lo debilitaba. Incluso si hubiese despertado del coma a tiempo para la asamblea de Calth, Arcadese no habría podido asistir. Ya no volvió a ser un soldado de primera línea. La negativa ardía en sus palabras y sus gestos podían ocultarla, pero no sus ojos. Heka'tan lo vio tan claro como veía sus propios fallos.

—Estamos a cargo de su protección, hermano. Hicimos un juramento, los dos, por si se te ha olvidado. Un juramento del momento. Presupongo que eso aún significa algo para ti.

Arcadese se puso en pie de repente, y por un momento Heka'tan pensó que iba a golpearlo. Entonces se relajó, y los implantes biónicos dejaron de resonar con un chirrido y pasaron a emitir un simple zumbido.

—No estoy seguro de lo que significa todo esto, ya no —reconoció en voz baja, y no se refería a los pergaminos de honor—. Lo recuerdo —añadió con un tono de voz más elevado—, pero esto también es nuestro deber.

—Sólo quiero asegurarme de que está a salvo.

Arcadese suspiró con resignación.

—Haz lo que creas conveniente, pero cuando Bastion jure obediencia a Horus y nosotros seamos expulsados de malas maneras de esta atmósfera, no hagas que toda la

culpa recaiga sobre mis hombros, hermano —la cara del ultramarine y su comportamiento cambiaron bruscamente—. ¿Qué te pasa en la mano?

Temblaba, de manera tan sutil que Heka'tan no se había percatado.

—Un tic nervioso —mintió—, supongo que debido al impacto. Tan pronto como encuentre a la armera, volveré.

No hubo tiempo para una contestación. Todas las miradas estaban centradas en Arcadese de nuevo; había llegado su turno para intentar convencer al cónclave.

—Necesito luchar, no debatir —masculló, sin ser consciente de que su deseo estaba a punto de cumplirse.

II

Una llanura asolada con ciudades en ruinas y campos asolados por los virus se proyectó ante los nobles del cónclave en una panorámica algo pixelada. La grabación tenía tanto imagen como sonido, pero este último permanecía inquietantemente mudo.

—¿Qué es lo que oyen? —preguntó Arcadese, que dejó una larga pausa para enfatizar su argumento—. Es el sonido de la muerte. Se trata de Istvaan III, donde Horus Lupercal llevó a cabo un genocidio y puso en marcha una guerra galáctica. Un planeta entero destruido por armas biológicas. Un fratricidio entre las mismas legiones astartes llevado a gran escala. Sólo gracias a los esfuerzos del capitán Garro, de la Guardia de la Muerte, que escapó en la fragata Eisenstein, quedó alguien vivo para contar esta atrocidad. Sin aviso previo, ni oferta de rendición. Sólo muerte.

Arcadese hizo una señal para que apagasen la imagen. Juntó las palmas de las manos.

—Éstas son las hazañas de un dictador, alguien que abandonó la luz del Emperador y abrazó las tinieblas —el ultramarine frunció el ceño—. Istvaan III fue una estratagema para separar a aquellos que eran leales al Emperador y eliminarlos de un plumazo. Alíense con Horus y unan sus fuerzas a las de un demente.

Vorkellen se defendió al instante.

—Istvaan III era un planeta con una revuelta en curso. Su señor comandante era un mutante psíquico llamado Vardus Praal que se había declarado contrario al Imperio. Formaba parte de las órdenes del mismo Consejo de Terra que los Hijos de Horus, y sus legiones hermanas fueran enviadas allí.

—¿Qué intenta demostrar, iterador? —preguntó el alto noble que presidía la reunión.

—Que a Horus se le ordenó ir al sistema de Istvaan por deseo de los agentes del Emperador, y que, de alguna manera, se está reivindicando que esto forma parte de un plan del señor de la guerra para librarse de traidores internos. Él fue enviado allí —su mirada se dirigió al ultramarine—. Enviado. Allí. Por Terra.

Arcadese apretó los puños.

—Él asesinó a millones, bombardeó la superficie y después soltó a sus perros dementes contra aquellos guerreros que seguían fieles al Emperador.

—Un mundo bajo el yugo de un peligroso desertor de las leyes imperiales, un mutante psíquico nada menos, una criatura con la habilidad de influir en la mente de los hombres —continuó el iterador—. Vosotros no estuvisteis en Istvaan III, vuestros

días de lucha acabaron en Ullanor, ¿no es así?

Arcadese no contestó. Sus dientes rechinaban y su rostro enrojeció.

Vorkellen continuó:

—Tengo evidencias de que una vena de desafecto corrió entre las fuerzas imperiales, y que el Emperador intentó conseguir imponerse por encima del señor de la guerra. Desde luego, el culto a su personalidad creció desde que el Emperador renunció a la Gran Cruzada. ¿Pueden los dioses sufrir celos?

—Eso es una idiotez —alegó Arcadese al cónclave—. Sólo son ideas superficiales creadas para enturbiar la verdad. Horus cometió genocidio y llevó a cabo un ataque preventivo contra los guerreros de su legión y de las legiones de sus hermanos que seguían fieles al Emperador.

—Horus sólo actuó cuando lo forzaron a ello —alegó Vorkellen—. Cuando se dio cuenta de que algunas facciones dentro de sus mismas filas, guerreros que le habían jurado obediencia, se estaban agrupando en su contra, hizo lo único que podía hacer: los detuvo.

—Y al hacerlo, asesinó a miles —replicó Arcadese—. Escribas, poetas, imaginistas e iteradores de la Orden de los Rememoradores por extensión. Horus es un monstruo.

III

Esa palabra difícil de usar.

Monstruo.

Horus seguía siendo una especie de figura paternal para aquel legionario, Vorkellen lo percibió en la cara de angustia del ultramarine.

«Aún se esfuerza por entenderlo —pensó—. El Emperador debe de estar loco para mandar a unos guerreros como éstos. Son soldados destrozados, misericordiosamente olvidados por sus legiones. Tiene dudas, y si duda… bueno…».

—Fue vuestro querido señor el que puso en peligro a hombres y mujeres enviados a documentar la Gran Cruzada, a consolidar para siempre en la memoria reciente las hazañas del Emperador y sus primarcas. Sus muertes fueron una tragedia, pero la guerra, una guerra provocada por un padre ausente que fracasó en el cuidado de sus hijos, ocasiona muchas víctimas. Esto no convierte al señor de la guerra en un monstruo.

Al ver la cara del ultramarine, Vorkellen se permitió esbozar una sonrisa. «Venga, continúa, es el momento. Sella mi victoria».

—¿Qué es lo que te han prometido, eh? ¿Es eso, Vorkellen? —El ultramarine no pudo contener una sonrisa sarcástica en sus labios.

—Sólo soy un humilde siervo que está aquí para ver representado a su señor con imparcialidad.

—¿No cumples un pacto con algún poder caído, una concubina quizá?

Los ojos de Vorkellen parecían de hielo.

—Te gustaría aplastarme, ¿verdad?

Arcadese asintió ligeramente, levantando la objeción del cónclave, que fue apaciguado por Vorkellen.

—El Emperador envía guerreros cuando lo que necesita en realidad son embajadores, unos que no se avergonzaran de sí mismos por estar en un ambiente desconocido donde el bólter y la espada no tienen cabida.

—¡No necesito mis armas para destrozarte! —Arcadese dio rienda suelta a su furia de nuevo y avanzó hacia el iterador.

«Y aquí está —Vorkellen sonrió al ultramarine—. No puedes luchar contra tu propia naturaleza».

Un pelotón de guardias que empuñaban sables de luz corrió a interceptarlo.

IV

Arcadese sabía que sería capaz de aplastarlos sin necesidad de sus armas, y hacerlo de una forma veloz y limpia, llegando a la garganta de Vorkellen antes de que el comando de apoyo apareciese y la sala se inundase de hombres armados.

En cambio, levantó una mano.

Los guardias dieron media vuelta.

Arcadese se hundió de hombros, sintiendo los tentáculos de la derrota apretarle el corazón.

«Heka’tan, ¿dónde estás?».

CUERPOS

I

Los niveles bajo el auditorio eran muy amplios y laberínticos. A todo un ejército le costaría semanas encontrar una persona en sus profundidades si ésta no quisiese ser descubierta. Heka'tan era un solo hombre, y tenía unas pocas horas a lo sumo.

Al menos, el temblor había remitido. Tras haber insistido al guardia para que lo dejase bajar y la oscuridad lo hubo envuelto, se recostó contra el muro y cerró los ojos. Las imágenes de la masacre del punto de desembarco brotaron en su mente de forma espontánea. Recordó la última vez que vio a Vulkan, con el primarca envuelto en una brillante luz de magnesio.

¿Muerto? Nadie lo sabía. Era un misterio que rondaba a la legión. Ferrus Manus estaba muerto. Era un terrible destino para cualquier legión perder a su padre, pero al menos los Manos de Hierro pudieron pasar página, al menos ellos sabían. Por muchas otras razones, para los Salamandras fue peor. ¿Y ahora qué iba a pasar con ellos? Una pequeña parte estaba inmersa en una guerra galáctica donde el destino de la humanidad y de Terra era tanto el premio como el coste.

Heka'tan apartó los pensamientos de su mente y empezó a buscar.

Encontró el cuerpo de Persephia después de treinta minutos.

Yacía desechada como basura en una de las habitaciones que servían de archivo, sus entrañas se acumulaban en su regazo como brillantes lazos rojos. La cara de la armera salpicada por su propia sangre seca, tenía impresa una mueca de dolor.

No había muerto allí. Había marcas de que había sido arrastrada por el suelo, ocultada a toda prisa. Heka'tan le cogió la mano y detectó una diminuta sensación escalofriante en la punta de sus dedos. Calor. Se había desangrado de abajo hacia arriba.

Heka'tan volvió a mirar el cadáver. La herida en el pecho de Persephia le era familiar. Sabía lo que la había causado. Había sido destripada por una espada sierra. Era un arma propia de las legiones. Arcadese estaba en lo cierto, Horus había enviado guerreros.

El salamandra siguió la fuente de calor.

II

La sombra se movió por el balcón. En aquellos momentos acariciaba el rifle en sus manos. Faltaba el de los ojos rojos, y eso no le gustaba. Lo hacía sentirse vulnerable, potencialmente desprotegido al haber un legionario que no aparecía. La labor ahí abajo parecía haber acabado; ahora comenzaba la segunda fase. Había cuatro guardias de seguridad debajo, vigilando la escalera hacia las salas inferiores. Otros cuatro estaban cerca, en la oscuridad. Sin pistolas. Sin armas de ninguna clase. ¡Qué idiotas eran! ¡Qué arrogantes!

El jefe de la guardia estaba solo y pensativo mientras los actos continuaban. Estaba ciego, al igual que los nobles del cónclave y los demás espectadores. Ellos verían. Todos ellos verían. Pero para entonces sería demasiado tarde. También estaban el iterador y sus secuaces, y el otro guerrero; el herido, el marine espacial a medias. Apenas se había dado cuenta de que el pielverde había desgarrado algo más que su cuerpo.

Ya casi había llegado el momento. La sombra se movió por el balcón y elevó el rifle hasta los ojos. El objetivo estaba ajustado en su punto de mira. Un segundo y todo habría acabado. Sólo un segundo, el tiempo que se necesita para apretar el gatillo. Pronto.

III

Estaban perdiendo. Él estaba perdiendo. Sin disparar un bólter, ni desenvainar una espada, Arcadese sabía que la batalla se estaba perdiendo, metro a metro, agonizante. Para un guerrero era una sensación extraña, no como se había imaginado su servicio a la legión.

El iterador humano, a pesar de sus aparentes fragilidades, poseía una inteligencia extraordinaria. Con un sentimiento de despecho, Arcadese pensó que lo habían operado para colocarle implantes cerebrales o había sufrido una programación hipnótica.

La operación de Dagonet fue una catástrofe. Vorkellen dibujó a Horus como la víctima y al Imperio como un asesino deshonroso. Un afortunado giro del destino permitió al señor de la guerra evitar un abyecto intento de asesinato; mientras que uno de sus capitanes y elogiado legionario, Luc Sedirae, fue asesinado a sangre fría. La masacre que vino después fue en represalia, un esfuerzo por ejecutar a los responsables. El daño colateral fue inevitable. Había sido la mano del Emperador lo que había provocado aquello, o los agentes que actuaron en su lugar.

Prospero no fue mejor. Lobos desatados en un mundo culto y un hijo que sólo deseaba satisfacer a su padre. El consiguiente arrasamiento del Planeta de los Hechiceros se hizo para demostrar la incapacidad del Emperador para perdonar o conceder clemencia. ¿Suponía Magnus en verdad tal amenaza? Leman Russ y su legión se aseguraron de que esta pregunta no pudiese ser contestada jamás.

Nada de eso añadió fuerza a la causa de Arcadese, y sintió la lealtad de Bastion escurrírsele entre los dedos. Tan sólo le quedaba un argumento, pero el único que lo podía defender estaba perdido en algún lugar.

IV

Desarmado y vestido con una toga, Heka'tan sabía que tenía una clara desventaja contra otro guerrero de las legiones astartes.

Podía haber regresado, dar la voz de alarma, pero si lo hubiera hecho, el asesino de Persephia habría podido escapar y nunca sabrían lo que de verdad estaba pasando allí. Se intentó convencer de que ésa era la razón, pero la verdad era que su furia por lo de Istvaan V había permanecido impotente durante demasiado tiempo; necesitaba desahogarla.

No le llevó mucho tiempo seguir el rastro del asesino, lo que condujo a Heka'tan hasta un puente de grúa metálico que miraba hacia abajo, hacia el corazón nuclear de Bastion. Reconoció la figura que seguía trabajando duro en sus profundidades. Los recuerdos de una última lucha desesperada en la Depresión de Urgall volvieron a él.

—¡Guerrero de hierro!

El legionario con armadura gris metálico se volvió, y las lentes de su casco brillaron con frialdad al reflejar la luz nuclear.

Se burló de él, un sonido discordante y metálico que emanaba de su comunicador de rejilla.

—¿No estaban muertos todos los de tu calaña?

Heka'tan rugió y se lanzó sobre el puente de grúa. Colisionó con el guerrero de hierro y golpeó la ceramita como si fuese el muro de una fortaleza. No tuvo tiempo de evitar la carga enloquecida del salamandra. Tan sólo había medio empuñado su espada sierra cuando Heka'tan la golpeó de costado y la hizo saltar de sus manos a la parte inferior del puente de grúa con un zumbido.

Al instante, los dos legionarios se unieron en un aterrador abrazo, pero gracias a su servoarmadura de combate, el guerrero de hierro era más fuerte.

—¿Qué me delató? —gruñó, obligando a Heka'tan a arrodillarse. Los dedos de ambos combatientes se entrelazaron en un forcejeo—. Fue la humana, ¿verdad? Siempre tan benevolente como tu desaparecido Vulkan al venir a buscar a una inocente.

Un ataque de ira disparó la fortaleza física de Heka'tan. Hizo presión con las piernas, usando su fuerza bruta para elevarse y quedar cara a cara con el guerrero de hierro.

—No mancilles su nombre con tu lengua, traidor —le escupió.

El guerrero de hierro apretó los dedos de Heka'tan con su guantelete, lo que hizo

que el salamandra gritara con fuerza al mismo tiempo que era arrojado por el puente de grúa hacia un nivel inferior.

El dolor nubló la visión de Heka'tan, aunque vio bastante bien a su enemigo, que estaba dispuesto a acabar con él. Extendió la mano y sus dedos destrozados encontraron lo que buscaban.

El guerrero de hierro alzó un descomunal puño en un intento de dar un golpe de muerte a su antiguo hermano, cuando se encontró con los dientes silbantes de su espada de sierra alojados en sus tripas. Se había abalanzado justo sobre ella.

Heka'tan mantuvo sujeta la empuñadura todo lo que pudo antes de levantarse a duras penas y quitarse de encima al guerrero de hierro que se desangraba. Entre los dos rompieron la barandilla del puente de grúa y cayeron sobre el borde.

Las radiaciones de calor que salían del corazón nuclear templaron la piel de Heka'tan. Estaba colgando de la barandilla doblada sujeto con una mano varios niveles por debajo; el guerrero de hierro estaba en la misma situación a pocos metros de distancia. A su armadura le estaban saliendo ampollas y los galones pintados en negro y amarillo se descascarillaban.

—Esto no cambia nada, salamandra. Vulkan está muerto —se echó a reír—. Estáis todos muertos.

Cogió la pistola de bólter que llevaba en la pistolera lateral e hizo rechinar la barandilla. Pesaba demasiado. El metal se partió y el guerrero de hierro cayó. Heka'tan vio como rebotaba contra otro puente de grúa y después con unas tuberías, antes de chocar contra el mismo corazón nuclear. Hubo un pequeño destello de fuego azur y el legionario desapareció, convertido en cenizas.

Con no poco esfuerzo, Heka'tan arrastró su cuerpo hasta el puente de grúa. Intentó no pensar en las últimas palabras del guerrero de hierro, lo que había dicho sobre su padre. No era verdad. Sólo lo estaba provocando.

El enemigo dejó caer algo durante la lucha. Era un paquete de datos de algún tipo, tomado de una de las terminales subterráneas. Estaba aplastado, pero los últimos datos aún seguían en la grabadora: esquemas de máquinas de guerra, con unos enormes y monstruosos motores que Heka'tan jamás había visto. Se habían mantenido allí en secreto y ahora el saboteador estaba borrando su existencia. Lo de venir a Bastion nunca había sido para ganarse una alianza. Aunque cojeando, fue hasta la pantalla de la terminal. Mostraba todos los demás centros nucleares alrededor del planeta, aunque él no sabía por qué razón.



Con el tiempo que se agotaba y aún sin armas, Heka'tan se apresuró de vuelta al auditorio.

V

Arcadese había dado lo mejor de sí, pero su tiempo de exposición se acabó.

El cónclave había escuchado las peticiones de ambas partes, había deliberado, y estaba a punto de emitir su respuesta.

En el balcón de más arriba, el alto noble avanzó hacia la luz. No se podía adivinar nada en su rostro.

—Nosotros, los de Bastion, somos gente orgullosa. Sin embargo, nos unimos al Imperio naciente bajo la promesa de unión y prosperidad. Yo prefería la independencia, pero ya que con esa decisión las naves estelares de la legión nos hubiesen reducido a átomos, no tenía otra opción. —El alto noble pareció reacio a continuar—. Honramos nuestros juramentos originales, y Bastion aceptará el compromiso con Hor…

—¡Arcadese!

El grito hizo que todas las miradas se dirigieran hacia el salamandra, y llegó tres segundos antes de que se disparase el rifle. El ultramarine tuvo tiempo suficiente para vislumbrar la luz roja del punto de mira láser, tiempo para ver el fogonazo salir del cañón y hacerse más grande, tiempo para colocar su cuerpo entre el asesino y su objetivo.

El iterador Vorkellen gritó cuando el legionario cayó encima de él, creyendo en un primer momento que el ultramarine había perdido el control. Los guardias de seguridad se movieron con demasiada lentitud como para intervenir a tiempo, ya que se vieron tan sorprendidos como el iterador.

La bala provocó una mueca de dolor en el rostro de Arcadese cuando le rozó el hombro. Intentó girar en el aire para no reventarle los huesos a Vorkellen al caer sobre él. El segundo disparo alcanzó a uno de los de Bastion en el cuello y lo mató al instante, dejando a los demás paralizados. Sólo cuando murió el tercero, con el ojo derecho reventado, todos miraron hacia el otro balcón.

VI

Estaba en cuclillas, con la punta del rifle asomando por el borde del balcón, cuando Heka'tan lo encontró.

El salamandra valoró a su enemigo en seguida, mientras alcanzaba la parte superior de la escalera y seguía avanzando.

Un humano que llevaba unos ropajes indescriptibles. Recordó al inspector de yacimientos con el que se habían cruzado antes y supo que se trataba del mismo individuo. También vio la vestimenta de un guardia del sagrario en un fardo cerca de la posición del francotirador. El rifle estaba modificado; casi parecía de cerámica. Así fue como evitó ser detectado. Habían entrado nueve guardias, y en esos momentos, sólo ocho ocupaban su puesto. Estaba muy oscuro, hubiese sido muy fácil escabullirse.

—Has querido abarcar demasiado —le dijo el salamandra, taponando la salida del balcón con su gran mole de ónice negro—. Vi el extremo de tu rifle desde abajo. También lo vi antes, creo. Tú fuiste el que disparó a nuestra nave.

El inspector de yacimientos se puso en pie y asintió. Al parecer, el rifle estaba descargado. Se deshizo de él y, en su lugar, extrajo una gran espada de su costado, literalmente de su costado. Los ojos de Heka'tan se abrieron como platos al verla salir de la carne del asesino.

—Deberías haber disparado a los tanques de combustible y no al ala —prosiguió el salamandra, acercándose, dando tiempo para que Arcadese lo alcanzase y lo apoyara. Lo que tenía ante él parecía un humano, pero los instintos del marine espacial le indicaban que no era así. Era algo más—. Tu propósito se ha truncado si lo que planeabas era matar a todos los que iban a bordo.

—¿De verdad?

El asesino le sonrió y sus ojos cambiaron de color, incluso el tono de su piel pareció cambiar.

Heka'tan embistió contra él al mismo tiempo que su oponente le lanzaba un mandoble. Lo esquivó, reaccionando con rapidez al veloz movimiento, pero soltó un grito cuando le rozó la piel. No logró acertar al asesino por un palmo, y sólo golpeó el aire cuando su oponente saltó del balcón hacia el piso inferior.

VII

Arcadese intentó alcanzar a la forma saltarina del asesino con el sable de luz de uno de los guardias muertos, pero falló. Estaba a punto de encararlo, pero no pudo evitar que dos agentes más murieran bajo los dedos afilados del asesino. Un tercero cayó ante lo que parecía una lengua cubierta de púas que daba latigazos desde la boca del hombre.

El ultramarine intentó echársele encima, pero sus implantes biónicos lo ralentizaron. El asesino llegó a las tinieblas y se introdujo por los pasillos del otro lado. Incluso en el nivel superior, el espacio del auditorio era un laberinto de pasadizos y conductos.

Heka'tan estaba justo detrás de él.

—Estás sangrando —dijo al ver el rasguño de la bala en el hombro del ultramarine.

—Y tú también.

Heka'tan se llevó un dedo a su costado y sintió la herida de la espada.

—Entonces le debemos un par de cortes, uno por cada uno —le prometió, y siguió al asesino al interior de la oscuridad.

Detrás de ellos, los guardias que habían sobrevivido intentaban no dejarse llevar por el pánico. Habían renunciado a la persecución para garantizar la seguridad de los nobles del cónclave. El jefe de la guardia daba grandes voces por encima del clamor, gritando órdenes desesperadas.

Vorkellen chillaba a sus lacayos, denotando un dolor obvio. Eso arrancó una sonrisa de los labios de Arcadese, contenida por las sombras que lo engulleron. En la oscuridad, el sonido se apaciguó y los legionarios ralentizaron el paso.

—Estabas en lo cierto, hermano —dijo Heka'tan entre dientes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arcadese, lo más bajo que pudo, sin dejar de vigilar las profundas sombras.

—Encontré a otro de los emisarios de Horus abajo, un guerrero de hierro.

Eso despertó el interés del ultramarine.

—Lo maté, pero estaba haciendo algo ahí abajo, algo en lo que la guarnición de aquí ha estado trabajando. También estaba monitorizando los centros nucleares. No sé por qué. El asesino podría dar respuesta a nuestras preguntas. De todas formas, esto debe llegar a oídos del resto del Imperio.

—Y estamos atrapados —observó Arcadese con pesar.

Los ojos de Heka'tan ardían cargados de agresividad.

—Pero él también lo está.

CAZADORES

I

El ataque fue rápido. El de ojos rojos fue fácil de localizar; al herido se lo podía oír desde cincuenta metros. No eran unos objetivos sigilosos, ninguno de ellos.

Un grito de dolor poco profundo resultó satisfactorio cuando le clavó la espada en el hombro al de ojos rojos. Un duro puñetazo en las costillas del herido produjo un crujido audible. Demasiado para el denso protector óseo. Las operaciones debían de haberlo debilitado.

Esquivó una primera respuesta, y luego una segunda. Al rodar con toda su envergadura, desconectó el campo holográfico que daba forma al inspector de yacimientos.

II

Arcadese intentó alcanzarlo con un golpe cargado de furia, pero sólo cortó el aire con su sable de luz prestado. A su lado, Heka'tan gruñó, y asumió que el salamandra tampoco había logrado darle a su oponente.

El asesino era veloz, más veloz que ellos. Más veloz que él. No por primera vez, maldijo sus implantes biónicos.

Su oponente ya estaba rodando mientras Arcadese se volvía, al igual que Heka'tan. Lo que ambos encontraron al iluminar la oscuridad con el destello magnésico del sable de luz no era lo que el ultramarine se esperaba.

No era humano en absoluto, al menos no un humano que se correspondiese con las convenciones normales de tamaño. Era enorme, más alto incluso que Arcadese o Heka'tan, y temible. Los tatuajes alrededor del cuello del agresor trazaban una larga cadena de palabras, un nombre, o varias fracciones de un nombre en su cuerpo, y desaparecían bajo un ancho traje de cuero rojo. La armadura parecía de gladiador. Había algo de Terra en ella. Cuando Arcadese vio la marca en el puño del guerrero mientras movía la espada dibujando un arco, lo supo.

—Un custodio.

III

Cuando la espada destelló en el siguiente ataque, el ultramarine la esquivó. El otro retrocedió. Heka'tan intentaba rodearlo. Él también había atado cabos, dándose cuenta de que el inspector de yacimientos era una mera proyección de un campo holográfico.

El salamandra intentó golpear con el hombro al guerrero, distraerlo y acercarlo al radio de acción de su hermano, pero su contrincante se apartó y lanzó el codo violentamente contra la columna vertebral de Heka'tan. Después se agachó y le propinó a Arcadese una tremenda patada lateral que lo derribó.

Cuando ambos legionarios astartes se levantaron, el asesino se había ido, absorbido por la oscuridad.

Arcadese recuperó su sable de luz y se dispuso a perseguirlo. Heka'tan lo sujetó por el hombro, deteniéndolo.

—No, eso es lo que busca. Espera. Piensa.

El ultramarine asintió.

—Tienes razón. —La mente le daba vueltas. Un custodio, allí en Bastion, intentando matar al iterador de Horus. ¿Qué era aquello? ¿El plan B?—. ¿Deberíamos enfrentarnos a él? ¿Podríamos vencerlo? Estoy sorprendido de que hayamos llegado hasta aquí.

Heka'tan sólo lanzaba miradas fulminantes hacia la oscuridad.

—Necesitamos atrincherarnos y esperarlo fuera.

—Nos matará, uno tras otro. No podemos esperar —volvió la vista en señal de desaprobación al salamandra—. Podemos darle tan sólo lo que quiere.

—No, aquí falla algo.

—Entonces, ¿qué sugieres? Los custodios sólo son leales al Emperador. Son sus leones, salamandra. Ellos no preguntan, sólo actúan. Si nos interponemos entre él y su presa…

—Eso no es un custodio —lo interrumpió Heka'tan—. Es parecido, pero sus movimientos son una copia, su forma un facsímil, un simulacro.

Arcadese habló entre dientes, replegándose en la luz junto a su hermano.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Sus miradas se encontraron. Los ojos de Heka'tan emitieron un brillo de furia.

—Porque si fuese uno de verdad, ya estaríamos muertos.

IV

El pánico se había apoderado del auditorio. Los disparos y la subsiguiente conmoción encendieron la chispa del miedo en la asamblea, que iba pasando de ser una llama a una conflagración. Los grupos de políticos y de senadores corrían hasta las puertas del auditorio. Algunos gritaban, otros sollozaban, tan sólo unos pocos permanecían en sus asientos, observando.

Por ahora, los nobles del cónclave habían sido evacuados del balcón y estaban en el piso principal del auditorio, rodeados por sus guardaespaldas con el resto de civiles atrapados.

Otros soldados estuvieron explorando los niveles y huecos más elevados en busca de más asesinos. No encontraron nada.

Entre los visitantes, Vorkellen se mostraba muy inquieto, y se dirigió al ya de por sí agobiado jefe de la guardia, que intentaba restaurar el orden.

—¿Qué vas a hacer para sacarnos de aquí?

Insk estaba al lado, murmurando palabras tranquilizadoras a su señor mientras pedía calmantes a uno de los auxiliares. Vorkellen los rechazó con una serie de cáusticas diatribas.

V

Arcadese no se encontraba de un humor demasiado comprensivo, y contestó en lugar del jefe de la guardia.

—Estamos atrapados, idiota. No hay nada que se pueda hacer.

El iterador estuvo a punto de responder, pero se mordió la lengua cuando el ultramarine lo miró furibundo. Arcadese lo dejó en paz y se aproximó a Heka'tan. A pesar de lo desesperados que estaban, la gente se mantenía apartada de los dos legionarios.

El salamandra se acercó hablando en voz baja para que nadie pudiese oírlo.

—Sea lo que sea esa cosa, vendrá a por nosotros.

—Lo sé —Arcadese no apartaba la mirada de los humanos. Comenzaron a apiñarse alrededor de la puerta sellada y desperdigarse por el centro de la cámara—. Su temor me indigna. Esto se parece a un mundo en guerra.

—No son soldados, no todos ellos, y nunca antes han estado atrapados en una habitación viviendo algo parecido a esto —Heka'tan hizo una pausa. Sentía compasión por la muchedumbre aterrada—. Tenemos que cazar a esa cosa.

Arcadese asintió, y Heka'tan prosiguió:

—Estabas en lo cierto. No podemos esperar. Ya esperamos en Istvaan. —Sus ojos se trasladaron a un lugar oscuro en el interior de su memoria—. Esperamos y morimos.

Le empezó a temblar de nuevo la mano. La sujetó con la otra. Arcadese bajó la voz.

—Siento que aún estés afectado por aquello, hermano. No puedo imaginar tu dolor.

—El legado no está para que yo lo soporte. Está para aquellos que siguen, para lo que sea que ocurra después.

Arcadese se refirió a los guardias muertos, abandonados donde habían caído, para cambiar de tema.

—Este asunto siempre se habría decidido con sangre. Todas estas ceremonias eran una farsa. A menos que encontremos al asesino, el Imperio será acusado de traición. Nadie negociará con nosotros.

Heka'tan negó con la cabeza lentamente.

—Quizá. Pero siento que hay algo más en todo esto, algo del pasado, cuando los Guerreros de Hierro tenían una guarnición en este mundo.

—Entonces tenemos que sacar la verdad a relucir, sea lo que sea. Nuestra mejor oportunidad es seguir el rastro de asesino en potencia del iterador.

—No puedo evitar pensar que vaya a cometer una atrocidad incluso mayor. —Heka'tan señaló a la multitud. El frenesí se había apaciguado un poco, por el momento. Había quejas y caras que mostraban desaliento—. Tenemos que mirar por los humanos.

Arcadese lo miró desconcertado.

—¿Qué pasa con ellos?

—Si fallamos con la estrategia, el asesino hará de ellos un revoltijo sanguinolento.

—Tendrán que ocuparse de su propia defensa.

—Uno de nosotros debería quedarse.

—Los dos somos necesarios para matar a esa cosa. ¿Desde cuándo los hijos de Vulkan no presentan un frente unido?

—También somos pragmáticos, hermano, y sabemos cuándo hay que adaptarse —le contestó Heka'tan—. No podemos esperar aquí a ser asesinados. Así que, yo iré.

—¿Tú? —La disconformidad de Arcadese fue obvia—. Si lo que más quieres es proteger a los humanos, entonces quédate en la retaguardia y hazlo.

Unos cuantos civiles se volvieron cuando subió el volumen de la conversación.

—Ojalá pudiese, pero sólo uno de nosotros puede ir de caza. Y tú no puedes.

El rostro del ultramarine se ensombreció.

—¿Qué quiere decir eso?

—Mírate —le sugirió Heka'tan con la tradicional franqueza de los Salamandras. No pretendía ofender, sólo que él no pensó que sus palabras y sus formas pudieran ser interpretadas de ese modo.

—Sigo siendo un guerrero —afirmó Arcadese—, tan fuerte y capaz como cualquier burdo bárbaro de una cultura tribal.

—Demuéstralo entonces.

—¿Qué?

—Atácame, veamos si puedes darme una lección…

Arcadese se lanzó sobre Heka'tan con el sable de luz resplandeciente en alto. Aunque fue lento, un segundo o dos, lo suficiente para que el salamandra esquivase el golpe y le diese un cabezazo feroz al ultramarine en el puente de su patricia nariz.

La sangre salió a borbotones y manchó los labios de Arcadese, antes de que Heka'tan usase toda la masa del ultramarine en su contra y lo arrojase al suelo del

auditorio. Unos cuantos de los nobles tuvieron que apartarse apresuradamente de su camino. Hubo gritos de terror al ver que sus defensores se atacaban el uno al otro.

Arcadese se puso en pie tan pronto como sus implantes biónicos se lo permitieron, pero se encontró con que le habían quitado el sable de luz, que apuntaba a su cuello.

—Yo iré de caza —le dijo Heka'tan—. Tú te quedas aquí.

El ultramarine asintió lentamente, respirando con dificultad.

—No me olvidaré de esto, hijo de Vulkan.

—Sé que no lo harás. —Heka'tan corrió hacia la oscuridad, con el sable de luz en la mano.

VI

El salamandra regresó en menos de una hora.

Arcadese estaba de espaldas a él. La actitud del ultramarine no había mejorado.

—¿Ya has abandonado? Pensé que a los Salamandras se los conocía por su tenacidad.

—Encontré un rastro y lo seguí hasta los conductos más profundos —contestó Heka'tan. Arcadese se dio cuenta de que estaba sujetando el sable de luz con la otra mano—. Parece que el asesino planeó una ruta de escape desde el principio.

—Así que ha escapado.

Heka'tan asintió.

—A través de un camino que no podemos seguir. Es demasiado estrecho, muy abrupto, que va justo a las entrañas del complejo, a los subniveles geotermales.

—Entonces esperaremos —dijo Arcadese, dándole la espalda a Heka'tan— a que se abran las puertas y que nuestro fracaso llegue a oídos de nuestras legiones. Horus ha ganado este mundo, hermano.

—Es peor que eso —replicó Heka'tan, con una voz que sonó sólo de forma parecida a la suya.

Arcadese bajó el hombro ante el ataque que sabía que venía a continuación. Se volvió, portando otro sable de luz, y esquivó la espada de hueso de Heka'tan, que se había metamorfoseado con rapidez en la punta de los dedos.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó el asesino.

Sus espadas se bloquearon, escupiendo chispas y astillas de hueso.

—Por el olor —contestó Arcadese a su atacante. Sonrió al tiempo que una mole atronadora chocaba contra el asesino, hundiéndole el costado.

—Yo apesto a ceniza y a calor —le respondió el verdadero Heka'tan, después de emerger de las sombras donde había permanecido al acecho desde su ficticia marcha inicial—. Está claro que tu herida no era demasiado profunda.

Lucharon el salamandra y el asesino, este último transformándose a medida que se movían.

Un catálogo metamórfico de identidades se mezclaron una y otra vez sobre la cara del alienígena: primero el inspector de yacimientos, después un sutil cambio facial con el guardia y, al fin, el custodio, que fue el que se quedó finalmente.

—Tú no eres un león —gruñó Heka'tan al mismo tiempo que partía una vértebra de la columna de la criatura.

A su alrededor, la multitud chillaba y gritaba de terror. El gentío que se apretujaba contra la puerta se convirtió en una aglomeración.

El asesino maulló de dolor, con un tono que hizo rechinar los dientes del salamandra.

—Inteligente —dijo la criatura, apretando los dientes y lanzando las rodillas con fuerza contra el esternón de Heka'tan, lo que hizo saltar por el aire el cuerpo del legionario.

El salamandra aterrizó en toda su extensión unos metros más allá.

—Una mentira para atrapar al embustero. —Arcadese llegó golpeando, a dos manos, con el sable de luz. Una bola luminosa resplandeció y se desvaneció casi al mismo tiempo cuando el arma chocó contra la piedra.

El asesino saltó hacia atrás, moviéndose de un lado a otro para esquivar el tremendo mandoble que el salamandra le lanzó en cuanto lo tuvo a su alcance.

La espada de hueso se convirtió en una espada de custodio en su mano derecha, y lanzó un tajo contra Arcadese.

El falso acero chirrió contra el acero verdadero cuando el ultramarine paró el golpe con su brazo biónico. Sólo su antebrazo era un implante, pero le proporcionó una defensa efectiva. Lanzó un pisotón esperando aplastar el pie del asesino. El rococemento se partió bajo su pie, y el suelo se cubrió con un entramado de grietas en forma de tela de araña que se extendía hacia afuera.

—Ríndete, estás acabado —le dijo Arcadese abruptamente.

La visión del ultramarine captó de forma fragmentada a Heka'tan, que se colocó justo detrás del asesino.

Abrió los brazos y los cerró igual que si fueran las tenazas de una fragua, aprisionando al asesino en un lazo de ónice negro.

—Vosotros sois los únicos que estáis acabados —chirrió el asesino, escupiendo un poco de ácido intestinal que abrasó la cara de Heka'tan. El salamandra ni se inmutó, y siguió apretando.

Arcadese hundió su puño biónico en el rostro de la criatura, y la espada de hueso se le escapó de la mano.

El asesino resolló como si tuviese perforado un pulmón mientras Heka'tan lo aplastaba lentamente. La integridad del mimetismo de la criatura empezó a fallar con la cercanía de su muerte. Unos personajes extraños y familiares circularon por su forma y su semblante como el cambio de estaciones.

—¿Qué intenciones tenías al venir aquí? —gruñó Heka'tan mientras ejercía mayor presión sobre el lacrymole, ya que no podía tratarse de otra cosa que esa abominación alienígena—. ¿Qué mal mayor estás ocultando?

Se trataba de unas criaturas metamórficas vampíricas, y el Emperador y sus legiones se habían tomado grandes molestias para asegurarse de la aniquilación de los lacrymoles, pero a pesar de ello, como las cucarachas atómicas de Terra, se negaban a extinguirse.

Incluso su verdadera forma era imprecisa, un conglomerado de miembros malformados y partes carnosas tumefactas. Sus ojos, sin embargo, se podían discernir con claridad: unos puntitos negros y despiadados que albergaban un odio sin fin.

Murió riéndose, con un sonido cálido y húmedo, más bien provocado por el ahogamiento que por el regocijo.

—Lo que no logro entender —declaró Heka'tan cuando todo acabó y el saco de músculos rotos y fragmentos de hueso se escurrió de su presa mortal— es cómo pudo emular a un custodio.

Arcadese machacó el cráneo tembloroso del lacrymole con la bota. La fuerza biónica de que disponía fue suficiente para hacerlo papilla. El lacrymole necesitaba probar a sus presas, absorberlas, antes de poder copiarlas biológicamente. Para emular un custodio casi a la perfección, aquel alienígena, de alguna forma, había tenido que vencer y consumir la materia biológica de uno de los leones del Emperador. Una cosa así parecía imposible. El ultramarine negó con la cabeza.

—¿Qué quería decir con eso de que «vosotros sois los únicos que estáis acabados»?

PLANETA EXTERMINADO

I

La respuesta llegó a través de un estruendo ensordecedor que estremeció las losas del suelo del auditorio. La explosión tuvo lugar muy por debajo de ellos, en los niveles más bajos del corazón nuclear de Cullis.

Con el ánimo apaciguado por la muerte del asesino y el alivio que ello provocó, los ciudadanos de Bastion atrapados volvieron a entrar en pánico de nuevo y aporrearon la puerta otra vez.

Una nueva explosión estremeció la sala y una grieta se abrió bajo sus pies. Un puñado de senadores desaparecieron en la oscuridad y en la columna de fuego que brotó de ella.

Uno de los nobles del cónclave se liberó de sus guardaespaldas y tiró de los ropajes de Arcadese.

—Salvadnos… por favor.

El ultramarine bajó la mirada hacia el hombre con desprecio. Heka'tan interrumpió su respuesta.

—Nos han engañado por duplicado, hermano.

Un tic bajo el ojo derecho de Arcadese delató el dolor de las heridas que el ultramarine había sufrido en la lucha contra el asesino lacrymole. Estaba enfadado por el engaño.

—¿Un saboteador?

—Que intentaba destruir un planeta entero para mantener sus secretos —respondió Heka'tan. Otro temblor sacudió la sala. Una columna se separó de su base y aplastó a un grupo de civiles. Ya no había esperanza de restablecer el orden.

—Entonces, estas explosiones menores son sólo un preámbulo de algo mucho mayor. —El noble del cónclave seguía tirando del atuendo del ultramarine, que propinó un empujón al humano.

—¡Vete! Al cortejar a Horus te has condenado a ti mismo y a tu mundo.

—Quizá no… —Heka'tan estaba mirando hacia la puerta, más allá de la muchedumbre asustada. La mampostería se había desplomado sobre ella. La columna había sido lo suficientemente pesada como para abrir una gran grieta en la puerta.

Algunos de los civiles atrapados estaban ahora tirando de ella.

—¡Apartaos! —gritó Arcadese—. ¡En nombre de las legiones astartes!

La asustada multitud se apartó ante los dos guerreros, que alcanzaron la puerta y cogieron cada uno un lado de la fisura, lo suficiente profunda para introducir los

dedos y tirar. La puerta de piedra se hizo añicos una vez que su integridad estructural se vio afectada. La fisura se ensanchó.

Vorkellen, que había sido conducido frente a la puerta por su séquito mediante intimidaciones, estaba justo detrás de los legionarios.

—Sacadnos de aquí —suplicó con voz débil, aferrado al brazo de Heka'tan—. También yo he sido engañado.

El salamandra bajó la mirada hacia él como si se tratase de los contenidos intestinales de un enemigo al que acabase de destripar.

—¿Dónde está tu nave? —le preguntó, antes de que gran parte del suelo del auditorio se viniese abajo convirtiéndose en un abismo llameante. La mayoría de los senadores cayeron en él. Sólo aquellos que estaban apiñados cerca de la salida evitaron morir en el fuego.

—Cerca, al final de la pasarela, ahí fuera —respondió el iterador.

Toda su untuosa confianza en sí mismo se había evaporado ante la perspectiva de su inminente muerte.

Enormes trozos de escombros cayeron del techo matando a docenas de civiles de Bastion.

El hueco en la puerta era lo bastante ancho como para que los legionarios pudiesen salir estrujándose un poco, lo que quería decir que era lo suficientemente grande para que también pasasen los humanos. Quedaban poquísimos, sólo los nobles del cónclave y un puñado de senadores y guardias, y, claro está, el iterador con sus secuaces.

Arcadese fue el primero en salir y empezó a hacer señas para que pasasen los demás. Heka'tan fue el último, justo cuando una poderosa conflagración se propagó por el derruido auditorio. Varias siluetas ennegrecidas por la nube de humo gritaron pidiendo auxilio, pero el salamandra contuvo sus intenciones de rescatarlos.

—De todos modos ya estaban muertos —dijo mientras contactaba con la dura mirada del ultramarine. No fue una decisión fácil.

II

Unos instantes después ya estaban corriendo, con Cullis desmoronándose a su alrededor. Las diversas partes de la ciudad se desplomaban bajo la cadena de cargas explosivas colocadas por el guerrero de hierro. En las zonas exteriores se abrieron grandes grietas en el terreno. A lo lejos, consultores de yacimientos conducían sus camiones describiendo unas curvas alocadas para evitar las fisuras que se hacían cada vez más grandes. En el horizonte, tras ellos, los edificios y megalitos de otras ciudades de Bastion estaban ardiendo.

Fuera, en la plataforma de aterrizaje, el aire estaba muy caliente. La brisa olía a ceniza y a carne quemada. Las vigas y grúas chirriaban al combarse y caían al fuego que se expandía por debajo de ellas.

Corrían a lo largo de la franja de salida que conducía a la plataforma donde la nave de Vorkellen estaba amarrada cuando una tolva de combustible se incendió y estalló provocando una poderosa onda expansiva en el aire.

Varios de los civiles cayeron por las estrechas escalerillas y se desplomaron gritando.

Arcadese, que marchaba en cabeza, se volvió para ver a otro grupo aplastado por una de las torres de comunicación que se había derrumbado. Murieron sin emitir sonido alguno.

Heka'tan no estaba. Sólo quedaban unos metros para llegar a la nave y había perdido al salamandra. A Vorkellen tampoco se lo veía por ningún sitio. El humo y el fuego le enturbiaban la vista.

El ultramarine condujo al interior de la nave a los pocos supervivientes.

—¡Adentro! —Agarró por el hombro a uno de los secuaces del iterador mientras pasaba apresurado por delante de él. El escriba tenía un corte en la frente y parecía aturdido—. Espéranos —le ordenó Arcadese.

Después de que el escriba asintiera sin energía, el ultramarine lo dejó ir y se sumergió en la nube de humo.

—¡Heka'tan!

La cortina de humo era muy densa, y se iba haciendo más espesa a cada minuto que pasaba. Arcadese deseó tener su casco de combate; la tarea de encontrar a su hermano de batalla era más complicada sin él.

Bajo la capa de carbonilla, el ultramarine vio cuatro dedos engarfiados. Eran negros como el ónice.

—¡Aguanta! —gritó Arcadese, y corrió hacia el borde de la escalerilla.

Le tendió la mano, pero Heka'tan resbaló y cayó otro medio metro. Se agarró a una barra de metal doblada y alzó la mirada hacia el ultramarine. Tenía sangre en la cara y uno de sus ojos estaba cerrado por la hinchazón.

—¡Sálvalo! —tuvo que gritar por encima del rugido de las llamas.

La mirada de Arcadese saltó hacia Vorkellen, que también estaba atrapado y aferrado a los barrotes de manera desesperada. El iterador miraba hacia abajo de vez en cuando, con la cara blanca y húmeda por el sudor.

El ultramarine negó con la cabeza y lo intentó de nuevo, tratando de llegar más lejos.

—Tú primero. Dame una mano.

—Protege al débil —le contestó Heka'tan—. No importa quien sea.

Sin ganas de discutir, Arcadese gruñó.

—Alza los brazos. ¡Ahora!

Sujetándose con una mano, Heka'tan balanceó la otra y la estiró todo lo que pudo. Casi pudo tocarlo con la punta de los dedos.

—Un poco más…

—Estoy demasiado lejos. Sal de aquí mientras puedas.

Arcadese volvió a negar con la cabeza.

—Estamos demasiado cerca… —dijo. Su cara se contrajo por el esfuerzo. Se inclinó y logró agarrar los dedos de Heka'tan…

… en el momento en que la mano del salamandra empezaba a temblar. El temblor nervioso hizo que se soltase de Arcadese. Heka'tan se balanceó. Las explosiones, el humo y el fuego… Estaba reviviendo todo lo de Istvaan de nuevo.

—Afiánzate… No puedo… —Arcadese tocó la mano temblorosa de Heka'tan, pero fue incapaz de agarrarla—. Afiánzate, hermano.

Sus miradas se encontraron. El reflejo de la destrucción había quedado atrapado en la mirada del salamandra para siempre.

—Déjame ir —le suplicó, bajando su mano temblorosa. Su voz era tranquila y su mente estaba decidida.

Arcadese estaba furioso y gesticuló de forma desesperada.

—Puedo sacarte de aquí. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a reunirme con mis hermanos —le respondió, y se dejó caer.

Con gritos de desesperación y del todo impotente, el ultramarine vio cómo

Heka’tan caía durante unos pocos metros antes de ser engullido por las explosiones. Arcadese golpeó la escalerilla, resquebrajando el revestimiento de piedra. Cerca, Vorkellen no dejaba de gritar:

—No me dejes morir, por favor, no me dejes morir…

Privado de toda compasión, de todo sentimiento, con su carne orgánica tan insensible como sus implantes biológicos, Arcadese agarró al iterador por la muñeca y tiró de él hacia arriba.

Justo unos segundos después, una columna de fuego hizo erupción en el mismo lugar donde Vorkellen había estado colgado. El humano se quedó estupefacto. Lloró sin control. Arcadese lo levantó y se lo echó al hombro.

Entonces corrió mientras el mundo de Bastion se rendía a su agonía a sus espaldas.

III

Arcadese miró hacia abajo desde la protección que ofrecía el transbordador, a la destrucción de un mundo. Se estaba evaporando con el estallido de las bombas incendiarias; el propio arsenal termonuclear de Bastion estaba destrozando el planeta.

Unas amplias franjas de fuego cruzaban la superficie del mundo, como si sus costuras se hubiesen descosido y se fuesen quemando poco a poco. Los continentes se agrietaron y las montañas se hundieron. Los océanos hirvieron hasta convertirse en gas y las ciudades se redujeron a cenizas. Billones de personas verían el amanecer nuclear artificial, sus retinas se abrasarían en segundos, la piel de sus cuerpos se escamaría como pergamino para convertirse en cenizas al viento. E incluso eso sería efímero, algo que quedaría hecho trizas y aislado en el olvido por la onda expansiva que lo siguió.

Una pequeña flota de naves había conseguido entrar en órbita; otras habían sido tragadas por el caos al no conseguir la altura máxima y alcanzar la distancia suficiente entre ellos y el cataclismo que se desplegaba con rapidez.

Se dirigían a la nave estelar imperial anclada en los límites del sistema. Arcadese ya había enviado un aviso a su capitán, pero no llegó ataque alguno de ninguna nave leal al señor de la guerra. El trabajo aquí estaba hecho. El guerrero de hierro había llevado a cabo su misión. Cualquiera que fuese el propósito de los esquemas que Heka'tan había descrito, no serían descubiertos hasta que fuese demasiado tarde. El mensaje se envió. Horus quería que la galaxia lo supiese, había utilizado Bastion como ejemplo.

«Alíate con el Imperio y muere».

Los planetas neutrales se arrodillarían ahora ante el señor de la guerra; la amenaza de represalias era demasiado real y absoluta como para ser pasada por alto.

Heka'tan había creído en la posibilidad de una solución pacífica A pesar de todo, tenía la esperanza de que los traidores suscribiesen las normas de compromiso.

Ahora el salamandra estaba muerto, asesinado como muchos de su legión.

Arcadese le hizo un juramento entre dientes al guerrero de Nocturne.

—No serás olvidado, hermano —prometió—. Serás vengado.

El único responsable pagaría por ello. Arcadese no tendría un lugar en primera línea, pero podría hacerlo por un hermano caído. Podría hacerlo por todos los hijos olvidados del Imperio.



EL ÚLTIMO REMEMORADOR
JOHN FRENCH

En una era de oscuridad,
la verdad debe morir.

Frase de un erudito olvidado de la antigua Terra

Acabaron con la nave intrusa en el mismo límite del sistema solar. La aguja metálica almenada giró a través del espacio dejando tras de sí la estela de vapores ardientes que anunciaban su muerte como si fueran las rasgaduras de un sudario. Al igual que unos leones que acosaran a una presa herida, dos naves de ataque de casco dorado seguían a la nave moribunda. Cada una de ellas era un bloque de blindaje bruñido de costados romos que atravesaba el espacio impulsado por unos chorros de fuego casi estelar. Estaban equipadas con armas capaces de arrasar ciudades enteras, y transportaban compañías completas de los mejores guerreros de la galaxia. Su misión era eliminar a cualquier enemigo que se atreviera a entrar en el reino que protegían.

El sistema estelar en el que se encontraban era la sede del Emperador de la Humanidad, el corazón de un Imperio traicionado por su hijo más brillante. No podía existir la misericordia en un lugar como aquél. La nave había aparecido sin advertencia previa y sin emitir las señales de identificación correctas. El único futuro que le esperaba era morir a la vista del sol que había iluminado el nacimiento de la humanidad.

Las explosiones se sucedieron a lo largo del casco de la nave, y la cubierta exterior se resquebrajó una y otra vez con unos desgarrones desiguales que dejaron escapar metal fundido y tripulantes al vacío. Los dos cazadores lanzaron torpedos de abordaje contra los costados de la nave intrusa. El primer proyectil blindado atravesó las cubiertas de mando y sus rampas de asalto se abrieron violentamente para lanzar una oleada de guerreros de armadura amarillo ámbar precedidos por el rugido del fuego.

Cada uno de los torpedos de abordaje transportaba veinte guerreros de la Legión de los Puños Imperiales. Eran unos individuos modificados genéticamente y protegidos con servoarmaduras que no conocían el miedo ni la compasión. Sus enemigos mostraban los emblemas que indicaban su lealtad a Horus, el hijo del Emperador que había traicionado a su propio padre y había arrastrado al Imperio a una guerra civil. Los ojos rojos de pupilas con forma de rendija, las cabezas rugientes de bestias y las estrellas serradas de ocho puntas adornaban el casco de la nave y el cuerpo de sus tripulantes. El aire poseía una cierta cualidad grasienta, un hedor a carne que penetró en el interior de las armaduras selladas de los puños imperiales mientras disparaban y avanzaban en dirección a las zonas internas de la nave. La sangre caía a chorros sobre sus armaduras amarillas, y de los dientes de sus espadas sierra colgaban jirones de carne. La dotación de la nave estaba compuesta por miles de miembros: oficiales, servidores, simples tripulantes, pilotos, personal de mando, técnicos y

artilleros. A ellos se enfrentaban tan sólo cien puños imperiales, pero no quedarían supervivientes en la nave.

Los puños imperiales encontraron las compuertas selladas veintidós minutos después de abordar la nave. Tenían tres veces la altura de una persona normal y la anchura de un tanque de batalla. No sabían lo que habría en su interior, pero eso no importaba. Cualquier cosa que se mantuviera tan bien protegida sería sin duda de gran valor para el enemigo. Cuatro cargas de fusión después ya habían abierto un agujero de dos metros de ancho en el metal. Los bordes de la brecha todavía brillaban con un color rojo brillante cuando el primer puño imperial la atravesó con la pistola bólter por delante en busca de posibles objetivos.

El espacio que se extendía al otro lado era una cámara vacía, lo bastante alta y ancha como para albergar a una docena de Land Raider. La atmósfera en su interior no se había visto alterada por el hedor rancio que impregnaba el resto de la nave, como si se hubiera procurado mantenerlo aislado y separado. Allí no habían arañado el suelo para dibujar estrellas de bordes serrados ni tampoco se veían ojos rojos de pupila rasgada en las paredes. A primera vista parecía vacía, pero un momento después vieron una figura solitaria en el centro de la estancia. Avanzaron con cautela mientras los iconos rojos de fijación de objetivo de los visores de los cascos parpadeaban sobre el individuo gris y encorvado. Estaba sentado en el suelo, rodeado de restos de comida y de pergaminos arrugados diseminados en torno a él. Unas gruesas cadenas unían los remaches hundidos en el suelo a las argollas que rodeaban sus flacos tobillos. Tenía en el regazo una pila de pergaminos amarillentos, y en la mano sostenía una burda pluma confeccionada a partir de una varilla de hierro. La punta era negra.

El sargento de la escuadra de abordaje de los Puños Imperiales se acercó al individuo hasta quedar a la distancia de una hoja de espada. Los demás guerreros se desplegaron por la amplia estancia resonante sin dejar de apuntar al humano.

—¿Quién eres? —le preguntó el sargento con una voz bronca que surgió de la rejilla de comunicación del casco.

—Soy el último rememorador.

>La fortaleza sin nombre se ocultaba del sol en el lado oscuro de Titán, como si quisiera mantenerse apartada de la luz. Se trataba de un disco de un kilómetro de diámetro de roca y placas de blindaje, y floraba en el vacío sobre la luna amarillenta.

La luz reflejada en el orbe hinchado de Saturno destellaba en las cúspides de las torretas de armamento y provocaba sombras desiguales sobre su superficie. Antaño había sido una estación de defensa, parte del sistema que protegía las rutas de aproximación a Terra. La traición de Horus le había encomendado una nueva tarea. Allí, en sus celdas de aislamiento, los sospechosos de traición y los renegados quedaban encerrados hasta que se les extraían todos y cada uno de sus secretos. Miles de carceleros mantenían con vida a los prisioneros hasta que ya no tenían utilidad alguna, es decir, hasta que los interrogadores habían terminado con ellos. Había incontables preguntas que exigían respuestas, y las celdas nunca estaban vacías.

Rogal Dorn iba a ser el primer primarca en pisar aquella fortaleza anónima. Él no lo consideraba un honor del que pudiera enorgullecerse.

—Es repugnante —declaró Dorn, mientras la fortaleza aumentaba de tamaño poco a poco en la portilla de observación.

Estaba sentado en un banco metálico de vuelo, con la barbilla apoyada en los nudillos del guantelete de la armadura. El compartimento interior de la nave de ataque Stormbird estaba a oscuras, y la luz procedente de una pantalla iluminaba el rostro del primarca dándole un aspecto cadavérico. Los ojos oscuros resaltaban sobre unos pómulos marcados, y el puente de la nariz parecía una prolongación del ángulo de la frente. La boca de gesto preocupado estaba enmarcada por una mandíbula ancha y fuerte. Era un rostro perfecto moldeado en una expresión de furia constante y tallado en una roca.

—Es algo desagradable pero necesario, mi señor —dijo una voz en la oscuridad a la espalda del primarca.

Era una voz baja y profunda que reflejaba los muchos años de su poseedor. Dorn no se volvió para mirar a la persona que le había hablado, una presencia gris que permanecía de pie en el límite de la luz. Estaban a solas en el compartimento de tripulación. Rogal Dorn estaba al mando de la defensa de Terra y de millones de tropas, pero había acudido a aquel lugar con un único acompañante.

—Necesario… es una palabra que he oído mucho últimamente —gruñó Dorn sin apartar la mirada de la fortaleza que los esperaba.

La figura sombría situada a la espalda del primarca avanzó unos pasos, y la fría luz de la pantalla iluminó un rostro cubierto de arrugas y de las cicatrices del paso del tiempo. Al igual que el primarca, la figura llevaba puesta una armadura, y la luz se reflejó débilmente en ella, pero no reveló su color, que siguió protegido por las

sombras.

—El enemigo se encuentra en nuestras propias filas, mi señor. No sólo se enfrenta a nosotros en el campo de batalla. Camina entre nosotros —afirmó el anciano guerrero.

—Entonces, ¿en esta guerra también debemos temer a la confianza, capitán? —le preguntó Dorn con una voz que era el retumbar de un trueno lejano.

—Digo la verdad tal y como yo la veo —le respondió el guerrero.

—Dime una cosa. Si no hubieran sido mis Puños Imperiales los que lo hubieran encontrado, ¿me habría enterado de que habían traído aquí a Solomon Voss? —Apartó la vista de la pantalla y miró al viejo guerrero con unos ojos que se habían desvanecido en unos pozos de sombras—. ¿Qué le habría ocurrido?

La parpadeante luz azul de la pantalla cubrió al guerrero. La armadura que llevaba puesta era de color gris, sin insignia ni distintivo alguno de su rango. La empuñadura de una espada de dos manos le asomaba por encima de los hombros. La luz centelleó durante un momento sobre un símbolo que llevaba en una de las hombreras grises.

—Lo mismo que debe ocurrir ahora: debemos descubrir la verdad, y después de eso, hacer lo que esa verdad exija que se haga —le contestó el viejo guerrero.

Sintió las emociones que emanaban del primarca, la violencia contenida bajo aquella fachada pétrea.

—He visto a mis hermanos arrasar por completo planetas que habíamos creado juntos, he enviado a mis hijos a luchar contra los hijos de mis hermanos. He desmontado el corazón del imperio de mi padre y lo he revestido de hierro. ¿Crees que deseo evitar las realidades a las que debemos enfrentarnos?

El viejo guerrero esperó un latido de corazón antes de contestar.

—Pero a pesar de eso, habéis venido hasta aquí, mi señor. A ver a un individuo que, casi con toda probabilidad, ha sido corrompido por Horus y por los poderes monstruosos que lo apoyan.

Rogal Dorn no se movió, pero el guerrero captó el peligro que representaba aquella quietud, semejante a la de un león que se prepara para saltar sobre su presa.

—Ten cuidado —le advirtió Dorn con un susurro que sonó igual que una espada al deslizarse fuera de su vaina.

—La confianza es una debilidad en nuestra armadura, mi señor —insistió el guerrero, mirando fijamente al primarca.

Dorn se le acercó, y paseó deliberadamente la mirada por las superficies grises y

lisas de la armadura, donde se deberían ver los símbolos y la heráldica de una legión.

—Un sentimiento extraño viniendo de ti, Iacton Qruze —le dijo Dorn.

El viejo guerrero asintió con lentitud mientras recordaba los ideales y los juramentos rotos que lo habían llevado hasta aquella situación. Antaño fue uno de los capitanes de la Legión de los Lobos Lunares, la legión personal de Horus. Casi era el último de ellos, y ya no le quedaba nada más que su juramento de servicio al Emperador, y sólo al Emperador.

—Mi señor, he visto el precio que se paga por la confianza ciega. La confianza se debe demostrar.

—¿Y por eso debemos arrojar a las llamas los ideales del Imperio? —replicó Dorn a la vez que se le acercaba un poco más.

Aquella atención fija por parte de un primarca habría obligado a la mayoría de los mortales a caer de rodillas. Qruze le sostuvo la mirada sin pestañear. Sabía cuál era su tarea en todo aquello. Había realizado un juramento del momento, y había jurado que vigilaría las decisiones de Rogal Dorn. Su deber era equilibrar esas decisiones cuestionándolas.

—Habéis intervenido, por lo que la decisión sobre lo que debe ocurrirle a ese individuo recae en vos. Vivirá o morirá en función de lo que ordenéis —le dijo Qruze.

—¿Y qué ocurre si es inocente? —preguntó Dorn, y Qruze le sonrió con gesto cansado.

—Eso no demuestra nada, mi señor. Si es una amenaza, debe ser destruido.

—¿Para eso estás aquí? —le preguntó Dorn, señalando con un gesto de la barbilla la empuñadura que sobresalía entre los hombros de Qruze—. ¿Para ser juez, jurado y verdugo?

—Estoy aquí para ayudaros a tomar una decisión. Lo hago por el Sigilita. Éste es su terreno, y yo soy su mano aquí.

En el rostro de Dorn apareció una expresión que bien podía ser de disgusto mientras se volvía para darle la espalda a Qruze.

El perfil de la fortaleza sin nombre llenó la pantalla. Vieron una compuerta con dos hojas de filo dentado que se abrieron como una boca hambrienta para recibirlos. Qruze distinguió un enorme hangar de descarga al otro lado, iluminado por una luz intensa. Cientos de soldados con armaduras de color rojo reluciente y cascos de visores plateados los esperaban en filas ordenadas que llenaban prácticamente todo el espacio del hangar. Eran los carceleros de la fortaleza sin nombre. Jamás mostraban

sus rostros, y tampoco tenían nombres. Eran simplemente un número. Entre ellos se encontraban las figuras encorvadas de los interrogadores reunidas en grupos dispares. Mantenían los rostros ocultos bajo las capuchas, aunque sí se les veían los dedos, modificados con agujas y cuchillas, que sobresalían de las mangas de sus túnicas rojas.

El Stormbird se posó en la cubierta con el susurro de un campo antigravitatorio. En el fuselaje ahusado y en las alas comenzó a formarse hielo cuando el aire cálido del interior chocó con el metal enfriado por el vacío. La rampa que había bajo el morro del Stormbird se abrió con un siseo neumático, y Rogal Dorn apareció bajo la intensa luz. El primarca pareció brillar cuando la luz se reflejó en el dorado bruñido de su armadura, y centelleó en los rubíes que unas águilas de plata sostenían en sus garras. De los hombros le colgaba una capa negra con enhebrados rojos y rebordes de color marfil. De inmediato y al unísono, todas las personas presentes en el hangar se pusieron de rodillas, y la cubierta resonó con el chasquido de un millar de rodillas al tocar el suelo. Rogal Dorn caminó entre las filas de soldados arrodillados sin mirarlos. Iacton Qruze lo siguió con su armadura gris fantasmal, como una sombra que persiguiera la luz del sol.

Al final de las filas de guardias carmesíes había otras tres figuras arrodilladas esperándolo. Cada uno de ellas llevaba puesta una armadura del mismo color rojo brillante que los guardias arrodillados, y sus rostros estaban cubiertos por máscaras de plata satinada. Eran los guardias superiores de la fortaleza sin nombre. Qruze era uno de los pocos que les había visto el rostro.

—Ave Praetoria —exclamó una de las figuras inclinadas con una resonante voz electrónica.

Todos los humanos arrodillados respondieron al unísono al saludo. El primarca habló cuando todavía no se había apagado el eco de las voces:

—Llevadme a la celda del rememorador Solomon Voss.

>El hombre estaba escribiendo cuando la puerta de la celda se abrió. La luz del globo de brillo situado por encima de él emitía un halo amarillento que lo dejaba todo en sombras menos la improvisada mesa de escritorio y al propio individuo. Los estrechos hombros del individuo estaban inclinados sobre una hoja de pergamino, y la pluma que sostenía en la huesuda mano escribía palabras con tinta negras. No levantó la mirada.

Rogal Dorn entró en la celda. Se había quitado la armadura y se había quedado con un tabardo negro anudado a la cintura con un cinturón trenzado del color del oro. Incluso sin su armadura, las oscuras paredes metálicas de la estancia parecieron ceder ante su presencia y combarse hacia el exterior. Qruze lo siguió, con la armadura de color gris todavía puesta.

—Solomon Voss —dijo Dorn en voz baja.

El hombre alzó la vista para mirarlos. Tenía un rostro plano pero hermoso, de piel suave, con tan sólo algunas arrugas alrededor de los ojos. Llevaba el cabello de color gris acero peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo que colgaba sobre la tela basta que le cubría la espalda. Mucha gente habría tenido que esforzarse para ser capaz de hablar en presencia de un primarca, pero el individuo se limitó a hacer un gesto de asentimiento y a sonreírle con expresión cansada.

—Hola, viejo amigo —lo saludó Voss—. Sabía que alguien acabaría viniendo. —Miró un momento a Qruze—. Aunque veo que no lo has hecho solo. —Qruze notó el desdén en las palabras de Voss, pero mantuvo el rostro impasible. El rememorador se quedó mirándolo—. Conozco tu cara de algo.

Qruze no le contestó. Él sí sabía quién era aquel individuo. Solomon Voss, el autor de El filo de la iluminación, un testigo de las primeras conquistas de la Gran Cruzada y, según algunos, el mejor forjador de palabras de toda la historia. Qruze se había cruzado con Voss en una ocasión, mucho tiempo atrás, en una era diferente. Habían pasado tantas cosas que lo habían dejado marcado desde aquel día que se sintió sorprendido de que su vieja cara fuera capaz de provocar el más mínimo recuerdo en el rememorador.

Voss señaló con la barbilla el color gris sin distintivos de la armadura de Qruze.

—Los colores y las insignias de una legión siempre han sido motivo de orgullo para sus guerreros. ¿Qué implica entonces esa falta de símbolos? ¿Vergüenza, quizá?

Qruze mantuvo imperturbable el rostro. Un comentario como aquél lo hubiera enfurecido en el pasado. Sin embargo, ya no le quedaba falso orgullo para ello. Había dejado muy atrás su antigua vida como hijo de Horus o como lobo lunar.

Dorn miró a Qruze, y su rostro tampoco mostró emoción alguna, pero su voz sonó llena de firmeza.

—Ha venido para observar, sólo eso.

—La mano silenciosa del juicio —comentó Voss antes de asentir de nuevo y de volver a concentrarse en la hoja de pergamino.

La pluma comenzó a escribir de nuevo, y Dorn acercó a la mesa una silla metálica. La silla crujió bajo el tremendo peso.

—Yo seré tu juez, rememorador —le dijo Dorn en voz baja y teñida con un leve tono que Qruze no fue capaz de identificar.

Voss no le contestó y se centró en terminar una frase. Emitió un suave sonido, casi parecido a un silbido, cuando se detuvo en una palabra. A Qruze le pareció adivinar los sentimientos que mostraba el rostro del rememorador, una pizca de aprensión y de desafío. Luego, con un movimiento elegante de la mano, la pluma completó la frase y Voss la dejó en la mesa. Asintió en dirección a las palabras que se secaban y sonrió.

—Listo. Debo decir con toda sinceridad que creo que se trata de mi mejor obra. Sé que me alabo a mí mismo si os digo que no encontraréis nada mejor entre las obras de los antiguos. —Se volvió hacia Dorn—. Por supuesto, nadie la leerá jamás.

Dorn sonrió a medias, como si no hubiera oído el último comentario, y señaló con la barbilla la pila de pergaminos que había sobre la mesa.

—¿Te dejan tener pergamino y pluma?

Voss dejó escapar un suspiro.

—Sí. Me gustaría decir que se trata de un gesto amable por su parte, pero más bien creo que se trata de la esperanza que tienen de encontrar secretos en todo lo que escriba. No son capaces de creer que les digo la verdad, pero tampoco pueden dejar de tener la esperanza de que así sea. Me refiero a la información sobre tu hermano. Noto el ansia que tienen por obtenerla.

Qruze captó una leve tensión en el rostro de Dorn al oír mencionar a su hermano.

—¿Te han interrogado ya? —le preguntó el primarca.

—Sí, pero lo más cruel no ha empezado… todavía. —Voss soltó una risa sin humor alguno—. Pero tuve la sensación de que no tardaría mucho en llegar. Hasta que me dejaron aquí y ya no me hicieron más preguntas. —El rememorador alzó una ceja —. ¿Fue cosa tuya?

—No iba a permitir que el gran Solomon Voss desapareciera en una celda de interrogatorio —le respondió Dorn.

—Me siento halagado, pero aquí hay más prisioneros. Creo que son miles. —Voss miró a su alrededor, a las paredes metálicas de la celda, como si fuese capaz de ver a través de ellas—. A veces oigo sus gritos. Creo que quieren que los oigamos. Probablemente piensan que eso hará más fácil nuestro interrogatorio.

La voz de Voss se fue apagando poco a poco.

«Este hombre está acabado —pensó Qruze—. En su interior ha muerto algo y lo ha dejado sólo con media vida».

Dorn se inclinó hacia Voss.

—Eras mucho más que un rememorador. ¿Lo recuerdas?

—Fui algo una vez —respondió Voss, asintiendo en dirección a la oscuridad—. Una vez. Antes de Ullanor, cuando no había rememoradores, cuando eran poco más que una idea. —Voss negó con la cabeza y bajó la mirada hacia el pergamino que tenía delante de él—. Una buena idea.

Dorn asintió a su vez, y Qruze atisbó la sombra de una sonrisa en el rostro habitualmente adusto del primarca.

—Fue idea tuya, Solomon. Un millar de artistas enviados a reflejar la verdad de la Gran Cruzada. Una idea digna de un Imperio.

Voss sonrió débilmente.

—Otro halago, Rogal Dorn. No fue del todo idea mía, como seguramente recordarás. —El primarca asintió, y Qruze captó una nota de pasión en la voz de Voss —. No fui más que un forjador de palabras tolerado entre los poderosos porque podía convertir sus hazañas en palabras que se podían extender como un incendio. —Los ojos del rememorador centellearon como si reflejaran la luz de unos recuerdos brillantes—. No como los iteradores, no como Sindermann y el resto de su ralea manipuladora. La Verdad Imperial no necesitaba manipulación alguna. Lo que necesitaba era verse reflejada por todo el Imperio mediante las palabras adecuadas, mediante imágenes y sonidos. —Se calló unos instantes y bajó la mirada hacia las manchas de tinta negra que le cubrían los dedos—. Al menos eso pensaba en aquel entonces.

—Tenías razón —le aseguró Dorn, y Qruze vio la convicción que sentía el primarca a ese respecto—. Recuerdo los manuscritos que le presentaste al Emperador en Zuritz. Los escribiste tú, y los ilustró Askarid Sha. Eran hermosos y verdaderos. —Dorn asintió con lentitud, como si intentase provocar una respuesta en Voss, que seguía mirándose las manos—. La petición de crear una orden de artistas para «presenciar, consignar y reflejar la luz de la verdad extendida por la Gran Cruzada». Una orden de personas que se convertirían en la memoria viva del Imperio desde su fundación. Argumentaste que eso era lo que hacía falta, y tenías razón.

Voss también asintió con lentitud, y luego alzó la vista, pero en sus ojos había una mirada vacía. Qruze pensó que era la mirada de alguien que pensaba en todo lo que

habían perdido. Lo sabía muy bien. Él mismo había tenido esa mirada en muchas horas lúgubres a lo largo de los últimos años.

—Sí, eran buenos tiempos —admitió Voss—. Cuando el Consejo de Terra ratificó la creación de la Orden de los Rememoradores, pensé durante un momento que sabía lo que tú y tus hermanos debisteis de sentir al ver cómo vuestros hijos llevaban la iluminación a la galaxia. —Soltó un bufido displicente—. Pero no has venido a halagarme, Rogal Dorn, sino a juzgarme.

—Desapareciste —le dijo Dorn en el mismo tono de voz suave con el que había comenzado a hablarle—. Después de que se produjera la traición, desapareciste. ¿Dónde has estado?

Voss no le respondió de forma inmediata.

—Llevo diciendo la verdad desde que tus hijos me sacaron de aquella nave —declaró, y miró a Qruze—. Estoy seguro de que lo anotaron todo en el informe de su misión.

Qruze se quedó callado. Sabía lo que Voss había contado a los puños imperiales que lo capturaron, lo que había dicho a los interrogadores desde que llegó a la fortaleza. Lo sabía, del mismo modo que Rogal Dorn lo sabía, pero el primarca no dijo nada. El silencio continuó hasta que Voss miró a Dorn y dijo lo que el primarca había estado esperando que dijera.

—He estado con el señor de la guerra.

>Iacton Qruze se mantuvo apartado mientras el primarca contemplaba como las estrellas giraban sobre él. Se encontraban en una cúpula de observación, una ampolla de cristal situada en la parte superior de la fortaleza sin nombre. Sobre ellos flotaba Saturno, y sus franjas de color le recordaron a Qruze la grasa que cruzaba los trozos de carne. Dorn había interrumpido de inmediato el interrogatorio de Solomon Voss e indicó que no tardaría en regresar. A Qruze le dijo que necesitaba pensar. Así pues, habían subido hasta allí para pensar bajo la luz de las estrellas y el ojo de Saturno. A Qruze le pareció que Dorn había esperado que Voss negara sus declaraciones anteriores, que ansiaba encontrar alguna razón para dejarlo en libertad.

—Está igual que como lo recordaba —dijo Dorn de repente, sin dejar de mirar a las lejanas estrellas—. Más anciano, más gastado, pero sigue siendo el mismo. No veo señal alguna de corrupción.

«Debo cumplir con mi deber —pensó Qruze—. Aunque sea igual que clavar una

daga en una herida todavía abierta». Inspiró profundamente antes de hablar:

—No, mi señor, pero quizá veáis sólo lo que queréis ver.

El primarca no se movió, pero Qruze notó un cambio en el aire, la aparición de un cierto peligro en aquel ambiente frío.

—Supones mucho, Iacton Qruze —le advirtió el primarca con un gruñido bajo.

Qruze dio un paso cauteloso hacia el primarca y le respondió con voz tranquila.

—No supongo nada. No tengo más que un juramento que no he dejado de cumplir, y ese juramento me obliga a decir cosas como ésa. —El primarca se volvió hacia él y se irguió en toda sus estatura, por lo que Qruze tuvo que mirar hacia arriba para hablarle cara a cara—. Incluso a vos, mi señor.

—¿Tienes algo más que decir? —le gruñó Dorn.

—Sí. Debo recordaron que el enemigo es muy sutil, y que posee muchas armas. Sólo podemos protegernos de ellas mediante la suspicacia. Es posible que Solomon Voss sea como vos lo recordáis. Quizá incluso es la misma persona. Quizá. —Qruze dejó que esa palabra quedara flotando durante unos momentos en el aire—. Pero quizá no sea suficiente.

—¿Crees lo que dice? ¿Qué estuvo con Horus todo este tiempo?

—Creo en los hechos. Voss ha permanecido entre el enemigo, ya sea de forma voluntaria o como cautivo. Se encontraba a bordo de una nave que mostraba su alianza con Horus y todos los símbolos del enemigo. El resto podría ser…

—Un cuento. —Dorn asintió con una expresión ceñuda en el rostro—. Era el mayor creador de cuentos e historias que jamás haya conocido. Existen miles de millones de personas por toda la galaxia que saben de nuestras hazañas sólo por las palabras que escribió. ¿Crees que se está inventando una nueva historia ahora mismo?

Qruze hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé, mi señor. No he venido aquí a juzgar, sino a ponerlo todo en cuestión.

—Pues cumple tu deber y cuestióname esto.

Qruze inspiró profundamente y comenzó a hacerse preguntas al mismo tiempo que levantaba un dedo por cada una de ellas.

—¿Por qué acudió a Horus y aceptó estar con él si no es un traidor? Horus mató a todos los demás rememoradores cuando purgó las legiones. ¿Por qué iba a mantener con vida a uno de ellos? —Qruze continuó al ver que Dorn no lo interrumpía—. Además, está el asunto de la nave enemiga, con un único sujeto mantenido a salvo en su interior. Una nave así no aparece sola por casualidad en el sistema solar. —Se calló

un instante mientras pensaba en el punto que más le preocupaba. Dorn seguía mirándolo fijamente, escuchando atentamente todo lo que decía Qruze—. No fue por accidente. Nos lo han devuelto.

Dorn asintió, y transformó en una pregunta lo que preocupaba a Qruze.

—Y si fue así, ¿por qué?

>—¿Por qué acudiste a Horus? —quiso saber Rogal Dorn.

Estaban de nuevo en la celda. Solomon Voss estaba sentado delante de su mesa, con Rogal Dorn al otro lado de la misma y Qruze de pie junto a la puerta. Voss tomó un sorbo del té especiado que le habían servido en una taza metálica algo gastada. Lo había pedido, y Dorn había dado su conformidad. El rememorador sorbió el té con lentitud y se pasó la lengua por los labios antes de responder.

—Me encontraba en Hattusa, con la 817.ª Flota cuando me llegó la noticia de que Horus se había rebelado contra el Emperador. Al principio no pude creérmelo. Intenté encontrar razones que lo justificaran, o ponerlo todo en algún tipo de contexto, pero no lo logré. Cuando me di cuenta de que no podía encontrarle sentido, supe qué tenía que hacer. Necesitaba ver la verdad con mis propios ojos. Sería testigo de ella y le encontraría sentido a lo que viera. Luego lo plasmaría en palabras para que otros pudieran compartir mi comprensión.

Dorn frunció el entrecejo.

—¿Acaso dudabas que Horus fuera un traidor?

—No, pero yo era un rememorador, el más grande de todos. Nuestro deber era hacer entender mediante el arte los grandes acontecimientos. Sabía que habría otros que dudarían, o que no se creerían que el hijo más brillante del Imperio se había vuelto contra su padre. Si era verdad, quería que esa verdad se gritara desde las obras de tantos rememoradores como fuera posible.

Qruze vio la pasión y el fervor que aparecieron en el rostro de Voss. Durante un momento, todo el cansancio se desvaneció, y la convicción de aquel individuo brilló en su rostro.

—Te impusiste una tarea demasiado grande. Sacarle sentido a algo que no tenía sentido alguno —le dijo Dorn.

—Fueron los rememoradores los que hicieron realidad lo que ocurrió en la Gran Cruzada. Sin nosotros, ¿quién recordaría nada de todo aquello?

Dorn negó con la cabeza con suavidad.

—Una guerra entre legiones no es el lugar más adecuado para un artista.

—¿Y las demás guerras en las que estuvimos presentes eran más apropiadas? Cuando todo lo que construisteis vosotros, lo que construimos nosotros, quedó sumido en la duda, ¿dónde debería estar yo si no allí? Era un rememorador. Mi deber era anotar todo lo que ocurría en esta guerra.

Voss dejó la taza de té de nuevo en la mesa.

—Ya había comenzado a planear un viaje para llegar hasta Istvaan V, y tuve que pedir favores y buscar contactos. —Voss torció la boca como si estuviera masticando algo amargo—. Entonces llegó el Edicto de Disolución. Se acabaron los rememoradores por orden del Consejo de Terra. Debíamos abandonar nuestras tareas y reintegrarnos en la sociedad civil. A los que ya se encontraban en las flotas de combate se les retiró la autorización para anotar y registrar lo que ocurría.

Qruze captó la amargura que destilaban las palabras de Voss. Tras la noticia de la traición de Horus, muchas cosas cambiaron en el Imperio. Una de ellas había sido la retirada del apoyo oficial a los rememoradores. Con una simple tachadura en un papel, los rememoradores habían dejado de existir.

«Mejor eso que lo que les podría haber ocurrido —pensó Qruze. La imagen de hombres y mujeres muriendo bajo las armas de sus antiguos hermanos se le pasó por la mente—. Eso ocurrió hace una eternidad, pero en realidad no ha pasado el tiempo» —decidió. Luego parpadeó y la celda ocupó de nuevo la realidad.

—Pero tú no obedeciste —apuntó Dorn.

—Estaba furioso —replicó Voss—. Yo era el padre de la Orden de los Rememoradores. Había presenciado los siglos de la Gran Cruzada desde su comienzo en Terra. Había contemplado a semidioses y el derramamiento de sangre entre las estrellas que fue el nacimiento del Imperio. —Alzó una mano y señaló a las estrellas y los planetas que se encontraban por encima de ellos—. Hice que esos acontecimientos fueran reales para las mentes que jamás los verían. Les di forma mediante palabras para que todas aquellas guerras resonaran en el futuro. A lo largo de los milenios futuros habrá niños que las oigan, o que las lean, y sentirán la importancia de estos tiempos en mis palabras. —Soltó un bufido—. Los rememoradores servimos a la verdad y a la iluminación, no a los caprichos de un consejo de burócratas.

Voss negó con la cabeza y frunció los labios durante un momento antes de parpadear.

—Askarid estaba conmigo —añadió en voz baja—. Me dijo que era un plan

imposible, que era algo peligroso impulsado sólo por mi ego. Lo llamó «una peregrinación por orgullo».

Sonrió y cerró los ojos durante un momento mientras flotaba en una felicidad perdida.

Qruze conocía de nombre a Askarid Sha, iluminadora y caligrafista. Había transcrito la obra de Voss en pergaminos y volúmenes tan hermosos como las palabras del rememorador.

—¿Fue tu colaboradora? —quiso saber Qruze.

La pregunta se le escapó, y Dorn lo miró con severidad.

—Sí, fue mi colaboradora, en todos los sentidos. —Voss suspiró y miró los posos de la taza de té—. Discutimos durante días —añadió en voz baja—. Discutimos hasta que quedó claro que no estaba dispuesto a cambiar de opinión. Sabía que era posible llegar a Istvaan V. Tenía contactos en todas las flotas, y en ambos bandos, además. Sabía que podía conseguirlo.

Voss se quedó callado y mirando al vacío como si alguien le estuviera devolviendo la mirada desde un pasado perdido. Dorn no dijo nada y esperó. Tras unos instantes, Voss habló de nuevo, aunque con voz un poco entrecortada.

—Askarid vino conmigo, aunque creo que ella ya se temía cómo terminaría esto.

—¿Y cómo terminó? —quiso saber Dorn.

Voss volvió a mirar al primarca, con los ojos todavía llenos de recuerdos.

—¿No es eso lo que tienes que decidir tú, Rogal Dorn?

>—Voss tenía razón respecto al Edicto de Disolución —afirmó Dorn.

El rememorador había pedido retirarse para dormir, y el primarca lo había permitido. Qruze y él regresaron a la cúpula de cristal situada bajo las estrellas. El antiguo lobo lunar notó el humor sombrío del primarca mientras éste contemplaba las estrellas.

—¿La desaparición de los rememoradores? —contestó Qruze al mismo tiempo que alzaba una ceja y miraba a Dorn—. ¿Creéis que debería habérseles permitido pasearse en mitad de esta guerra? ¿Para que nuestra vergüenza quedara grabada en pinturas y canciones?

Se produjo una pausa en la conversación, y Qruze esperó oír en cualquier momento otro gruñido de rechazo, pero Dorn no mostró emoción alguna aparte de la lenta respiración por la nariz.

—Tenía mis dudas cuando el Consejo ratificó el edicto —explicó Dorn—. Esa postura era perfectamente lógica en un momento como aquél. Estábamos en guerra contra nosotros mismos, y no sabíamos hasta dónde se había extendido la traición de mi hermano. Incluso ahora no es el momento de permitir que un ejército de artistas se pasee con libertad entre nuestras fuerzas. Esta guerra no es de las que deben quedar reflejada en poemas. Eso lo entiendo muy bien…

—Pero a pesar de la lógica, teníais dudas —declaró Qruze.

De repente le pareció entender por qué Rogal Dorn, pretor de Terra, había acudido a visitar a un viejo rememorador a su celda de la prisión.

—No tenía dudas, sino pesar. —Dorn se dio la vuelta y señaló a las estrellas que se extendían al otro lado de la cúpula de cristal—. Salimos en dirección a esas estrellas para librar una guerra con la que ganar un futuro de iluminación. Nos llevamos con nosotros a nuestros mejores artistas para que pudieran reflejar esa verdad. Ahora, las batallas que libramos no son anotadas por cronista alguno y no serán recordadas. ¿Qué nos dice eso?

Dorn dejó caer la mano.

—Es un comportamiento pragmático ante la situación en la que nos encontramos. La supervivencia de la verdad por la que luchamos requiere una serie de exigencias que debemos cumplir —le contestó Qruze.

—¿Exigencias que deben cumplirse en silencio y a escondidas? ¿Hechos que deberán permanecer olvidados sin que nadie los juzgue?

Dorn comenzó a alejarse del cristal, y sus pasos levantaron nubecillas de polvo del suelo.

—La supervivencia o la aniquilación: ése será el juicio de la historia respecto a nosotros —declaró Qruze.

Dorn se volvió para mirarlo con un atisbo de ira en el rostro.

—¿Y el único modo de lograr que el Imperio sobreviva es convirtiéndolo en una cruel maquinaria de hierro y de sangre? —le replicó el primarca con un murmullo feroz.

—El futuro tiene un precio —insistió Qruze sin apartarse del cristal.

Dorn se quedó callado. A Qruze le pareció ver durante una fracción de segundo una mirada de desesperación en los ojos del primarca. Detrás de él, los planetas del sistema solar brillaban como fríos puntos de luz más allá de las torres de la fortaleza sin nombre.

—¿En qué nos convertiremos, Iacton Qruze? ¿Qué nos permitirá ser ese futuro? —replicó Dorn, y se alejó sin mirar atrás.

>—Cuando llegamos a Istvaan V, la matanza ya había finalizado —continuó relatando Voss—. No tuve la oportunidad de ver en persona la superficie, pero el vacío que rodeaba al planeta estaba repleto de restos de naves. Contemplé cómo pasaban por delante de la portilla de observación de mi camarote trozos que todavía se estaban enfriando o que albergaban incendios que se alimentaban con el oxígeno que había quedado atrapado entre los restos.

Dorn asintió con rostro inescrutable mientras escuchaba el relato del rememorador. Algo había cambiado en el primarca desde que regresaron de la cúpula de observación. A Qruze le dio la impresión de que había comenzado a preservar algo dentro de sí. Le recordó las puertas de una ciudadela que se fueran cerrando lentamente ante el avance del enemigo. Si Voss se dio cuenta, no dio muestras de ello.

—Vinieron a por nosotros. Los Hijos de Horus. No fue hasta que los vi que comencé a pensar que no habíamos comprendido bien la naturaleza de esta guerra civil. —Voss miró a Qruze, y el viejo guerrero notó una sensación helada en las entrañas—. Metal, metal de color verde mar, con rebordes de bronce y cubierto de ojos con la pupila rasgada de color rojo. Algunos tenían la armadura cubierta de costras de sangre seca. Otros llevaban colgadas cabezas de unas cadenas, o por el propio cabello. Todos apestaban a hierro y a sangre. Nos dijeron que fuéramos con ellos. Sólo una persona preguntó por qué. Ojalá fuera capaz de acordarme de su nombre, pero en ese momento lo que más deseé es que se callara. Uno de ellos se le acercó y le arrancó los brazos del cuerpo para luego dejarla aullando en el suelo. Después de eso, los seguimos de inmediato.

Voss se calló, con la mirada perdida como si estuviera viendo de nuevo a aquella mujer muriendo sobre un charco de su propia sangre.

Qruze se dio cuenta de que había entrelazado las manos y que tenía la mente rebosante de preguntas airadas. ¿Quién había sido? ¿Cuál de sus antiguos hermanos había cometido semejante atrocidad? ¿Era alguien a quien él conociera? ¿Alguien por el que hubiera sentido simpatía? Recordó el momento en que se había enterado sobre la verdad que escondían aquellos individuos que él había llamado hermanos. «El pasado todavía nos puede herir», pensó. Dejó escapar una leve exhalación para expulsar el dolor. Debía seguir escuchando. De momento, para eso estaba allí.

—¿Había muchos rememoradores contigo? —quiso saber Dorn.

—Sí —le confirmó Voss con un estremecimiento—. Había convencido a unos cuantos para que me acompañaran. Eran otros rememoradores que estaban de acuerdo conmigo en que teníamos el deber de mostrar la verdad de esta era cada vez más siniestra. Veintiuno vinieron conmigo. Había otros que llegaron procedentes de las naves de las legiones que habían mostrado su lealtad hacia Horus.

Voss se pasó de nuevo la lengua por los labios y dejó que su mirada vagara por la estancia.

—¿Qué les pasó? —preguntó Dorn.

—Nos llevaron a la cámara de audiencias del Espíritu Vengativo. Ya había estado allí antes, mucho tiempo atrás. —Voss negó levemente con la cabeza—. No era el mismo lugar. La enorme portilla de observación seguía permitiendo ver las estrellas como si fuera un inmenso ojo, y las paredes todavía se alzaban hasta perderse en la oscuridad, pero del techo colgaban cosas, cosas resecas y mutiladas que no quise mirar. Las paredes metálicas estaban cubiertas de estandartes rasgados y llenos de manchas oscuras. Hacía calor, igual que al lado de una hoguera en el interior de una caverna. El aire apestaba a metal caliente y a carne cruda. Vi a los Hijos de Horus de pie en un extremo de la estancia, quietos, esperando, y en el centro de todo se encontraba Horus.

»Creo que todavía esperaba ver la armadura de color blanco madreperla, la capa de color marfil y el rostro de un amigo. Lo miré, y vi que me estaba mirando fijamente. Quise echar a correr, pero fui incapaz. No conseguí moverme, ni siquiera respirar. Tan sólo pude devolver la mirada a una cara enmarcada por una armadura del color del océano tormentoso. Me señaló y dijo: "Todos menos él." Sus hijos hicieron el resto.

»Tres segundos de truenos y de sangre. Cuando todo quedó en silencio, yo estaba de rodillas con las manos apoyadas en el suelo. La sangre se me acumulaba entre los dedos. A mi alrededor sólo había sangre y carne machacada. En lo único que pude pensar fue en que Askarid había estado a mi lado. Sentí su mano alrededor de la mía antes de que comenzaran los disparos.

Voss cerró los ojos y juntó las manos sobre el regazo.

Qruze se dio cuenta de que era incapaz de apartar la mirada de aquellas manos manchadas de tinta, con la piel arrugada, los dedos entrelazados igual que si estuvieran agarrando un recuerdo.

—Pero a ti te dejó con vida —le dijo Dorn con una voz tan dura y seca como el sonido de un martillo al chocar contra una piedra.

Voss alzó la vista y su mirada se cruzó con la del primarca.

—Oh, sí, Horus me dejó con vida. Caminó hasta colocarse delante de mí. Sentí su presencia, su ferocidad, semejante al calor de una forja. «Mírame», me ordenó, y le obedecí. Me sonrió. «Me acuerdo de ti, Solomon Voss. He purgado todas mis flotas de los tu clase. Sólo quedas tú. A ti te conservaré. Nadie te hará daño. Lo verás todo». Se echó a reír. «Serás un rememorador».

—¿Y qué fue lo que hiciste?

—Hice lo único que podía hacer. Era un rememorador. Contemplé cada momento sangriento, oí las palabras de odio, olí el hedor a muerte y a locura. Durante un tiempo creí que había enloquecido. —Voss soltó una risotada—. Pero luego me di cuenta de cuál era la verdad de esta era. Descubrí la verdad que había ido a buscar.

—¿Y qué verdad es ésa, rememorador? —le preguntó Dorn, y Qruze captó el peligro en aquellas palabras, igual que si fueran el filo de una espada.

Voss soltó una nueva risita, como si aquello fuera la pregunta tonta de un niño.

—Que el futuro está muerto, Rogal Dorn. Que no es más que ceniza que se nos escapa entre los dedos.

Dorn se puso en pie antes de que Qruze tuviera tiempo de parpadear. De él emanaba una tremenda furia, del mismo modo que el calor saldría de una hoguera. Qruze tuvo que controlarse cuando los sentimientos de Dorn inundaron la estancia igual que una nube de tormenta en expansión.

—¡Mientes! —rugió el primarca con una voz que había acobardado ejércitos enteros.

Qruze esperó a que cayera el golpe, a que el rememorador quedara convertido en una simple masa sanguinolenta pegada al suelo. Nada de eso ocurrió. Voss negó con la cabeza. Qruze se preguntó qué habría visto aquel individuo para que la furia de todo un primarca no lo impresionara lo más mínimo.

—He visto en lo que se ha convertido tu hermano —le respondió Voss, midiendo con cuidado sus palabras—. He mirado al enemigo a los ojos. Sé lo que va a ocurrir.

—Derrotaremos a Horus —le espetó Dorn.

—Sí. Sí, quizá sea así, pero diré la verdad de todos modos. No será Horus quien destruya el futuro del Imperio. Serás tú, Rogal Dorn. Tú y los que están a tu lado —le replicó Voss al mismo tiempo que señalaba con la barbilla hacia Qruze.

Dorn se inclinó hasta pegar los ojos a los de Voss.

—Reconstruiremos el Imperio en cuanto haya acabado esta guerra.

—¿A partir de qué, Rogal Dorn? ¿A partir de qué? —se burló Voss, y Qruze vio que sus palabras impactaban a Dorn como si fueran mazazos—. Las armas de esta era de oscuridad son el sigilo y los secretos. Los ideales por los que luchabas estaban en la iluminación de la Verdad Imperial, pero ya no puedes confiar más en ellos, y sin esa confianza, esos ideales morirán, viejo amigo.

—¿Por qué me cuentas esto? —le preguntó Dorn con un siseo.

—Lo digo porque soy un rememorador. Reflejo la verdad de los tiempos. La verdad no es algo que esta nueva era quiera oír.

—No le temo a la verdad.

—Pues entonces deja que todo el mundo oiga mis palabras —le respondió Voss al mismo tiempo que daba unos golpecitos sobre el pergamino—. Aquí está todo escrito, todo lo que vi, cada momento siniestro y sangriento.

Qruze pensó en las palabras de Solomon Voss extendiéndose por todo el Imperio, impulsadas por la fuerza de su autor y el poder de su mensaje. Sería igual que una dosis de veneno que se propagara por el alma de aquellos que todavía resistían frente a Horus.

—Mientes —le dijo Dorn, como si aquella palabra pudiese protegerlo como un escudo.

—Estamos sentados en una fortaleza secreta establecida por las sospechas, con una espada pendiente sobre mi cabeza, ¿y dices que miento?

Voss soltó una risotada sin alegría alguna.

Dorn dejó escapar un largo suspiro y le dio la espalda al rememorador.

—Lo que digo es que te has condenado a ti mismo.

El primarca se dirigió hacia la puerta.

Qruze se dispuso a seguirlo, pero Voss habló a sus espaldas.

—Creo que ahora lo entiendo. El motivo por el que tu hermano me dejó con vida y luego permitió que cayera en tus manos. —Dorn se dio la vuelta desde el umbral de la puerta ya abierta. Voss lo estaba mirando fijamente con una sonrisa cansada en el rostro—. Sabía que su hermano querría salvarme como una reliquia del pasado, y sabía que nunca recuperaría la libertad después de todo lo que ya había visto. —Voss hizo un gesto de asentimiento y la sonrisa desapareció de su rostro—. Quería que sintieras cómo morían en tus propias manos los ideales del pasado. Quería que los

miraras cara a cara mientras los matabas. Quería que te dieras cuenta de que los dos sois muy parecidos, Rogal Dorn.

>—Traedme mi armadura —ordenó Rogal Dorn.

Los siervos de túnica roja surgieron apresurados de la oscuridad. Cada uno de ellos llevaba una pieza de la armadura de combate dorada. Algunas piezas eran tan grandes y pesadas que hicieron falta varios de ellos para llevarlas hasta el primarca.

Dorn y Qruze se encontraban una vez más en la cúpula de observación. La única luz que iluminaba la estancia amplia y circular era la procedente de las estrellas que cubrían el firmamento sobre ellos. Rogal Dorn no había dicho ni una sola palabra desde que habían dejado por última vez a Voss en su celda, y Qruze no se atrevió a hablar por primera vez desde que hizo su juramento. Las palabras de Voss habían dejado conmocionado a Qruze. No había sido el desvarío de un demente ni la proclamación de la grandeza de Horus. No, había sido algo mucho peor. Las palabras del rememorador se habían extendido por todo su ser como el hielo que se forma sobre el agua. Qruze se había enfrentado a ellas, había logrado contenerlas dentro de las murallas de su fuerza de voluntad, pero seguían chirriándole en la mente. ¿Qué pasaba si Voss había dicho la verdad? Se preguntó si aquellas palabras serían veneno suficiente como para quemar la mente de un primarca.

Dorn había permanecido contemplando las estrellas durante más de una hora antes de pedir su armadura. Lo normal hubiera sido que los siervos le colocaran las distintas piezas, una por una. Sin embargo, esta vez se puso la armadura él sólo, y se cubrió el cuerpo con la dura piel de adamantium hasta enmarcar de oro su rostro pétreo. La imagen era semejante a la de un dios de la guerra que se reconstruyera a sí mismo con sus propias manos. Qruze tuvo la impresión de que el primarca se asemejaba a un guerrero que se estuviera preparando para su última batalla.

—Lo han corrompido, mi señor —dijo por fin Qruze en voz baja, y Dorn se detuvo en su tarea, con la mano derecha a punto de sumergirse en un guantelete recubierto de filigranas de plata con forma de plumas de águila—. Horus lo ha enviado para heriros y debilitaros. Prácticamente lo ha contado él mismo. No ha dicho más que mentiras.

—¿Mentiras? —preguntó el primarca.

Qruze se preparó y le hizo la pregunta que había temido hacerle desde que salieron de la celda de Voss.

—¿Teméis que esté en lo cierto? ¿Qué los ideales de la verdad y la iluminación hayan muerto? —quiso saber Qruze con un tono de ansiedad en la voz.

Una vez hubo hecho la pregunta, descubrió que no quería saber la respuesta. Dorn metió la mano en el guantelete y los cierres sellaron la pieza alrededor de la muñeca. Flexionó los dedos cubiertos de metal y miró a Qruze. En su mirada había una frialdad que al viejo guerrero le recordó la luz de la luna reflejada en los ojos de los lobos en mitad de la oscuridad de una noche perdida de invierno.

—No, Iacton Qruze, temo que jamás hayan existido de verdad —le contestó Dorn.

>La puerta de la celda se abrió y dejó pasar las sombras de Rogal Dorn y de Iacton Qruze, que se alargaron sobre el suelo. Solomon Voss estaba sentado a la mesa de cara a la puerta, como si los esperara. Tenía su último manuscrito a su lado, sobre la misma mesa. Rogal Dorn entró en la estancia, y la escasa luz centelleó en los bordes de su armadura. Qruze pensó que parecía una estatua andante de metal bruñido. No se oyó otro sonido que no fueran los pasos del primarca y el zumbido de los globos de brillo.

Qruze cerró la puerta a sus espaldas y se apartó a un lado. Alargó la mano hacia atrás y empuñó la espada que llevaba envainada a la espalda. La hoja salió deslizándose de la vaina con el sonido susurrante del acero. La habían forjado los mejores armeros de combate por orden de Malcador el Sigilita, regente de Terra, y su hoja de doble filo tenía la altura de un ser humano normal. La superficie plateada estaba cubierta de grabados de rostros aullantes con serpientes enroscadas y que no dejaban de llorar lágrimas de sangre. La había bautizado con el nombre de Tisífone, en recuerdo de una representación de la venganza ya olvidada. Qruze empuñó la espada con la punta hacia el suelo, y mantuvo la empuñadura a la altura de su rostro.

Voss levantó la vista hacia la figura blindada de Rogal Dorn e hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy preparado —dijo, y se puso en pie al mismo tiempo que alisaba la túnica que cubría su delgado cuerpo. Luego se pasó una mano por el cabello gris. Miró a Qruze—. ¿Es éste tu momento, vigilante gris? Esa espada lleva un tiempo esperándome.

—No —declaró la voz de Dorn—. Yo seré tu verdugo. —Se volvió hacia el viejo guerrero y alargó una mano—. Tu espada, Iacton Qruze.

Qruze observó el rostro del primarca. En los ojos de Dorn había un tremendo dolor, un dolor insoportable encerrado tras una muralla de roca y acero, y que atisbó

tan sólo un instante a través de una grieta.

El viejo guerrero inclinó la cabeza para no tener que mirar al rostro del primarca y le ofreció la espada con la empuñadura por delante. Dorn tomó la espada con una sola mano, y el tamaño y el peso del arma parecieron disminuir cuando la empuñó. La colocó entre él y Solomon Voss. El campo de energía del arma se activó con el chasquido de un relámpago. El resplandor titilante de la hoja iluminó los rostros del humano y del primarca con un brillo pálido, casi cadavérico, y proyectó una multitud de sombras sobre ellos.

—Buena suerte, viejo amigo —le dijo Solomon Voss, quien no apartó la mirada cuando la espada se cernió sobre.

Rogal se quedó de pie, quieto, durante un momento, mientras la sangre formaba un charco a sus pies y el silencio y la quietud se apoderaban de la celda. Se acercó al improvisado escritorio del prisionero, donde se encontraba apilado de forma pulcra el montón de pergaminos. La energía que envolvía la hoja del arma se desvaneció con un chasquido. Con lentitud, como si estuviera enfrentándose a una serpiente venenosa, Dorn le dio la vuelta a la primera página con la punta del arma desactivada. Leyó la línea que daba comienzo al texto: «He visto el futuro, y está muerto», decían las palabras.

Dejó caer la espada, que se estrelló contra el suelo con un fuerte repiqueteo metálico, y se dirigió hacia la puerta de la celda. Cuando la abrió, se volvió hacia Qruze y señaló la pila de pergaminos y el cadáver tendido en el suelo.

—Quémalo. Quémalo todo —le ordenó Rogal Dorn.



RENACIMIENTO
CHRIS WRAIGHT

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo inconsciente. Debería saberlo. Mi capacidad de memoria incrementada y mi nódulo catalepsiano deberían haber retenido alguna pista de lo ocurrido, pero todo está en blanco.

Supongo que se trata de parte del proceso. Quieren inducir la aparición de dudas, hacer que me cuestione si estoy preparado para esto. Si es así, lo han logrado. Mi falta total de recuerdos me acosa. No me gusta desconocer los hechos. Me da la impresión de que he ignorado demasiadas cosas durante demasiado tiempo.

Pero estoy vivo, y mis dos corazones laten. Eso ya es algo. He dispuesto de bastantes minutos para reflexionar sobre mi situación desde que he despertado. Eso también es útil, aunque sin duda forma parte de alguna clase de plan por fases.

Sigo los pasos básicos, empezando por los aspectos físicos de la situación en la que me encuentro. Eso me ayuda, ya que fuerza a mi mente a centrarse en un acto mecánico. Noto mientras lo hago que recupero una parte de mi capacidad de alerta mental.

Estoy sentado en una silla. Estoy desnudo. Tengo los tobillos, las muñecas, el cuello y el torso sujetos con argollas de hierro.

No, no es hierro. Sería capaz de romperlas. Se trata de algo igualmente duro e incómodo.

Casi no hay luz. Distingo el contorno de mis extremidades, pero poco más. Respiro con facilidad, y noto un dolor ya antiguo detrás de las costillas fusionadas del pecho. Mi corazón secundario sigue palpitando, lo que indica que todavía me estoy recuperando de un trauma o de un agotamiento intenso. No siento heridas graves en el cuerpo, aunque sí multitud de moratones y abrasiones, lo que concuerda con la idea de que he combatido hace poco.

No poseo la visión mental. No siento a nadie cerca de mí. Por primera vez, desde que ingresé en las filas de la legión, recuerdo lo que es estar a solas con mis propios pensamientos. Al principio es curiosamente reconfortante, igual que si tropezara con las imágenes de una infancia feliz.

Pero no me siento cómodo durante mucho tiempo, ya que mis sentidos normales, los que no son psíquicos, no están tan adormecidos. A medida que mi cuerpo se ajusta a la situación y recupero mis facultades, me doy cuenta de que no estoy solo. Hay alguien en la estancia conmigo, invisible en la oscuridad. No soy capaz de verlo, pero lo huelo y lo oigo. Tiene sangre en las manos, y eso hace que el aire de la estancia cerrada tenga un olor penetrante y desagradable. Respira con unos resuellos

entrecortados y desiguales, como un animal jadeante al que alguien hubiera apresado durante unos momentos.

Eso es lo único que noto por ahora. Permanezco sentado en silencio durante un poco más de tiempo e intento recordar los acontecimientos que me han conducido hasta esta situación. Voy recordando muy poco a poco y de forma inconexa.

Tarda mucho en hablar, y cuando lo hace, su voz me sorprende por completo.

Es magnífica. Esa voz alberga un salvajismo apenas contenido, un gruñido gorgoteante que rodea las palabras y subraya todas y cada una de ellas con el grado preciso de amenaza. Sospecho que no se trata de un truco para hacerme sentir inquieto, sino simplemente el modo en que mi interrogador habla normalmente.

Así pues, el proceso comienza del mismo modo que siempre comienzan estos asuntos, del mismo modo que han comenzado un millón de interrogatorios desde los primeros días de la violencia organizada.

—Dime tu nombre y el de la compañía a la que perteneces —me ordena.

Y durante un momento, durante un terrible momento, me doy cuenta de que no soy capaz de recordarlo.

>El Geométrico entró en órbita alta, en modo de silencio y con todas las luces del casco apagadas. Doscientos kilómetros por debajo de la nave, el planeta estaba casi igual de oscuro. Negro como el vacío, salpicado tan sólo por grietas de color rojo intenso en los puntos donde el magma, o quizá los incendios, cubrían la superficie.

El hermano capitán Menes Kalliston estaba de pie en mitad del puente de mando del destructor mientras contemplaba la aproximación al planeta a través de las pantallas de espacio real. Llevaba puesta la servoarmadura, pero tenía la cabeza al descubierto. Sus ojos oscuros estaban fijos en la curva del planeta, que llenaba las pantallas de plexiglás que se extendían sobre él. Su rostro de rasgos duros y severos se mantenía impertérrito, como solía ser siempre. Una delgada nariz de aspecto noble separaba unos pómulos prominentes. La piel parecía reseca, como la de un pergamino viejo, y llevaba el cabello de color castaño oscuro cortado a cepillo. En la sien derecha tenía tatuado un único dibujo, el arquetipo del búho, el símbolo del culto de los athaneans.

Su armadura era de un intenso color rojo. Las hombreras estaban adornadas con elementos blancos y dorados que resaltaban los iconos y el numeral de la Cuarta Hermandad de la XV Legión Astartes: los Mil Hijos.

Otra figura se le unió mientras contemplaba la aproximación. El recién llegado era un guerrero más voluminoso y bajo, con un aspecto general más vigoroso, y sus rasgos faciales eran más cercanos a los habituales en un marine espacial: cuello grueso, mandíbula angulosa y la piel tensa sobre los grandes huesos. Quizá era más joven que el capitán, pero los caprichos del condicionamiento genético siempre hacían que fuese difícil adivinarlo.

—¿No hay señales del enemigo? —preguntó Kalliston sin volverse.

—Ninguna —le confirmó el hermano sargento Revuel Arvida.

—¿Y no sientes nada?

Arvida, que era un miembro del culto Corvidae, sonrió con gesto pesaroso.

—Ya no es tan fácil como solía serlo.

Kalliston hizo un gesto de asentimiento.

—No, no lo es.

Varias runas de una columna de control situada a la izquierda de Kalliston parpadearon al unísono. Encima de la columna apareció un hololito, una esfera que giraba sobre sí misma marcada con una serie de rutas de descenso atmosférico precogitadas.

—Las naves están preparadas, mi capitán —le informó Arvida—. Podemos descender cuando queráis.

—Pero sigues sin estar seguro de que debamos hacerlo.

—Sabéis que no lo estoy.

Sólo en ese momento apartó Kalliston la vista de las pantallas y miró a su subordinado cara a cara.

—Te necesitaré ahí abajo —le dijo—. No me importa lo que digan las lecturas de los aparatos augures: será algo peligroso. Así que si no tienes puestos los dos corazones en esta misión, dímelo ahora mismo.

Arvida le devolvió la mirada sin pestañear y con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—Entonces, ¿puedo elegir las misiones a las que quiero ir?

—No te obligaré a venir a ésta.

Arvida movió la cabeza en un gesto negativo.

—No es así como funciona. Si vais vos, capitán, yo os seguiré, lo mismo que el resto de la escuadra. De todas maneras, ya los habíais convencido.

—No hizo falta mucho esfuerzo para conseguirlo.

—Hay otros misterios que resolver, y lo que no veo es por qué venir hasta aquí nos ayudará con esos otros enigmas.

A Kalliston se le escapó un leve gesto de exasperación en su rostro de gesto imperturbable.

—Tenemos que empezar por algún lado.

—Lo sé, y como ya he dicho, si estáis seguro respecto a esto, estaré con vos. Tenedlo por seguro.

Kalliston volvió a centrar la mirada en las pantallas del espacio real. El planeta estaba rodeado por un aura de muerte, un hálito que sería evidente incluso para el más ciego de disformidad de todos los mortales. Los huecos que se abrían entre los ríos de fuego eran de un color negro intenso, y se asemejaban a pozos que daban paso a la nada más absoluta. Allí había ocurrido algo de gigantescas y terribles proporciones, y las consecuencias del cataclismo todavía eran visibles.

—Estoy seguro, hermano —le contestó el capitán con voz firme—. Nos salvaguardaron por algún motivo, y eso nos confiere una responsabilidad. Aterrizaremos en el lado nocturno del terminador.

Entrecerró sus ojos oscuros y estudió con mayor atención la visión cercana del hemisferio del planeta. Dio la impresión de que estaba intentando conjurar en el aire la visión de algo desaparecido mucho tiempo atrás, algo destruido más allá de toda posible recuperación.

—Han pasado menos de seis meses desde que nos ordenaron partir —dijo, pero esta vez hablaba consigo mismo—. Por el Trono que Prospero ha cambiado.

>—Menes Kalliston, capitán, Cuarta Hermandad, Mil Hijos.

He recordado esto después de que pasaran unos cuantos segundos, y las palabras han surgido con rapidez entre mis labios resecos. Eso es lo que se supone que uno debe decir, creo: nombre, rango y número de serie.

Quizá no debería decir nada más, pero me siento curiosamente reticente a mantenerme callado. Es posible que me hayan inyectado locuazine en el riego sanguíneo, pero lo dudo. No veo razón alguna para no charlar durante un rato. Después de todo, no tengo ni idea de por qué estoy aquí, o lo que está ocurriendo, o cuánto tiempo más seguiré con vida.

—¿Qué estás haciendo en Prospero? —me pregunta.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Podrías, y yo podría matarte.

Creo que quiere matarme. Hay algo en la voz, una nota de impaciencia que revela ese sentimiento. Se está conteniendo. Es un marine espacial, supongo. Existen muy pocas cosas que posean una voz como ésa, que surge desde unos pulmones modificados genéticamente para luego pasar por un gran torso semejante a un barril y llegar hasta una garganta rodeada de músculos, y que allí resuena como el agua procedente de un pozo profundo.

Así pues, somos hermanos… hasta cierto punto.

—¿Qué es lo que sabes de la destrucción de este planeta? —me pregunta.

Todavía no ha alzado la voz. Habla con cuidado y mantiene a raya la oleada de violencia que lo invade. No hará falta mucho para romper el dique que la contiene.

—Nos ordenaron partir hace seis meses —le explico. Me parece que lo mejor será decir la verdad, al menos de momento—. Algunos cuestionaron la orden, pero yo no. Jamás he puesto en duda las órdenes de mi primarca. Sólo más tarde, cuando no pude ponerme en contacto con el planeta, me di cuenta de que algo iba mal.

—¿Cuánto más tarde?

—Semanas. Estuvimos en la disformidad.

—¿Por qué no regresasteis de inmediato?

Ah, sí. Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces. A medida que me hace más preguntas, recuerdo más de mí mismo. Sin embargo, sigo sin recordar lo que me ha llevado hasta aquí. El espacio en blanco es absoluto, igual que si alguien hubiera puesto una máscara de acero sobre el pasado. La creación de una máscara semejante exige una tremenda habilidad, y no es nada fácil de lograr. Me doy cuenta del poder de aquellos que me mantienen cautivo.

—Quise hacerlo. Otros no. Solicitamos información a través de los astrópatas, pero nuestros códigos de batalla eran rechazados cada vez que establecíamos contacto. Poco después, nuestras naves sufrieron un ataque. Supongo que fuisteis vosotros, o alguien que está aliado con vosotros.

¿Acaso he acertado con mi suposición? ¿Me acerco a la verdad? Mi interrogador no revela nada. No revela nada aparte del olor a sangre y la respiración cálida y jadeante en mitad de la oscuridad.

—¿Sobrevivisteis muchos?

—No lo sé. La única opción que tuvimos fue dispersarnos.

—Así que tu nave llegó sola.

—Sí.

¿Debería ser más evasivo en las respuestas? La verdad es que no lo sé. No tengo ni estrategia ni objetivo. Ninguno de los datos que doy parece tener importancia alguna. Quizá la tendría si recordara algo más sobre las circunstancias de mi captura.

Mi visión mental sigue a oscuras. Verme confinado a los cinco sentidos con los que nací me hace sentir mermado. Me doy cuenta de repente de que esa pérdida sólo puede ir a peor. No sé si se trata de algo permanente, o de un efecto producido por la estancia en la que me encuentro, o quizá se debe a una herida temporal. Soy un athanean, por lo que estoy acostumbrado a captar las imágenes mentales de los otros flotando más allá de sus rostros, igual que una vela encendida que brillara detrás de una sábana de algodón.

Esa pérdida me provoca una profunda desazón. Me hace querer hablar para llenar el hueco de alguna manera. No obstante, no necesito mis sentidos psíquicos para detectar el extremismo que anida en mi interrogador. Alberga una enorme capacidad para entrar en estado de rabia, para descargar una tremenda violencia física, y apenas es capaz de contener todo eso. Se trata de algo que puedo utilizar, o que me coloca en un peligro terrible.

—A pesar de eso, tardaste mucho en regresar —me comenta.

—Las tormentas de disformidad nos retrasaron. Fueron impenetrables durante meses.

Mi interrogador se echa a reír, y es un sonido horrible, semejante a la vibración de unas cuerdas vocales al ser despedazadas.

—Sí que lo fueron. Seguro que sabes qué las provocó.

Noto que se inclina hacia adelante. No veo nada, pero la respiración suena más cercana. Me formo una imagen mental de una boca alargada y llena de dientes, de la que cuelga una lengua negra, y no tengo ni idea de lo precisa que es.

—Fue un golpe de fortuna, o una tremenda mala suerte, que consiguieras atravesarlas —me dice, y notó la alegría que le proporciona tener mi destino en sus manos—. Todavía tengo que averiguar cuál de esas dos cosas será, pero ya llegaremos a eso dentro de poco.

>No quedaban Stormbird en la cubierta de despegue, y el Geométrico nunca había transportado Thunderhawk, por lo que el descenso se tuvo que realizar en un gran transporte de tropas. La tripulación del destructor había quedado reducida a una

simple dotación de mantenimiento: un par de centenares de humanos, algunos de ellos todavía vestidos con la librea de la Guardia de las Torres. En el pasado habrían mirado a sus señores de la legión astartes con admiración mientras se ocupaban de preparar el transporte, pero todo lo ocurrido a lo largo de los meses anteriores había debilitado ese respeto. Habían visto en persona la ruina de Prospero, y eso había destrozado el poco ánimo que conservaban.

Muchos quizá todavía tenían familia en el planeta cuando llegó la destrucción. Kalliston sabía que esas relaciones de parentesco eran importantes para los mortales. Él ya no era capaz de recordar cómo era sentir que esas cosas tenían su valor, pero experimentaba la pérdida de maneras diferentes.

La nave de transporte despegó y cruzó la espesa atmósfera con torpeza, respondiendo a los mandos del piloto como si fuera una montura demasiado entusiasta. La palanca de control había sido diseñada para unas manos de menor tamaño que las de un marine espacial, y la atmósfera seguía cargada de nubes de ceniza que eran impulsadas sobre la tierra quemada por los furiosos coletazos finales de tormentas del tamaño de continentes.

El transporte aterrizó de forma brusca, y la tripulación se vio lanzada contra las jaulas de retención mientras los retrocohetes luchaban para vencer la inercia del descenso. Ninguno de los miembros de la escuadra dijo una sola palabra. Las jaulas se abrieron de golpe hacia arriba y los dejaron libres para empuñar las armas. Kalliston, Arvida y los demás hermanos de batalla del compartimento tomaron con un movimiento fluido los bólters y las espadas de energía que estaban fijadas magnéticamente antes de que las compuertas traseras se abrieran con un siseo.

El aire de Prospero entró sibilante en el compartimento. Kalliston notó el regusto a horno de fundición incluso a través de la máscara respiratoria del casco. El aire seguía caliente y amargo por las partículas del polvo levantado por la destrucción.

Ya se había hecho de noche. El cielo tenía el color rojo oscuro de una cicatriz antigua, roto tan sólo por las franjas de sombras desiguales allá donde las nubes sucias lo cruzaban impulsadas por el viento. Los edificios en ruinas salpicaban el horizonte en todas direcciones. Eran los esqueletos de bibliotecas, de casas de tesorería, de armerías y de laboratorios de investigación. No se oía sonido alguno salvo el zumbido cada vez menor de los motores dobles de la nave de transporte y el susurro irritante del viento cálido.

Kalliston fue el primero en bajar por la rampa. El suelo crujió bajo sus botas

cuando llegó al final. Bajó la mirada y vio que la tierra de Prospero brillaba. Bajo él había una alfombra de fragmentos de vidrio, tan profunda y suave como una capa de nieve.

«Todo esto fue cristal antaño. Las pirámides, las bibliotecas, las galerías. Ahora sólo es polvo».

—Despliegue de barrido —ordenó por el comunicador—. Armas dispuestas. Punto de reunión Aleph.

Los demás marines espaciales se desplegaron con lentitud a partir del punto de desembarco. Los dos que habían pilotado la nave durante el descenso se quedaron para montar guardia en el extremo de la rampa, a cubierto bajo el fuselaje posterior. Los otros siete apuntaron los bólters hacia el suelo y caminaron con todo el sigilo que pudieron a través del polvo vítreo centelleante. Se movieron para formar un semicírculo, cada uno de ellos encarado hacia un punto diferente de la línea de edificios que tenían delante. Mantuvieron una distancia de un centenar de metros entre cada uno, y se desplegaron en una red amplia. Avanzaron con paso seguro y comenzaron a explorar las calles devastadas que tenían ante ellos.

Kalliston parpadeó ante una runa para aumentar la imagen de la lente de visión nocturna. El terreno a su alrededor titiló con unos contornos de colores falsos. No había runas de objetivos, ni señales de vida, ni advertencias de aproximación. Los esqueletos estériles de los edificios destrozados se alzaban sobre él surgiendo de la cálida oscuridad.

No se produjo conversación alguna por el comunicador. Los hermanos de batalla avanzaban con pasos reverentes. Estaban pisando la tumba de su planeta natal.

Kalliston alzó un poco la cabeza para observar una enorme viga de metal que emergía de la oscuridad. Medía más de cien metros de altura, pero era tan delgada como un tronco quemado de árbol. Antaño había soportado parte de una construcción de mucho mayor tamaño, pero ahora se alzaba solitaria, una de las pocas estructuras supervivientes a las tormentas de fuego que habían asolado Tizca.

«La Ciudad de Luz. El hogar de nuestra gente».

—¿Captáis algo, hermano capitán? —le preguntó Arvida por el canal privado de mando.

Arvida se había adelantado un poco a los demás y su ruta lo había hecho salirse de la formación. Si hubieran estado en otra misión, Kalliston lo habría reprendido por ello.

—Negativo —le respondió, procurando mantener la voz carente de toda emoción.

Captó el escepticismo de Arvida a pesar incluso de los cien metros que los separaban. Al encontrarse de nuevo en Prospero, la capacidad de Kalliston de escudriñar las mentes había vuelto a su potencia máxima, y veía a la perfección el estado de ánimo de los miembros de su escuadra.

—Quizá ya no quede nada que recuperar —apuntó Arvida.

—Es posible.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Yo decidiré eso. Reserva tus energías para la búsqueda, hermano.

Kalliston cortó la comunicación.

La escuadra siguió avanzando y se adentró en las profundidades de la ciudad arrasada. La oscuridad se aferraba a las bases de las paredes destrozadas, agazapada en el umbral de unas entradas abrasadas por el plasma y que no llevaban a ningún lugar.

Kalliston notó que pisaba con la bota algo quebradizo, y bajó la mirada. Debajo de la suela tenía un costillar, destrozado por su pisada, tan frágil y negro como el carbón. No era lo bastante grande como para pertenecer a un adulto.

Miró más adelante en la misma calle y vio que había huesos por todas partes, y todos ellos eran de tamaño humano.

Algo parpadeó durante una fracción de segundo en el visor de su casco. Kalliston se puso de inmediato en estado de alerta, aunque la señal, una runa de advertencia situada en el límite del alcance del detector de su armadura, se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido.

—Capitán, tiene que ver esto —le dijo por el comunicador Phaeret, uno de los miembros de la escuadra.

Kalliston dirigió un parpadeo a una runa para indicar que había recibido el mensaje. La runa de advertencia no volvió a aparecer en el visor. Probablemente se trataría de una falsa lectura, o de algún fallo de funcionamiento de los aparatos augures de largo alcance de la armadura.

Cualquiera de las dos posibilidades era poco probable. Kalliston mantuvo el cañón del bólter en posición de disparo mientras se dirigía a la señal de localización de Phaeret con todos los sentidos alerta. Era perfectamente consciente del peligro, y también de la oportunidad.

Había algo más con vida en Prospero.

>—¿Cómo te sentiste al ver la destrucción de vuestro planeta natal?

La pregunta me sorprende. ¿Qué importa lo que haya sentido sobre cualquier cosa? Si esto es un interrogatorio realizado por uno de los miembros de las fuerzas de ocupación del planeta, lo que era de esperar serían preguntas sobre el estado de los restos de mi legión, sobre la capacidad de combate de los supervivientes. Algo sobre asuntos militares.

Pero también es cierto que hay muchas cosas extrañas en este interrogatorio. Tengo la abrumadora sensación de que no estoy aquí sólo por la información que pueda proporcionar. No. Este interrogador invisible quiere otra cosa.

—Incómodo, pero nada más que eso —le contesto—. Nos imaginábamos lo que nos podíamos encontrar. Mi segundo al mando es un vidente, y nos avisó sobre lo que había ocurrido en rasgos muy generales.

Al mencionar a Arvida me pregunto si seguirá vivo. Quizá lo están interrogando también en una celda como ésta, o a lo mejor yace muerto en el polvo vítreo de la ciudad.

—¿Incómodo? —repite.

La palabra parece irritarlo, y su respiración se vuelve más errática.

—Fuisteis unos cobardes —me dice con voz acusatoria y llena de dureza—. Volvisteis aquí como si no fuerais más que una pandilla de reclamadores de restos para rebuscar entre los escombros de aquello que dejasteis destruir. Si éste hubiera sido mi planeta, jamás me habría marchado. Habría matado a cualquier invasor que se hubiera atrevido a acercarse, y me habrían importado muy poco las órdenes de mi primarca. Fuiste débil, capitán Kalliston. Débil.

Me repite la palabra, casi la escupe. Noto que se me acerca. Ahora ya está inclinado sobre mí en la oscuridad, casi pegado al extremo de los reposabrazos de la silla. Su respiración, caliente y cáustica, igual que la de un perro, me roza la cara.

—Si lo hubiéramos sabido… —comienzo a decir para defenderme.

No sé por qué siento la necesidad de justificarme. No me importa lo que el interrogador piensa de mí, ya que tengo la conciencia tranquila.

—¡Si lo hubierais sabido! —ruge, interrumpiendo en seco mi respuesta falta de convicción. Unas gotas de saliva me salpican la cara. Por un momento pienso que se ha dejado llevar por un ataque de rabia, pero luego me doy cuenta de que se está riendo—. Escúchate con atención, guerrero de los Mil Hijos. Siempre os mostrasteis

tan orgullosos, pavoneándoos por planetas conquistados mediante el esfuerzo de otras legiones, regodeándoos en vuestros conocimientos superiores sobre lo que acabábamos de sacar a la luz para vosotros. Vosotros no os dedicabais a hacer el trabajo sucio de combatir con vuestras propias manos. Oh, no. Siempre había otros guerreros que lo podían hacer por vosotros, que podían correr el riesgo de luchar en combate cuerpo a cuerpo para así dejaros el tiempo libre que necesitáis para perder en esas bibliotecas vuestras. ¿Alguna vez sospechasteis lo mucho que os despreciábamos?

—Lo sabíamos muy bien —le contesto.

Es completamente cierto. Sabíamos lo mucho que nuestros hermanos desconfiaban de nosotros, y por ello nos esforzábamos en no provocarlos. Se equivoca por completo al pensar que nos vanagloriábamos de nuestro conocimiento superior. En vez de eso, lo ocultábamos, procurábamos mostrarlo lo menos posible. Es posible que ese instinto, por lo que se ve, haya sido un error.

—¿Lo sabíais? Podríais haber combatido como guerreros en vez de dejaros arrastrar por la hechicería. Tuvisteis elección. No os entiendo.

¿Tuvimos elección? Prospero era un planeta empapado con la posibilidad psíquica del Gran Océano. Todos estábamos tocados por esa característica, para bien o para mal. No creo que hubiéramos podido rechazar esa oportunidad que nos ofrecía, aunque sabíamos que eso intranquilizaba a las demás legiones.

De todas maneras, ya no sirve para nada debatir la cuestión. Hicimos lo que hicimos, y no existe poder en el universo que sea capaz de deshacer el pasado.

—Luchamos —le respondo al recordar Alcaudón, donde el propio Magnus nos condujo al combate.

Había combatido de un modo magnífico, imparable, tanto como Russ o como Lorgar, y cumplió hasta el más mínimo detalle la responsabilidad de hijo favorito del Emperador.

—Cumplimos con nuestra parte.

—Ya no —me responde con una voz cargada de una satisfacción salvaje—. Vuestra participación se acabó. Vuestras pirámides han quedado destruidas, y el cabrón de vuestro primarca ha acabado con la espalda rota.

Nos odia. El odio no ha disminuido a pesar del castigo que ha sufrido mi legión. Quizá ése sea el motivo por el que me ha traído hasta aquí. Para regodearse. Empiezo a recuperar mi visión mental y capto una enorme frustración rugiendo en su interior.

Lo han dejado aquí mientras los demás se han marchado para seguir conquistando mundos. Ése es uno de los motivos de su ira. No tardará en desahogarla conmigo.

Sin embargo, no soy capaz de creer que ése sea el único motivo. Me doy cuenta de lo poco que sé. ¿Por qué fue destruido Prospero? ¿Qué fue exactamente lo que provocó que sufriéramos semejante castigo? No saber eso me tortura más que cualquier cosa que el interrogador haya pensado para mí. Morir sin descubrir esas verdades sería el modo más vergonzoso de hacerlo, y algo que confirmaría las dudas que Arvida había tenido respecto a regresar a nuestro planeta.

¿Podré utilizar ese punto débil de mi interrogador en mi provecho? ¿Se le escapará algún secreto si le provoco? Es una táctica peligrosa, ya que la rabia que tiene enjaulada en su interior es semejante a la de una bestia, salvaje e indiscriminada. Aunque lo cierto es que tengo poco que perder. Mi legión ha quedado dispersa, mi primarca ha desaparecido y mi planeta natal ha quedado convertido en una bola de restos inhóspitos. Me gustaría sacarle algunas respuestas antes de que pierda el control y acabe esta conversación de una vez por todas.

—Magnus no ha muerto —le digo—. Si hubiera muerto, lo sabría. Fue con la esperanza de encontrarlo por lo que volvimos, pero tú, por lo que parece, lo sabes todo sobre nosotros y sobre lo que le ha ocurrido a nuestro planeta. Hablas únicamente por encima de otras cosas que sólo puedo suponer. Puesto que sabes tanto, ¿no debería ser yo quien hiciera las preguntas?

Distingo un leve destello de color gris sucio en mitad de la oscuridad. Un guantelete surge de las sombras y me agarra por el cuello. Los dedos me aprietan de forma dolorosa justo por debajo de la barbilla y por encima de la banda metálica que me mantiene inmovilizada la cabeza.

—Para mí no eres más que una presa, traidor —me dice con voz rugiente—. Nada más que eso. Si lo olvidas, acabaré con tu sufrimiento.

Esa amenaza supone poco para mí. Sin embargo, mientras me esfuerzo en respirar, me doy cuenta de algo más. Estoy recuperando mis poderes etéricos. Todavía son débiles, sin duda, pero vuelven poco a poco, en retazos. Quizá mi interrogador lo sabe, quizá no. En cualquier caso, ahora tengo una ligerísima oportunidad. Cuanto más dure todo esto, más fuerte me haré. Quizá, sólo quizá, lo suficientemente fuerte como para romper estas ataduras.

Los guerreros sin poderes siempre han subestimado lo que se puede llegar a hacer con la mente, sin duda porque aquellos que sí poseemos esos poderes siempre nos

hemos mostrado reticentes a utilizarlos a no ser que nos viéramos forzados a ello.

Abre la mano y aspiro grandes bocanadas de aire con regusto a sangre. Se aparta, pero noto que todavía está furioso. Mantiene a raya su ira con una correa excesivamente débil, igual que si se tratara de un depredador que no dejara de tirar de una atadura inadecuada.

—¿Cuántos formabais tu escuadra? —me pregunta mientras recupera con dificultad la compostura.

Eso es bueno. Espero que tenga muchas preguntas como ésa. Las contestaré todas mientras recupero poco a poco mi control sobre el éter.

—Nueve —respondo, y aunque mi voz suena reticente y hosca, en mi mente ya noto los pinchazos de impaciencia ante lo que se va a producir—. Éramos nueve.

>Para cuando Kalliston llegó, Phaeret estaba en cuclillas junto a la base de una columna. El pilar en sí estaba roto a una altura de unos dos metros, y la zona que lo rodeaba se hallaba cubierta de escombros. Un poco más adelante se veían las ruinas de otros edificios; algunos no eran más que unas cuantas vigas que se balanceaban sobre las paredes curvas de unos enormes cráteres de explosiones.

—¿De qué se trata? —preguntó Kalliston al mismo tiempo que también se ponía en cuclillas.

Phaeret señaló al suelo sin decir nada.

Entre los escombros había un guantelete. Kalliston lo recogió del suelo y le dio la vuelta para aprovechar al máximo la luz. Era de un color gris oscuro y estaba a punto de caerse a pedazos. Pertenecía a una servoarmadura de una legión astartes. Ningún ser humano normal habría podido utilizar una pieza como aquélla. Faltaban dos de los dedos, y los muñones estaban negros a causa de una quemadura. Allí donde la placa principal de ceramita protegía el dorso de la mano del guerrero, alguien había grabado una runa. No se trataba de un trabajo apresurado. Hasta Kalliston, que no era en absoluto un experto en artefactos propios de armeros, se dio cuenta de la cuidadosa minuciosidad de la obra.

—¿Y qué hermanos tenemos que utilizan runas? —preguntó para sí mismo en voz alta.

Recordó el asalto a Alcaudón, el nombre con el que su legión había bautizado al planeta de la Franja Arca Secundus. Fue allí donde Magnus y Russ se enfrentaron por primera vez por la conservación de las bibliotecas de los avenios. Había sido un día

terrible. Kalliston había sido testigo de cómo el Rey Lobo había cruzado la avenida elevada con una mirada de violencia terrible en los ojos, y por un momento dio la impresión de que un marine espacial lucharía contra otro marine espacial. Recordó la increíble majestuosidad de los Lobos de Fenris, el terrorífico poder que estaba encerrado en sus mentes, de una concentración asombrosa. Cierto, habían sido contenidos mediante la hechicería durante un rato, pero la barrera acabaría rompiéndose. Habrían seguido avanzando, sin importarles las bajas que sufrieran.

«Sin remordimientos. El poder que, una vez desatado, ya no se puede contener».

—Todo esto es obra suya —declaró Phaeret. Su joven voz estaba cargada de emoción—. De los Lobos de Fenris.

Kalliston se puso en pie sin apartar los ojos del guantelete.

Habían sido los sospechosos principales desde el principio. La mala relación que existía entre Magnus y Russ era conocida por todos, lo mismo que la capacidad que tenían los lobos de entrar en un estado de brutalidad repentina e impredecible. El juicio de Nikaea se había producido a instigación de Russ, o eso se rumoreaba. El odio que el Rey Lobo sentía hacia la hechicería le había proporcionado el pretexto que necesitaba, y al parecer, se había dejado llevar por fin por la intolerancia.

Pero ¿cómo se había atrevido a hacer algo así? ¿Es que Russ había decidido actuar por su cuenta dejándose llevar por la barbarie que ardía en su alma salvaje? ¿O quizá aquello lo había autorizado un poder superior?

Cuanto más miraba Kalliston al guantelete y paseaba la vista sobre la solitaria runa grabada en el guante de ceramita, más preguntas le venían a la mente. Una cosa era saber quién había perpetrado un acto, y otra muy distinta comprender sus razones.

—Capitán —lo llamó Arvida por el comunicador, interrumpiendo los pensamientos de Kalliston—. Hemos encontrado pruebas. Hay rastros de Lobos…

—Ya lo sé —lo interrumpió Kalliston. Cada una de sus palabras estaba cargada de un cansancio mortífero—. Los perros de Russ.

—Restos de armaduras —le confirmó Arvida—. Y han grabado cosas en las paredes. Algunas son… repugnantes.

En aquel momento, Kalliston sintió una punzada de rabia. Los Lobos Espaciales eran poco más que unos salvajes, tan simples y brutales como los pielesverdes. Jamás entendió qué función cumplían dentro de la Gran Cruzada, aparte de destrozar la reputación de la humanidad y mancillar los logros de la Unificación. Sólo los fanáticos y enloquecidos combatientes de Angron eran peores que ellos, pero al

menos éstos habían quedado bajo la tutela del señor de la guerra. No había mano más sabia y tranquilizadora que la suya para mantener a los Lobos de Fenris dentro de unos parámetros civilizados, y por lo que se veía, habían perdido toda semejanza a un autocontrol.

—Estamos encontrando más indicios cuanto más nos adentramos —contestó Kalliston, dirigiéndose a toda la escuadra por el canal general de comunicación—. Nos encaminamos hacia la pirámide de Photep, y allí nos reagruparemos.

Phaeret se puso en marcha de inmediato, pero Arvida mantuvo abierto el comunicador.

—Puede que todavía haya lobos en el planeta —advirtió—. ¿Esta zona se encuentra libre de objetivos?

—Yo no capto nada —le contestó Kalliston, dejando ver la irritación que sentía. Arvida sólo cumplía con su tarea, pero algo en el insistente escepticismo del sargento lo estaba sulfurando—. Avanzad hacia…

Mientras lo decía, la cabeza y los hombros de Phaeret desaparecieron convertidos en una nube de sangre, huesos y trozos de armadura que daban vueltas por el aire. El estruendo retumbante de los disparos de armas pesadas resonó a lo largo de la calle, seguido del tableteo seco de las ráfagas de bólter.

Kalliston se lanzó de cabeza para ponerse a cubierto detrás de la columna, y sintió cómo retemblaba la piedra a medida que los proyectiles explosivos se estrellaban contra ella y la iban haciendo añicos. Se arrastró hacia atrás para alejarse de aquella tormenta de disparos y en busca de una sección de pared más sólida. En cuanto se movió, nuevas andanadas de proyectiles impactaron en el suelo a su alrededor y levantaron centellantes surtidores de vidrio destrozado.

Se oyeron una serie de gritos de alarma por el comunicador y el débil tableteo de los disparos de bólter. Toda su escuadra se encontraba bajo fuego enemigo. Otras dos de las runas que indicaban el estado vital de sus guerreros se apagaron en el visor del casco.

«¡Por el Trono! ¿Dónde están?».

—¡Fuego pesado! —informó Orphide, que se encontraba a unos doscientos metros de distancia—. Recibo múltiples…

De repente, su señal parpadeó antes de apagarse y dejar sólo el sonido de la estática en el comunicador.

—¡Fijad mi posición! —ordenó Kalliston al mismo tiempo que miraba de forma

apresurada a su alrededor para hacerse una idea del terreno en el que se encontraba. Había multitud de puntos donde ponerse a cubierto en la ciudad en ruinas, pero ningún lugar concreto donde resistir un asalto bien coordinado—. Replegaos hasta aquí. Repito, replegaos hasta aquí.

Se arriesgó a echar un vistazo a través de un hueco en la pared manteniendo la cabeza agachada todo lo que pudo. En el visor siguieron sin aparecer runas de localización de objetivo, pero sabía que cualquier auspex las podía interferir.

A doscientos metros de distancia, en el otro extremo de aquella calle desolada, captó un movimiento por primera vez. Algo de color gris pálido cruzó el espacio abierto entre dos coberturas, corriendo con la cabeza agachada. El perfil era inconfundible: se trataba de la servoarmadura de un marine espacial. Kalliston no vio a ninguno más, pero supo con certeza que los habría. Comprobó que el cargador se encontraba en su sitio y que el indicador de munición mostraba que estaba lleno. Sus dos corazones comenzaron a latir con el ritmo profundo y continuado que precedía al momento de entrar en combate. Notó la sensación de cosquilleo habitual cuando las sustancias estimulantes le inundaron la corriente sanguínea y prepararon las conexiones entre nervios y músculos de su caparazón.

—Perros, estáis en mi planeta —gruñó con voz tensa por la impaciencia—. Vais a tener que luchar contra mí para quedároslo.

>—Nueve en total —me dice—. Nueve idiotas. Parece ser que no teníais más planes que olisquear entre las ruinas y rebuscar algo entre los restos. ¿Es que no se os ocurrió que quizá los destructores de Prospero habrían dejado tropas en el planeta?

—Por supuesto que se nos ocurrió.

—Pero a pesar de eso, vinisteis.

Me pregunto durante un momento si debo probar suerte de nuevo. Puedo enfurecerlo con mucha facilidad, pero también está la cuestión de escoger bien el momento. Decido esperar.

—Sí. De todas maneras, nuestra situación era mala. Estábamos solos, separados de lo que quedaba de nuestra flota. En semejante situación de ignorancia, éramos vulnerables. Decidí buscar supervivientes en Prospero, con la esperanza, incluso, de encontrar a nuestro primarca. Sabíamos que era muy improbable que hubiera ninguno, pero teníamos otras razones para, como tú dices, olisquear entre las ruinas.

Se produjo una pausa minúscula, una leve interrupción en la respiración siempre

acompasada del interrogador.

—¿Otras razones?

Decido seguir hablando y ceñirme a la verdad. De todas maneras, este interrogatorio va a acabar muy pronto.

—Prospero era la mayor sede de conocimiento de todos los planetas de la humanidad —le contesto, y no me esfuerzo en ocultar el orgullo que siento—. Aquí había bibliotecas que eran la envidia incluso de razas más antiguas que la nuestra. En nuestras criptas guardábamos secretos que ni siquiera habíamos tenido tiempo de desvelar por completo de un modo apropiado. Mientras vosotros surcabais el océano de estrellas dedicados a matar y a saquear, nosotros nos dedicábamos a aprender.

Al decir esto, recuerdo haber utilizado unas palabras muy parecidas con mi sargento Arvida para convencerlo de la sensatez de regresar a nuestro planeta natal. Me escuchó con la misma atención que muestra mi interrogador en estos momentos.

—¿Hablas de hechicería? —añado, y me atrevo a ir poco más allá—. No sabes nada de eso. En el Gran Océano existen sutilezas que sólo nosotros éramos capaces de comprender. Podíamos mirar la propia sustancia de la disformidad y discernir su trama. Captamos retazos del futuro, de unas posibilidades más magníficas de lo que se puede expresar con palabras.

Comienzo a entusiasmarme. Recuerdo los artefactos que solíamos utilizar para aprender, para descubrir, para curar… El enorme potencial que tenían. Éramos como niños que acabáramos de entrar en una dimensión de maravillas, y en nuestros ojos se reflejaba la gloria de todo aquello.

—Pensé que si alguno de esos artefactos había sobrevivido a la batalla, podríamos recuperarlo. Si el destino determinó que debíamos quedar a la deriva, quizá al menos podríamos sacarle algún partido a las herramientas que habíamos acumulado.

—¿Encontrasteis alguna?

Sigue impaciente, hambriento de información. Ya no hay desprecio en su voz, tan sólo algo parecido a la necesidad. Quizá no tiene ni idea de que para mí es tan transparente. Es curioso que sea tan quebradizo. Siempre me imaginé que los Lobos Espaciales mostraban más seguridad en sí mismos.

—No —le respondo, y de ese modo destrozo cualquier esperanza que pudiera tener del modo más brusco posible—. No tuvimos tiempo. Además, de todas maneras, dudo mucho que algo hubiera sido capaz de sobrevivir a los destrozos que causasteis. Lo habéis arrasado todo. Si hubiera sabido que erais vosotros los que

estabais detrás de esta matanza, no me habría sorprendido tanto. Sois unos carniceros y unos psicópatas, unos sádicos y unos imbéciles, los peores…

Sé lo que estoy haciendo. Su psicología me resulta cada vez más evidente. He hecho crecer sus esperanzas y luego las he aplastado. Capto la fragilidad de su mente y lo ataco donde sé que será más doloroso.

Sólo dejo de hablar cuando el puño se estrella contra mi boca. Incluso acostumbrado como estoy al dolor físico, el impacto me aturde. Se mueve con rapidez, con una rapidez mucho mayor de lo que yo lo hubiera hecho. Noto cómo se parten los huesos, como se fragmenta mi mandíbula. La nuca me golpea con una fuerza tremenda contra el metal de la silla. El dolor estalla, ardiente y luminoso, detrás de los ojos. Luego se produce un segundo estallido de agonía que me recorre toda la cara.

—¡No sabes nada de nosotros! —ruge, la voz desencajada por la rabia.

Me doy cuenta, aturdido, de que he desencadenado algo de una magnitud increíble, y siento un nudo en el estómago.

Me golpea de nuevo, esta vez con el otro puño, y mi cabeza rebota de forma dolorosa contra sus ataduras. La poca capacidad de visión que me quedaba desaparece para ser sustituida por una neblina difusa de color negro rojizo. Otra cosa, una bota quizá, me golpea en la boca del estómago y me parte la placa de costillas fusionadas. Algunos de los fragmentos se clavan en mi interior.

—¡Nada! —aúlla, y todo un chorro de saliva me da de lleno en las mejillas destrozadas. Me está gritando a la cara.

No puedo apelar a nada para hacer frente a esto. He actuado demasiado pronto y me va a matar casi con toda seguridad. Recibo más golpes semejantes a martillazos que me rasgan la piel, me desgarran los músculos y hacen que se me estremezcan los huesos. Mi cabeza se bambolea sobre el cuello como una pelota cautiva, impulsada de un lado a otro por unos puñetazos mortíferos y casi indolentes. Si no fuera por las ataduras que me mantienen en la silla, probablemente ya me habría decapitado a golpes.

De repente, se para. ¡Por el Trono Misericordioso! Se para.

Lo oigo todavía enfurecido, resoplando de un modo incoherente, poseído aún por aquel ataque de locura. Camina arriba y abajo mientras se esfuerza por contener de nuevo la fuerza siniestra que ha dejado libre. Jadeo en busca de aire, y noto como mis pulmones perforados luchan por funcionar. Tengo la cabeza hinchada por la sangre

que se me ha acumulado. El mundo gira a mi alrededor de forma vertiginosa.

Su respiración es semejante a la de un animal, jadeante y húmeda. No dice nada durante un buen rato. No creo que sea capaz. La furia tarda bastante en ceder.

—No sabes nada de nosotros —me gruñe de nuevo. Su voz ha recobrado esa cualidad amenazadora y terrorífica.

No puedo responderle. Tengo los labios partidos e hinchados, y noto como la sangre se coagula formando grandes nódulos en el interior de las heridas.

—Tan seguros de todo —masculla, y siento un chorro de flema espesa estrellarse contra mi cuerpo—. Estabais tan seguros de todo, de vosotros mismos, y resulta que, en realidad, sabéis mucho menos de lo que creíais.

Se me acerca de nuevo, y me llega su olor agrio. Ese olor me revela mucho. Posee una cierta cualidad animal, parecida al pelo empapado de un perro de caza viejo. Pero hay algo más. Una sustancia química quizá.

—Sigues sin saber por qué te he traído aquí —me dice, y su desprecio es agudo como una aguja—. Ha llegado el momento de arrojar un poco de luz al misterio.

Nada más decir aquello, unos lúmenes montados en las paredes se encienden. El brillo repentino no hace más que aumentar el dolor que me azota la cabeza, y cierro los ojos amoratados. Tardo bastante tiempo en abrirlos de nuevo, con cuidado, y los párpados tiemblan bajo la costra de sangre reseca.

Veo a mi interrogador por primera vez. Al mirarlo a la cara, que flota borrosa en mitad de la luz intensa, comienzo por fin a ver algunos detalles, alguna identidad.

Es entonces cuando me doy cuenta de que, tal y como me ha dicho, no sé nada de nada.

>Revuel Arvida corrió con rapidez y con la cabeza agachada, pero mirando con cuidado donde pisaba con las botas. Logró llegar a su destino, una gran columna de metal a medio fundir situada en una esquina de lo que antaño fue un cruce entre dos corredores de tránsito.

Se deslizó hacia abajo con la espalda pegada a la columna rota y luego se arriesgó a mirar al otro lado de la esquina. El cuerpo de Orphide yacía tendido en mitad de la calle. A cada uno de sus costados se extendían los cascarones vacíos de los edificios, que se perdían de la vista en el extremo más lejano de la larga avenida. No vio movimiento por ningún lado.

Comprobó las lecturas de aproximación del visor del casco. No se veía señal

alguna del enemigo, y ya habían muerto tres de sus hermanos de batalla. Otras tres señales activas convergían en esos momentos en la posición de Kalliston, a unos pocos cientos de metros de él. Arvida era el que se encontraba más lejos, fuera de posición y aislado.

La ciudad se encontraba sumida en un silencio roto sólo por susurros, pero los amplificadores aurales de Arvida captaron el roce de unos pasos en esa misma calle, pero todavía a bastante distancia. Algo se movía hacia él, oculto por el humo que flotaba en el aire y por los edificios en ruinas.

Volvió a agazaparse con la espalda pegada a la columna metálica. Arvida era un corvidae, un maestro conocedor de las tramas cambiantes del futuro. Allí, en su planeta natal, se sentía especialmente poderoso. Dejó que su conciencia ascendiese con rapidez por las enumeraciones.

Vio las sendas que se alejaban de él sobreimpuestas al trazado de las calles que tenía a su alrededor. Existían numerosas posibilidades claras, y cada una de ellas se deslizaba entre las otras como una manada de presas atemorizadas y en estampida. Vio la aproximación de sus enemigos, sus movimientos y sus tácticas. Habían rodeado la posición de su capitán. Eran decenas.

—Hermano capitán —lo avisó por el comunicador—. Aconsejo un repliegue hacia la nave de transporte. Hay demasia…

Arvida se calló al notar unas pisadas que se acercaban con rapidez. Las pisadas no se habían producido todavía, pero no tardarían en hacerlo. Su sentido del futuro estaba anticipándose al mundo que lo rodeaba y exponía los acontecimientos más inmediatos con una sobreimposición fantasmal sobre el presente.

Se puso en pie y se retiró por el mismo camino por el que había llegado. Avanzó con rapidez y con el bólter empuñado a la altura del pecho.

No le llegó respuesta alguna de Kalliston por el comunicador. Quizá lo habían interferido. El enemigo parecía conocer todos sus puntos débiles. ¿Cuánto tiempo llevaban ocultos, acechándolos, planeando el ataque?

Llegó al final de otra avenida de edificios destrozados. Era un cruce de cuatro calles, y en la intersección todavía se alzaba una estatua ennegrecida de Qeras el Epístemo. Los ojos quemados miraban hacia el este, y la piedra estaba cubierta de regueros de líquido combustible.

Arvida vio como si fueran hololitos las sendas futuras que recorrería el enemigo, y actuó en consecuencia. Avanzaban para interceptarlo. Varios habían llegado por la

avenida donde yacía el cuerpo de Orphide. Otros dos habían rodeado por detrás un edificio y se dirigían con rapidez hacia donde él se encontraba.

Arvida se ocultó en la sombra de la estatua a la espera de que aparecieran. Llegaron instantes después, justo detrás de sus respectivas sendas de futuro, lanzados a una persecución ansiosa, como si supieran que sus réplicas casi estaban a distancia de cuchillo.

Arvida los dejó pasar por delante de él y luego se volvió para salir de su posición a cubierto. Apuntó con rapidez y disparó dos veces el bólter. Cada proyectil iba dirigido a la cabeza de su objetivo, uno para cada uno. El primer proyectil acertó de lleno y explotó cuando impactó contra la parte de atrás de un casco de color pálido y cubierto de manchas de sangre. El objetivo se tambaleó y cayó hacia adelante hasta chocar con fuerza contra el suelo. El impacto levantó un enorme surtidor de fragmentos de vidrio.

Sin embargo, la precognición no era algo infalible. El segundo proyectil dio de refilón en la armadura del otro marine espacial y le hizo perder el equilibrio, pero no lo derribó. El guerrero se recuperó casi de inmediato y se volvió al mismo tiempo que se agachaba. Un rayo de plasma al rojo blanco salió disparado directamente hacia Arvida.

Pero para entonces el corvidae ya se había movido con rapidez y se encontraba de nuevo bajo la protección de la estatua. El rayo de energía machacó la piedra, y la estatua se partió de la cabeza a los pies con el segundo impacto para caer derrumbada convertida en una lluvia de escombros. Arvida salió en tromba a la izquierda de la cascada de restos y disparó otra ráfaga controlada del bólter.

Su enemigo no se había quedado esperando a que le disparara, sino que se había acercado para acabar con él. En la mano izquierda empuñaba un hacha sierra que zumbaba como un enjambre de insectos furibundos. La movió con potencia y velocidad, dirigiéndola con precisión e imprimiendo al golpe una fuerza aplastante. El hacha sierra chirrió mientras se acercaba al pecho de Arvida, pero cambió de repente de objetivo y se dirigió hacia su cuello.

Habría muerto si no hubiera tenido la precognición. Su adversario era más fuerte, más veloz y tenía a favor el impulso del propio ataque, pero cuando los dientes de sierra llegaron adonde querían, Arvida ya se había movido para apartarse de la trayectoria de aquel filo dentado. Trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a otra tras el paso de la cabeza del hacha y pivotó hasta quedar fuera de su radio de acción

para efectuar tres disparos a bocajarro al rostro de su oponente. Los proyectiles estallaron de inmediato, y ambos salieron despedidos de espaldas por la fuerza de las explosiones.

Arvida controló la caída y se puso en pie de un salto preparado para disparar de nuevo. No le hizo falta. La placa facial del casco enemigo estaba destrozada, y había quedado convertida en una cáscara reventada llena de sangre, piezas rotas de armadura y trozos de cráneo.

Arvida se quedó un momento de pie delante del cadáver, con el pulso palpitándole con fuerza en las venas. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de aquellos que perseguían a su escuadra entre las ruinas.

Al ver la insignia de las hombreras, la satisfacción que sentía por haberlo matado se vio sustituida por el asombro.

Volvió a oír a sus perseguidores reverberando en su sentido del futuro como el recuerdo de un sueño. Se acercaban más guerreros.

Arvida echó a correr, poniéndose a cubierto detrás de unos restos de edificios que colgaban sobre el suelo en dirección a las coordenadas donde se encontraba la nave de transporte. No tenía modo alguno de abrirse paso él solo hasta la posición de Kalliston, y no ayudaría a nadie si se dejaba matar sin propósito alguno. La única opción que le quedaba era llegar hasta la nave e intentar rescatarlos desde el aire.

Mientras corría como un espectro entre las sombras, se esforzó por buscarle un sentido a la identidad de sus atacantes.

Pero no tenía sentido. No tenía ningún sentido.

>La armadura de mi interrogador, que yo había creído de color gris en esta negrura casi absoluta, es, en realidad, de un blanco sucio. Las hombreras tuvieron antaño un color azul brillante, pero todas las superficies de esta servoarmadura están cubiertas por una capa translúcida de suciedad marrón rojiza.

Es un perro de la guerra, o más bien, como creo que ya se llaman a sí mismos, un devorador de mundos. El nombre que han elegido es ridículo, una perversión de todo lo que representan las legiones astartes. Sin embargo, por lo que sé de los comportamientos de otras legiones, se trata de un nombre que encaja perfectamente con su forma de actuar. Realmente devoran mundos. He oído relatos sobre los excesos que han cometido bajo las órdenes enloquecidas de Angron que me han revuelto el estómago. La única legión con una reputación comparable es la de los Lobos

Espaciales, así que quizá no es de extrañar que estuviera convencido de que se trataba de uno de los perros de Russ.

En la oscuridad me había imaginado que mi interrogador era algo parecido a una bestia que prácticamente se encontraba al borde de la locura. La realidad tan sólo es un poco menos desconcertante. El devorador de mundos lleva la cabeza al descubierto, lo que deja a la vista la deformación de sus rasgos. La piel es del color del bronce, fina y suave, y bajo las cejas se abren dos pozos profundos de sombras. Tiene los pómulos altos y una barbilla cuadrada y prominente. Lleva el cráneo rapado, y el cuero cabelludo cubierto de cicatrices. En las sienes se ven unas marcas a intervalos regulares, y una serie de tachuelas de hierro asoman a lo largo de la piel. En otra legión, esas puntas hubieran indicado un largo periodo de servicio, pero yo sé cuál es su verdadero significado. Al igual que todos los demás guerreros de su legión, bajo la piel lleva una serie de implantes. El Emperador prohibió hace mucho tiempo esa clase de implantes, y lo hizo por buenos motivos. Esos aparatos aceleran la furia y son capaces de agudizarla, lo que convierte y amplifica a un individuo de intenciones asesinas cargado de testosterona en una máquina capaz de generar unos niveles de violencia realmente increíbles.

Hay algo más. El marine espacial que tengo delante de mí no es un devorador de mundos normal y corriente, si algo así se puede decir de alguno de ellos. Unos cuantos guerreros selectos de esa legión terrorífica se han ganado una reputación fuera de esa hermandad siniestra. Éste es uno de ellos. Sé sin necesidad de utilizar mi fragmentada visión mental que me encuentro en presencia de Khârn, el capitán de la 8.ª Compañía de Asalto y palafrenero del primarca. Si necesitaba alguna confirmación de que mi muerte se halla cercana, ya la tengo.

Me mira fijamente. Tiene los ojos del color amarillento de la leche agria y enrojecidos en el punto donde se repliegan las pestañas. Las venas le palpitan en las sienes, y sobresalen sombrías bajo la piel tensa. Todavía le cae un hilo de baba de la boca, que reluce a lo largo de la barbilla. Si alguna vez tengo que pensar en la cara de un psicópata, tendré esta imagen para recordar. Khârn casi es una parodia de sí mismo, la apoteosis de la marcialidad enloquecida, un horno de fundición rugiente cargado de un ansia imparable de derramar sangre.

No siempre ha sido así. Incluso en los relatos que he oído contar se lo describe como alguien feroz, pero no como un demente. Le ha ocurrido algo que lo ha cambiado. Algo terrible.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunto.

Khârn me sonríe, pero no hay alegría alguna en su sonrisa. Da la impresión de que sus músculos faciales tiran de forma continua para formar un gesto maligno a no ser que se esfuerce por reprimirlo.

—He venido por la misma razón que tú —me contesta—. Para rebuscar entre los restos con la esperanza de encontrar algo que se pueda recuperar.

Esa imagen me provoca una breve risa ahogada incluso en el débil estado en el que me encuentro. No me puedo imaginar a ninguno de los guerreros de los Devoradores de Mundos recuperando nada para rescatarlo. Son el alma de la destrucción, y nada más.

—¿Y has encontrado lo que estabas buscando?

Khârn asiente.

—Hay una serie de cavernas que se encuentran muy por debajo de la superficie de Tizca. Sabrás a cuáles me refiero: las Cuevas Reflectantes. Supusimos que quizá los Lobos Espaciales no las habían encontrado a pesar de su reputación de minuciosidad. Allí abajo había algo que me ordenaron recuperar.

Se saca un colgante de hierro de debajo de la armadura. Tiene la forma de una cabeza de lobo aullando a una luna creciente. El metal es negro, como si lo hubieran dejado demasiado tiempo en un fuego.

—El Lobo Lunar —me explica Khârn—. Tu primarca lo utilizaba para ponerse en contacto con Horus. Formaba parte de la armadura del señor de la guerra, por lo que posee una conexión astral con él.

Me lo dice como si yo supiera a qué se refiere, aunque me esfuerzo por saber qué quiere decir.

—Se podría utilizar de nuevo, pero Horus no tiene ganas de que nadie se ponga en contacto con él para hablar de nada. El colgante será destruido, y otra brecha potencial en nuestras defensas quedará cerrada. Después, gracias a los dioses, quedaré libre para cumplir misiones para la causa que me resultan más agradables.

—No lo entiendo —le confieso. Pero el comentario de pasada respecto a los dioses me ha dejado intranquilo—. ¿Qué tiene Horus que ver con todo esto? ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

Khârn no me sonríe esta vez, pero noto que alberga en su interior una sensación de diversión cargada de maldad. Noto algo más que eso. En su interior también arde una sensación de agonía, una agonía que sólo se puede apagar matando. El Lobo

Lunar no ha sido el único motivo por el que ha venido a Prospero.

—Realmente no sabes nada de nada —me dice—. Había pensado torturarte para sacarte todos sus secretos, pero ahora veo que no tienes ninguno, así que te torturaré de otro modo.

Se inclina hacia mí, y me esfuerzo por apartarme del hedor a carne cruda que sale de su boca.

—Escúchame bien, capitán de los Mil Hijos, porque voy a contarte algo. Te hablaré sobre un gran movimiento que está teniendo lugar por toda la galaxia. Te hablaré sobre la destrucción de todas las esperanzas de tu primarca y del triunfo definitivo de los que poseen la virtud de la fuerza sobre los miserables cobardes. Y por último, antes de matarte, te contaré cuál será el destino de esta cruzada, la cruzada que algunos ya están comenzando a llamar, en su infinita ignorancia, «Herejía».

>La intensidad de fuego era ensordecedora. Los proyectiles de bólter estallan contra las paredes que lo rodean y las machacan convirtiéndolas poco a poco en polvo. Ya han comenzado a utilizar también armas pesadas. Un misil le pasa aullando por encima e impacta en una balaustrada de piedra que se encuentra a menos de cinco metros de la posición de Kalliston.

El capitán de los Mil Hijos estaba a cubierto en el interior de un viejo cráter abierto por una explosión que se encontraba en algún punto de las profundidades de la ciudad. Dos de los guerreros de la escuadra estaban con él, agazapados contra el borde de la tierra removida. Los hombros les temblaban con cada ráfaga de disparos que lanzaban hacia la oscuridad de la noche. La intensidad del fuego dirigido contra ellos era mucho mayor que nada que ellos pudieran intentar igualar, y el tibio aire nocturno estaba acribillado por los proyectiles trazadores procedente de todas direcciones. Había un cuarto cuerpo en el fondo del cráter, pero estaba inmóvil.

—Preparaos para retroceder —anunció Kalliston tras comprobar que tenía el cargador vacío.

Se estaba quedando sin opciones. Era difícil determinar el número exacto de atacantes en la oscuridad y a esa distancia, pero calculó que debían de ser más de treinta marines espaciales los que les disparaban. Aquel número hacía que fuese imposible mantener la posición.

—¿Hacia dónde, hermano capitán? —quiso saber Leot, uno de los dos supervivientes de su escuadra.

No había temor en su firme voz, tan sólo un leve tono de reproche. Sabía las escasas posibilidades de sobrevivir que tenían.

—Hacia la nave —le contestó Kalliston mientras sacaba el cargador vacío y metía uno nuevo—. Pero no en una ruta directa. Nos dirigiremos hacia esa columnata y luego daremos un rodeo.

Calculó las posiciones más probables de los enemigos más cercanos por la dirección de los disparos y asomó el cuerpo sobre el borde del cráter para disparar una ráfaga antes de ponerse de nuevo a cubierto. Nada más apartarse de la línea de tiro, la gruesa capa de tierra, vidrio y escombros estalló en una columna de fuego. Luego se sucedieron más impactos de bólter, y a continuación, el segundo aullido del disparo de un lanzamisiles.

—¡Ahora! —ordenó a sus guerreros al mismo tiempo que les hacía un gesto para que echaran a correr mientras él cubría la retirada.

Los dos marines espaciales se replegaron con rapidez pero manteniéndose a cubierto dentro del cráter para llegar hasta el otro lado de la concavidad. Cuando lo alcanzaron, salieron a la carrera. Kalliston se irguió para descargar una última ráfaga antes de echar a correr para reunirse con ellos. Subió a toda prisa la pendiente irregular mientras sentía los impactos de los proyectiles que se estrellaban contra el suelo a pocos metros de él.

Un momento después ya estaba fuera del cráter y corría por la calle en pos de sus hermanos de batalla, en busca de una nueva posición en la que ponerse a cubierto.

Kalliston se dio cuenta demasiado tarde de que se acercaban más atacantes por la zona hacia la que se dirigían.

—Lanzami… —empezó a decir, pero vio la estela del cohete demasiado tarde.

El proyectil disparado desde el lanzamisiles portátil impactó en el suelo justo delante de él y lo lanzó por los aires en una confusión rugiente de dolor y de movimientos incontrolados. Kalliston sintió unos cuantos fuertes impactos más, incluido uno que le estalló en el pecho. Su cuerpo dio vueltas por el aire, impulsado por los múltiples impactos, antes de estrellarse contra algo que no cedió y lo detuvo en seco. La espina dorsal se le comprimió provocándole un dolor agonizante, y sintió que los huesos de la pierna derecha se le partían. La vista se le nubló, y el mundo giró a su alrededor convertido en un torbellino de colores chillones.

Oyó débilmente el sonido de unos pasos que corrían hacia él pisoteando el polvo y el tronar desigual de disparos de bólter. Alguien le apretó contra la sien el cañón de

un arma, que tintineó levemente al chocar con la ceramita del casco.

—No —ordenó una voz cercana en un tono lleno de bestialidad y con una satisfacción apenas contenida por el placer de matar—. Lo quiero vivo.

Una oleada de agonía recorrió el cuerpo de Kalliston y lo sacudió por entero, como si fuera la descarga de toda una tormenta eléctrica. Notó un leve entumecimiento creciente, y después, nada.

>Siempre consideré un privilegio la capacidad de traspasar el velo de los pensamientos de cualquier persona. Siempre valoré poder saber si mi interlocutor me estaba mintiendo o me estaba diciendo la verdad, de igual forma que un mortal sin poderes utilizaba el ritmo cardíaco, el sudor o las miradas evasivas para determinar lo mismo. Me parecía que un poder semejante era la más valiosa de todas las habilidades, que se trataba de una prueba más del progreso ineludible de la humanidad hacia una deificación mortal.

Ahora me doy cuenta del precio que hay que pagar por semejante privilegio. No tengo posibilidad de dudar de todo lo que me ha dicho. No puedo consolarme diciendo que Khârn me está ocultando la verdad, porque su mente para mí es un cristal translúcido y no hay ocultación posible.

Así pues, debo creerlo. Debo creer lo que dice acerca de la corrupción que afecta a la Gran Cruzada, de la caída de algunos primarcas en la oscuridad y de la gran tormenta que está a punto de estallar y que en estos mismos instantes ya se dirige hacia Terra. Debo creer que mi padre genético, a quien reverenciaba, lo mismo que todos mis hermanos, ha cometido el error de cálculo más terrible de toda su existencia, y que ha cruzado los límites del universo físico con los restos de nuestra legión. Debo creer que mi supervivencia es algo que no tiene importancia, una pieza más de un asunto sin resolver dentro de una guerra en la que me han negado participar.

Mi recuperación se acelera mientras Khârn habla, y mi capacidad para utilizar mis poderes regresa con mayor rapidez todavía. Mi cuerpo inicia el asombroso proceso de curación que puedo llevar a cabo desde que me implantaron todos mis órganos mejorados. Me preparo para prolongar mi vida de nuevo, para resistir cualquier ataque que se produzca contra mí.

En eso es en lo que me he convertido, en un vehículo para la supervivencia. Incluso después de sufrir un trauma tan terrible, mi sangre sigue coagulándose, mis

tendones se reparan y recuperan la elasticidad y mis huesos sueldan las grietas que han aparecido en sus estructuras. Al contarme todo aquello con tantos detalles dolorosos, me ha proporcionado el tiempo suficiente para volver a ser yo mismo. Tengo armas. Tengo la capacidad de herirlo, quizá incluso la de matarlo. ¿Acaso lo sabe? ¿Es mi degradación tan absoluta que ya no me considera una amenaza?

Quizá esté en lo cierto. Sin duda, he perdido el ánimo. Los actos de Magnus son incomprensibles o directamente malvados. En cualquiera de los dos casos, no soy capaz de concentrar la mente en nada que no sea la traición.

¿Por qué nos ordenó que nos marcháramos? Sin duda sabía que intentaríamos regresar, o que las fuerzas vengativas que habían destruido nuestro planeta nos perseguirían en el vacío. Era el más poderoso de todos nosotros, el magus, el que veía con mayor claridad las sendas serpenteantes del Océano. Así pues, no puedo considerarlo una simple omisión. En todo esto hay unas pautas que deben ser leídas. Siempre hay pautas.

—¿Y bien, capitán de los Mil Hijos? ¿Qué te parece todo lo que te he contado? —me pregunta mi atormentador;

Disfruta con mi sufrimiento. Eso lo distrae de su propio desencanto. Se trata de un tópico tan antiguo como el mismo universo: el matón inflige daño para evitar sentirlo él.

No servirá de nada. El dolor lo alcanzará tarde o temprano, aunque tenga que matar antes a toda forma de vida consciente de la galaxia.

—Te has aliado con un traidor —le digo, y hasta yo noto lo huecas que son mis palabras.

—Tú lo llamas traidor. La historia lo llamará redentor.

—Me has dicho que los Lobos de Fenris nos hicieron esto para castigar nuestra traición. Entonces, ¿por qué nos atacáis vosotros?

—Ellos os atacaron porque creyeron que habíais cambiado de bando. Nosotros os atacamos porque sabemos que no lo habéis hecho. No de verdad. No de un modo fiable. Nuestra causa exige la mayor entrega.

—Así pues, ¿nunca creíste en la Unificación? ¿Siempre fue una farsa para ti?

Khârn tuerce el gesto. Es como un niño, y las emociones que lo embargan se reflejan con claridad en su rostro. Mi visión mental es algo que sobra aquí. Hasta el practicus más novato sería capaz de leerle la mente.

—Creíamos en ella por completo —gruñe, y la emoción en estado puro sale hasta

quedar pegada a la superficie—. Nadie tenía más fe en ella que nosotros. Nadie sacrificó a tantos por ella como nosotros.

Se me acerca. Sus ojos me miran fijamente, relucientes bajo la intensa luz.

—Somos luchadores —me dice—. Estamos hechos a la imagen y semejanza de nuestro primarca, lo mismo que tú estás hecho a la del tuyo, y al mío lo han traicionado y lo han dejado a un lado mientras el gobierno de la galaxia pasa de los guerreros a los esclavistas.

No entiendo la referencia que hace a los esclavistas, pero la verdad es que apenas importa, porque Khârn en estos momentos no me está hablando a mí en realidad.

—Nos volverán a utilizar para librar sus batallas mientras ellos se quedan de espectadores, riéndose. Ellos son el público, quienes contemplan cómo nos lanzamos a por ellos desde sus asientos. Les haremos a ellos lo que Angron debería haber hecho en Desh'ea. Utilizaremos el potencial que albergamos.

Veo que sus pupilas titilan, y me pregunto qué imágenes estará viendo. Al igual que le ocurre a un profeta atrapado en sus propias visiones, Khârn se encuentra encerrado en un mundo de paranoia y de recuerdos poco fiables. El daño que su mente ha sufrido es desolador. Toda esa energía, toda esa potencia pura, ha sido encadenada a un motor demencial.

Ya basta. Ha llegado el momento de demostrarle lo mucho que lo entiendo.

—No viniste a buscar el Lobo Lunar —le digo, manteniendo la calma en la voz—. Viniste porque sabes la clase de artefactos que existían antes en Prospero. Esperabas encontrar una cura.

Eso lo hace callarse en seco. Me mira fijamente, y una salpicadura de saliva le brilla colgando del labio como si fuera una joya.

—Todavía hay tiempo —continúo a sabiendas del peligro en el que me coloca decir eso. Me empiezo a preguntar si, después de todo, este encuentro no habrá sido presentido—. Todos los artefactos han quedado destruidos, pero yo puedo replicar sus funciones. Puedo curarte la mente. Puedo quitarte los implantes y devolverte el sueño. Puedo quitarte ese fuego que te impulsa siempre, ese fuego que te impulsa a cometer actos que aborreces. Sé que incluso ahora hay una parte de ti que aborrece lo que has hecho.

La salpicadura sigue colgando temblorosa de sus labios inmóviles.

—Puedo ayudarte, hermano. Puedo curarte la mente.

Se queda completamente quieto, inmovilizado por la indecisión. Si yo fuera un

corvidae, podría ver las sendas del futuro dividiéndose ante él procedentes de su interior, una desviándose a la derecha y otra a la izquierda. En estos momentos se encuentra en la encrucijada, lo que los antiguos llamaban «crisis». Tiene el poder de elegir, de retroceder o de seguir adelante. Yo no puedo intervenir. El más leve de los empujones en estos instantes desencadenaría un infierno que me lanzaría a un lado como un matorral seco en mitad de una tormenta.

Me atrevo a creer en él durante un latido de corazón. Me mira, y veo que tenía razón en todo lo que he supuesto. Está perdido en un universo de dolor, uno que sólo se olvida, y de forma temporal, cuando mata. Sé que mis palabras han llegado a esa fracción de su antiguo ser que todavía resiste. Sé que es capaz de oírme.

Y así nos quedamos, inmóviles en algún lugar de las ruinas de Prospero, un reflejo diminuto de la batalla de voluntades que se está librando a todo lo largo y ancho de la galaxia.

Y durante todo ese latido de corazón, me atrevo a creer en él.

—¡Brujo! —ruge al cabo de un instante, y la saliva sale despedida de sus labios—. ¡Tú no puedes curar esto!

Emite un rugido de rabia semejante al de una bestia de presa que se aleja de un salto de la lanza y sacude la cabeza de un lado a otro. De su piel de color bronce salen despedidos goterones de sudor. Cierra las manos para formar unos puños inmensos, y sé que no tardará en golpearme. Su rostro se contrae en una mueca horrible de angustia, la expresión que probablemente se le quedará marcada durante milenios si no logro detenerlo aquí y ahora.

Ha tomado una decisión.

Grito unas palabras de poder, unas palabras que hasta ese mismo momento había olvidado que existían. Estoy débil, malherido por las penalidades que he sufrido en mi cautiverio, pero las lecciones de mi larga preparación están muy arraigadas.

Soy un miembro del culto Athanaean, un maestro de los métodos ocultos de la mente. Hay más armas en la galaxia que los puños y las espadas.

Mis ataduras se deshacen en pedazos y eso me devuelve la libertad de movimientos. Me pongo en pie rodeado por la luz cegadora del éter liberado sin hacer caso de las protestas de mis extremidades rotas.

Es entonces cuando el devorador de mundos se lanza a por mí, y en sus ojos cercados de rojo brilla una mirada asesina. Lo he herido al revelar la fuente de su angustia, y sé que no parará hasta verme muerto y mi sangre esparcida por todas las

paredes de esta celda.

Pero estamos en mi planeta, en la fuente del poder antiguo de mi legión, y hasta el propio polvo de Tizca fortalece mi dominio de la disformidad. Soy más poderoso de lo que él se cree.

Esta abominación degenerada lanza un aullido mientras se me echa encima. Me enfrento a él con la conciencia tranquila.

No puedo curarlo, así que tendré que matarlo.

>Arvida llegó al punto de aterrizaje justo a tiempo.

A tiempo de ver cómo arrastraban por el suelo los cadáveres de los pilotos y dejaban unos anchos surcos en el polvo de bordes cortantes. A tiempo de ver cómo colocaban las granadas perforantes en los lados del fuselaje de la nave. A tiempo de oír las risotadas ásperas de victoria de los guerreros enloquecidos que habían asaltado el transporte.

Había veintisiete devoradores de mundos apiñados alrededor del compartimento de tripulación vacío. Uno de ellos yacía en el suelo con la armadura perforada por los impactos de los proyectiles de bólter. Los únicos muertos además de él eran los dos guerreros de los Mil Hijos que se habían quedado de guardia en la nave. No habían tenido ninguna oportunidad.

Arvida se agachó para esconderse detrás de una maraña de vigas medio derretidas que se encontraba a unos treinta metros de la nave. Vio como arrancaban el casco a sus hermanos ya muertos y luego la emprendían a puñetazos con los rostros que habían quedado al descubierto. Los golpearon una y otra vez, y las cabezas sin vida giraban a uno y otro lado mientras eran convertidas en masas de carne sanguinolenta bajo aquella paliza sin sentido. Los devoradores de mundos se echaron a reír de nuevo y vitorearon cada puñetazo que propinaban.

Arvida apartó la mirada. Se sentía furioso, pero no era con los guerreros de Angron. Ellos no eran más que salvajes, y hacía mucho tiempo que habían dejado de ser capaces de hacer otra cosa que no fueran actos de una brutalidad estúpida. Su verdadera furia estaba dirigida contra Kalliston, que era quien los había conducido hasta allí a pesar de sus advertencias. El capitán siempre había puesto demasiada fe en la providencia del destino. La sola idea de que Magnus quizá era falible, que el liderazgo del primarca quizá había resultado erróneo, le resultaba un anatema. Era evidente que así había sido. Deberían haberse quedado en la nave, a la búsqueda de

más supervivientes antes de dirigirse hacia el vacío del espacio para recuperarse. Prospero ya no era más que un cementerio.

A pesar de todo, quedaba mucho por explicar. Arvida quizá habría entendido que todavía quedaran lobos espaciales en Prospero. Sin embargo, la presencia de los Devoradores de Mundos era un asunto muy distinto. ¿Habrían actuado de un modo coordinado? ¿Se habrían vuelto todas las demás legiones contra los Mil Hijos? Si era así, ¿por qué en este momento? ¿Y por qué motivo?

Los devoradores de mundos arrancaron el resto de las piezas de la armadura a los muertos y comenzaron a profanar los cuerpos de forma concienzuda. Los rugidos y los gritos resonaron en el aire, por lo demás en silencio, mientras ponían manos a la tarea.

Arvida consultó el visor del casco. Todos los miembros de su escuadra habían desaparecido, y sus signos vitales estaban inactivos. Estaba solo, enfrentado a un enemigo al que jamás podría derrotar.

La decisión que representaba mayor seguridad para él era retirarse, huir a través de las calles silenciosas y esperar a que sucediera algo que lo favoreciese. Sabía que tendría que hacerlo en breve, pero el salvajismo sin sentido que se estaba produciendo delante de él ofendía profundamente el enorme orgullo que sentía en seguir las reglas de la guerra. Su legión jamás las había incumplido.

Se asomó desde su posición a cubierto y alzó el bólter con un único movimiento fluido. Apuntó, y mientras lo hacía, vio cómo se deslizaba hacia el futuro la trayectoria del proyectil que iba a disparar, y se consoló un poco al tener la certeza de la baja enemiga. Apretó el gatillo, giró sobre sí mismo, y echó a correr de nuevo hacia las sombras.

Arvida no vio como el capitán de los Devoradores de Mundos se desplomaba con el casco partido por la mitad debido a la explosión del proyectil de bólter, pero lo oyó estrellarse contra el suelo. Luego oyó los rugidos de furia y el repiqueteo pesado de cuatro docenas de botas cuando la partida de guerra se dio media vuelta y se lanzó a la carga hacia el punto de donde había partido el proyectil.

Corrió con la cabeza agachada, esquivando y serpenteando entre la maraña de hierro destrozado. El ruido de la persecución, fuerte y brutal, le resonó en los oídos. Si lo alcanzaban, tendría suerte si sufría una muerte rápida.

Arvida apretó el paso e impulsó su cuerpo hacia un nuevo ritmo de carrera, sin apenas darse cuenta de los esqueletos de edificios que dejaba atrás en mitad de la

noche. Sabía que había sido una imprudencia efectuar ese disparo, incluso algo estúpido.

Pero durante un instante, se había sentido muy bien.

>Su fuerza es impresionante. Da la impresión de que han desechado todas las demás características de un legionario astartes para potenciar esa única faceta. Mueve los puños a tal velocidad que quedan convertidos en borrones, y los respalda el tremendo poder de su enorme cuerpo. No empuña ningún arma, pero eso apenas parece importar. Está acostumbrado a reventar a sus oponentes con sus propias manos.

Siempre ataca, siempre busca el modo de acertar. Detengo sus golpes del mejor modo posible, y lo mantengo a raya atacando su único punto vulnerable. Veo cómo quedará para siempre en el futuro: una olla hirviente llena de una violencia perpetua. La breve visión que tuve del otro Khárn ha desaparecido, y la parte corrupta es la única que queda ya. Eso es lo que puedo golpear con mis músculos telepáticos, del mismo modo que él utiliza sus músculos físicos atiborrados de estimulantes de un modo antinatural, aunque me temo que mis golpes no son muy eficaces.

Supera ataques nacidos de la misma disformidad que hubieran derribado a un adversario menos poderoso. Sé que debo de estar haciéndole daño, pero él parece ignorarlo. Quizá no tengo modo alguno de infligirle más dolor que el que él mismo se inflige.

—¡Brujo! —ruge de nuevo, y se lanza contra mí, cargando con todo el cuerpo.

Salto hacia un lado y me estrello contra una de las paredes metálicas de la celda. Esquivo sus manos extendidas por apenas el grosor de un dedo. Lo ataco con todo lo que tengo, un torbellino de agonía abrasadora de recuerdos capaz de arrancarle la cordura a cualquier persona y disolverla como la magnesia se disuelve en agua.

Sin embargo, hay muy poca cordura que arrancar, así que apenas se inmuta.

Aprovecho el hueco que he abierto en su guardia y le propino un fuerte puñetazo en la desprotegida cabeza. El puño impacta de lleno. Es un golpe bien dirigido, y se lo doy con toda la fuerza que soy capaz de reunir. La cabeza se bambolea sobre el cuello y la sangre se une a la saliva que salpica el aire.

Me muevo de nuevo para esquivar la enfurecida respuesta. Khârn es semejante a un ciclón, a una masa de extremidades lanzadas en todas direcciones. Siento un impacto pesado cuando alza una pierna y me propina una patada en la cadera. Se oye un crujido espeluznante cuando se me parte la cadera.

Me aparto a trompicones y caigo boca abajo en el suelo. Me da otra patada y me rompe el fémur de la pierna que arrastro. Sin mi armadura apenas tengo defensa frente a unos ataques de esa magnitud. Lo absurdo de mi desafío es penoso.

Khârn se alza ante mí. La baba le chorrea de la boca, y los ojos casi se le salen de las órbitas.

Ha sido la compasión lo que me ha condenado. La compasión es el único sentimiento que ya no puede tolerar, el sentimiento que le recuerda lo que fue. Si no me hubiera ofrecido a curarlo, quizá habría seguido con vida. Quizá me habría convencido de la justicia de su causa y me habría unido al movimiento que él dice que va a liberar la galaxia.

Es este último pensamiento el que me convence de que hice bien en intentarlo. Cuando levanto la vista y miro la máscara de fervor tembloroso que tengo por encima de mí, lo que veo es el destino que me hubiera esperado como parte de esa cruzada siniestra. Se ha perdido a sí mismo, y lo que ha quedado es mucho menos que humano.

El puño que forma su guantelete se abalanza desde arriba y me golpea de lleno en la cara. Los huesos, ya debilitados, se parten hacia dentro. Noto que la parte posterior de mi cabeza abolla el suelo, y la sensación pegajosa y caliente de la sangre que se acumula en el hueco que he dejado.

El mundo gira bamboleándose sobre un eje de náusea. Apenas siento el segundo golpe, que me parte las costillas. Todo mi cuerpo se convierte en un coro de dolor que resuena con una polifonía discordante.

Veo a través de unos ojos llenos de sangre el puñetazo que acabará con mi vida. Creo apropiado observar la causa de mi propia muerte. Como leal hijo del Imperio que soy, jamás pedí más que eso.

Tengo tiempo para un último pensamiento antes de que llegue el final.

«Te di la oportunidad de elegir, Khârn. Cuando se acaben la locura y esta matanza, tendrás tiempo de reflexionar sobre eso. Podrías haber vuelto a ser tú».

Sé que esa idea lo perseguirá. Temo pensar en lo que se convertirá cuando esta paliza acabe y se vea obligado a hacer frente a eso.

Puedo suponerlo. Imagino que se convertirá en algo imposible de contener, y que atacará a la misma fuerza que ha intentado utilizar esa rabia para sus propios propósitos. Nadie lo dominará, ya que ha perdido todo dominio sobre sí mismo.

Eso es lo que estoy pensando cuando el puño impacta. No encuentro consuelo en

ello. Y por supuesto, ya no habrá consuelo en nada más.

>Arvida siguió en movimiento. La ciudad muerta estaba abarrotada de escuadras de exterminación de los Devoradores de Mundos, que merodeaban por los bloques de habitáculos vacíos como si fueran bandas de las zonas bajas de una colmena. De momento les llevaba la delantera. Conocía Tizca mejor que ellos, y recordaba a la perfección la intrincada disposición geográfica de sus calles. Además, todavía tenía activo el sentido del futuro, que le advertía a la hora de doblar la esquina equivocada o de dar pasos en falso.

La situación no se mantendría así para siempre. Tarde o temprano tendría que descansar, que dormir, que encontrar algo que comer. Su fisiología mejorada podía retrasar lo inevitable durante varios días, pero no eternamente. Los Lobos Espaciales habían quemado Prospero casi hasta los cimientos, así que habría mucho que buscar y poco que encontrar.

Su única oportunidad de supervivencia sería quedarse en la ciudad, evitar a los cazadores y buscar alguna nave con la que poder salir del planeta. Supuso que el Geométrico todavía se encontraba en órbita, aunque sus intentos de mandarle una señal habían fracasado. La nave poseía sus propias defensas, aunque le costaría superar el ataque de una nave de combate llena de guerreros de los Devoradores de Mundos.

Así pues, las opciones eran muy limitadas, y los riesgos, grandes.

Kalliston había sido un estúpido. Regresar a Prospero había sido un error muy predecible, un error provocado por una excesiva fe en el primarca. Arvida jamás había compartido esa fe, ni siquiera cuando la legión estaba intacta. Fuera cual fuese el cataclismo ocurrido allí, había sido algo que ni todo el poder de Magnus había sido capaz de prevenir, así que era una estupidez mantener la fe en sus estratagemas. Los supervivientes que quedaran del saqueo de Prospero estaban solos, y habían quedado convertidos en una banda de guerreros dispersos que flotaban a la deriva sobre la marea galáctica como si fueran las cuadernas de un galeón medio hundido.

Arvida no tenía ni idea de cuántos de sus hermanos seguían con vida. Quizá eran unos cuantos centenares. Quizá él era el único que lo había conseguido.

Llegó al extremo de una larga y suave pendiente que se alejaba del núcleo de la conurbación central. Se dio la vuelta y miró la zona por la que había llegado. Tenía una buena vista de casi todo el centro de la ciudad. Los campos de vidrio centelleaban

bajo la luz de las estrellas con un brillo nacarado. Era algo hermoso.

La Ciudad de Luz.

Se detuvo un momento, perdido en la visión de lo que aquello había sido antaño. Nada se movía. Hasta los bancos de nubes de contaminación se mantenían inmóviles, suspendidos en el aire en un extraño momento de calma.

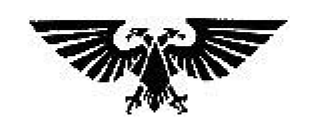
Sólo tenía una certeza. Arvida sabía, como sólo podía saberlo un corvidae, que la muerte no lo encontraría en Prospero. No era un consuelo pensando en todo lo que se había perdido, pero al menos proporcionaba a la tarea de planear su siguiente movimiento una cierta urgencia.

Sobreviviría. Descubriría la verdadera causa de la destrucción de la legión y viviría para combatirla. No se detendría ni tropezaría hasta que todo le quedara revelado, todo aquello que le proporcionara un arma con la que luchar.

—El conocimiento es poder —musitó.

Luego le dio la espalda al paisaje y se deslizó con rapidez hacia la cobertura que ofrecían las ruinas. Mientras caminaba, la débil luz rojiza procedente de los ríos de magma iluminó su hombrera e hizo resaltar la estrella serpentina que rodeaba la cabeza de cuervo negra, el emblema de su culto.

Luego se desvaneció, convertido en una sombra entre sombras.



LA CARA DE LA TRAICIÓN
GAV THORPE

Unos ojos artificiales rastrearon el firmamento, buscando un reflejo de radiación reveladora, escudriñando el menor punto de luz, examinando el más mínimo indicio de calor en aquella frialdad. El enemigo estaba allí fuera, en algún lugar, al acecho desde la sombra de los anillos de Istvaan VI. Tanto el hielo como las partículas de polvo proporcionaban una gran protección para una nave intergaláctica, un obstáculo compuesto por nubes de plasma residual y radiación proveniente de la batalla que se acababa de librar.

Seis naves rondaban el vacío. A la cabeza estaba la barcaza de combate Ira Ardiente, con su flotilla formada por un par de cruceros de ataque, un crucero pesado y dos destructores que cubrían cientos de miles de kilómetros de espacio. Se aproximaban a Istvaan VI de forma cautelosa, con la incertidumbre de cuántos enemigos habrían escapado a la batalla inicial. Los reactores de plasma funcionaban al mínimo, y casi avanzaban empujados por la inercia. De ese modo, la energía se aprovechaba directamente para alimentar los bancos de antenas de escáner que sobresalían de sus proas.

En el puente de mando de la Ira Ardiente, el comandante general Nigh Vash Delerax tenía la mirada fijada en la pantalla principal. El enorme visor cubría toda la pared del puente de mando, que estaba inundada por un laberinto anárquico de datos numéricos y señales de los barridos del escáner. El inmenso Istvaan VI apareció en el monitor, con sus anillos azules y dorados que resplandecían fríamente en la luz tenue de la estrella del sistema.

—Desde la Incansable informan de un posible retorno de escáner en el cuadrante ocho-zeta —indicó uno de los ayudantes de la consola del escáner, más allá del puesto de mando de los astartes. Él no pertenecía a esa casta de guerreros, aunque su cuerpo mostraba signos de cirugía potenciadora. Su ojo izquierdo era un implante biónico con un centelleo rojo en su reflector luminoso—. Demasiado grande para ser un asteroide, aunque podría tratarse de una luna desconocida.

Delerax dirigió su mirada hacia el área mencionada, en la parte superior de la pantalla. Se percató de que era en vano: ni siquiera sus ojos artificiales serían capaces de encontrar algo antes que los sistemas de la barcaza de combate, ya que la imagen que estaba mirando era una reconstrucción basada en datos. Si la Ira Ardiente no podía ver nada, él tampoco podría.

—Dígale a la Incansable que se aproxime a unos cincuenta mil kilómetros de la fuente —ordenó Delerax mientras apartaba la mirada de la pantalla—. Que la

Agresión Justificada avance hacia un vértice del triángulo.

—Recibido, comandante general —respondió el ayudante.

La idea de que podría haber encontrado a su presa provocó una sensación de entusiasmo en Delerax. Había pasado muchos días rastreando los límites del sistema de Istvaan sin fruto alguno, y había comenzado a creer que el enemigo no estaba allí después de todo.

Su implante precortical reaccionó ante su cambio de humor. Con unas mínimas vibraciones, el dispositivo inyectó una oleada de sustancias químicas en el cerebro de Delerax. Cada uno de sus sentidos aumentó al instante. Fue capaz de oler el sudor de los hombres en las consolas, el aceite de los mecanismos. Llegó a degustar la electricidad estática de los monitores y a sentir las suaves corrientes de aire de los ventiladores que tenía sobre la cabeza. El azul y el blanco de su armadura parecían más brillantes, y cada siseo, pitido o respiración en el puente de mando resonaban en sus oídos.

—La Incansable confirma el contacto —dijo el ayudante, emocionado—. Identificación de transmisión, positiva. Es una nave de los Salamandras. Clasificación: nave de ataque.

—¡Al fin! —Delerax dejó salir su frustración acumulada con un grito. Se volvió y cruzó con paso firme el puente de mando hacia la mesa de comunicaciones—. A toda la flotilla. Maniobra de ataque inmediato. Transmitan al enemigo el siguiente mensaje: «Aquí el comandante general Delerax, de los Devoradores de Mundos. Deponed las armas y preparaos para ser abordados. El incumplimiento de la orden causará vuestra destrucción. No recibiréis más avisos».

—Se están escapando —gritó el oficial encargado del escáner—. Están saliendo de Istvaan VI y adquiriendo velocidad.

—Flotilla, movimiento de intercepción —ordenó Delerax—. Disparad a los motores a la mínima oportunidad. Si se escapan, ¡responderéis ante mí!

Los implantes de los Devoradores de Mundos estaban ahora en modo de batalla total, enviando descargas a través de su sistema de adrenalina, preparando todo su cuerpo para la lucha inminente. La sensación era una curiosa mezcla entre claridad y euforia: un sentido general de bienestar que aliviaba gratamente los pensamientos del comandante general mientras sus reacciones instintivas se aceleraban, colmándolo con un aluvión de sensaciones.

Mientras la flotilla de los Devoradores de Mundos aumentaba la potencia de los

motores, el crucero de los Salamandras abandonó el sistema y salió como una flecha hacia su próximo escudo de protección: una nube de asteroides a unos quinientos mil kilómetros de Istvaan VI. Como una manada de sabuesos, las naves de los Devoradores de Mundos salieron a darle caza. La mayor potencia de los motores de la Ira Ardiente puso a la barcaza de combate al frente de la persecución.

—Preparad los torpedos de disformidad. Curvatura máxima —ordenó Delerax mientras la Ira Ardiente continuaba reduciendo la distancia.

Si el crucero de ataque conseguía alcanzar el santuario del campo de asteroides, la menor maniobrabilidad de la barcaza de combate le haría perder a su presa. Era una muerte que Delerax quería infligir con sus propias manos.

Los Salamandras estaban aún a varios miles de kilómetros de la zona segura cuando el capitán de artillería informó de que ya estaban dentro del alcance máximo para usar los torpedos. Delerax retrasó la orden de abrir fuego al considerar que la distancia era demasiado grande. Caminaba impaciente de un lado a otro del puente de mando esperando el momento justo para disparar y que los torpedos diesen al enemigo el menor tiempo posible para reaccionar antes de que éste alcanzase el campo de asteroides.

Escuchó cómo uno de los ayudantes gritaba la cuenta atrás del alcance de disparo, y de vez en cuando miraba hacia la pantalla principal. La posición del crucero de ataque venía dada por una retícula brillante, aunque la nave en sí estaba aún a demasiada distancia para poder ser vista, aún con magnificación total.

—Nuestro invitado desea ser informado sobre la situación actual.

Delerax se volvió para ver que su comandante segundo, el capitán Althix Kordassis, había entrado en el puente de mando. Su armadura blanquiazul estaba adornada con oro y su brazo derecho era una prótesis mecánica con láminas pintadas haciendo juego con la servoarmadura. Lo más sorprendente era la mirada de desprecio en su rostro mientras hablaba del representante del señor de la guerra.

—Puede seguir el panel de comunicaciones como todos los demás —gruñó Delerax—. Estoy ocupado.

—Quiere un informe personal —insistió Kordassis, disculpándose con la mirada.

—Pues no lo tendrá —respondió Delerax de forma brusca.

Con las drogas de combate fluyendo por su cuerpo no estaba de humor para atender las insignificantes peticiones del embajador de Horus. Incluso la idea de mirar al enviado de los marines espaciales, al que habían obligado a tratar con él, hizo que

Delerax vibrase de ira.

—¿Y qué le digo? —quiso saber Kordassis.

—Dile lo que quieras —contestó Delerax mientras se volvía de nuevo hacia la pantalla principal—. Esto no es asunto suyo.

Kordassis esperó un instante hasta percatarse de que no obtendría nada más por parte de su comandante.

—Entonces, bien podría quedarme y observar así las operaciones —le pidió el capitán.

—Adelante, bienvenido —asintió Delerax—. Encárgate del control de armamento.

Cuando el alcance de disparo se redujo hasta alcanzar una distancia óptima, Delerax dio la orden de lanzar una salva completa de torpedos. La barcaza de combate se estremeció al salir de su interior unos torpedos colosales. Al momento siguiente aparecieron en la pantalla: cuatro destellos de plasma amarillo recortados contra las estrellas que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos al activarse sus motores de disformidad.

Los torpedos entraron y salieron de la disformidad y dejaron una estela de destrucción formada por destellos multicolores mientras describían un arco que se curvaba lentamente hacia la derecha debido a que la nave de los Salamandras trató de evadirlos. Quedaron entonces fuera de la vista, reducidos a meros registros en los escáneres de disformidad.

—Doce mil kilómetros hasta el objetivo —informó un oficial de armamento tras leer una pantalla de un verde intenso.

Era Skanda Vior, otro devorador de mundos, y al igual que Delerax y Kordassis, iba vestido con su armadura de batalla. A diferencia de los oficiales, él había pintado la mayor parte de su armadura en rojo, una moda al alza entre la legión en reconocimiento al culto de Angron. Vior esperó unos cuantos segundos.

—Once mil kilómetros hasta el objetivo.

La cuenta atrás continuó, y Delerax dejó de moverse de un lado a otro cuando ésta alcanzó los siete mil kilómetros.

—Seis mil kilómetros hasta el objetivo —anunció unos segundos después el oficial de armamento—. Cambiando a los escáneres de datos integrados. Preparándose para el despliegue.

Una pantalla alternativa parpadeó hasta encenderse dentro del visor principal, mostrando una vista total de los torpedos en un negro austero y un rojo monocromo.

Unas formas extrañas se arremolinaron en la pantalla. Fue entonces cuando Delerax se percató de que deberían haber cambiado la vista mientras los torpedos aún estaban en mitad del salto. Un momento después se rematerializaron en el universo real y el crucero de ataque se mostró ante ellos.

Era largo y delgado, con una plataforma de lanzamiento construida en su superestructura dorsal. Unos pequeños puntos de plasma manaban como chispas desde la cubierta de despegue mientras los Salamandras lanzaban naves de defensa para interceptar los torpedos que se aproximaban.

—Cinco mil kilómetros. Despliegue lanzado —anunció el oficial.

La imagen reconstruida de los torpedos quedó congelada durante unos segundos mientras los misiles se separaban, descargando cada uno de ellos cuatrocientas cabezas de combate sobre el crucero de los Salamandras. Cuando la transmisión volvió, la pantalla estaba saturada por una nube de mil seiscientos proyectiles que destellaban con una luz tenue. Las explosiones borraron las estrellas mientras la nave de los Salamandras descendía en picado para después ascender y pasar a través de la masa, abriéndose paso con cañones y láseres. Al tiempo que los misiles continuaban su avance hacia el crucero de ataque, cada uno de ellos con una carga nuclear de cinco megatones, las torretas defensivas de la nave de los Salamandras se elevaron. Las oleadas de chorros de plasma y destellos de munición a gran velocidad cruzaron con rapidez por la pantalla, detonando más cabezas de combate.

Los torpedos ya estaban lo suficientemente cerca como para transmitir una imagen directa. La imagen formada mediante la reconstrucción digital dio paso a una vista cercana en tiempo real del crucero de ataque. Era verde oscuro, decorado con unas líneas anchas e irregulares de color amarillo, con la insignia de la legión visible sobre un enorme círculo blanco cerca de la proa. A través de la nube de detonaciones, la nave se escapaba mientras el capitán trataba de ofrecer el menor ángulo para protegerla del enjambre de cabezas de combate que se aproximaban. Los motores de plasma brillaron como estrellas entre la neblina de explosiones, distorsionadas por el resplandor de los escudos de energía.

—Estúpido —dijo Delerax, dedicándole una sonrisa al oficial de armamento—. Un error de principiante. Debería haber virado hacia la oleada de torpedos para proteger los motores. Se trata de un novato, sin ninguna duda.

Unos rayos azules y púrpura parpadearon cuando las cabezas de combate restantes, varios cientos de ellas, impactaron de forma violenta contra los escudos del

crucero de ataque. La nave quedó envuelta en un resplandor de detonaciones, tan brillante que apareció en la pantalla principal como si se tratase del nacimiento de una nova. Siguieron nuevas explosiones cuando los escudos se sobrecargaron y las restantes cabezas de combate alcanzaron el casco blindado del crucero. Unas nubes de plasma se escapaban por un conducto roto en el motor.

Un instante después, la minipantalla se desvaneció cuando las cabezas explosivas de los misiles detonaron.

—Los escáneres confirman daños graves en el motor y un daño moderado en la cubierta de artillería de estribor.

—Aviso a la flotilla: aproximación para el golpe de gracia —ordenó Delerax.

—Recibimos una transmisión de los mandos de la legión —informó un auxiliar de comunicaciones—. Se identifica como una señal prioritaria.

—Pásala a los altavoces —respondió Delerax sin apartar los ojos de la pantalla.

En el puente de mando se oyeron interferencias y una serie de pitidos codificados y zumbidos antes de que una voz grave irrumpiese entre el ruido. La atención de Delerax se centró de inmediato en el mensaje, olvidando todas las demás consideraciones al reconocer la voz de Angron, el primarca de los Devoradores de Mundos:

—Los hijos traidores de Corax continúan eludiendo a ese comandante tan torpe, Perturabo. El señor de la guerra ha estimado pertinente otorgarme carta blanca para su caza y derribaré la escoria de Deliverance dentro de pocos días. Todas las naves deben volver a la órbita para llevar a cabo la búsqueda. ¡A mí, mis salvajes sabuesos! Daremos rienda suelta a nuestra furia contra la Guardia del Cuervo y los borraremos de la historia. Es una orden de efecto inmediato.

—¿Deberíamos dejar la persecución? —preguntó Kordassis al finalizar la transmisión.

—No —contestó Delerax. Miró hacia el crucero de ataque, que se dirigía renqueante hacia el campo de asteroides dejando un rastro de plasma que se iba ampliando. Un depredador vigilando a su presa herida, listo para asestar el golpe de gracia—. Deja a los demás que persigan a la Guardia del Cuervo entre las montañas una y otra vez. Unas cuantas horas más no supondrán mucha diferencia. Tengo un salamandra al que dar muerte.

>Branne frunció el ceño y miró el informe del escáner otra vez. No tenía demasiado

sentido después de la segunda lectura. Se volvió hacia su compañero, el prefecto del Ejército Imperial Marcus Valerius.

—Un gran rastro residual de plasma y radiaciones, además de nubes dispersas de restos —dijo el comandante de la Guardia del Cuervo.

—¿Una batalla espacial? —preguntó el prefecto.

—Y muy grande —afirmó Branne—. Demasiado.

—¿A qué se refiere? —inquirió Valerius.

Branne le entregó el informe y se dirigió hacia los hombres que trabajaban en la consola del escáner. El sonido de las pesadas botas de su armadura quedaba silenciado por la densa moqueta que se extendía sobre la cubierta.

—¿Estas lecturas han sido confirmadas por el resto de la flota?

—Sí, comandante —asintió el oficial jefe—. Entra dentro de los parámetros estándar. Todos los datos de los sensores muestran lo mismo al resto de la flota.

—¿A qué te refieres con «demasiado»? —insistió Valerius.

—Docenas de naves destrozadas —se explicó—. Más naves que toda la flota de los Lobos Lunares.

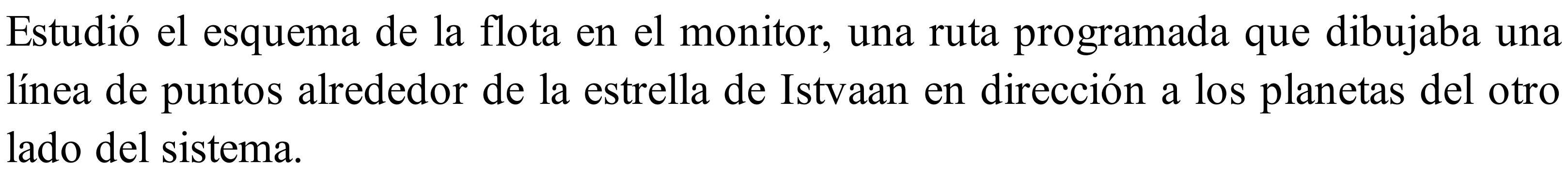
—Quizá eran naves del Ejército Imperial que volvían con el señor de la guerra —sugirió el oficial—. Ah, ¿no fueron denominados como los Hijos de Horus?

El prefecto jugueteó con la banda que cruzaba su pecho, símbolo de su nobleza familiar. Mostraba pruebas de desgaste por el constante jugueteo al que Valerius la había sometido durante el largo viaje por la disformidad desde Deliverance a Istvaan. El nerviosismo del prefecto era comprensible, aunque exasperaba bastante a Branne. Valerius había convencido al comandante de la Guardia del Cuervo para que abandonase su cargo como jefe de la guarnición en la Torre del Cuervo y viniese a Istvaan, respondiendo ante ello con su vida. Branne estaba más que dispuesto a hacerle pagar el precio propuesto si la trampa que rondaba su mente llegaba a ser cierta.

—Incluso así, esto indicaría la destrucción casi total de la flota implicada —dijo Branne sin hacer caso de la corrección del prefecto—. Tantísimas naves destruidas indican una batalla de mayores dimensiones.

—¿Qué procedimiento seguimos? —inquirió Valerius.

Branne consideró las opciones. Su flota, formada por tres naves de la Guardia del Cuervo, su barcaza de combate, un puñado de naves de transporte y varias fragatas del Ejército Imperial, había entrado en Istvaan en perpendicular al plano orbital.


Estudió el esquema de la flota en el monitor, una ruta programada que dibujaba una línea de puntos alrededor de la estrella de Istvaan en dirección a los planetas del otro lado del sistema.

—Activen los protocolos del sensor de amortiguaciones —ordenó el comandante —. Armen los escudos deflectores para una aproximación silenciosa. Cruzaremos al otro lado de la estrella para ocultar nuestro rastro. No quiero que nos vean.

—¿Y qué hacemos con mis naves? —preguntó Valerius—. Nosotros no tenemos esa capacidad.

—Ordénales que naveguen lo más silenciosamente posible —dijo Branne—. Hasta que descubramos qué es lo que ha ocurrido, no quiero que nadie más sepa que estamos aquí.

—Una marcha silenciosa nos retrasará —replicó Valerius. Parpadeó rápidamente, era otro de los tics nerviosos que había desarrollado—. ¿Qué pasa si somos tan cautos que llegamos tarde?

—¿Tarde para qué? —soltó Branne en un tono áspero, perdida la paciencia ante los constantes acosos verbales del prefecto—. La batalla ya ha terminado, Marcus. Lo que haya ocurrido aquí es historia.

>Cinco días después ya estaban más cerca de Istvaan V, donde parecía que la mayor parte de la batalla había tenido lugar. Branne se encontraba en su camarote cuando lo informaron de que se estaba recibiendo una transmisión desde la nave insignia de Valerius.

—Pásemela a mi comunicador personal —ordenó Branne, dejando a un lado la placa con datos de los sensores que estaba analizando.

Todos los informes confirmaron las mediciones iniciales. Una batalla espacial, o incluso varias batallas en un corto periodo de tiempo, con casi un centenar de naves implicadas, que se había desarrollado de forma encarnizada en las inmediaciones de Istvaan V y fuera del sistema en dirección a Istvaan VI.

—Comandante Branne, hemos registrado un código conocido. —La voz de Valerius sonó aguda y débil a través de un intercomunicador sibilante—. Se trata de una transmisión de identificación de los Manos de Hierro. Una nave que se identifica como Gloria de la Victoria. Está automatizada para intentar localizar la señal y obtener una respuesta.

—Negativo —dijo bruscamente Branne—. No establezcáis comunicación.

¿Quieres que todos dentro del sistema de Istvaan sepan que estamos aquí?

—Te pido disculpas, comandante —alegó Valerius—. De todas formas, si usamos una señal débil, sería muy difícil de detectar. Tal vez los Manos de Hierro puedan decirnos qué ocurrió aquí.

—Negativo —repitió Branne—. Sigue controlando si hay más transmisiones.

—Pero ¿y si necesitan nuestra ayuda? —insistió Valerius.

—No podemos confiar en ellos —replicó Branne.

—No lo entiendo, comandante —expuso el prefecto—. ¿No podemos confiar en los Manos de Hierro?

—Mis técnicos han estado analizando los datos de las batallas —le explicó Branne —. Es difícil de creer, pero todo apunta a que la flota enviada para ocuparse de Horus se dividió y la lucha estalló. Me temo que no son tan sólo los Lobos Lunares los que se han pasado al otro bando. Hasta que no tengamos la certeza de quién es leal y quién no, debemos sospechar de todos.

Las interferencias inundaron la habitación mientras Valerius digería aquella información. Finalmente, el oficial volvió a pronunciarse, aunque su voz era apenas un susurro entre los silbidos de las interferencias.

—Pero si eso es cierto, ¿qué ocurre con la Guardia del Cuervo?

—Esos sueños que has sufrido quizá tengan algo de verdad después de todo, Marcus —dijo Branne.

—Entonces, ¿activamos la velocidad máxima?

—No, aún no. —Branne inspiró profundamente, consciente de haber despejado una duda que lo acosaba desde que comenzaron sus sospechas sobre el alcance de la traición en Istvaan—. Tenemos que ser cuidadosos. Puede que seamos los últimos supervivientes de la Guardia del Cuervo.

>Después de tres días fuera de la órbita de Istvaan V, la flota de Branne permaneció oculta usando el mínimo de energía. Cada gota de energía no utilizada en los reactores se dedicó a los paneles de sensores y los sistemas de comunicación en búsqueda de respuestas a unas preguntas aterradoras. Las pruebas eran abrumadoras: Horus tenía aliados dentro de la flota que obedecían sus órdenes.

Branne pasó la mayor parte del tiempo en el puente de mando de su barcaza de combate, la Vengadora. Durante los dos últimos días había tenido a Valerius a bordo para asegurarse de que el prefecto estaba cerca por si las cosas se ponían feas. El

oficial del Ejército Imperial estaba sentado al lado de la consola de comunicaciones, comiéndose una uña ya desgastada, con las mejillas hundidas y su otrora suave piel oscurecida por una barba de tres días. Miraba atentamente las pantallas con ojos obsesionados y enrojecidos, perfilados por la oscuridad. Branne suponía que las pesadillas seguían acosando al oficial, aunque no lo volvió a mencionar desde que salieron de Deliverance.

—Captamos un tráfico de comunicación confuso —informó uno de los auxiliares. Valerius se irguió y encendió la mesa para Branne—. Se trata de protocolos de los Devoradores de Mundos. Estamos intentando descifrarlos, comandante.

—¿A quién se dirige la señal? —preguntó Branne.

—Transmiten para todas las legiones, comandante —afirmó el auxiliar—. También estamos registrando señales de los Portadores de la Palabra y de los Hijos del Emperador. Al parecer están comunicándose con los Hijos de Horus.

El rostro de Valerius se tomó aún más pálido, si eso era posible. Cruzó su mirada salvaje con la vista perdida y empequeñecida de Branne.

—¿Los Devoradores de Mundos, los Hijos del Emperador y los Portadores de la Palabra? ¿Todos ellos han cambiado de bando? —exclamó sorprendido.

Branne no dijo nada. Tamaña traición escapaba a su razón. Intentó encontrar alguna otra explicación para lo que acababa de descubrir, pero no logró eludir a la verdad. Aquello no era una simple rebelión. Era el estallido de una guerra civil.

Se sentó en su trono de mando. Los servomotores de su armadura crujieron y chirriaron cuando sus dedos se cerraron con fuerza sobre los reposabrazos. Con la cabeza inclinada intentó ordenar sus razonamientos y así poder urdir un plan de acción. Lo que había ocurrido no tenía sentido alguno, y su mente volvía una y otra vez a esas preguntas sin respuesta.

—¿Qué hay del primarca y de la legión? —preguntó en voz baja.

—Ninguna transmisión de la Guardia del Cuervo detectada, comandante —respondió el oficial de comunicaciones—. Hemos escaneado todas las frecuencias de la legión, e incluso más allá, sin detectar ninguna rúbrica reconocible.

Branne suspiró. Tanto sus temores previos como las predicciones funestas de Valerius se habían hecho realidad: la Guardia del Cuervo ya no existía.

—Avise a la flota que esté preparada para recibir órdenes de un nuevo rumbo.

—¿Qué? —exclamó Valerius al mismo tiempo que se levantaba—. ¿Un cambio de rumbo hacia dónde?

—Fuera de aquí —le contestó Branne—. Hemos llegado demasiado tarde.

—Pero podría haber supervivientes —replicó Valerius con las manos tendidas hacia el comandante—. Al menos tenemos que acercarnos y averiguar la verdad.

—Eso puede esperar —declaró Branne—. Nuestro propósito más inmediato es no ser detectados y abandonar el sistema de una sola pieza. Después de eso, trazaremos un plan sobre lo ocurrido.

—Comandante, estamos recibiendo una comunicación de banda ancha desde la superficie de Istvaan V —anunció el oficial de comunicaciones.

—¿Dirigida a nosotros? —preguntó Branne, desconcertado.

—No, comandante, es una emisión general. Con una encriptación mínima. Debería escuchar esto.

—Está bien —asintió Branne, reclinándose en su trono de mando. La voz que retumbaba en los altavoces tenía un tono amenazante de locura. Cada sílaba se escupía como una maldición.

—… tonces deberíamos aplastar a los descarriados hijos de Corax por completo. ¿Se creen que pueden evitarnos toda la vida? ¡Se equivocan! Daré caza a Corax y lo destrozaré con mis propias manos. A la Guardia del Cuervo no le queda espacio para escapar. Dentro de dos días nuestra victoria se completará y los últimos supervivientes serán aplastados por los Devoradores de Mundos. La victoria exige sangre, ¡y nosotros la haremos correr!

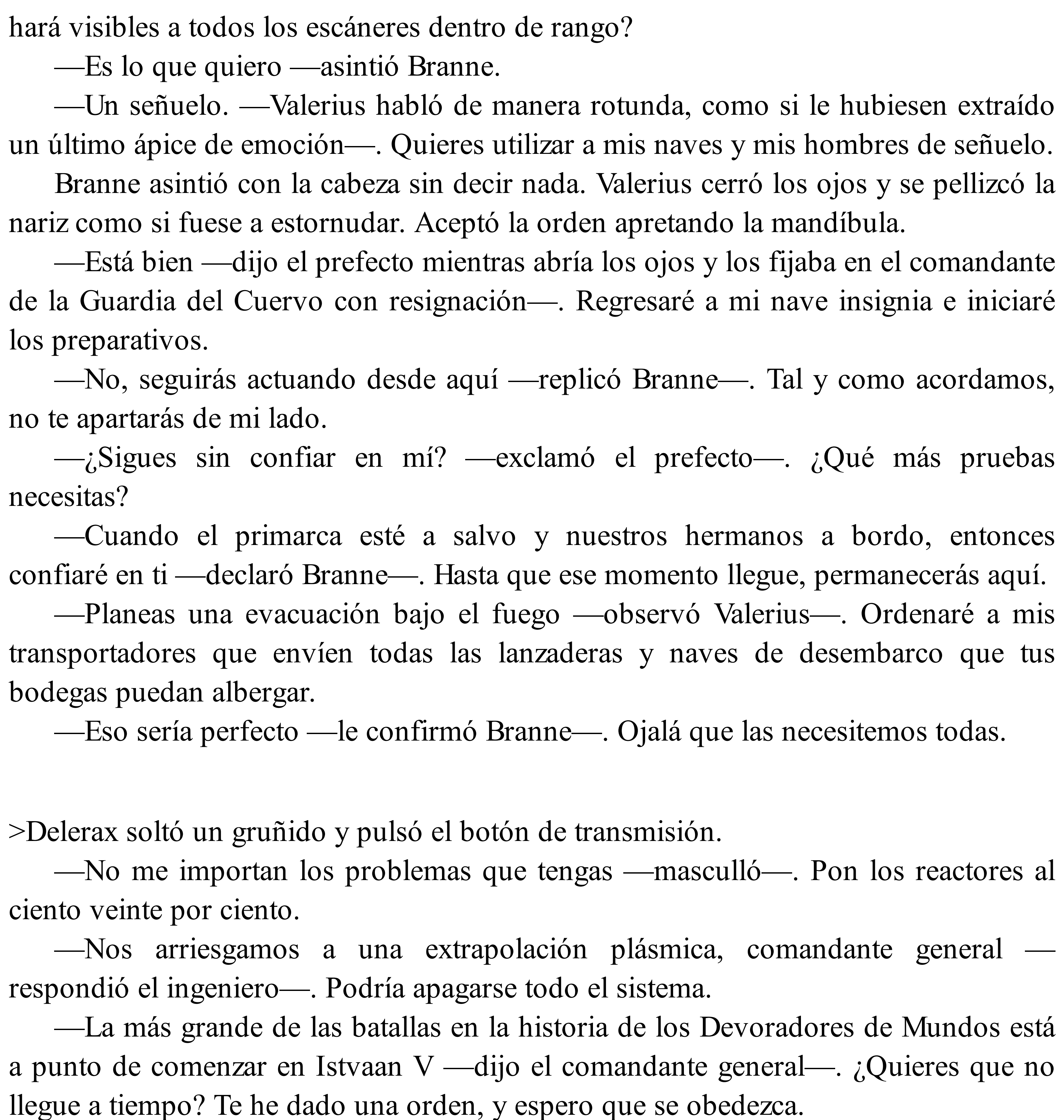
—Sólo puede ser Angron —aseguró Branne nada más cortarse la transmisión. Por una parte, se sentía aliviado al saber que Corax y la legión seguían con vida; por otra, parecía que la situación no iba a mantenerse así por mucho más tiempo—. ¿Ha localizado la fuente de la transmisión? —preguntó mientras se levantaba.

—Aún mejor, mi comandante —contestó el técnico—. Hay coordenadas planetarias adjuntas a la señal pidiendo apoyo orbital que nos indican dónde planean atacar los Devoradores de Mundos.

Branne consiguió dejar a un lado la confusión y las dudas y se dispuso a activar su mente. Una estrategia brotó de su cabeza al instante, aunque era arriesgada. Reconsideró la idea, analizando sus opciones, aunque todas lo llevaban a la misma conclusión. Una tercera evaluación no proporcionó alternativa alguna.

—Marcus, necesito que te dirijas a tu flota —declaró Branne—. Diles que se encaminen hacia Istvaan IV a velocidad máxima.

—¿A Istvaan IV? ¿No querrás decir Istvaan V? ¿Y la velocidad máxima no nos



hará visibles a todos los escáneres dentro de rango?

—Es lo que quiero —asintió Branne.

—Un señuelo. —Valerius habló de manera rotunda, como si le hubiesen extraído un último ápice de emoción—. Quieres utilizar a mis naves y mis hombres de señuelo.

Branne asintió con la cabeza sin decir nada. Valerius cerró los ojos y se pellizcó la nariz como si fuese a estornudar. Aceptó la orden apretando la mandíbula.

—Está bien —dijo el prefecto mientras abría los ojos y los fijaba en el comandante de la Guardia del Cuervo con resignación—. Regresaré a mi nave insignia e iniciaré los preparativos.

—No, seguirás actuando desde aquí —replicó Branne—. Tal y como acordamos, no te apartarás de mi lado.

—¿Sigues sin confiar en mí? —exclamó el prefecto—. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Cuando el primarca esté a salvo y nuestros hermanos a bordo, entonces confiaré en ti —declaró Branne—. Hasta que ese momento llegue, permanecerás aquí.

—Planeas una evacuación bajo el fuego —observó Valerius—. Ordenaré a mis transportadores que envíen todas las lanzaderas y naves de desembarco que tus bodegas puedan albergar.

—Eso sería perfecto —le confirmó Branne—. Ojalá que las necesitemos todas.

>Delerax soltó un gruñido y pulsó el botón de transmisión.

—No me importan los problemas que tengas —masculló—. Pon los reactores al ciento veinte por ciento.

—Nos arriesgamos a una extrapolación plásmica, comandante general —respondió el ingeniero—. Podría apagarse todo el sistema.

—La más grande de las batallas en la historia de los Devoradores de Mundos está a punto de comenzar en Istvaan V —dijo el comandante general—. ¿Quieres que no llegue a tiempo? Te he dado una orden, y espero que se obedezca.

Delerax cortó la comunicación y se volvió hacia los oficiales de navegación.

—¡Tú! —dijo bruscamente—. No quiero volver a oír nada más sobre pozos de gravedad ni distancias de seguridad. Llevadme a Istvaan V por la ruta más corta. ¡Sin excusas!

El piloto asintió nervioso y se volvió hacia los controles con la mirada fija en ellos. Delerax siguió deambulando por el puente de mando, buscando algún modo de

llegar a la batalla con mayor rapidez todavía. Angron comenzaría el asalto final a la Guardia del Cuervo en menos de seis horas, y Delerax había tomado la determinación de estar allí para la lucha. El resto de la flotilla ya iba medio día por detrás, incapaz de competir con la potencia de la barcaza de combate. La Ira Ardiente estaría allí para lanzar una lluvia de fuego hacia los pocos restos que quedaban de la legión de Corax, fuese cual fuera el desenlace. Si todo iba bien, Delerax podría unirse a la batalla directamente. Las cápsulas de desembarco ya se estaban preparando para emprender el combate.

El devorador de mundos sonrió al imaginarse despedazando a cualquier guardia del cuervo. Kordassis se percató de la expresión de su comandante y se acercó a su silla.

—Esta vez tendremos nuestra oportunidad —dijo el capitán—. El desprecio que sufrimos en la zona de desembarco será expiado.

—¿No escuchaste las palabras del señor de la guerra? —alegó Delerax, con una mueca de sarcasmo en los labios—. Formar parte de la flota de combate fue un gran honor, esencial para nuestra victoria.

—Eso fue un insulto —replicó Kordassis—. El primarca lo vio como lo vio y tomó la decisión correcta. Destruir a un enemigo guardando las distancias carece de toda gloria. ¿Qué clase de honor hay cuando uno no puede ver cómo escapa la vida de los ojos de un enemigo caído o incluso oler la sangre que se derrama de sus heridas?

—Ninguno —le confirmó Delerax, mostrándose de acuerdo. Su implante zumbó en respuesta a su humor y envió una descarga a través de sus pensamientos—. Los cobardes de la Guardia del Cuervo descubrirán la verdadera cara de la guerra.

—¿Y qué pasa con el embajador del señor de la guerra? —susurró Kordassis—. ¿Qué hacemos si decide entrometerse de nuevo?

—No es nada más que un guerrero, y está solo —afirmó Delerax—. No tiene la menor importancia.

—Entiendo —respondió Kordassis—. ¿Queréis que me encargue de él ahora?

Ese pensamiento entretuvo a Delerax, que recibió unos estímulos asesinos de su implante. Se estremeció mientras se imaginaba al representante de Horus en el suelo, destrozado a sus pies, aunque luchó por evitarlos.

—No —le dijo a Kordassis—. No hay razón alguna para arriesgarnos a caer en el desagrado del señor de la guerra, a pesar de todo lo gratificante que podría resultar.

Sólo quiero que estés preparado, te necesitaré.

—Lo estaré —declaró Kordassis con una gran sonrisa—. No tenéis que preocuparos por eso.

>Delerax comprobó el cronómetro de nuevo. Quedaban cuatro horas para que tuviese lugar el asalto. Estaba satisfecho, pues sabía que alcanzarían la órbita a tiempo para participar en la batalla. Las cápsulas de desembarco estaban listas para un lanzamiento inmediato, con su veintena de guardaespaldas listos para el ataque.

El comandante general estaba sentado en su silla luchando por mantenerse sereno. Era una ardua tarea. Las visiones de lo que le haría a la Guardia del Cuervo aún revoloteaban por su cabeza. Su implante respondía una y otra vez a sus propósitos asesinos con una descarga de estimulantes químicos.

—Hemos recibido un mensaje del comandante de la legión —anunció Kordassis. Soltó un gruñido furioso mientras leía el comunicado—. Hemos detectado una flota enemiga en las proximidades de Istvaan V, comandante general. Nuestra flota tiene órdenes de cambiar de rumbo para atraerla.

—¿Cambiar de rumbo? —protestó Delerax—. ¿Ahora? ¿Y qué pasa con el asalto a la Guardia del Cuervo? No podemos permitir que la legión ataque sin apoyo orbital.

—Las órdenes proceden directamente del señor de la guerra —le aseguró Kordassis, lanzando una mirada muy significativa al comandante general.

—Sólo recibo órdenes de nuestro primarca —replicó Delerax.

—El comandante de nuestra legión ya ha confirmado las órdenes —insistió Kordassis, que movió la cabeza en un gesto de decepción—. Las ha autorizado el propio Angron en persona.

—Deja que el resto de la flota se ocupe del problema —dijo Delerax—. No nos necesitan allí.

El intercomunicador comenzó a crepitar. Una voz mecánica impidió la respuesta de Kordassis.

—He monitorizado una transmisión de los comandantes de la legión. ¿Por qué no hemos modificado aún el rumbo para ocuparnos de la amenaza emergente?

Delerax apretó los puños y tuvo que controlarse para no destrozar el altavoz. Respiró profundamente y se tranquilizó al tiempo que su lobotomizador iniciaba otra avalancha de hormonas y sustancias químicas en su cerebro. No sin poco esfuerzo, consiguió relajar los dedos y pulsar el botón del intercomunicador.

—Me rechazaron en la zona de desembarco, y no lo volverán a hacer —le respondió al oficial de enlace de Horus—. Además, desde un punto de vista táctico, es inseguro no contar con apoyo orbital para el asalto.

—De eso se encargarán las demás naves de la flota —le replicó a su vez el otro guerrero de los marines espaciales—. Las órdenes son claras, comandante general. Obedézcalas.

—Dejemos pues que las otras naves se ocupen de la situación en Istvaan IV —le espetó Delerax con violencia—. Los Devoradores de Mundos protegerán sus propias naves.

—Forma parte de una alianza, comandante general —contestó la voz. Su calma árida y el tono seguro enfurecieron a Delerax todavía más—. Cada uno de nosotros tiene su función en la victoria. El suyo, por el momento, es sumarse al resto de su flota que se dirige a Istvaan IV. No olvide que es un legionario astartes. Mantenga la disciplina y obedezca las órdenes.

>Branne se sintió incómodo al ver como los puntos brillantes en las pantallas de los sensores se apartaban de la órbita de Istvaan V. No se enfrentó a la desconfianza hasta después de haber llegado al sistema, aunque había sido su compañera inseparable al percatarse de la magnitud de la traición que se estaba revelando. Al menos mantuvo cierta apariencia de serenidad, no como Valerius.

El prefecto se debatía entre un estado cercano a la catatonia y el pánico. Por el momento estaba dormido, aunque murmuraba en solitario con la cabeza apoyada en la pantalla. Tenía tics nerviosos y hablaba entre dientes, y no dejaba de pasar los dedos a lo largo del metal de la consola sobre la que se había desplomado. Branne difícilmente podía imaginar las pesadillas que lo asediaban y daba gracias a que los legionarios astartes no eran vulnerables a esa clase de horrores.

—La flota de los Devoradores de Mundos se aleja —anunció uno de los técnicos de escáner.

Branne se volvió hacia la pantalla y vio la señal distanciándose de Istvaan V en dirección hacia el interior del sistema.

—Ha funcionado —afirmó Branne, haciendo un gesto hacia el espasmódico prefecto—. Despierta, Marcus.

Uno de los auxiliares zarandeó al oficial del Ejército Imperial con cuidado. Valerius salió de su sueño con un quejido y miró alrededor del puente de mando con

ojos temerosos. Tras unos instantes, se tranquilizó y se fijó en Branne.

—¿Qué está pasando? —preguntó mientras se rascaba la barba de tres días con unas uñas mordisqueadas hasta la raíz.

Branne dirigió la atención de Valerius hacia la pantalla con un gesto.

—¿Ha funcionado? —preguntó el prefecto con la incredulidad tatuada en la cara. Su aspecto cambió y pasó a mostrar una enorme sonrisa. Miró al comandante de la Guardia del Cuervo con los ojos abiertos de par en par y soltó una carcajada—. Han mordido el anzuelo. ¡Han mordido el anzuelo!

—En efecto —le confirmó Branne—. Tenemos menos de dos horas para estar en posición. En una hora adoptaremos la formación de desembarco total. Informa a la tripulación de tus lanzaderas.

—Ahora mismo —asintió Valerius mientras iba hacia la puerta todavía tambaleándose.

—Antes de que lo hagas, ¿podrías arreglarte un poco para estar presentable ante tus hombres? —le sugirió Branne.

Valerius observó su uniforme desaliñado y se pasó los dedos por la barbilla. Asintió con la cabeza y se ajustó la banda del uniforme. Abandonó el puente de mando con una tos nerviosa, caminando con pasos deliberadamente lentos. En cuanto se fue, Branne volvió a centrarse en su tripulación, alegrándose por estar libre de toda distracción.

—¿Se ha interceptado alguna comunicación más? —quiso saber.

—Ninguna que sea buena, comandante —dijo el tripulante encargado de la sección de comunicaciones. Tragó saliva con nerviosismo y sin establecer contacto visual con Branne—. Las señales de los Devoradores de Mundos sugieren que nuestra legión puede tener algo menos de diez mil efectivos. Angron está en todas las frecuencias anunciando la destrucción de la Guardia del Cuervo.

—No permitiremos que eso ocurra —declaró Branne. Se volvió hacia la consola de los sensores—. ¿Cuántos efectivos en órbita mantienen los Devoradores de Mundos?

—Ninguno, comandante —respondió el técnico. Se secó el sudor de la calva y se volvió a recostar en su silla—. Ninguno que nosotros podamos detectar.

—Probablemente se trate de una trampa cuidadosamente preparada —pensó en voz alta—. Podrían tener naves escondidas esperándonos. Quizás nos han estado monitorizando todo este tiempo y utilizan esto para hacernos caer en la trampa.

—Es poco probable, comandante —dijo el ayudante—. A este alcance, incluso con la más mínima energía detectaríamos cualquier señal de plasma. Sólo nuestro escudo deflector de dispersión evita que nos detecten. Los Devoradores de Mundos no tienen estos escudos.

—Eso no tiene sentido —reflexionó Branne mientras volvía a su trono de mando—. ¿Por qué dejar un hueco entre sus defensas? ¿Hay alguna otra nave en movimiento que les proporcione apoyo orbital?

—Negativo, comandante —respondió el oficial de escáner—. La única nave en las proximidades es la barcaza de combate de los Devoradores de Mundos, que está cambiando de rumbo para seguir a la flota principal.

Branne empezó a sospechar al momento. No se trataba de un simple y estúpido descuido. Era impensable que un miembro de los marines espaciales cometiese tamaño error.

—¿Defensas de tierra en esa zona?

—Ninguna de la que tengamos conocimiento —contestó el oficial—. Los archivos sobre Istvaan V están muy actualizados. La región montañosa carece casi por completo de población. No hay instalaciones de defensa. Estamos demasiado alejados como para detectar algo sin revelar nuestra localización.

Tan inquietante parecía aquel aparente lapsus que era una oportunidad imposible de dejar escapar. Branne revisó la pantalla de nuevo y estuvo calculando los alcances de escáner y las velocidades de las naves enemigas. Se encontraban aún muy lejos para prestar ayuda a la flota de la Guardia del Cuervo. Mientras más esperasen, mayor era el riesgo de que los Devoradores de Mundos atacaran. Angron era conocido por su falta de paciencia y podría haber lanzado el asalto antes de lo programado. El sigilo había vuelto a demostrar su valía. Había llegado la hora de que la rapidez de acción demostrara también su importancia.

Branne giró sobre su silla en dirección al equipo de comunicaciones.

—Aviso a la flota. Desactiven los escudos deflectores y desvíen toda la energía a los motores y el sistema de navegación. Informen a todas las cubiertas de despegue y muelles de desembarco para el lanzamiento inmediato. Tripulación, a sus puestos. Es nuestra oportunidad para golpear. ¡El enemigo se enterará de que no estamos muertos aún!

>El choque del metal contra el metal inundó de ruido el camarote de Delerax. La

lámina de acero se combaba y se rajaba cada vez que sus puños golpeaban la mampara. Con cada impacto, una lluvia de esquirlas de metal atravesaba el aire. Gruñía y resoplaba mientras daba puñetazos, y cada nueva sacudida iba acompañada de un bramido. La ira encendía su cerebro, y el implante la alimentaba con una combinación de estimulantes.

Apenas pudo oír el sonido de alerta del intercomunicador con el estruendo de sus corazones. No le hizo caso, y continuó dando rienda suelta a su cólera contra la maltrecha pared; machacó los agrietados nudillos de sus guanteletes contra el metal hasta que comenzó a pulverizar el tabique bajo la plancha de acero.

Un sonido aún más insistente interrumpió su frenesí: la alerta de combate. El sistema de comunicaciones volvió a sonar.

Movido por la frustración, el devorador de mundos casi destruyó el panel de comunicaciones al apretar el botón con todas sus fuerzas. El altavoz escupió un chorro de chispas, pero siguió funcionando. La voz del primer oficial de comunicaciones se filtró con el torrente sanguíneo en los oídos de Delerax.

—Comandante general, hemos detectado una flota enemiga alcanzando la órbita de Istvaan V. ¡Se dirigen hacia la posición de la legión!

—¡Vire para atraerlos! ¡Motores a potencia máxima! —rugió Delerax. No le importó cómo las naves habían evitado ser detectadas ni quiénes eran. Se sintió reivindicado de repente, y su ira se disipó.

Corrió retumbando por los pasillos desde su camarote en dirección al puente de mando hasta que alcanzó el transportador. Su sistema de comunicación personal le zumbó en el oído.

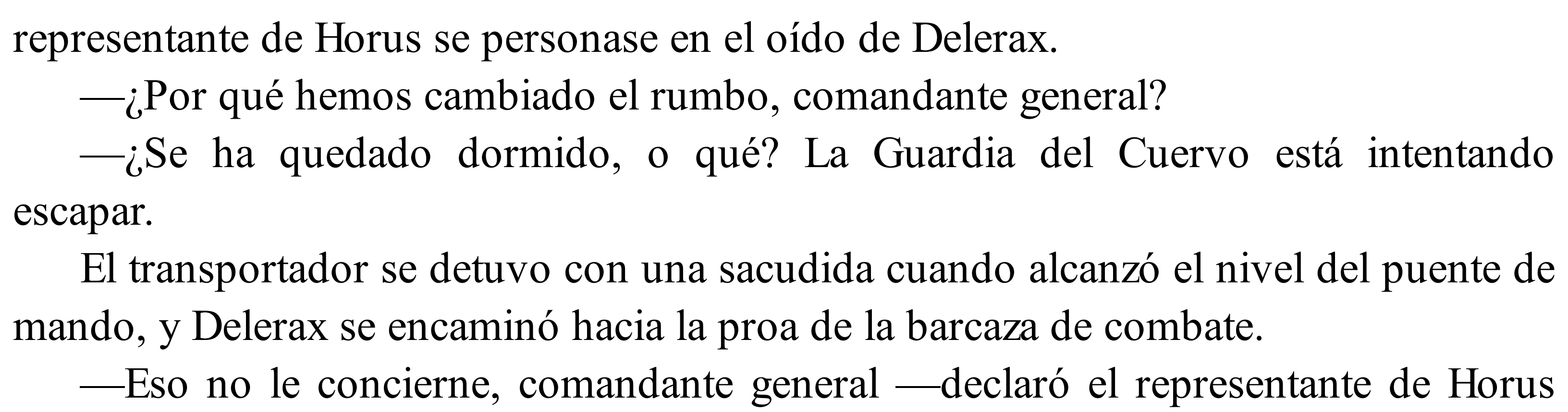
—Comandante general, ¿cuáles son las órdenes? —le preguntó Kordassis—. Los sensores nos informan sobre una barcaza de combate de la Guardia del Cuervo y dos naves que la escoltan.

—¡Ataquen! —gruñó Delerax a la vez que pasaba por las puertas abiertas del transportador. Le dio un codazo al botón que indicaba el puente de mando—. Ajusten la velocidad para dar alcance a la nave insignia.

—¿Es eso sensato? Nos superan en número.

—Muéstrame ese orgullo, Kordassis. Nos han hecho parecer unos idiotas ante el cobarde subterfugio de Corax. Atacamos, como buenos devoradores de mundos que somos.

Se oyó el chirrido de otra comunicación durante unos instantes antes de que el



representante de Horus se personase en el oído de Delerax.

—¿Por qué hemos cambiado el rumbo, comandante general?

—¿Se ha quedado dormido, o qué? La Guardia del Cuervo está intentando escapar.

El transportador se detuvo con una sacudida cuando alcanzó el nivel del puente de mando, y Delerax se encaminó hacia la proa de la barcaza de combate.

—Eso no le concierne, comandante general —declaró el representante de Horus —. Ya se están encargando del tema.

—¿Cómo? —exclamó el devorador de mundos de forma violenta—. Somos la única nave con alguna posibilidad de interceptar esa flota de desembarco.

—Las órdenes no han cambiado, comandante general. Si persiste en su desobediencia, me veré obligado a apartarlo del mando.

—Ésta es mi nave, no permito amenazas de nadie como usted —le espetó Delerax.

Se arrancó el intercomunicador del oído y lo estrelló contra el muro de metal del transportador. Las puertas corredizas se abrieron segundos más tarde y el devorador de mundos salió de una gran zancada hasta el pasillo y giró hacia el puente de mando.

Dentro lo esperaba Kordassis, completamente armado y con el casco colgando de su cinturón. Las cicatrices en el rostro del capitán se mostraban retorcidas bajo su sonrisa.

—¿No hacéis caso de vuestro vigilante? —dijo Kordassis.

—¿Qué puede hacer para detenerme? —se burló Delerax, aproximándose a los oficiales de navegación—. ¿Cuánto queda hasta que alcancemos a las naves de la Guardia del Cuervo?

—Veintiséis minutos, comandante general —respondió un oficial—. Veinte si sobrecargamos los reactores.

—Hazlo. Cada minuto que malgastamos ofrece una oportunidad a la Guardia del Cuervo de escapar al asalto de Angron. —Devolvió la atención al oficial de comunicaciones—. ¿Algún mensaje de los mandos de la legión del primarca?

—Negativo, comandante general —respondió el técnico—. Puede que incluso no sean conscientes de la llegada de la flota.

—Comuníqueles las noticias y transmítales que estamos en ruta para interceptar al enemigo —le ordenó Delerax. Se dirigió a toda la tripulación en el puente de mando, y miró a Kordassis—: Hoy deberíamos ser alabados en la lista de honores de los Devoradores de Mundos. ¡Seremos nosotros quienes llevamos a cabo la destrucción

de Corax y su legión!

>—¡Hemos establecido contacto con el primarca! —El anuncio de Valerius sobre la supervivencia de Corax desencadenó una ovación entre los demás miembros del puente de mando—. Las naves de desembarco están aterrizando en este momento.

Branne hizo un gesto de asentimiento para mostrar que lo había oído y miró a la pantalla principal. La ruta de la barcaza de combate de los Devoradores de Mundos estaba representada por un punto rojo. Iba directa hacia la Vengadora.

—¿Se ha completado el tiempo para la evacuación? —preguntó.

—Quedan unos treinta minutos, al menos.

La respuesta llegó por parte de Valerius.

—Es demasiado —masculló Branne. Abrió la frecuencia de la flota con el dedo acorazado—. Aquí el comandante Branne a todas las naves. Nos mantenemos en posición para la extracción. La evacuación es lo único que os debe preocupar.

Una serie de confirmaciones llegaron tras el anuncio. Era un juego de azar. La flota estaba en órbita muy baja y demasiado cercana para atraer las naves de los Devoradores de Mundos que se estaban aproximando, aunque si se dispersaban, el impulso hacia la órbita superior llevaría más tiempo. Una vez que todas las lanzaderas y naves de desembarco estuviesen a bordo, la Guardia del Cuervo podría repeler el ataque y marcharse.

—Primer aparato cargado y despegando —informó Valerius.

Se oyó una risa proveniente de uno de los auxiliares de comunicaciones.

—¡Escuchen esto! —dijo, pasando la señal a los altavoces del puente de mando.

—¡… tán huyendo! A por ellos, mis devoradores de mundos, ¡no los dejéis escapar! —Un aullido bestial rebosante de ira resonó en el puente de mando—. ¡Corax! ¡Sé que puedes oírme! ¡Vuelve y lucha como un marine espacial, cobarde! Le he prometido tu sangre a mi espada y tu cabeza al señor de la guerra, y cumpliré las dos promesas. ¡Enfréntate a mí, cabrón deshonroso!

La voz de Angron se convirtió en una serie de bramidos y jadeos sin sentido. Branne hizo un gesto al oficial para que cortase la señal.

Los minutos pasaron con enorme lentitud. Branne estaba sentado en su trono de mando, con la atención dividida entre el cronómetro y la posición de la barcaza de combate enemiga. Iban muy justos.

—Corax se encuentra a bordo de la última nave de desembarco —le informó

Valerius, que se dejó caer en su silla de nuevo y miró a Branne—. ¿Confías en mí ahora?

El comandante de la Guardia del Cuervo cruzó el puente de mando y agarró cuidadosamente la banda que cruzaba el pecho del prefecto.

—Tu vida es tuya —afirmó Branne. Soltó la banda y alisó las arrugas que le había hecho—. Has mantenido el honor de tu familia. Perdona por mi desconfianza, Marcus.

Valerius suspiró y sonrió.

—Es algo que en realidad no le importa, ¿verdad? —comentó mientras se acomodada la banda—. Honor, lealtad, familia. A Horus no le preocupa nada de eso.

—Es por eso por lo que ahora cobran más importancia que nunca —aseveró Branne—. En especial la lealtad.

>Las compuertas de las baterías de armamento se abrieron a todo lo largo de la Ira Ardiente revelando filas de macrocañones, cañones de plasma e hileras de lanzamisiles, del mismo modo que un perro salvaje muestra sus dientes. Junto a la superestructura dorsal, las torretas de bombardeo giraron sus cañones. Los retropropulsores llameaban por toda la longitud de la barcaza de combate mientras se esforzaban por reducir la velocidad e iniciar el ataque, variando su rumbo a estribor con elegancia para que el enorme costado de la nave estuviese listo para descargar toda su potencia de fuego.

Mientras, en el puente de mando, Delerax estaba de pie detrás de su trono de mando con las manos cruzadas a la espalda. La pantalla seguía enviando señales y mostrando la posición de la flota de la Guardia del Cuervo y de las naves de desembarco que volvían. El devorador de mundos había calculado el ángulo de ataque para tomar posición entre la barcaza de combate enemiga y la flotilla de naves de desembarco que estaba de regreso.

Oyó el rugido al abrirse las puertas del puente de mando y se volvió para ver entrar al representante de Horus. El marine espacial llevaba puesto el casco, al igual que había hecho en cada encuentro desde que llegó a bordo. Su armadura estaba pintada de color azul, pero, por lo demás, no llevaba marcas pertenecientes a ninguna escuadra o destacamento.

—Cese el ataque, comandante general.

Dio la orden en un tono calmado, con voz seca, algo provocado por el sistema

externo de comunicación del marine espacial, que también utilizaba un timbre de modulación artificial para disimularla.

Delerax se echó a reír y se volvió hacia la pantalla principal.

—Corax y su legión están condenados —declaró—. Obsérvalo por ti mismo. En menos de diez minutos abriremos fuego y los destruiremos para siempre.

—Hablo con la autorización del señor de la guerra —le advirtió el marine espacial —. Cesa el ataque de inmediato.

—Esa autoridad no cuenta para nada aquí —replicó Delerax. Se volvió con gesto desafiante—. Si quieres que tus órdenes se obedezcan, vuelve a la Legión Alfa a la que perteneces.

—Se ha decidido que Corax tiene aún un papel que desempeñar —le explicó el legionario alfa—. Se ha decidido que, por el momento, se le permitirá vivir.

—¿Eso lo has decidido tú? —preguntó Delerax con menosprecio—. ¿Quién eres tú para tomar tal decisión?

—Soy Alfarius —le contestó el legionario.

—Desaparece de mi puente de mando o seré yo el que haga desaparecer tu cadáver.

Delerax vislumbró a Kordassis a su izquierda. Estaba sacando una pistola bólter de su funda. El devorador de mundos dedicó una sonrisa al legionario alfa, aunque esa sonrisa se desvaneció tan pronto como sintió el frío contacto del cañón de una pistola contra su mejilla. Giró la cabeza un poco, lo justo para alcanzar a ver a Kordassis, que apoyaba la pistola en la cara de Delerax.

—¿Qué es esto? —masculló entre dientes el comandante general—. ¿Qué estás haciendo, Kordassis?

—No soy Kordassis —le contestó el marine espacial, empujando un poco con la pistola bólter—. Soy Alfarius.

Delerax se retorció y se abalanzó sobre el arma del traidor. Un destello procedente del cañón cegó al devorador de mundos, y un instante después sintió cómo explotaba el lateral de su cráneo.

>Branne estaba de pie en la plataforma de acoplamiento vigilando cómo aterrizaban las naves de desembarco. La primera estaba ya desembarcando a sus ocupantes. Con pasos cansados, los supervivientes de la Guardia del Cuervo desfilaban por las rampas hacia la cubierta.

Tenían un aspecto espantoso. La mayoría mostraba marcas y señales de heridas. Sus armaduras eran un mosaico de colores. El plateado de la hombrera de un guerrero de hierro por aquí, el gris de una coraza pectoral de un portador de la palabra por allí… Sus armaduras estaban resquebrajadas y abolladas, ensangrentadas y manchadas, y cada rostro al que Branne miraba tenía grabada la fatiga en él. Con la mirada perdida, los últimos supervivientes de la masacre de la zona de desembarco caminaban penosamente por el muelle de carga, donde eran recibidos con sonrisas y ánimos por parte de los guerreros de Branne.

Aterrizó la última de las lanzaderas. Branne se acercó a ella mientras bajaba la rampa de acceso. El primer marine espacial en salir tenía un aspecto estrafalario. Su armadura era un revoltijo de colores en el que apenas quedaba rastro de ceramita. Tan sólo su hombrera resistía con la insignia de la legión de su indumentaria original. Se quitó el casco y lo dejó caer al suelo.

—¡Agapito! —exclamó Branne. Le dio una palmada a su hermano en el pecho—. Sabía que estabas vivo. Eres demasiado testarudo para permitir que algo así te mate.

Branne miró de cerca a su hermano, sorprendido por su aspecto extravagante. Una nueva cicatriz le recorría la mejilla derecha hasta llegar a la garganta, pero aparte de eso era la misma cara que Branne había conocido toda la vida. Agapito devolvió la sonrisa con cansancio. Sus ojos, de un marrón profundo, contemplaron a Branne afectuosamente. Alargó una mano por detrás de su cabeza y lo atrajo hacia sí. Las dos frentes se tocaron en señal de respeto y camaradería.

—Veo que no has sido capaz de mantenerte alejado de los problemas, Branne.

El comandante se distanció un poco de Agapito para ver cómo Corax descendía por la rampa. El primarca se alzaba imponente por encima de sus legionarios con la armadura negra tan abollada y maltrecha como las de aquellos bajo su mando.

—Estuve siguiendo sus transmisiones —dijo Corax—. ¿Por qué el enemigo abortó su ataque?

—No tengo la menor idea, lord Corax —le respondió Branne—. Puede que se lo pensasen mejor al tener que enfrentarse a tres naves a la vez.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el primarca.

—Se han retirado a unos cien mil kilómetros —le informó Branne—. No parece que tengan intenciones de atacar de nuevo.

—¡Qué extraño! —se sorprendió Corax. Hizo un gesto con la cabeza como para descartar una idea—. Ordena a las demás naves que pongan rumbo a Deliverance.

—Sí, lord Corax —respondió Branne al mismo tiempo que se golpeaba con el puño en el pecho—. ¿Y hacia dónde nos dirigimos?

—A Terra —le respondió el primarca—. Debo tener una audiencia con el Emperador.

>Por uno de los lados del cráneo de Delerax se derramaba sangre y materia cerebral. El comandante general de los Devoradores de Mundos sentía cómo se le escapaba la vida. Ya no podía mover los brazos ni las piernas, y no sentía nada por debajo del cuello. Le costaba un gran esfuerzo respirar.

Volvió sus ojos hacia Kordassis, preguntándose a quién estaba mirando.

—¿Por qué? —preguntó con una voz que era apenas un susurro.

El legionario alfa se acercó y se agachó ante Delerax. El devorador de mundos pudo contemplar su rostro devastado en el reflejo de las oscuras lentes del casco del legionario alfa. Aquella máscara sin expresión alguna no revelaba los pensamientos ni el humor del marine espacial. Su voz de timbre metálico parecía distante mientras Delerax exhalaba un último y ruidoso suspiro.

—En estos tiempos, incluso la cara de más confianza puede ocultar un enemigo.



PEQUEÑO HORUS
DAN ABNETT

Toma el aspecto de una flor inocente,
pero sé la serpiente que hay bajo ella.

LITUS, *Comentarios*

Hablemos del Pequeño Horus, del Pequeño Horus Aximand. Su rostro se asemejaba a una media luna, y su disposición, según sus humores, tendía hacia la melancolía. Muchos pensaban que eso explicaba su estado de ánimo predominante de pesar y lucha interna, aunque él frecuentemente lo negaba.

—La gente no comprende bien el humor melancólico —decía—. Pensáis en ello de un modo demasiado literal. De hecho, posee la cualidad propia del otoño. Es el espíritu del cambio contemplativo, el acelerador de la muerte, el que permite la llegada de los comienzos y de los finales. El otoño limpia el mundo para que pueda aparecer uno nuevo. Ése es mi propósito. No estoy triste.

Por supuesto, una vez le colocaron de nuevo la cara, el único aspecto que volvió a mostrar el resto de su vida fue el de estar enfurecido.

>Morada se interponía en su camino, y era necesaria una iluminación. Sus habitantes, los moradores, no eran unos ignorantes recién salidos de las costumbres antiguas. Las sombras de la Vieja Noche habían sido eliminadas ya de su sociedad, y habían permanecido sometidos desde su recuperación, treinta y dos años antes. Los moradores habían proporcionado ochenta magníficos regimientos leales a los ejércitos de la cruzada.

Sin embargo, Istvaan estaba muy fresco en la memoria, y los rumores sangrientos de aquella infamia ya se habían extendido. Se habían producido una serie de feroces batallas en los sectores Momed, Instar y Oqueth. El instigador había sido un líder de la Décima de Hierro, un jefe de combate del clan Sorrgol llamado Shadrak Meduson. Era él quien dirigía a las unidades leales contra la 63.ª Flota Expedicionaria del señor de la guerra, que se acercaba. Meduson y sus unidades habían llegado demasiado tarde como para ayudar a su señor de los Manos de Hierro en Istvaan V. La rabia, y una venganza calculada, ardían en su corazón de aleación. Había reunido a cincuenta y ocho batallones del Ejército Imperial, además de varias hordas guerreras de las colmenas de vacío de Momed, una flotilla de naves de asedio de Nahan Instar, una compañía a medio de recomponer de los Salamandras, unos cuantos destacamentos del Mechanicum y una fuerza de incursión de los Cicatrices Blancas a la que se le había asignado aquella nueva misión cuando regresaban al frente de guerra de Chondax.

Morada, con sus ciudades fortificadas, sus baterías orbitales, sus academias navales y sus ocho millones de excelentes soldados veteranos sería la piedra angular

de la línea de defensa de Meduson, y hasta el más estúpido se daría cuenta de que los Ancianos de Morada jamás traicionarían al Emperador.

Así pues, era un asunto de prioridad máxima que se iluminara con rapidez su ignorancia, antes de que siguieran al decidido hijo de Medusa.

>Era el rostro de Aximand el que le había hecho ganarse su sobrenombre, aunque no era el único guerrero de la XVI Legión que se parecía a su primarca. Para muchos, incluido el primer capitán, la genética selectiva les había garantizado algo así. Eran hijos, verdaderos hijos, entre todos los Hijos.

Aximand era el que más se le parecía de todos. No se trataba tan sólo del rostro, sino que había algo en su actitud general.

Por supuesto, también se llamaba Horus, un nombre chtonico muy común que además se había hecho muy popular debido al primarca. Todos eran hijos de Horus, al fin y al cabo.

Pequeño Horus. Así lo llamaban, tanto de un modo afectuoso como burlón. Pequeño Horus Aximand.

No había nada pequeño en él. Era capitán de la 5.ª Compañía, y uno de los cuatro miembros del Mournival.

—Aquel que sirve aquí como capitán será como un primarca en compañía de otros —declaró Abaddon, y se refería a Aximand cuando lo dijo.

La reconstrucción de la cara le dejó una cicatriz. Le cambió la expresión del rostro por completo y alteró el asentamiento de los músculos. De alguna manera, aquel error, aquella imperfección, lo hizo parecerse más a Horus, no menos.

El acero forjado en Medusa tiene un filo excelente.

>Tenía un sueño que nunca compartía con nadie. El primer capitán Abaddon había proclamado a los cuatro vientos que los sueños eran una debilidad que debía ser eliminada por cualquier guerrero de los Adeptus Astartes, y los Lobos Lunares eran sin duda los mejores guerreros de entre todos ellos.

Pero los tiempos cambiaron, y los Lobos Lunares se convirtieron en los Hijos de Horus. Los hermanos habían dejado de ser hermanos. El padre de toda la humanidad se había convertido en su enemigo. Y Pequeño Horus Aximand había comenzado a soñar desde lo ocurrido en Istvaan.

Cada sueño era básicamente el mismo. Aximand soñaba sobre lo que había ocurrido durante el día. El sueño rememoraba con todo detalle lo que había experimentado, excepto que había alguien más. Alguien se había reunido con él, un intruso que se mantenía justo fuera de la vista, oculto en unas sombras lejanas, en la habitación de al lado, o en el rabillo del ojo. Aximand no lograba verle el rostro al intruso, pero sabía que estaba allí.

Aximand sentía cómo lo observaba. Lo oía respirar.

>Al principio, Pequeño Horus sintió temor de aquellos sueños. Sintió temor ante el propio hecho de haber comenzado a soñar, de lo que pudiera decir Abaddon si se enteraba, del intruso sin rostro que lo vigilaba en cuanto se dormía.

Pero no sentía temor del cambio. Siempre insistía en que el cambio formaba una parte primordial de su carácter.

—El humor melancólico es proteano —decía—. Posee la cualidad propia del otoño. Es transformador, el acelerador de la muerte, el que permite la llegada de los comienzos y de los finales. El otoño limpia el mundo y lo prepara para la renovación. Ése es mi propósito. No tengo miedo.

Aunque claro, una vez le colocaron de nuevo la cara, el único aspecto que volvió a tener de verdad no era parecido a sí mismo en absoluto.

>Otro cambio que se vio obligado a aceptar por lo ocurrido en Istvaan fue la desaparición del Mournival. Cambiar el nombre de la legión, o cambiar el color de la armadura habían sido transformaciones que había aceptado de buen grado como refuerzos positivos de su determinación. No habían cambiado su lealtad: seguían fieles a Horus y al Imperio.

Pero el Mournival… La del Mournival había sido una pérdida dolorosa. El pequeño grupo de hijos, de iguales, de hermanos, escogidos para aconsejar al señor de la guerra siempre había sido algo vital, orgánico.

Pequeño Horus todavía llevaba la marca de la media luna en el casco, justo encima de la lente óptica derecha.

Habló con Abaddon sobre el asunto mientras la flota efectuaba la traslación hacia el sistema Morada.

—Se trata de un concepto anticuado —le explicó el primer capitán—. ¿No viste de

lo poco que nos sirvió en Istvaan?

—Fue la gente la que nos sirvió de poco, no el Mournival —le replicó Aximand —. El Mournival siempre estuvo pensado para proporcionar consejos bien ponderados. Se suponía que debía provocar discusiones y diferencias entre nosotros para que de ese modo fuésemos capaces de debatir de forma adecuada cada asunto y tener la seguridad de llegar a un razonamiento equilibrado.

Abaddon lo miró durante unos momentos con una expresión de desconcierto en la cara.

Aximand le respondió con una sonrisa.

—Hay que admitir que las decisiones que nos vimos obligados a tomar en Davin y en Istvaan fueron muy extremas, y que la naturaleza de la disensión fue… —hizo una pausa antes de continuar.

—¿Qué fue? —lo presionó Abaddon.

—Intensa. No podíamos permitir que aquellos que perdieron la discusión siguieran con vida. Así son las cosas. Cuando un asunto es tan grande e importante, aquellos que nos llevan la contraria se convierten en nuestros enemigos. Ellos tenían que decir «no», ya que fue su propio «no» el que consagró nuestro «sí».

«Ellos». Ni Abaddon ni Aximand habían vuelto a pronunciar sus nombres. Los de los antiguos miembros del Mournival quizá sí: Berabaddon, Syrakul, Janipur y el querido Sejanus. Hablaban de todos ellos como uno hablaría de sus ancestros queridos. Sin embargo, jamás pronunciaban los nombres de los dos últimos miembros del Mournival que lo habían abandonado. Eran unos recuerdos demasiado dolorosos como para que ni siquiera un ser sobrehumano los soportara.

—El mecanismo siempre funcionó —insistió Aximand, quien bajó su suave voz hasta dejarla convertida en el susurro de las hojas caídas al rozarse entre sí.

Aquello provocó que Abaddon se inclinara más cerca de él para lograr oírlo. Bajo ellos, el enorme puente de mando seguía bullendo de actividad.

—El mecanismo siempre funcionó, incluso cuando tuvimos que matar a los disidentes. El método era válido y valioso. El Mournival proporciona equilibrio, y garantiza la toma de decisiones correctas.

—Entonces, ¿quieres reinstaurarlo? —le preguntó Abaddon.

—¿Acaso no necesitamos el equilibrio ahora más que nunca?

—¿Quieres reinstaurarlo? —repitió Abaddon.

—Jamás se abolió —le respondió Aximand—. Simplemente quedaron unas

vacantes.

—¿A quién se lo propondrías?

—¿A quién se lo propondrías tú?

Abaddon inspiró profundamente.

—A Targost.

Aximand se encogió de hombros.

—Una buena sugerencia. Serghar Targost forma parte del núcleo de la legión, como nosotros, pero también es señor de la logia. La logia lo necesita con la mente despejada, no ocupada con los deberes del Mournival.

Abaddon asintió al darse cuenta de que tenía razón.

—Falkus Kibre —propuso a continuación.

—Mmmm…

Aximand sonrió de nuevo. «Aniquilador». Kibre era un verdadero hijo, pero también era el capitán de la Justaerin, y por lo tanto, el segundo al mando de Abaddon. Demasiado peso en una esquina de la legión.

—Kibre es un guerrero excelente… —empezó a decir.

—Kalus Ekaddon —soltó Abaddon antes de que Aximand tuviera tiempo de terminar.

Ekaddon. El capitán de la escuadra guadaña Catulana. Otro guerrero de la compañía de Abaddon. Aximand se preguntó si Abaddon comprendía bien en qué consistía el concepto de equilibrio.

—Bueno, pues sugiere tú a alguien —le dijo Abaddon.

—Tybalt Marr.

—¿El Uno? Es un buen guerrero, pero no tiene las agallas necesarias para la tarea, ni siquiera ahora, que se ha librado de la sombra de Moy. Kibre es una buena…

—Jerrod —lo interrumpió Aximand.

—Tiene tarea más que suficiente ocupándose de la 13.ª ahora que no está Sedirae —le contestó Abaddon.

—Está más que capacitado para la tarea.

—Así es, pero tiene nuevas responsabilidades —insistió Abaddon.

—Grael Noctua —fue el siguiente que propuso Aximand.

El primer capitán se quedó pensativo.

—¿De la 25.ª Bruja?

—Sí.

—Sólo es un jefe de escuadra.

Aximand se encogió de hombros. Tomó una copa de plata de la mesa que tenían al lado y bebió un sorbo.

—No hay ninguna regla que implique que los miembros del Mournival tengan que ser oficiales superiores o capitanes. De hecho, si sólo lo compusieran oficiales superiores, ¿qué sentido tendría? La base del Mournival la forman el equilibrio y la perspectiva. ¿No sesgaría el punto de vista de un buen jefe de escuadra el juicio de un primer capitán?

—Noctua es un buen soldado —meditó Abaddon.

—Un capitán en ciernes.

—Es joven.

—Todos fuimos jóvenes una vez, Ezekyle.

Abaddon tomó otra copa, pero no para beber, sino para tener algo con lo que jugar en las manos mientras lo pensaba.

—Por supuesto, existen precedentes —apuntó Aximand—. Recuerda a Syrakul. Era jefe de escuadra cuando Litus lo propuso. Tenía una carrera en ascenso. Era joven, pero Litus vio las posibilidades que tenía. Tú mismo lo has dicho más de una vez, Syrakul hubiera llegado a primer capitán si no hubiera muerto.

—Lo mismo se podría decir de muchos otros —replicó Abaddon—. Deberíamos consultar a Lupercal…

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —interrumpió Aximand—. El Mournival siempre ha sido una entidad autónoma. A Lupercal le gusta que sea de ese modo.

Abaddon frunció el entrecejo.

—Supongo. Entonces, ¿Kibre y Noctua?

—Sí.

—¿Tú te encargarás de Noctua si yo me ocupo de Falkus?

—De acuerdo.

—Ponlo junto a ti en la línea de combate en Morada —le ordenó Abaddon—. Tómale la medida una última vez para estar seguros. Ya conoces ese refrán: mide dos veces, corta una vez.

>El Recinto Mausolytico fue catalogado como uno de los tres objetivos principales, junto al puerto principal y la ciudad de los Ancianos. El Recinto se encontraba sobre una meseta elevada situada por encima de Tyjun y del mar de Enna. En el interior de

sus grandes estructuras de piedra yacían los muertos de Morada, con cada generación previa enterrada en una cibernación ritual para que sus pensamientos y recuerdos colectivos, además de los conocimientos acumulados, estén accesibles y se puedan consultar, igual que si se tratase de libros en una biblioteca.

La toma del Recinto Mausolytico era responsabilidad de Horus Aximand. La 1.ª Compañía encabezaría el ataque contra la ciudad de los Ancianos. Lithonan, el comandante general en funciones del Ejército Imperial, se encargaría de conquistar el puerto, y Jerrod y la 13.ª serían su punta de lanza.

—Me disgustaría verme obligado a perder un recurso como el que representa el Recinto Mausolytico —le dijo el señor de la guerra al Pequeño Horus—. Sin embargo, me disgustaría todavía más si perdiéramos esta batalla. Quémalo si la alternativa es salir derrotado.

—Sí, mi señor —le contestó Aximand.

>—«Me disgustaría verme obligado a perder un recurso como el que representa el Recinto Mausolytico», le había dicho el señor de la guerra al Pequeño Horus.

La única luz de la estancia procedía de la hoguera que ardía en un gran cuenco de piedra.

«Sin embargo, me disgustaría todavía más si perdiéramos esta batalla. Quémalo si la alternativa es…».

—¿Aximand?

—¿Sí, mi señor? —le contestó Aximand.

—Creo que tienes puesta la atención en otro sitio.

—Lo siento, Lupercal. Pensé durante un momento que…

—¿Qué?

—Que oía respirar, mi señor.

El señor de la guerra lo miró con una expresión que parecía divertida.

—Todos lo hacemos.

—No. Me refiero a… ¿No lo oís?

—Lo que oigo es tu debilidad —le replicó el señor de la guerra—. ¿De dónde procede esa fragilidad, Aximand? Estás nervioso.

—Mi señor, ¿hay alguien más en vuestros aposentos, aquí, con nosotros?

—No, no lo hay. Lo sé con certeza.

Aximand se puso en pie.

—Entonces, ¿quién es ése? —le preguntó—. ¿Quién es la persona que se encuentra de pie allí, al otro lado del fuego?

—Oh, Pequeño Horus —le contestó el señor de la guerra—. Comienzas a hablar con la lengua de la locura.

Y justo cuando Aximand se dio cuenta de que así era, despertó.

>Reunió a los jefes de escuadra y revisó los datos tácticos. Aximand era quizá el más cuidadoso de todos los capitanes de la XVI Legión. No era de los que, como por ejemplo, Targost, sólo querían saber lo fundamental del objetivo, o de los que se aburrían con los detalles minuciosos. A Aximand le gustaba saberlo todo, hasta la última faceta de la misión. Estudió los mapas climatológicos. Se aprendió de memoria los nombres y las fases de las dieciocho lunas de Morada. También estudió los planos que poseían del Recinto Mausolytico, y ordenó a los arquitectos estratégicos del señor de la flota que crearan una simulación sensorial por la que pudiera caminar.

Se instruyó en los nombres de todos sus enemigos. Estaba los Forzosos de Tyjun, una división equipada con armas de gran calibre de tropas ceremoniales urbanas cuyo deber por tradición era defender el Recinto; el Velo Cadena, un cuerpo de élite bautizado así en honor a la pantalla ritual que rodeaba los tronos de los Ancianos de Morada, y que al parecer reforzaban las unidades que defendían el Recinto Mausolytico.

No tenían confirmación de que Meduson o alguno de sus agentes hubiera llegado ya a Morada. Si había vencido a la 63.ª Flota en la carrera por llegar al planeta, era poco probable que se desplegara en el Recinto Mausolytico. Esa misión posiblemente se la encargase a uno de sus lugartenientes de confianza, quizá a Bion Henricos, o a uno de los capitanes de los Cicatrices Blancas, como Hibou Khan o Kublon Besk.

—Esperemos que la V Legión esté allí —comentó Ley Goshen, el capitán de la Decimoquinta Compañía, que estaría al mando de la segunda oleada de ataque, tras la de Aximand—. No les gustan nada las defensas estáticas. Seguro que enloquecerán de impaciencia si tienen que esperar un ataque metidos en un sitio así.

—No hay que subestimar a los Cicatrices Blancas —le contestó Grael Noctua, el sargento de la escuadra táctica Reductora.

Goshen levantó la vista del mapa del strategium para dirigirla a Noctua, y captó la mirada de Aximand.

—Así pues, tiene voz —comentó.

Entre las filas de los oficiales superiores de la legión se habían producido comentarios después de que se anunciara la decisión de Aximand de nombrar lugarteniente a Noctua para el ataque contra el Recinto Mausolytico.

—Me han aconsejado que la utilice bien, capitán —le respondió Noctua.

El sargento mostraba una cierta reserva, una circunspección que a Aximand le recordaba a alguien. Noctua tenía la cara de un «hijo verdadero», pero el equilibrio de humores no era el habitual, ya que no poseía tanta arrogancia carismática y sí mucho intelecto calculador. Abaddon había descrito a Noctua diciendo que era más como una espada que como un bólter.

Goshen sonrió.

—Pues comparte tu sabiduría, Noctua.

—Tuve el honor de servir junto a un destacamento de la V Legión hace siete años, durante el sometimiento del sistema Tyrade. Me impresionó su habilidad en combate. Me recordaron a los Lobos.

—¿A los Lobos Lunares? —le preguntó Goshen.

—A los Lobos de Fenris, señor —le aclaró Noctua.

—Ya son dos los enemigos que has mencionado —comentó Goshen—. Eres consciente de que son nuestros enemigos, ¿verdad, Noctua?

—Soy consciente de que ambas legiones son absolutamente letales —respondió Noctua—. ¿No deberíamos apreciar las cualidades de nuestros enemigos por encima de todo?

Goshen titubeó.

—Para tomar esta explanada de aquí, esta plaza, necesitaremos apoyo aéreo —dijo al mismo tiempo que volvía a centrarse en el mapa.

La reunión continuó, y Aximand tuvo la sensación durante un momento de que alguien más tenía algo que decir, alguien que había llegado tarde a la reunión y que se había quedado por detrás del grupo de oficiales.

Pero allí no había nadie.

>—He oído decir que estáis pensando en Kibre y en Noctua —le comentó el señor de la guerra.

—Como es habitual, lo oís todo —contestó Aximand.

—¿Y no en Targost?

—Tiene responsabilidades, y no queremos que se distraiga con otras nuevas —le

aclaró Aximand.

El señor de la guerra hizo un gesto de asentimiento. Movió otra ficha de hueso en el tablero que había entre ellos. De todos sus hijos, Aximand era al que más le gustaban la práctica y la disciplina de los juegos de estrategia. En la estancia había muchos de ellos, la mayoría regalos de otros jefes de combate o de sus propios hermanos primarcas: regicida, chatranj, caturanga, go, hneftafl, xadrez, mahnkala, zatrikion… Era difícil encontrar el mundo natal de un primarca el que no se hubiese desarrollado un juego de guerra con el que practicar la habilidad de la estrategia.

—Ezekyle prefería a Targost, ¿verdad? —le preguntó el señor de la guerra mientras Aximand estudiaba la situación del tablero y pensaba en su jugada de respuesta.

—Así es, mi señor.

—Y después de convencerlo para no elegirlo, ¿le confesaste el verdadero motivo, o te inventaste algo que le resultase más fácil de tragar?

Aximand dudó. Recordó la conversación con Abaddon, en la que había preferido no decir que Targost, el capitán de la 7.ª Compañía, no era un hijo, no un «hijo verdadero». Era de ascendencia cthonica. Aximand había preferido no revelar ese aspecto de su negativa.

—No… —empezó a decir Aximand.

—¿Se lo dijiste? —lo interrumpió el primarca.

—No… me di cuenta del verdadero motivo —le contestó Aximand con cierta reticencia.

—Pero te ha resultado curioso cuando lo has hecho, ¿no te parece? —le preguntó el primarca al mismo tiempo que se recostaba contra el respaldo de la silla—. Ezekyle y tú, Aniquilador y Noctua. Los cuatros sois… ¿cómo lo llamas? ¿Hijos verdaderos?

—Hijos verdaderos —repitió Aximand.

El señor de la guerra lanzó unas breves risas.

—Así pues, ¿tu decisión se debe a que prefieres la tranquilidad que ofrece una cara familiar, o es que existe otra cara que quieres ocultar?

>El aire era seco, fresco, con un leve toque de sal. El mar de Enna ocupaba el valle liso formado por una falla que se encontraba bajo ellos, igual que una capa de cristal sobre una alcantarilla. A lo largo de la orilla se extendía la bulliciosa ciudad de Tyjun, abigarrada como si la hubieran construido con restos, con aspecto de ser un pedregal

multicolor. En el otro extremo del inmenso valle, más allá del mar durmiente, se veía la línea continua de la pared opuesta del valle, recortada en un color negro aterciopelado contra la luz del amanecer. El cielo tenía una tonalidad violácea, todavía cargado de estrellas y de alguna luna. Hacia el este se veía el falso amanecer del puerto, que ardía desde la medianoche. Aquello había sido obra de Jerrod y de la 13.ª Compañía.

Desde la posición elevada de la meseta del Mausolytico, los edificios del Recinto parecían hangares de piedra a la espera de unas gigantescas aeronaves. Los rectángulos, sin ninguna clase de elementos decorativos, estaban cubiertos de una piedra amarilla que se volvía dorada con las primeras luces del día. En algunos puntos estaban unidos por enormes columnatas y pórticos. Las columnas de piedra dorada tenían el tamaño de las antiguas secuoyas. El pavimento era de acero grabado y pulido hasta tener el brillo de un espejo. En el aire se captaba una carga estática y seca, como si cerca de allí estuvieran funcionando unas grandes máquinas electromagnéticas.

Los famosos guerreros del Velo Cadena no aparecieron en el Recinto. Sus soldados provocaron un leve retraso en el avance de Abaddon hacia la Ciudad de los Ancianos. El primer capitán emitió unos informes breves y a regañadientes sobre la resistencia decidida la que se había enfrentado. El ataque de Goshen había tomado un bastión situado en la parte occidental de la ciudad. Los defensores aseguraron que eran guerreros del Velo Cadena, pero Goshen estaba seguro de que no eran más que soldados del ejército regular que afirmaban pertenecer a ese cuerpo de élite para de ese modo parecer más intimidatorios.

De todas maneras, no dejó a ninguno de ellos con vida.

Los Forzosos de Tyjun, con un aspecto magnífico gracias a su equipo de combate de color plata y rojo, formaban el cuerpo principal de la defensa. Los soldados estaban armados con largas espadas y hachas de energía, con armas de plasma, con lanzadores de mísiles, con tubos sónicos y con rifles láser. Al entrar en combate activaban unos escudos de energía segmentados individuales que formaban una neblina capaz de absorber la luz, lo que les daba el mismo aspecto que si estuvieran envueltos en un trozo cortado a mano de una nube tormentosa.

Los escudos eran irritantemente efectivos y repelían la mayoría de los disparos a partir de cierta distancia. Cuando el proyectil de un legionario astartes lograba atravesarlos, ya fuera porque lograra perforarlos o porque encontrara un hueco entre los segmentos, el enemigo que protegía en su interior estallaba, y esa explosión

quedaba contenida dentro del propio escudo, del mismo modo que un petardo reventaría una pieza de fruta blanda en el interior de una botella. El sonido que se oía llegaba débil, apagado, semejante al retumbar amortiguado de un tambor lejano.

Era exasperante. Los Forzosos se encontraban atrincherados entre las enormes estructuras del Recinto y estaban consiguiendo detener el asalto de los guerreros de las legiones astartes. Estaban resistiendo frente a la XVI.

No eran más que humanos, simples humanos. A Aximand le pareció injusto. Aunque esos escudos de energía no eran los mejores que había visto, sin duda alguna eran tremendamente efectivos gracias a sus monturas individuales y a su portabilidad, lo que proporcionaba la ventaja suficiente a los Forzosos como para incomodar a los Hijos de Horus. Se trataba de una aberración provocada por las circunstancias. Los soldados humanos, sin importar lo buenos combatientes que fueran, no deberían ser capaces de resistir a los guerreros sobrehumanos. Aximand deseó aplastarlos, pulverizarlos por su atrevimiento, ordenar un bombardeo orbital, un bombardeo de artillería pesada, o incluso la intervención de las escuadras de blindados superpesados que se encontraban esperando, igual que inmensos depredadores cocodrilianos bajo el sol naciente a la espera de que diera la orden para bajar deslizándose por la colina y acabar con sus presas.

Sin embargo, cualquiera de esas acciones también arrasaría el Recinto, ya que los Forzosos se protegían en los mismos edificios que estaban defendiendo. Aximand disponía de cierta flexibilidad en las órdenes, pero quería demostrar con claridad que no la necesitaba.

Menos de veinte minutos después del desembarco, al ataque contra el Recinto Mausolytico había quedado estancado y se había convertido en un combate encarnizado. Los Hijos de Horus y las tropas auxiliares que los apoyaban habían perdido el impulso de avance y la ofensiva se había visto detenida. Todas las ventajas que poseían se habían visto anuladas por el inteligente despliegue de unos soldados profesionales que sabían explotar sus propias ventajas y cualidades.

Yade Durso, el segundo capitán de la compañía de Aximand, maldijo por el comunicador a todos los espíritus de la venganza y del destino, pero Aximand sabía que, en realidad, Durso se estaba imprecando a sí mismo. Xachary Scipion, de la escuadra incursora Metallun, informó que él tomaba el mando. Su sargento, el viejo Gaspir Yunkwist, había muerto. La voz de Scipion estaba cargada de ira mientras llamaba de forma insistente a un apotecario. Zeb Zenonius, de la escuadra táctica,

informó que ya tenía dos bajas.

En algún lugar, alguien estaba respirando con fuerza.

Aximand se puso a cubierto mientras sufría varios impactos, y luego levantó la mirada hacia el cielo que se extendía sobre la meseta y que seguía cubierto por la tinta azul oscura de la noche. Sin embargo, los márgenes pálidos se ensanchaban a cada instante que pasaba. Vio cuatro de las lunas de Morada en el cielo. Una de ellas era de gran tamaño, mientras que las otras tres parecían estrellas un poco más grandes de lo habitual. Debido a las posiciones relativas que ocupaban, cada una se encontraba en una fase distinta: menguante, creciente, llena, nueva.

Ver aquello hizo que se olvidara durante unos momentos de su furia. ¿Qué era todo eso? ¿Una señal? ¿Un augurio?

El comunicador emitió un chasquido. La señal del visor le indicó que se trataba de Grael Noctua.

—Hay que olvidarse de los bólters. Las armas de cuerpo a cuerpo —dijo Noctua.

—¿Estás seguro? —le preguntó Aximand.

—Si nos echamos encima, esos estúpidos no tienen ninguna posibilidad de sobrevivir —le contestó Noctua.

Aximand sonrió.

—¡Armas de combate cuerpo a cuerpo! —ordenó.

Se colocó el bólter al cinto y desenvainó la espada. Se trataba de un arma de energía de doble filo, forjada con acero cthoniano y con la hoja enteramente grabada. La había bautizado con el nombre de Plañidera. Ya tenía el escudo de combate en el brazo izquierdo.

No esperó para ver si su orden era obedecida. Salió disparado de su posición a cubierto, y los disparos de armas láser chirriaron contra el escudo y las espinilleras de la armadura. Dos grandes zancadas lo situaron en la columnata, por donde avanzó a toda velocidad con la cabeza baja y la espada en alto. Vio a los primeros soldados de los Forzosos delante de él, semiocultos bajo la pantalla que formaban sus escudos y a cubierto detrás de las inmensas columnas, desde donde no dejaban de dispararle. Distinguió sus rostros, pálidos y asombrados.

«Miedo a lo sobrehumano». Aximand había oído a los iteradores hablar de ese estado. También había oído a algunos oficiales del Ejército Imperial describirlo. La visión de un guerrero del Adeptus Astartes era algo impresionante: más altos y fornidos de lo que jamás lo sería un humano normal, y con una armadura semejante a

la de un semidiós. La intención concreta de aquel aspecto general era más que evidente. Un guerrero del Adeptus Astartes era algo diseñado para luchar y matar a todo aquello que no fuera capaz de aniquilarlo por completo. Si veías a un astartes lanzado a la carga contra ti, sabías que tenías un problema muy grave. El simple hecho de mostrarse era más que suficiente para infundir temor.

Sin embargo, ver a uno lanzado al ataque… era algo que aterrorizaba a cualquiera. Nada con una forma humana debería ser capaz de moverse con semejante rapidez, de un modo tan ágil y poderoso, sobre todo algo que medía más de dos metros de alto y llevaba puesta una armadura que cuatro seres humanos juntos serían incapaces de levantar. La visión de un astartes era una cosa, pero verlo en movimiento era algo completamente distinto. Los psicólogos lo llamaban el «miedo a lo sobrehumano». Era capaz de dejar inmovilizado a cualquiera, de dejarlo con los pies pegados al suelo, de provocarle un bloqueo mental, de hacerle perder el control de la vejiga y de los intestinos. Algo enorme con aspecto de guerrero daba que pensar. Algo enorme con aspecto de guerrero que se movía con la velocidad de una serpiente lanzada al ataque era el momento en el que descubrías que los dioses caminaban entre los humanos normales y que existía una escala de fuerza y de velocidad superior a la de cualquier mortal, que estabas a punto de morir y que, si tenías mucha suerte, podrías tener el tiempo suficiente de mearte encima.

Aximand captó la mirada confusa de los soldados de Morada a los que estaba a punto de destripar y reventar. Oyó a los guerreros de la 5.ª Compañía seguirlo, y sintió la alegría de ser uno de los Hijos de Horus.

Noctua estaba en lo cierto. Habían perdido tiempo y esfuerzo con los bólters y las demás armas de fuego. Los escudos eran lo suficientemente efectivos como para que los porcentajes de eficacia en los disparos fueran malos. Los escudos también eran lo suficientemente efectivos para detener las armas de combate cuerpo a cuerpo. Las bayonetas, por ejemplo. Las armas a dos manos. Un sable. Quizá una espada de energía.

Pero no, de momento, una espada de energía blandida por un brazo sobrehumano.

Los escudos quedaron despedazados. Se partieron con el mismo sonido que un cristal al romperse. Los fragmentos de escudo salieron disparados en todas las direcciones durante un microsegundo después de cada explosión antes de evaporarse, primero el escudo, y después el cuerpo que protegía, la cubierta de energía y luego la carne. La sangre surgió a chorros de las heridas, y cruzó el aire matutino para cubrir a

Aximand y a las enormes columnas con enormes manchas de sangre arterial. Cada tajo de espada provocó una explosión de vísceras, una neblina roja en el aire, igual que si alguien hubiera reventado un saco lleno de sangre y de trozos de carne.

Fuera cual fuese la ventaja de la que habían dispuesto los Forzosos de Tyjun, la perdieron en el momento que los guerreros más avanzados del Imperio recordaron que eran lo suficientemente adaptables para luchar a la antigua usanza: con habilidad para la espada, con fuerza en el brazo y con la preparación propia del combate cuerpo a cuerpo.

La 5.ª entró en el Recinto menos de cinco minutos después de que Aximand se lanzara en aquella carga inspiradora.

Aximand se lanzó al grueso del combate con tres hijos a su lado: Zenonius de la escuadra Bale, y Ger Geraddon y Mir Amindaza de la escuadra de asalto Tithonus. Entraron por el extremo de la gran columnata, bajo un portal llamado la Arcada de las Respuestas. Los Forzosos se encontraban apiñados bajo la sombra de la amplia entrada, dispuestos a defender los accesos orientados hacia el sol de la Galería Oriental Mausolytica.

Los disparos parecían una lluvia de neón que cruzara el lugar de forma horizontal. Los rayos de energía y los proyectiles trazadores brillaban con más intensidad bajo la sombra del enorme portal. Los Hijos de Horus se lanzaron contra la línea de defensa con la cabeza agachada y los escudos en alto para repeler los disparos enemigos antes de aplastar a los Forzosos como si de una masa de manifestantes violentos se tratara. Los soldados enemigos salieron despedidos en todas direcciones con los escudos todavía activados, y rodaron como si fueran envolturas de luz. Se produjo un crujido, la sensación de un choque multitudinario, de miles de cuerpos moviéndose como si fuesen una sola masa. También había cuerpos bajo las botas, y las manos se engarfiaron inútilmente. Las armas dispararon a quemarropa.

Los Hijos de Horus penetraron más profundamente. Sus escudos eran arados y arietes; sus espadas, guadañas y hoces. Los soldados enemigos cayeron con las entrañas desparramadas detrás de los escudos inservibles que no dejaban de soltar chispas, con la sangre saltando a borbotones en los campos de energía casi destrozados. Las hojas de las armas se hundían en los enemigos y los lanzaban por el aire, que cruzaban manoteando y pataleando por encima de la multitud para caer luego sobre los cuellos y los hombros de sus camaradas. Algunos morían y permanecían en pie por la presión de los demás cuerpos. Los pavimentos pulidos estaban cubiertos de

grandes charcos de sangre. La enorme mancha que se formaba bajo la masa de combatientes se extendía por todo el acero grabado, cada vez más ancha y amplia, de un color carmesí intenso bajo la luz del sol y escarlata en las sombras. Rodeaba las bases de las columnas y convertía en islas los pilares y los pedestales.

Las voces aullantes de los soldados de los Forzosos quedaban ahogadas por el zumbido de los escudos protectores o atenuadas por los amortiguadores de sonido de los sistemas de comunicación de los legionarios astartes. La mayoría de los sonidos que le llegaban a Aximand eran los impactos de cada mandoble, cada tajo, cada espadazo. Plañidera estaba enrojecida hasta la empuñadura, y de la hoja cargada de energía surgían volutas al quemarse la sangre. El brazo de la espada de Aximand también estaba cubierto de sangre hasta el codo y le caía goteante por los bordes del avambrazo. La abultada parte central del escudo estaba abollada y cubierta de restos y de materia cerebral.

Por encima de todo, oía la respiración.

Zenonius pasó a su lado con el escudo en alto y tajó cinturas, caderas y costillares con amplios mandobles horizontales, con los que reventó escudos y partió por la mitad a más de un oponente. Se trataba de una maniobra mecánica, devastadora, casi un movimiento de cosecha que tenía más de agrícola que de militar. Se estaba despejando el camino en dirección al Recinto Mausolytico. Al igual que un trabajador en un campo de cereal listo para ser cosechado, cortaba una fila tras otra blandiendo la espada de un lado a otro con movimientos semirrotatorios.

Amindaza, que se encontraba a la izquierda de Aximand, se lo tomaba más como un deporte. Su espada era más corta, y se dedicaba a jugar con los oponentes a los que se enfrentaba, como si buscara entrar en combate cuerpo a cuerpo con ellos para comprobar sus habilidades. Buscaba espadas con las que trabarse, que tuviera que desviar. Nadie respondió a su desafío. Todos estaban demasiado ocupados intentando apartarse de su ataque de matarife. Amindaza prefería propinar grandes mandobles hacia abajo, unos tremendos tajos que lanzaba tomando impulso desde detrás del hombro que machacaban a sus oponentes y los derribaban a sus pies. Aximand lo oyó llamar a gritos a sus enemigos, desafiándolos para que le plantaran cara. No dejó de insultarlos por sus intentos de huir. Mataba a sus oponentes sin importarle si estaban de frente o de espalda.

Por su parte, al igual que Geraddon, Aximand prefería una forma de asalto en masa más reglamentaria: el escudo a la altura de los ojos y utilizado como ariete; la

espada a la altura del pecho y con la punta hacia adelante, y sin que dejara de pinchar una y otra vez, como si fuera un afilado pistón por debajo del borde del escudo. Atravesaba enemigos de una manera incesante. La impresión que daba era la misma que lanzar una pieza de fruta redonda y pesada contra varias filas de soldados de juguete para ver cómo acababan derribados y desperdigados.

El asalto fue tan feroz que de la primera fila de combate salía una leve neblina marrón de sangre vaporizada que subía hacia el sol.

Zenonius alcanzó la entrada de la Galería Oriental Mausolytica y mató a una docena de enemigos que rodeaban la fuente y el estanque ornamental de la enorme y soleada antesala. Las cohortes cada vez más numerosas de Aximand lo seguían de cerca por la columnata. El lago de sangre era tan profundo y caudaloso ya que iba tomando fuerza a medida que crecía y se extendía. Los cuerpos que yacían sobre el suelo pulido rodaban bajo su corriente de un lado a otro, igual que trozos de madera de un naufragio atrapados en la crecida de un río.

Aximand siguió a Zenonius hasta la entrada de la galería. Las paredes eran enormes, y la altura de la estancia era impresionante, aunque la superficie del lugar en sí era pequeña, limitada a una reducida zona cuadrada con una fuente en el centro. La parte superior estaba abierta al cielo para que la luz del sol pudiera entrar e iluminar aquel espacio tranquilo, el suelo pulido, el agua cristalina y los detalles de cálices y flores tallados en la figura central de la fuente.

El suelo estaba cubierto de charcos de sangre que rodeaban cuerpos tendidos y armas destrozadas. Los bordes del cuenco de la fuente estaban manchados con huellas sanguinolentas de manos, donde los soldados enemigos se habían apoyado intentando ponerse en pie mientras morían. En las paredes recubiertas de tallas decorativas intrincadas se veían las largas manchas de sangre con forma de cola de caballo o de hoja de helecho provocadas por los chorros de sangre salida a presión. Algunas alcanzaban una altura de cinco o seis metros.

Aximand avanzó con cuidado. El lugar casi estaba tranquilo. El estruendo del combate en el exterior, que llegaba amortiguado por las paredes, resonaba más bien como el retumbar de una tormenta lejana. Zenonius avanzó en cabeza, y sólo se detuvo un momento para rematar a un enemigo moribundo. Amindaza apareció bajo la luz del otro extremo de la antesala con la espada sibilante por la sangre que se estaba quemando en la afilada hoja. Había llegado por otra de las entradas. Dos soldados de los Forzosos y un docente del Recinto se abalanzaron contra él, y

Amindaza se volvió para recibirlos con la punta de la espada.

Aximand oyó de nuevo la respiración. Estaba cerca, más cerca todavía que antes, más cercana que el latido de una vena en la frente. La respiración, la sensación de aquella presencia, lo habían seguido más allá de los sueños hasta formar parte de su vida diaria. Se había acercado más y más, hasta que la había notado sobre el mismo hombro. En esos momentos sonaba como si estuviera dentro del casco, como si hubiera dos cabezas en su casco. Aximand dejó de respirar para comprobar si se trataba de un truco acústico, un eco de su propia respiración.

Silencio.

Estaba a punto de comenzar a respirar de nuevo cuando empezó otra vez, baja pero cercana, lenta y apagada, igual que el susurro de un mar en calma.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—¡Repita! —gritó Amindaza por el comunicador.

—Especifique, señor —dijo Geraddon.

—¡Nada, nada! —se apresuró a contestar Aximand—. Continuad.

Había sido estúpido, muy estúpido, dejar que lo manejara de ese modo, dejar que le hiciera hablar de ello, y hacerlo en voz alta. Sólo estaba hablando consigo mismo, era un truco de su propia mente. Sólo le estaba hablando a su miedo.

Y se suponía que un astartes no tenía miedo, lo mismo que no tenía sueños.

Tenía miedo, y sabía que ese miedo desaparecería en el mismo momento que consiguiera identificar al desconocido, en el momento que la cara del intruso quedara a la vista. El Pequeño Horus Aximand no le tenía miedo a nada, salvo a lo desconocido.

Un soldado de los Forzosos cargó contra él salido de las sombras con una lanza en las manos. La punta de la hoja del arma titiló con un destello azul: un filo fotónico.

Aximand se echó a un lado, movió el escudo y derribó a su oponente. El golpe le rompió el escudo corporal y le partió un brazo. Dejó escapar un aullido. Aximand ya estaba a punto de ponerle un pie encima y acabar con él cuando otros dos lo atacaron. Giró sobre sí mismo con mayor velocidad, con mayor urgencia. Blandió a Plañidera hacia atrás con un tajo que partió la punta de las lanzas que lo atacaban. Las puntas romas se estrellaron contra la ceramita de la armadura y se partieron. Reventó a uno de sus atacantes con un mandoble que rompió el escudo y destripó al soldado al que protegía. Al otro le propinó una patada que lo lanzó de espaldas y aplastó tanto al hombre como a la cubierta de energía contra una de las paredes de la antesala. El

impacto desconchó la pared y provocó una pequeña lluvia de esquirlas. Aximand se le echó encima y le clavó la espada en el pecho. Plañidera atravesó el escudo, al individuo y a la pared que tenía detrás. El soldado se quedó clavado por un segundo, como si fuera un insecto de muestra en una almohadilla acolchada. El escudo corporal parpadeó y titiló mientras se cortocircuitaba.

Aximand sacó la espada de un tirón, y el hombre cayó al suelo.

La respiración había estado muy cerca.

Avanzó hasta atravesar otro portal alto y entrar en una de las estancias principales del Recinto Mausolytico. El espacio era inmenso, y el aire resplandecía con una luz amarilla. La sensación era la misma que entrar en el cielo. Los muertos delgados, tranquilos, amortajados de Morada estaban suspendidos a su alrededor en el interior de tubos de cristal transparente, sostenidos de forma horizontal sobre columnas de luz. Un millón de cuerpos, enmarcados en luz, cristal y energía gravimétrica, todos unidos en cibernación.

Zeb Zenonius, de la escuadra táctica Bale, se encontraba en mitad de la estancia, muerto en el suelo. Lo habían partido por la mitad como si fuera un simple molusco.

Ver aquello tendría que haber sido más que suficiente para poner en guardia a Aximand, en el máximo nivel de alerta, pero la respiración sonaba con más fuerza que nunca, y a pesar de sus instintos sobrehumanos, se esforzó por determinar de dónde venía.

Así pues, el primer golpe lo pilló por sorpresa. Su oponente lo atacó por el flanco. Sólo por pura fortuna el escudo de Aximand absorbió el grueso de la fuerza del golpe. La espada del atacante partió el escudo y llegó a cortarle el antebrazo. Aximand trastabilló hacia atrás, iracundo y sorprendido.

Iracundo por aquella distracción.

Sorprendido por la inmensa fuerza del oponente que lo atacaba.

Aximand se recuperó y detuvo el siguiente golpe con la espada. Se enfrentaba a un legionario astartes, un gigante modificado cuya armadura de color negro brillante estaba cubierta de implantes y sobre la que contrastaba una insignia blanca. Era un capitán veterano de la X Legión, los Manos de Hierro de Medusa. Aximand pensó durante un momento que se trataba del propio Shadrak Meduson en persona. El guerrero tenía la estatura de un jefe de combate, y mostraba los símbolos del clan Sorrgol. Sin embargo, el contacto visual por medio de la pantalla del visor identificó a su oponente como Bion Henricos, el lugarteniente preferido de Meduson. La espada

de Henricos era una larga hoja forjada en acero de Medusa y repleta de implementaciones.

Se movieron por la sala de cibernación danzando como un par de bailarines, y no dejaron de intercambiar golpes. Henricos representaba un desafío mucho mayor que todos los soldados juntos a los que Aximand ya había matado ese día. La habilidad del medusiano era formidable. Su fuerza modificada era muy superior a la de Aximand. Su velocidad era impresionante. Durante un momento, Aximand se preguntó si, por fin, estaba experimentando en sus propias carnes el miedo a lo sobrehumano.

Lucharon mientras se dirigían hacia el centro de la estancia, donde la gran columna que formaba un enorme generador de bioestasis se alzaba como el altar de un templo, dorado y cubierto de figuras angelicales. Los cuerpos encerrados en cristal salían de forma radial de esa estructura, una fila tras otra, todas ellas suspendidas en el aire. Unas enormes estatuas blancas, unos semidioses cubiertos con largas capas, brillantes como la nieve, se arrodillaban en gesto de obediencia ante el bloque central.

La armadura negra con rebordes plateados del guerrero de los Manos de Hierro brillaba como aceite lubricante bajo la extraña luz del Recinto. Su espada se movía como una cinta de luz. Aximand consiguió atravesar la experta guardia defensiva de su oponente y lanzó un golpe con la empuñadura que impactó de refilón en la placa pectoral de Henricos, en la que abrió una grieta. El mano de hierro respondió plantando los pies, parando el golpe de su espada y lanzándose, hombro por delante, contra él.

Pequeño Horus salió despedido de espaldas y se estrelló contra la fila de cibernadores más cercana. Las cubiertas de cristal reventaron y los fragmentos salieron disparados por el aire, donde reflejaron la luz como pétalos en primavera. Los tubos de cibernación se estamparon unos contra los otros y se rompieron. Algunos quedaron apartados del campo de gravedad artificial y se desplomaron contra el pulido suelo de metal. Las conexiones de energía se cortocircuitaron, y los cuerpos desecados salieron a la luz.

Bion Henricos pasó por encima de los cristales rotos y huesos secos despedazándolos por completo. Apartó de su camino las fundas cristalinas que todavía flotaban en el aire. Éste se llenó de un fuerte olor amargo a resinas y especias de conservación. Aximand se esforzó por ponerse en pie. Varias descargas de energía oscura y aspecto peligroso surgieron como chispazos sinápticos de la zona afectada del sistema interior del Recinto. Los estallidos multicolores subían enroscándose

convertidos en llamas por las capas doradas de la estructura aún intacta. La estancia se llenó de un sonido armónico inquietante, semejante al de un millar de gargantas que sonaran a través de una señal de comunicación de baja calidad.

Henricos llegó a la altura de Aximand. Plañidera le propinó un tajo en la placa facial de la armadura y le reventó una de las lentes de visión antes de abrirle un surco a lo largo del estómago y la cadera. Henricos le lanzó un tajo que lo habría decapitado si la hoja hubiera medido un palmo más. Aximand consiguió hacer retroceder al jefe de batalla medusiano a lo largo de la alfombra que formaban los fragmentos de cristales pulverizados y los restos momificados. Su siguiente golpe acertó en el muslo de su oponente, y algo plateado, parecido al mercurio en estado líquido, surgió de la brecha.

Henricos lo derribó de nuevo. Aximand no tuvo muy claro cómo había ocurrido, pero el impacto le hizo retemblar el cerebro dentro del cráneo y le llenó la nariz y la boca de sangre. Quedó boca abajo y buscó a tientas la espada que se le había caído, aturdido, conmocionado y vulnerable.

Alzó la mirada preguntándose por qué Henricos no había acabado ya con él. Amindaza, de la escuadra Tithonus, había entrado en combate cuerpo a cuerpo con él después de conseguir abrirse paso hasta la estancia, y Geraddon lo seguía de cerca. Las andanadas retumbantes y repetidas de las armas en el exterior indicaban que el ataque había penetrado hasta el área principal del Recinto y que los Forzosos se batían en retirada.

Amindaza había sufrido varias heridas mientras se abría paso hasta el lugar y movía el brazo con lentitud. Su llegada le había salvado la vida a Aximand, pero eso también había condenado a Amindaza. Henricos era muy superior en el manejo de la espada. Antes de que Aximand, que seguía aturdido y escupiendo sangre, tuviera tiempo de ponerse en pie, Henricos ya le había propinado un mandoble a Amindaza que lo partió del hombro izquierdo a la cadera derecha. Simplemente lo cortó de un tajo, de forma diagonal, de un solo golpe. Las dos partes en las que quedó dividido cayeron con fuerza al suelo convertidas en dos guiñapos de carne envueltos en una serie de chorros apocalípticos de sangre.

Geraddon se lanzó a la carga contra Henricos, y éste lo derribó hacia un lado. El hijo de Horus se estrelló contra otra hilera de cristalinas tumbas verticales.

Aximand le atravesó la espina dorsal con Plañidera, y la punta partió el aquila de la placa pectoral de Henricos.

El mano de hierro se desplomó de rodillas, y luego de bruces, con la cara contra el suelo. Aximand le puso una rodilla en la espalda y le quitó de un golpe el casco. El pálido rostro de Henricos estaba vuelto de lado, con la mejilla pegada al suelo. La piel blanca estaba cubierta de gotas de sangre de color rojo oscuro.

—Reza para que ésta sea la muerte que te lleve, traidor —le espetó Aximand—. Otras muertes serían menos compasivas.

Henricos dijo algo con voz gorgoteante.

—¿Qué? —le preguntó Aximand al mismo tiempo que le apoyaba la punta de la espada en el cuello.

—No eres la presa que esperábamos —susurró Henricos.

—¿Presa?

—Sabíamos que no podríamos venceros, así que decidimos haceros daño. Creímos… creímos que valoraría el Recinto Mausolytico por encima de todo, y que encabezaría esta parte del ataque en persona.

—¿Se supone que esto era una trampa para Lupercal?

—Que arda para siempre.

Aximand se echó a reír.

—Pero tu señor es un cobarde y un traidor —murmuró Henricos—. Te ha enviado a ti en su lugar.

—Pues por lo que parece, yo soy más que suficiente —le replicó Aximand—. ¿Qué es lo que esperabais conseguir?

Henricos soltó un gorgoteo.

—Te he preguntado que qué clase de trampa es un único guerrero genético.

Henricos no le contestó. Había perdido ya la última gota de vida. Aximand se puso en pie y le propinó una patada al cadáver. Geraddon ya se había recuperado.

—¿Qué es lo que ha dicho? —quiso saber.

—Tonterías. Nada más que tonterías. Estaba desesperado —le contestó Aximand.

—Se suponía que era una trampa, pero entonces, ¿por qué estaba solo?

El sonido de la respiración había vuelto. Aximand se volvió con lentitud y se dio cuenta de que se trataba del sonido de fondo del Recinto Mausolytico, del lento murmullo palpitante del sistema de cibernación. Era el latir de los muertos dormidos.

Se sintió estúpido. En cuanto acabara aquella misión, se dedicaría a meditar. Se limpiaría la mente de los temores y los sueños que había acumulado. Purificaría sus pensamientos y expulsaría las debilidades. Para servir al señor de la guerra debía ser

siempre un arma bien templada.

Se había vuelto blando. Había llegado el momento de entregar de nuevo su mente y de convertirse en una imagen más fiel de Lupercal.

Aximand abrió el canal de comunicación y observó con detenimiento la situación. Buena parte del Recinto se encontraba ya en manos de la XVI Legión. Grael Noctua le informó de que la Galería Occidental y las rutas de acceso estaban aseguradas. Aximand ordenó que varias escuadras acudieran a la Galería Oriental, a su posición. También ordenó que se cerraran todas las vías de acceso.

Miró a su alrededor, a la sala de cibernación. El sistema había sufrido algunos daños, pero no demasiados. Las instalaciones se encontraban básicamente intactas, y bastaría un poco de insistencia para que los tecnoadeptos de la Morada las repararan por completo.

Las enormes estatuas blancas de los semidioses con capas brillantes como la nieve, las que estaban de rodillas en acto de obediencia alrededor del gran generador central de bioestasis, habían desaparecido.

—Un momento… —empezó a decir Aximand.

El equipo de eliminación de los Cicatrices Blancas se abalanzó contra ellos. Los cinco asesinos de la V Legión se habían desprendido de las capas blancas que habían utilizado para disfrazarse. Habían usado polvo de tiza o alguna clase de polvo funerario para recubrir los bordes carmesíes de sus armaduras. Los cascos tenían el morro en forma de pico de ave, lo que indicaba que se trataba de servoarmaduras de la clase Corvus. Al parecer, Ley Goshen se había equivocado, y mucho. Los Cicatrices Blancas sí que tenían la paciencia necesaria para esperar. Lo que en terreno abierto eran ataques veloces de precisión y retirada, cuando combatían en un terreno urbano se convertían en sigilo y en emboscadas fulgurantes.

La advertencia de Grael Noctua había sido más que acertada.

El primero ya se le había echado encima. Se trataba de Hibou Khan. Aximand lo identificó por los emblemas de rango de las insignias de la compañía. Lo que intentaban era el burkutchi, o «corte de la cabeza». El término procedía del arte de la caza con águilas chogorisiana, el gran akwilluh, en el que se utilizaba a las aves para hacer salir y aislar al toro líder de una manada. Una vez moría ese toro, la manada se deshacía.

Su intención había sido decapitar a la XVI. Al verse frustrados en ese intento, iban a conformarse con otras presas, otros toros más jóvenes: los capitanes de la compañía.

Aximand apartó de un golpe a Hibou y le rompió el arma con el filo de Plañidera. Otro cicatriz se lanzó al ataque contra él, y detuvo su ataque al mismo tiempo que oía a Geraddon gritar al resultar atravesado por dos espadas. Aximand golpeó con la espada la parte superior del casco con pico de cuervo del siguiente atacante. De repente, no todo el rojo que decoraba la armadura del cicatriz blanca era barniz escarlata. Empuñó el bólter.

Los disparos retumbaron por todo el Recinto Mausolytico. Una nueva oleada de guerreros de los Cicatrices Blancas y de los Manos de Hierro se lanzaron al ataque. Las escuadras de la compañía de Aximand se enfrentaron a ellos, bólter contra bólter. El Pequeño Horus siguió luchando, superado en número, y mató a otro cicatriz blanca, al que disparó a quemarropa contra una de sus lentes de visión. Luego ordenó por el comunicador a Noctua y a sus demás lugartenientes que acabaran con rapidez con aquel combate.

Para alertarlos de que el enemigo buscaba a los capitanes como presas. Para que se dieran cuenta de que ya no se enfrentaban a los Forzosos de Tyjun o al Velo Cadena.

Que se enfrentaban a los guerreros sobrehumanos del Adeptus Astartes.

Hibou Khan ya había conseguido ponerse en pie de nuevo. El cicatriz blanca empuñaba la larga espada de acero medusiano que Henricos había blandido. El primer golpe dejó una muesca en Plañidera, y el segundo desbarató la guardia de Aximand.

El tercer golpe impactó de forma vertical en la mejilla del capitán, en una línea que comenzaba justo por encima de la lente derecha, donde mostraba su marca del Mournival. La ceramita reforzada del casco no pareció capaz de detener en absoluto el acero medusiano.

Aximand cayó. De repente, había mucha sangre, y no era capaz de determinar con exactitud su origen. Vio algo en el suelo de acero grabado, delante de él.

Era el visor y la sección frontal de su propio casco, toda la placa facial. Había quedado cortada por completo, arrancada de cuajo, como si la hubiera separado del resto una cizalladora industrial.

Y no estaba vacía.

La reconstrucción de la cara le dejó una cicatriz. Le cambió la expresión del rostro por completo y alteró el asentamiento de los músculos. De alguna manera, aquel error, aquella imperfección, lo hizo parecerse más a Horus, no menos.

Noctua condujo a sus escuadras hacia la Galería Oriental en un rápido contraataque, y rompió por completo el burkutchi. Hibou Khan no tuvo la

oportunidad de rematar su misión. La mayoría de los marines espaciales fieles se vieron obligados a retroceder hasta el área que ocupaban Lev Goshen y sus escuadras de exterminadores.

Hibou Khan consiguió huir después de matar con sus propias manos a doce guerreros de la compañía de Aximand, lo que le ganó una plaza en la lista de futuros muertos de Aximand.

Le forjaron un nuevo casco, con la señal de la media luna sobre el ojo derecho. Los maestros armeros ya estaban ocupados en grabar sendas marcas del Mournival a los cascos de Grael Noctua y de Falkus Kibre. Cuando le mostraron a Aximand las piezas de su viejo casco, vio que la hoja enemiga había cortado por la mitad la marca de la media luna.

Si hubiera sido un ser humano proclive a las supersticiones y a los malos augurios, habría considerado aquello como una muy mala señal. Pero no le tenía miedo a los cambios, y ni siquiera era un ser humano.

Había tenido un último sueño mientras se encontraba en estado de estasis, bajo la cuchilla del cirujano. Por fin había quedado desvelada la identidad del intruso sin rostro. Aximand se había sentido un poco aprensivo ante la posibilidad de que la cara del intruso fuese la suya, o una parecida, y el laborioso y largo proceso psicológico que necesitaría como consecuencia de ello.

Sin embargo, no lo era. Mientras le recolocaban la cara, soñó con el rostro de otro.

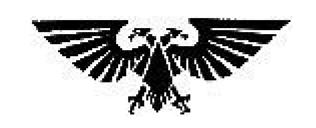
Era el rostro de Garviel Loken.

Cuando Aximand se despertó, notó cierta alegría y alivio. Un hombre no podía tener miedo de los muertos, y Loken estaba muerto, y eso era algo que no iba a cambiar.

Tampoco le tenía miedo a los cambios. Él siempre insistía en que el cambio formaba una parte importante de su carácter.

—El humor melancólico es proteano —decía—. Posee la cualidad propia del otoño. Es transformador, me convierte en el acelerador de la muerte, el que permite la llegada de los comienzos y de los finales. A mí me crearon para despejar este mundo y dejarlo preparado para la renovación. Para cambiar el orden de las cosas. Para eliminar al falso y entronizar al verdadero. Ése es mi propósito. No tengo miedo.

Aunque claro, una vez le colocaron de nuevo la cara, el único aspecto que volvió a tener de verdad fue el de ser invencible.



HIERRO POR DENTRO
ROB SANDERS

Hierro por dentro. Hierro por fuera. Hierro por todas partes. La galaxia está unida por su fría promesa. ¿Sabías que la Sagrada Terra está formada en su mayor parte de hierro? Nuestro hogar en Olympia también. La mayoría de los planetas y las lunas habitables lo están. A decir verdad, somos un imperio de hierro. Las estrellas que mueren queman corazones de hierro; mientras, los pesados núcleos de metal en los planetas que florecen generan campos que dan cobijo a la vida, a veces vida humana, formados a partir del resplandor arrasador de aquellas ancianas estelares.

Los imperios se miden por algo más que la mugre conquistada. Todo guerrero de hierro lo sabe. Se miden por los corazones que laten por un propósito común, retumbando al unísono en el vacío; se miden por la sangre que derraman los cuerpos de nuestras legiones astartes, roja por el hierro que contiene. Éste es el hierro interior, y podemos probar su fuerte sabor metálico cuando la espada o la bala de un enemigo nos alcanzan. Entonces, el hierro interior se convierte en el hierro exterior, como ocurrió en lo que sólo ahora sabemos que fue el primer día del Gran Asedio de Damantyne Menor…

El forjador de armas se encaminó hacia la plataforma de vigilancia, cada una de sus pisadas servoasistidas era una agresión para las pesadas rejillas. Los hombros de ceramita del guerrero de hierro se encorvaron bajo el peso de la responsabilidad, como si el marine espacial soportase mucho más que el peso muerto de sus placas Mark III. Cruzó la plataforma con la determinación de un semidiós, pero el modo en que sus guanteletes tachonados se agarraron la barandilla exterior dejó en evidencia que no creía posible que lograra recorrer todo el camino. El monstruo se detuvo sin poderlo evitar.

Una tos bronca oprimió las profundidades de su pecho acorazado. Su tórax se alzaba y descendía con el esfuerzo de cada respiración, atormentada e inestable. Los centinelas del Ejército Imperial pertenecientes a la 9.ª Guardia de los Angeloi Adamantifractos observaban el sufrimiento del forjador de armas sin saber muy bien cómo debían actuar. Uno incluso rompió filas y se aproximó, con el cañón de su pesada carabina apuntando al suelo y un guante de escamas metálicas extendido.

—Mi señor, puedo ir en busca de su apotecario o quizá del palatino de hierro… —comenzó a decir el soldado cubierto por una máscara. Lord Barabas Dantioch interrumpió al adamantifracto extendiendo el guantelete. La mano acorazada se convirtió en un único bloque mientras el forjador de armas combatía el ataque de tos y las convulsiones que le provocaba.

Entonces, sin mirar al soldado, el enorme miembro de las legiones astartes consiguió hablar.

—Vuelve a tu puesto, centinela.

El soldado se retiró y una leve brisa hizo ondear la andrajosa capa del guerrero de hierro, formada por un mosaico de tiras negras y amarillas en forma de «V». Se agitaba sobre la magnificencia escultural de su servoarmadura, exponiendo el brillo apagado de las placas de su legión agujereadas por el óxido y el paso de los años, lo que le confería un tono sepia. No llevaba casco. La cara y el cráneo estaban encerrados bajo una máscara de hierro, elaborada por el propio forjador de armas. La placa frontal era un trabajo de una belleza brutal, una interpretación de la marca de la legión, el símbolo de la máscara de hierro que adornaba su hombro. La máscara de lord Dantioch mostraba una expresión burlona en medio de una fuerza sombría, con la boca y los ojos formados por rejillas de una oscuridad inquietante. Se rumoreaba por los pasillos y las almenas que el forjador de armas llevaba puesta la máscara incandescente, recién sacada de la forja, mientras le daba forma con el martillo alrededor de su cráneo afeitado. Después, zambulló la cabeza con el hierro en agua helada, fijando así el metal batido para siempre alrededor de sus también adustos rasgos.

Mientras agarraba la barandilla de la plataforma, Dantioch alzó las rendijas oculares hacia el cielo, entre sus hombros encorvados y sólidos, celebrando la demente genialidad de su creación. Schadenhold: una fortaleza inexpugnable de un diseño único y terrible, nombrada así en honor del sufrimiento que Dantioch y sus Guerreros de Hierro podrían observar si alguna vez una fuerza enemiga era lo suficientemente estúpida como para asaltar la fortificación. Durante el proceso de sometimiento del planeta, y como parte de la estrategia del Emperador y su sagrado decreto, miles de bastiones y ciudadelas se construyeron en miles de mundos, desde donde los que los arquitectos de la Gran Cruzada podrían custodiar los dominios conquistados y los nuevos súbditos de un Imperio que no dejaba de expandirse. Muchos de esos reductos galácticos, castillos y fuertes fueron diseñados y construidos por los hermanos de los Guerreros de Hierro de Dantioch: la IV Legión no tenía igual en el arte de la guerra de asedio, tanto como sitiadores como asediados. Sin embargo, la galaxia nunca había visto nada parecido a Schadenhold. Dantioch estaba seguro de eso.

Bajo la máscara, los labios pálidos del comandante de los Guerreros de Hierro

mascullaron la Letanía Inquebrantable. «Señor Emperador, hazme un instrumento de tu firmeza. Cuando la oscuridad sea abundante, bendice nuestros muros con frío desdén; cuando los enemigos insensatos sean débiles, permite a nuestras líneas avanzar; cuando haya incertidumbre mortal, permite que reine la determinación…».

El forjador de armas había bendecido Schadenhold con modernas estructuras fortificadas: hornabeques concéntricos, búnkeres, zonas de aniquilamiento, torreones, emplazamientos para la artillería e incluso torres de ataque. La fortaleza era un monstruoso estudio del arte del asedio en el trigésimo milenio. Para Dantioch, sin embargo, la ubicación lo era todo. Sin las ventajas naturales del material, la elevación y el entorno, todos los demás asuntos arquitectónicos eran puro adorno. Una fortificación construida en una ubicación estratégicamente débil caería con certeza, como muchos hermanos de Dantioch de otras legiones habían descubierto durante los primeros procesos de sometimiento. Incluso los Puños Imperiales habían cometido fallos.

Dantioch odió Damantyne Menor desde el mismo momento en que puso pie en aquella roca temible, y él sintió al instante que el planeta también lo odiaba. Le dio la impresión de que el planeta no lo quería allí y eso atrajo a la sensibilidad táctica del forjador de armas; podría usar las hostilidades del entorno de Damantyne en su provecho. El pequeño planetoide estaba situado en un poblado campo de detritos de rocas orbitales. Lo constituían metales y hielo que lo hacían parecer inacabado y peligroso desde el comienzo. Los cruceros de la 51.ª Flota Expedicionaria que habían llevado allí al forjador de armas y a sus Guerreros de Hierro habían sorteado el campo con dificultades. Aunque el planeta tenía una gravedad soportable y un nivel de oxígeno que hacían posible un puesto de avanzada, la superficie estaba azotada por tormentas infernales con vientos huracanados, relámpagos flagelantes y una capa de nubes ácidas muy corrosivas. Nada vivía allí; nada podía vivir en la superficie. La atmósfera ácida se comía las armaduras y las piezas de artillería como una bestia hambrienta, eliminando capa por capa con rapidez en un esfuerzo por disolver la carne y los tejidos blandos de los guerreros de las legiones astartes que había bajo las protecciones. Incluso el mejor blindado sólo podría esperar sobrevivir unos pocos minutos sobre la superficie.

Todo eso hacía que las inserciones verticales y a gran velocidad de los Stormbird fueran el único modo de bajar, y sólo si el piloto era lo suficientemente habilidoso como para perforar la cegadora capa de nubes y adentrarse en una de las estrechas

simas sin fondo que salpicaban la superficie rocosa. Por alguna obstinación natural en la evolución temprana de Damantyne, la corteza planetaria estaba plagada de bolsas de aire, de cavidades y de amplios espacios abiertos: un sistema de cavernas de proporciones asombrosas y de locura laberíntica. Dantioch eligió el corazón profundo de esa locura como la ubicación para su fortaleza, dentro de un abovedado espacio subterráneo tan descomunal que tenía hasta su propio microclima primitivo.

«Del hierro procede la fuerza. De la fuerza procede la voluntad. De la voluntad procede la fe. De la fe procede el honor. Del honor procede el hierro. Ésta es la Letanía Inquebrantable. Que así sea, por siempre. Dominum imperator ac ferrum aeternum».

Los Guerreros de Hierro no fueron los primeros en hacer de Damantyne Menor su hogar. Bajo la superficie, el mundo lítico era rico en vida que había evolucionado en las profundidades y la oscuridad. La única amenaza real para los elegidos del Emperador eran los megacefalópodos, unos monstruos que acechaban en las cavernas con sus sinuosos tentáculos y podían deslizar su masa elástica a través de los más tortuosos túneles de las cavernas, creando nuevas entradas con sus picos de titanio. Las legiones astartes llevaron a cabo una guerra de exterminación de las bestias alienígenas durante los primeros años en Damantyne Menor, ya que parecían decididas a derribar todas las estructuras que la IV Legión intentaba erigir.

Con la amenaza alienígena llevada a su exterminio, Dantioch comenzó la construcción de su mayor obra: Schadenhold. Mientras los Guerreros de Hierro luchaban contra las monstruosidades ctónicas por la supremacía planetaria, Dantioch tuvo a sus apotecarios y los miembros del Adeptus Mechanicum como consejeros trabajando duro para crear la fuerza necesaria con la que construiría su megafortaleza. Los laboratorios de los Guerreros de Hierro perfeccionaron soldados esclavos a partir de un mismo gen, que más tarde fueron conocidos como los Hijos de Dantioch. Aunque la cara del forjador de armas había permanecido oculta durante muchos años bajo el hierro de su imperturbable máscara, ésta se había hecho patente en las horripilantes moles que constituían Schadenhold.

Más altos y anchos que un marine espacial, los engendros genéticos utilizaron el poder salvaje de su monstruoso volumen para minar, mover y tallar la piedra en la que fue construida la fortaleza. Así como su potencia física, los soldados esclavos también heredaron alguna de las habilidades técnicas de su padre genético, con lo que Schadenhold era algo más que un edificio de roca construido a toda prisa: era un

inmenso ejemplo dentro del arte de la estrategia y el asedio. Con la fortaleza terminada, los Hijos de Dantioch desempeñaron nuevos papeles en el mantenimiento y en las operaciones básicas de la ciudadela y como tropas de choque cercanas en las zonas de ataque concéntricas que componían la fortificación. El estar rodeado por ejemplos brutos de su propia juventud ya desaparecida y supremacía física era algo que complacía al forjador de armas, y a su vez, los soldados esclavos honraban a su padre genético con una pura e inquebrantable fe y lealtad: una lealtad al Emperador como padre del primarca y al primarca como su propio padre.

—Nunca me canso de mirarla.

Una voz cortó la oscuridad a su espalda. Era Zygmund Tarrasch, el palatino de hierro de Schadenhold. Dantioch gruñó, terminando con sus oraciones masculladas. Quizá lo había hecho llamar al adamantifracto; o puede que el palatino de hierro tuviera noticias nuevas.

El marine espacial se reunió con su forjador de armas en la barandilla y observó la magnificencia de la fortaleza sobre ellos. Aunque Dantioch era el forjador de armas y el oficial de rango superior de los treinta guerreros de hierro que la 51.ª Flota Expedicionaria había dejado de guarnición, su estado lo había obligado a delegar en otro las responsabilidades en la fortaleza y su defensa cotidiana. Había elegido a Tarrasch como palatino de hierro porque era un marine espacial con carácter e imaginación. La fría lógica de la IV Legión había prestado un buen servicio a los Guerreros de Hierro, pero incluso entre sus filas había algunos cuya contribución al sometimiento de los planetas era algo más que sed de conquista, aquellos que apreciaban la belleza del esfuerzo humano y sus logros, no sólo la satisfacción táctica por la victoria y el cálido deleite de la batalla.

—Me recuerda al firmamento nocturno —le dijo Tarrasch a su forjador de armas. El palatino de hierro asintió para sí mismo—. Echo de menos el firmamento.

Dantioch nunca antes había pensado en Schadenhold de aquella manera. Desde luego, la faceta final del ingenioso diseño del forjador de armas era un espectáculo digno de contemplar para los dos guerreros de hierro situados en una plataforma circular de vigilancia ubicada alrededor de una de las torres de aguja más altas de la ciudadela de Schadenhold. Sólo que la torre no apuntaba hacia el firmamento ni hacia el techo de la caverna; apuntaba hacia abajo, al fondo de la caverna.

Schadenhold se extrajo de una gigantesca formación rocosa cónica que sobresalía del techo de la cueva. Dantioch apreció al instante las características potenciales de la

roca y asignó a sus tropas la ardua y arriesgada tarea de tallar una ciudadela invertida. Colgaba boca abajo, pero todas las habitaciones, huecos de escalera y la arquitectura interior estaban orientadas hacia el cielo. Los chapiteles de comunicaciones y los escáneres de aguja en el fondo de la fortaleza colgaban a varios metros de un extenso lago natural de promethium crudo que borboteaba desde las profundidades del planeta. En la misma cúspide de la fortificación se asentaban las mazmorras y los pozos del olvido, ubicados en lo alto del techo de la caverna.

Una vez que Dantioch alzó la vista cansada hacia la arquitectura, llegó a apreciar la comparación hecha por el palatino de hierro. En la inhóspita oscuridad de la colosal caverna, el brillante resplandor de las lámparas reflectoras y los pequeños puntos de luz que escapaban por las aspilleras tomaban la forma de una constelación en el cielo nocturno. Este efecto se acentuaba aún más con las manchas fluorescentes de bacterias que se alimentaban del feldespato del techo de la caverna y con los destellos pálidos que reflejaban la brillante y espaciosa superficie rebosante de promethium, cada uno proporcionando la apariencia de estrellas y galaxias más distantes.

—¿Tienes noticias? —le preguntó Dantioch a Tarrasch.

—Sí, forjador de armas —le informó el palatino de hierro.

El marine espacial llevaba toda su servoarmadura con los colores de la legión, de franjas negras y amarillas, incluidos los guanteletes y el casco, que llevaba bajo el brazo. La permanente vigilancia (o paranoia, como algunos de otras legiones creían) de los Guerreros de Hierro era bien conocida, y Schadenhold y sus guarniciones mantenían un constante estado de disposición para el combate. Tarrasch se pasó la mano por el cráneo rapado. Sus ojos oscuros y la carne eran los del primarca, una bendición para sus hijos. Cuando el forjador de armas se volvió y la luz de la plataforma de vigilancia penetró por las rendijas de su máscara de hierro, Tarrasch pudo ver brevemente los ojos cetrinos e inyectados de sangre y la piel arrugada y decolorada por la edad.

—¿Y bien?

—La nave insignia Benthos nos envía un mensaje, mi señor.

—Así que la 51.ª Expedición regresa —comentó Dantioch en un tono áspero—. Los hemos tenido en nuestro ámbito de transmisiones desde hace días. ¿A qué se debe tan lenta aproximación? ¿Por qué no ha habido contacto?

—Nos han informado de que han tenido dificultades al atravesar el campo de escombros —le notificó el palatino de hierro.

—¿Y no nos envían señales hasta ahora? —respondió Dantioch, malhumorado.

—La Benthos chocó contra una de nuestras minas orbitales por accidente —anunció Tarrasch a su señor. Dantioch sintió algo parecido a la curvatura de una sonrisa bajo la boca enrejada de su placa facial.

—Una mala señal para comenzar su visita —declaró el forjador de armas.

—Permanecerán estacionados mientras realizan las reparaciones —añadió el palatino de hierro—. También nos han requerido las coordenadas para realizar una inserción a gran velocidad.

—¿Quién lo solicita?

—El forjador de armas Krendl, mi señor.

—¿El forjador de armas Krendl?

Tarrasch hizo un gesto de asentimiento.

—Eso es lo que parece.

—Entonces, Idriss Krendl dirige ahora la 14.ª Gran Compañía.

—Incluso cuando estaba bajo vuestro mando, era poco más que una ambición sin refinar metida en ceramita pulida —comentó Tarrasch.

—Puede que consigas tu firmamento nocturno, mi palatino de hierro.

—¿Cree que podríamos reincorporarnos a la legión, señor?

Dantioch hizo una larga pausa. El forjador de armas se encontraba perdido en sus recuerdos y meditabundo.

—Sinceramente, espero que no —contestó.

La respuesta pareció desconcertar al palatino de hierro. Dantioch puso una mano con su guantelete en el hombro de Tarrasch.

—Envía a la Benthos las coordenadas para la Puerta Órfica, y ten dos de nuestras Stormbirds esperando cerca de la superficie para escoltar a nuestros invitados al interior de la fortaleza.

—¿La Puerta Órfica, señor? Seguramente…

—Recibamos al nuevo forjador de armas haciéndolo pasar por alguna de las profundidades y sistemas de cuevas más espectaculares —declaró Dantioch—. Una ruta pintoresca, si lo quieres ver así.

—Como ordenéis, mi señor.

—Mientras tanto, reúne al capellán Zhnev, al coronel Kruishank, al venerable Vastopol y al clérigo que nos visita desde Damantyne Mayor y que se encuentren con nosotros en el gran reclusiam; recibiremos a nuestros invitados allí y escucharemos de

boca de un nativo de Olympia lo que nuestros hermanos han estado haciendo en nuestra ausencia…

>El gran reclusiam retumbó tanto con el toser espantoso del forjador de armas como con los golpes de martillo de su capellán. La cámara podía albergar con facilidad a la guarnición de treinta efectivos de los Guerreros de Hierro de Schadenhold y sus ceremonias de culto y rituales. En realidad, debido a que la fortaleza estaba en un permanente estado de alerta máxima, normalmente no había nunca más de diez guerreros astartes presentes durante cada guardia.

Dantioch y su capellán no habían permitido que tales restricciones afectasen al diseño e impacto de la cámara. Los Guerreros de Hierro de Damantyne Menor eran menos en cuanto a número, pero animosos de corazón, y llenaban sus pechos con una fe creciente y lealtad a su Emperador. Para este fin, el gran reclusiam era la mayor cámara de la fortaleza, capaz, de hecho, de servir a necesidades espirituales diez veces mayores. Desde el techo de piedra abovedado colgaba un bosque negro de barras de hierro que pendían en el aire sobre el acceso al altar central. Estas barras magnificaban las oraciones de culto, ruegos y cánticos corales de la pequeña guarnición, que alcanzaban una retumbante majestuosidad —todo ello apoyado por el rugido de las forjas ceremoniales— en la elevada cabecera de la cámara y los golpes rítmicos del martillo de hierro contra el altar-yunque.

Las naves laterales estaban recubiertas de una escena esculpida que se extendía por toda la longitud del gran reclusiam, subiendo por el tramo de escalones del altar y acabando en el muro del fondo. Dominando la congregación de la cámara, había representada una abigarrada escena de una lucha colina arriba trabajada en el más puro hierro, con los Guerreros de Hierro actuando como héroes mientras asaltaban a una fuerza enemiga bárbara que ocupaba el terreno más alto. Los gigantes primitivos eran los titanes y la personificación de la antigüedad: los bastiones del mito y la superstición, aplastados por las armaduras, las virtudes tecnológicas y la razón de la IV Legión. Además de servir de diorama inspirador, la escultura creaba la ilusión de que la congregación estaba situada en el corazón del combate, y no había otro lugar donde los hombres de Dantioch prefirieran estar.

Más allá de las esculturas laterales, los muros rocosos de la cámara se habían cubierto con láminas de hierro pulido sobre las que se habían grabado diseños esquemáticos y estructurales solapados para crear un fresco del Emperador mirando

con orgullo desde el oeste y el primarca Perturabo desde el este.

—Mi señor, ya vienen —anunció Tarrasch, y el forjador de armas, con dificultad, se levantó de la posición en la que se encontraba, arrodillado de forma devota sobre una pierna.

Las sombras y el sonido de pasos decididos llenaron el gran arco de entrada del reclusiam. El palatino de hierro se volvió y permaneció de pie al lado de su forjador de armas, mientras que el coronel Kruishank y la 9.ª Guardia de los Angeloi Adamantifractos se mantenían cerca totalmente uniformados. Una vez que acabó con los redobles reverenciales, el capellán Zhnev desacopló el martillo reliquia del delgado recambio biónico que formaban su hombro y brazo derechos. Le entregó el crozius arcanum a un descomunal esclavo genético cuya responsabilidad era mantener encendida la rugiente forja ceremonial. Zhnev hizo su solemne bajada por la escalinata, saludando con la cabeza al único miembro de la congregación que no lo era de la guarnición de Schadenhold: un clérigo encapuchado y vestido con llamativos ropajes de color zafiro y oro.

—Ahí vienen —murmuró Zhnev al tiempo que la delegación marchaba por su reclusiam y se acercaba subiendo por la escalinata del altar.

Al frente del cortejo iba Idriss Krendl, el nuevo forjador de armas de la 14.ª Gran Compañía. La intensidad de su mirada olimpiana quedaba completamente eclipsada por las cicatrices que le surcaban la cara. Por detrás, ataviado con las vestiduras carmesí de los miembros del Adeptus Mechanicum, iba un adepto, cuya cara se perdía en la oscuridad del interior de su capucha. Una desagradable luz amarilla emanaba por tres oculares biónicos que rotaban como las lentes del objetivo de un microscopio. A su lado caminaba un guerrero de los Hijos de Horus. Los ojos en su hombrera y el peto eran inconfundibles, y su bien trabajada armadura era de un color verde muy pálido, enmarcado en un ribete de negro medianoche. Su rostro adusto era de tez morena y de pobladas cejas, como si se mantuviera en un estado de deliberación constante. Flanqueándolos, y marchando al unísono, iba la guardia de honor de Krendl: una escolta de veteranos guerreros astartes con resplandecientes armaduras grises del tipo Mark IV Maximus cubiertas de oro y otros elementos extravagantes.

—Forjador de armas —saludó Krendl con frialdad a su antiguo señor, a los pies de la escalinata del altar.

Todo quedó en silencio durante un instante bajo los ojos grabados del Emperador.

—Krendl —le respondió Dantioch.

El guerrero de hierro recién llegado frunció la boca de labios rotos, pero pasó por alto la falta de reconocimiento de su nuevo rango.

—Saludos de la 51.ª Flota Expedicionaria. Permíteme presentarte al adepto Grachuss y al capitán Hasdrubal Serapis de los Hijos de Horus.

Dantioch no los saludó. El forjador de armas tosió un poco y movió una mano hacia atrás en un gesto absolutamente carente de formalidad.

—Ya conoces a mi gente —dijo Dantioch. Después añadió—: Y a la tuya.

—En efecto —declaró Krendl, alzando una ceja irregular—. Te traemos nuevas órdenes de tu primarca y del señor de la guerra.

—¿Y qué hay de las órdenes del Emperador? ¿No traes nada de él desde las estrellas? —preguntó Dantioch.

Krendl se tensó y luego pareció relajarse. Echó una mirada por encima del hombro a Serapis, pero la expresión del capitán no cambió.

—Durante mucho tiempo ha sido deseo del Emperador que sus hijos predilectos, bajo el supremo liderazgo de su favorito, Horus Lupercal, guiasen la Gran Cruzada hasta su inevitable final. Aquí, en el cosmos conquistado, la palabra del señor de la guerra es la ley. Eso ya lo sabes, Dantioch.

—Aquí, en la oscuridad del este, hemos oído rumores inquietantes sobre ese cosmos conquistado y los peligros del rumbo que está tomando —comentó Dantioch entre dientes—. Rector, ven aquí. Debes hablar.

El clérigo de zafiro y oro avanzó al frente, vacilante y disculpándose.

—Este hombre ha venido a nosotros desde Damantyne Mayor con graves noticias —explicó Dantioch.

El sacerdote, escudriñado de inmediato por los superhombres, se retrajo en las profundidades de su capucha. Tartamudeó al empezar a hablar, antes de ganar confianza.

—Señores míos, soy vuestro humilde servidor —comenzó por decir el rector—. Este sistema es la terminal de una poco conocida ruta mercantil. Mercaderes y piratas, tanto alienígenas como humanos, desplazan mercancías entre nuestro interespacio y el núcleo galáctico. En los últimos meses han traído noticias terribles de gran transcendencia para los ángeles del Emperador aquí, en Damantyne Menor. Una guerra civil que ha estallado por todo el Imperio, la pérdida de legiones enteras de marines espaciales y lo inimaginable… ¡Un hijo del Emperador asesinado! Esta trágica información por sí sola hubiese sido suficiente para traerme aquí, ya que los marines

espaciales de esta roca han sido durante mucho tiempo nuestros amigos y aliados en la batalla contra el invasor verde. Luego, un pavoroso conocimiento llegó a mis oídos e hizo que se me partiese el alma por mis señores, los Guerreros de Hierro. Olympia, su mundo natal, era víctima de una rebelión y estaba siendo castigado. Un planeta arrasado hasta sus cimientos más rocosos; montañas en llamas y un pueblo subyugado. Olympia, se me rompe el corazón al anunciarlo, ahora mismo no es más que un infierno de cadenas y oscuridad, enterrado en cuerpos putrefactos y vergüenza.

—Ya he escuchado más que suficiente —advirtió Serapis.

Krendl se volvió hacia el forjador de armas.

—Tu primarca…

Dantioch lo interrumpió.

—Mi primarca, sospecho, tiene algo que ver en todas estas tragedias.

—Haces que malgastemos el tiempo, Dantioch —le replicó Krendl, con los labios rotos resaltando las consonantes fuertes del nombre del forjador de armas—. Tú y tus hombres habéis sido reasignados. Vuestro tiempo de guarnición aquí ha finalizado. Tu primarca y la legión de los Guerreros de Hierro luchan ahora al lado de Horus Lupercal, y todas las tropas disponibles y recursos, incluidos aquellos formalmente bajo tu superintendencia, son requeridos por el señor de la guerra en su marcha hacia la antigua Terra.

El gran reclusiam resonó con la feroz sinceridad de Krendl. Durante un instante nadie habló; la impresión al oír tan descarada herejía en un lugar sagrado abrumó a toda la cámara.

—¡Pon fin a esta locura! —le imploró el capellán Zhnev desde la escalinata, con la luz de la forja reflejándose en la hoja de su sable plateado.

—Krendl, piensa en lo que estás haciendo —añadió Tarrasch.

—¡Ahora soy un forjador de armas, capitán Tarrasch! —chilló Krendl—. Cualquiera que sea el rango que ostentes en este lugar cubierto por la oscuridad, me honrarás con mi título legítimo.

—¿Honrar qué? —intervino Dantioch—. ¿Las recompensas del fracaso? Estás al mando sólo por tu falta de coraje para ser leal.

—No me hables de fracaso y de falta de coraje, Dantioch. Tú destacas en ambos —le espetó Krendl. Inclinó la cabeza hacia Serapis, y las esquirlas de la munición de fragmentación incrustadas en su cara brillaron con la luz de la cámara—. Fue por eso

que el gran Barabas Dantioch acabó abandonado aquí para vigilar una roca muerta y sin valor. El favorito de lord Perturabo aquí presente perdió Krak Fiorina, Stratopolae y el mundo fortaleza de Gholghis bajo la migración de los hrud en los Estrechos de Vulpa.

Dantioch recordó mientras Krendl gruñía su discurso los últimos y oscuros días en Gholghis. La escoria de los alienígenas hrud. La plaga de los ocultos. La espera y la agonía mientras que la guarnición de Dantioch se convertía en polvo y huesos, cómo sus armaduras se oxidaban, sus bólters se encasquillaban y la fortaleza caía a pedazos sobre ellos. Sólo entonces, cuando se apagó el intenso campo entrópico creado por el enjambre migratorio de los hrud, que había envejecido piedra y carne hasta dejarlos deshechos, las bestias raquídeas salieron de cada recoveco y de cada grieta para atacar, apuñalando y rebanando con sus garras venenosas.

Dantioch recordó la espera que tuvieron que soportar hasta que el Stormbird sacó a los supervivientes de los restos de Gholghis: el sargento Zolan, Vastopol, el guerrero poeta, y el tecnomarine Tavarre. El corazón de Zolan dejó de latir a bordo del Stormbird, unos minutos después de la extracción. Tavarre murió de vejez en la enfermería del crucero, justo antes de alcanzar Damantyne Menor. Vastopol y el forjador de armas se consideraron relativamente afortunados, aunque ambos quedaron con sus cuerpos superhumanos tullidos y envejecidos.

—Por aquel entonces creyó que fue acertado cuestionar la campaña de persecución y exterminación de los hrud ordenada por su primarca —continuó Krendl con desdén ácido—. Sin duda, lo hizo como una forma de justificar la pérdida de la mitad de su gran compañía, en vez de echarle la culpa a lo que en realidad la tenía: el intento fallido del Emperador de una conquista galáctica y su propio fracaso en el empeño de esa tarea. La IV Legión se dispersó por las estrellas. Una miríada de diminutas guarniciones que mantenían unida una destrozada galaxia sometida como consecuencia de una cruzada ciega. Nuestros otrora gloriosos Guerreros de Hierro reducidos a carceleros planetarios.

—El primarca estaba equivocado —insistió Dantioch, moviendo la máscara de hierro en un gesto negativo—. La campaña de exterminación provocó la migración más que acabar con ella. Perturabo reivindica que se ha exterminado a los hrud de la galaxia, pero si ése fuese el caso, ¿qué es lo que está aniquilando a los mundos ya sometidos en el Cúmulo Koranado?

El otro forjador de armas no le hizo caso.

—Tú lo defraudas y lo llenas de indignación —le replicó Krendl a Dantioch—. Tu propio primarca. Tu debilidad lo ofende. Tu vulnerabilidad es una afrenta a su herencia genética. Todos llevamos cicatrices, pero eres tú el que no puede soportar mirarlas. ¿Es por eso que adoptaste la máscara? —Krendl sonrió ante su escarnio—. Das pena. Eres un insulto a la naturaleza y las leyes que gobiernan la galaxia: el fuerte sobrevive, el débil muere. ¿Por qué no te vas arrastrando a morir, Dantioch? ¿Por qué resistir, persiguiendo a todo el resto como una pesadilla?

—Si tan desagradable soy, ¿qué es lo que tú y el primarca queréis de mí?

—Nada, tullido. Dudo que vivas lo suficiente como para llegar al encuentro. Perturabo reclama a sus Guerreros de Hierro, a todos sus verdaderos hijos, para la ofensiva del señor de la guerra. Horus nos llevará hasta los mismísimos muros del Palacio Imperial, donde las imaginativas fortificaciones del Emperador serán puestas a prueba con nuestro temple y se hará historia.

—El Emperador pierde cada vez más tiempo con sus estudios en la antigua Terra —insistió Hasdrubal Serapis con malevolencia—. El Imperio no necesita los consejos, la política ni la burocracia que ha creado en su reclusión. Necesitamos liderazgo: una Gran Cruzada con propósito y determinación. El Emperador ya no es digno para guiar a la humanidad hacia la próxima etapa de dominio natural sobre la galaxia. Su hijo, Horus Lupercal, se ha mostrado digno para la tarea.

—Forjador de armas Krendl —dijo Zhnev, olvidando al Hijo de Horus y dando varios pasos peligrosos al frente—. Si te mantienes al margen y no haces nada, mientras que el señor de la guerra trama un fratricidio y vierte veneno en los oídos de sus hermanos primarcas, entonces tú también tramas un fratricidio por tu parte. Perturabo es nuestro primarca. Debemos hacer ver a nuestro noble señor el error de su juicio, no reafirmarlo con nuestra incuestionable conformidad.

—Lord Perturabo es nuestro primarca, en efecto. ¿Tan difícil es obedecer la orden de tu primarca? —Serapis dejó atónitos a los Guerreros de Hierro—. ¿O es que la sangre de rebelión de Olympia sigue ardiendo en tus venas? Krendl, que tu mundo natal se rebele en tu ausencia ya es bastante bochornoso. Confío en que no permitirás que ocurra lo mismo entre los miembros de tu propia legión.

—Déjalo, pontificador —le dijo Krendl al capellán de forma brusca—. He escuchado los razonamientos. Pronto la legión será de poca utilidad para ti y los de tu clase. —El forjador de armas se volvió hacia el callado pero enfurecido Dantioch—. Me entregarás el mando de esta fortaleza y las tropas de inmediato.

Un momento de fría furia cortó el aire entre los dos guerreros de hierro.

—¿Y si me niego?

—Entonces, tú y tus hombres seréis tratados como traidores ante el primarca y su señor de la guerra —le aseguró Krendl.

—¿Al igual que tú y tu amigo ctoniano lo sois para su majestad, el Emperador?

—Tu fortificación será reducida a polvo y los traidores con ella —le prometió Krendl.

Dantioch se volvió y mostró el sombrío hierro de su máscara al coronel Kruishank, al capellán Zhnev y a su palatino de hierro, Zygmund Tarrasch. Sus caras eran igual de sombrías. Tras mirar al rector durante un segundo, Barabas Dantioch devolvió la mirada a su maníaco oponente. Krendl estaba enrojecido por el miedo y el fuego. Serapis tan sólo observaba: un observador en la distancia, el títere del señor que manejaba sus cuerdas. El adepto Grachuss balbució rítmicamente y rotó su triocular, centrando las lentes en Dantioch. La guardia de honor del forjador de armas permanecía quieta como estatuas: los bólters listos; sus cañones apuntando a los guardianes de Schadenhold.

—Vastopol —gritó Dantioch—. ¿Tú qué opinas?

Un rugido amplificado retumbó por la cámara, lo que provocó que las barras de hierro suspendidas sobre el reclusiam temblasen y bailasen. Algo grande y desgarbado se movió entre las gigantescas esculturas de hierro del diorama del lateral. Los instintos más primitivos de conservación hicieron que Krendl y su guardia de honor se diesen la vuelta sorprendidos. Una de las esculturas había cobrado vida. Aunque parecía pequeña entre la coreografiada muchedumbre de agresores titánicos, la mole y la amplitud del atacante creció con rapidez mientras avanzaba y destacó sobre los atónitos guerreros de hierro.

Los astartes se encontraron en presencia de uno de los suyos. Un dreadnought. Un melancólico monstruo de metal, tan ancho como alto y repleto de armamento pesado. El venerable Vastopol junto a su forjador de armas, el último superviviente de los Guerreros de Hierro en el mundo fortificado de Gholghis. Dantioch había sepultado al marine espacial, que sufría a causa de las horrendas heridas y el envejecimiento prematuro, en la armadura de un dreadnought, por lo que el guerrero pudo continuar sirviendo y mantener vivas las crónicas de la compañía. La máquina de guerra había sido pintada de negro a toda prisa con aerosoles, con el propósito de camuflarla en el diorama que la rodeaba, y al moverse, la pintura fresca dejó una llovizna de gotas

negras detrás de ella.

Al ver que el muro de ceramita y adamantium se acercaba hacia ellos, la escolta armada de Krendl intentó apuntar con sus bólters. Los enormes cañones automáticos acoplados del venerable Vastopol estaban ya cargados, preparados y apuntando. Las armas retumbaron y dispararon proyectiles explosivos contra los dos marines espaciales situados a la retaguardia de la escolta llenando la cámara con una insoportable cacofonía de combate. A tan poca distancia, las armas pesadas redujeron a los dos legionarios astartes a una masa chorreante de sangre y de piezas de armaduras destrozadas.

Con más elegancia y coordinación de la que se hubiese podido esperar de una máquina tan descomunal, el dreadnought se dio la vuelta y acabó con un tercer guardaespaldas en el lateral opuesto con una servogarra que llevaba montada como un apéndice en el hombro. La gloriosa armadura Maximus del marine espacial se arrugó y se oyó gritar al legionario astartes de su interior a medida que se le rompían todos los huesos y sus órganos quedaban desgarrados. Krendl y Serapis retrocedieron para ponerse a cubierto, pero sin disparar sus pistolas, y el adepto del Mechanicum se tiró al suelo del reclusiam. El miembro de la guardia de honor del forjador de armas rebelde que había sobrevivido se lanzó al ataque contra el dreadnought. El guerrero de hierro alzó el bólter por encima de la cabeza y acribilló el sepulcro-matriz blindado del venerable Vastopol con toda la potencia de fuego de su arma.

Una lluvia de chispas salió despedida del armazón de adamantium del dreadnought. Vastopol activó el puño sierra del brazo que llevaba los cañones automáticos. Atacó al guerrero de hierro con aquella arma llena de púas de pesadilla, y la máquina de guerra partió el arma del marine espacial antes de abrirle la armadura desde la mandíbula hasta el ombligo. Las entrañas de la cavidad pectoral y de la abdominal se derramaron a través de la enorme brecha irregular, y el guardia de honor se desplomó de rodillas y murió. Una vez lejos del muro, el dreadnought dejó caer al suelo al destrozado legionario astartes que llevaba ensartado en el hierro despiadado. Vastopol elevó un enorme pie metálico y aplastó el casco del guerrero de hierro salpicando la piedra pulida con chorros de materia cerebral y acabando así con el sufrimiento del marine espacial.

Dantioch avanzó, flanqueado por Tarrasch y Zhnev por un lado y el rector y el coronel por el otro, y Krendl y el guerrero de los Hijos de Horus se replegaron. La furia y el horror eran evidentes en sus caras descompuestas. Los dos oficiales de las

legiones astartes retrocedieron paso a paso hacia la entrada del gran reclusiam, con sus pistolas apuntando al forjador de armas desarmado y al dreadnought armado hasta los dientes. Krendl y Serapis eran políticos, sin embargo, y sabían que la mejor forma de escapar vivos de la fortaleza sería con sus amenazas más que con sus pistolas.

El venerable Vastopol arrancó a Grachuss del suelo con los dedos de punta de cincel que formaban su servogarra, y sostuvo al adepto del Mechanicum por la cabeza encapuchada como si se tratara de la muñeca de una niña. Las lentes trioculares de color amarillo enfermizo del tecnosacerdote comenzaron a girar presas del pánico al mismo tiempo que sus tubos respiratorios burbujeaban de forma frenética.

—Me temo que el forjador de armas Krendl te trajo hasta aquí con la orden de catalogar nuestras fortificaciones —dijo Dantioch, dirigiéndose al suspendido Grachuss—, y así podrías regresar con información sobre nuestra capacidad de asedio. Un forjador de armas mejor que él lo hubiese hecho por sí mismo, claro está. Vastopol, aquí presente, era el cronista de nuestra compañía; ahora no es que hable mucho. Vastopol, ¿cómo acaba la historia del adepto Grachuss? —le preguntó Dantioch.

La servogarra del dreadnought comenzó a girar a la altura de la muñeca y arrancó la cabeza encapuchada del tecnosacerdote de sus hombros, que no habían dejado de dar vueltas. Su cuerpo golpeó la escalinata del altar, y un cóctel de sangre e icor salió bombeado desde el muñón irregular del cuello.

—¡Insensato! —le chilló Krendl a Dantioch, que no había dejado de avanzar—. ¡Estás muerto!

Las amenazas habían dado comienzo.

—Capitán Krendl —le respondió Dantioch entre dientes—. Ésta es la fortificación de un guerrero de hierro. Ni ahora ni nunca prestará servicio al renegado señor de la guerra. Mi guarnición y yo somos leales al Emperador: no seremos partícipes de tu condena. —El frío orgullo que afligía a la legión, así como a su padre de hierro, destelló en los ojos nublados de Dantioch—. Parece ser que dispongo de una última oportunidad para demostrar mi valía ante el primarca. Esta vez no le fallaré. Schadenhold nunca caerá. ¿Me oyes, Idriss? Esta fortificación y los hombres que la defienden nunca serán tuyos. Los Guerreros de Hierro de Damantyne Menor luchan por el Emperador y también por mí. Saborearás el fracaso y será tu turno para enfrentarte a la ira del primarca. Ahora corre, bellaco. Vuelve con tu flota de renegados y llévate a ese perro hereje contigo.

Al llegar al arco de entrada del gran reclusiam, acompañado por un Serapis cauteloso, el asombrado Krendl apuntó con la pistola hacia su espalda durante un momento antes de volver a apuntar de nuevo a los guerreros de hierro y a su dreadnought.

—Todo esto —Krendl movió el cañón de su bólter alrededor de toda la cámara—, todo esto será polvo en un día. ¿Me has oído, Dantioch? ¡Polvo en un día!

—Te desafío a que lo intentes —le rugió Dantioch, pero su reto se disolvió en una tos estridente.

El forjador de armas cayó sobre sus rodillas blindadas respirando con dificultad. Tarrasch agarró el hombro de Dantioch, y el forjador de armas recobró el aliento antes de dar unas palmadas a la ceramita del palatino de hierro. Tarrasch lo soltó, pero el exhausto comandante de los Guerreros de Hierro siguió arrodillado y con la cabeza arqueada. Se volvió despacio hacia el rector encapuchado.

—Así que —le dijo al clérigo— ya lo has oído tú mismo: directamente de los labios traidores. Nuestros hermanos de corazón inmersos en una traición dentro de la disformidad.

El rector introdujo una mano entre el rico material de sus vestiduras. El suave silbido del campo de desplazamiento, prácticamente imperceptible unos momentos antes, se extinguió en todas las frecuencias y desenmascaró al sacerdote revelando sus verdaderas dimensiones. Cuando el clérigo se bajó la capucha, la realidad que envolvía a la enorme figura se desvaneció por un instante antes de volver a adoptar una intensa claridad.

Sus mentes quedaron despejadas, y los guardianes de Schadenhold contemplaron a un hermano marine espacial, con su vistosa armadura del más profundo de los azules. Sujetaba un casco con penacho bajo el brazo y llevaba un gladio muy decorado envainado a lo largo del muslo. El sobreveste colgaba de los resplandecientes elementos decorativos de su armadura artesanal personalizada con insignias de batalla y menciones inscritas en sus gloriosas placas. El símbolo del hombro derecho lo identificaba como un ultramarine, y la enjoyada Crux Aureas grabada sobre el izquierdo como paladín legionario, tetrarca de Ultramar y guardia de honor del mismísimo Roboute Guilliman.

—Hiciste bien tu parte, tetrarca Nicodemus. ¿Suelen tener los Ultramarines esta teatralidad? —quiso saber Dantioch.

—No, mi señor. No somos así —le contestó el paladín. Su pelo corto y los rasgos

patricios eran la marca distintiva de la élite guerrera de Ultramar—. Pero éstos no son tiempos corrientes y requieren de tácticas poco corrientes.

—Permíteme ser sincero, ultramarine. Cuando llegaste a Damantyne Menor con tus difamaciones y tu información traída de tan lejos, casi dejé que Vastopol te hiciese saltar en pedazos por encima de las almenas de Schadenhold. —El forjador de armas se puso en pie, una vez más con la ayuda de Tarrasch. El tetrarca le lanzó una dura mirada. Uno de sus ojos estaba rodeado por un nítido tatuaje con el símbolo de su capítulo.

—No es fácil para un guerrero de hierro oír hablar de la debilidad de sus hermanos —prosiguió Dantioch—. En eso, hasta Idriss Krendl y yo estamos de acuerdo. Tú calumniaste a mi padre primarca y mancillaste a la IV Legión con tus acusaciones de rebelión, herejía y asesinato. Hemos permitido que tus insultos quedasen impunes, y tú nos has permitido el lujo de escuchar de primera mano la traición de nuestros hermanos. Nuestro acuerdo se ha sellado en la verdad. ¿Qué es lo que quiere Roboute Guilliman de nosotros?

Tauro Nicodemus miró a todos los reunidos allí. El orgullo funesto de Tarrasch y Zhnev se correspondía con el de su propio forjador de armas. El venerable Vastopol sólo vivía para la lucha, y la fidelidad por defecto del coronel Kruishank era obvia en su cara. La lealtad al Emperador le ofrecía consuelo frente a la calamidad.

—Nada que no hayáis ya entregado de buen grado —insistió Nicodemus—. Negadle los medios y los refuerzos al señor de la guerra. Resistid tanto tiempo como podáis. Los esfuerzos de unos pocos podrían ralentizar el avance del traidor. Minutos. Días. Meses. Todo lo que dé tiempo al Emperador para fortificar Terra para la tormenta que se cierne sobre ella, tiempo para que mi señor evite la confusión que Horus ha sembrado y prepare una respuesta de los leales al Imperio.

—Si vamos a implicarnos en esta causa, guerreros de hierro alzados contra guerreros de hierro, entonces sería bueno saber que Guilliman tiene una estrategia —observó Dantioch.

—Sí, mi señor. Como siempre, lord Guilliman tiene un plan —le contestó el paladín ultramarine sin alterar la voz.

Los allí reunidos se dispusieron a salir del gran reclusiam salpicado de sangre, pero Dantioch se detuvo.

—¿Nicodemus?

—¿Sí, forjador de armas?

—¿Por qué yo?

—Lord Guilliman conoce vuestra habilidad y vuestra experiencia en el campo del arte de asedio. Sospecha que estas habilidades serán de gran necesidad.

—Podía contar con mi habilidad, pero ¿qué hay de mi fidelidad? —insistió Dantioch—. Después de todo, se ha descubierto que mi legión carecía por completo de fe.

—Antes hablasteis con franqueza, mi señor. ¿Podría yo hacer lo mismo?

Dantioch asintió con la cabeza.

—El señor de la guerra pudo aprovechar la debilidad del orgullo de vuestro primarca —le explicó el tetrarca con cuidado—. No es ningún secreto el enfrentamiento que tuvisteis con Perturabo. Lord Guilliman siente que él también puede aprovechar esa misma debilidad.

Una vez más, el forjador de armas asintió, en un gesto que iba dirigido tanto a Nicodemus como a sí mismo.

>Yo estuve allí. En ese mundo diminuto, en un sistema olvidado, en un rincón distante de la galaxia, donde se logró infligir un poderoso golpe al traidor señor de la guerra y su alianza de perdidos y condenados. Allí, en Damantyne Menor, yo estaba entre los pocos que resistieron ante muchos. El hermano que derramó la sangre de sus hermanos. El hijo que traicionó la palabra de su caprichoso padre. Y esa palabra era… «herejía».

Luchamos durante todo un día sangriento, un día que duró algo más que un año en la Antigua Terra. Todos nativos de Olympia. Guerreros de hierro que respondían a la llamada de su primarca y del Emperador. La fría mirada de ambos los vigilaba desde la distancia. Juzgando. Esperando. Animando a sus guerreros de hierro como dioses ausentes arrastrados a una situación de muerte por el olor de la batalla: el inconfundible hedor a sangre y fuego.

Yo estaba allí cuando el forjador de armas Krendl se nos echó encima con un enjambre de Stormbird vomitados desde el obeso crucero Benthos y cargados de tropas y artillería hasta el límite máximo. Las aeronaves taparon las estrellas y cayeron sobre nuestro mundo como un rebaño de rayos alados. Atravesaron la densa capa de nubes de la superficie hostil de Damantyne. Los Stormbird se habrían internado veloces como cohetes a través de los sistemas de la cueva y habrían descargado su propia marca de horror sobre nuestras posiciones ya preparadas, pero el forjador de

armas Dantioch había ordenado derribar la Puerta Órfica apenas unas horas antes, por lo que todo lo que el enjambre se encontró allí fueron rocas y destrucción, cuando, una tras otra, sus naves se estrellaron contra la superficie del planeta.

Yo estaba allí cuando los poderosos dioses máquina de la Legio Argentum, a los que también se les negó el paso por la puerta, tuvieron que abrirse camino a través de las tormentas infernales de ácido de Damantyne Menor. Como gigantes ciegos y atormentados cayeron y se estrellaron contra huracanes y ciclones. Sus armazones blindados plagados de óxido y sus enormes sistemas automotrices se corroyeron. La infame Omnia Victrum, aniquiladora de cientos de mundos, fue una de las tres máquinas de guerra medio destrozadas por los relámpagos que logró entrar, con no pocas dificultades, por una sima lo suficientemente colosal como para admitir sus dimensiones. Y allí, las hordas poseídas que manejaban los dioses máquina hicieron frente al laberinto insondable del titánico sistema de cuevas del planeta y a la realidad de que podrían perderse por toda la eternidad en la profundidad y la oscuridad.

Yo estaba allí cuando el forjador de armas Dantioch ordenó activar las descomunales bombas de tierra y el lago de promethium crudo se desbordó, inundando el piso de nuestro enorme hogar-caverna con un negro y embravecido icor. Vi como el 4.° de Juntarianos de Nadir-Maru y más cañones de bombardeo de los que una persona podría contar se ahogaban en una avalancha de aceite y muerte. Bramé mi consternación al tiempo que las columnas de mis hermanos traidores avanzaban hacia las bombas a través del bajío para sabotear la gran maquinaria. Bramé mi deleite cuando mi forjador de armas ordenó prender fuego a la resbaladiza superficie de promethium crudo con ellos dentro. Una hoguera tan brillante que no sólo abrasó a los guerreros de hierro dentro de sus armaduras, sino que generó una luz en la caverna que las profundidades jamás habían conocido.

Yo estaba en las almenas de Schadenhold cuando nuestros puestos de cañones y artillería redujeron los Stormbird de reserva del forjador de armas Krendl a bolas de fuego aniquiladas. Yo vi a los pequeños ejércitos que aterrizaron en nuestros torreones caer hacia su muerte como si fueran lluvia por nuestra arquitectura inversa. Yo luché junto a los Hijos de Dantioch, la raza genética de gigantes con unas monstruosas proporciones, mientras descuartizaban a los soldados del 4.° de Juntarianos de Nadir-Maru miembro a miembro en las zonas de aniquilación y en los patios. Caminé entre la 9.ª Guardia de los Angeloi Adamantifractos del coronel Kruishank cuando sus disciplinadas andanadas de disparos láser iluminaron las murallas y cortaron en tiras

ardientes a sus enemigos traidores. Miré hacia abajo a una fortaleza inundada por una matanza, donde no se podía andar por los cadáveres ni se podía respirar por la sangre que se mantenía flotando en el aire como una niebla asesina.

Finalmente, luché en los pasillos estrechos y la arquitectura pavorosa diseñada por el forjador de armas. Acabé con muchas vidas en una escala espantosa, enfrentado cara a cara con mis hermanos de la legión de los Guerreros de Hierro. Asesiné en nombre del Emperador y en respuesta a la fría certeza del deseo de mis hermanos. Maté con la misma lógica gélida y el fuego que albergaba en mi pecho que mi enemigo sentía hacía mí. Medí mi poder con la sangre de los traidores cuyo poder se podía haber medido con mi propia sangre. Yo estuve allí. En Schadenhold. En Damantyne Menor. Donde unos pocos resistieron ante muchos y, entre la pesadilla fratricida de la batalla, los hermanos sangraron y la herejía tomó forma.

Schadenhold se estremeció.

El polvo llovió del bajo techo y la arenilla bailó sobre el suelo de la mazmorra. El fortín subterráneo estaba abrasado por los disparos. Su estruendo ronco rompía los tímpanos y los destellos de las bocachas de los cañones deslumbraban la vista. Barabas Dantioch confiaba ciegamente en su diseño de fortificación de pesadilla. Le había dicho a Idriss Krendl que Schadenhold nunca sería suya. Incluso a esas alturas, trescientos sesenta y seis días de la Antigua Terra en aquel asedio letal, podía contar con que la fortaleza haría que mantuviera su palabra. A pesar de los titanes traidores y las máquinas de guerra de los Mechanicum rondando por las cavernas, de los enjambres de Stombird que bombardeaban las torres de la ciudadela y los guerreros astartes enemigos que asaltaban aquellas almenas desiguales, él supo que la lógica bruta del diseño de Schadenhold y la roca en la que se había tallado aquella inexorabilidad no lo defraudarían. El genio táctico de Dantioch iba más allá de la implacable arquitectura exterior de la fortificación: todo forjador de armas que valga su peso en sal de roca, a pesar de todas las baladronadas que pueda decir, tiene planes para lo inevitable del fracaso. Toda una vida bajo el asedio le había enseñado al guerrero de hierro que no se debía subestimar al enemigo y que todas las fortalezas caen, más tarde o más temprano. El don de un forjador de armas era retrasar al máximo esta posibilidad. El fortín era un perfecto ejemplo práctico de este principio.

Por toda la ciudadela, en cada nivel y en cada rincón, había una cámara fortín. Una posición alternativa en la que un guerrero de hierro podía atrincherarse: cada fortín tenía sus propios suministros secretos de comida, agua y munición, además de

un equipo médico básico y otro de comunicaciones. Las mismas cámaras eran guaridas de geografía tortuosa, cada una de ellas con un diseño y distribución únicos. No se había dejado sin explotar ninguna oportunidad de causar bajas, con cada ángulo de tiro medido a la perfección. En cada uno de ellos, el forjador de armas había creado una almenada trampa mortal de cuello de botella, lugares para ocultarse y puntos de tiro que también servían de instalaciones de entrenamiento a los guerreros de las legiones astartes durante los más sencillos y silenciosos tiempos de paz.

Los fortines no sólo habían proporcionado a la guarnición en apuros de Dantioch un respiro y suministros, sino que además habían frustrado toda esperanza del forjador de armas Krendl de poder conseguir una rápida victoria una vez que su fuerza invasora abrió una brecha en las importantes defensas exteriores de la ciudadela.

La lucha dentro de Schadenhold fue tan sangrienta como la carnicería de más allá de las almenas. La fortaleza apestaba a metal caliente y a muerte. Cada muro presentaba un panorama de salpicaduras y sangre, cada habitación tenía una moqueta de cuerpos acorazados.

Dantioch, apoyado en una de sus oxidadas rodillas, meditaba sobre una pila de mapas arrugados y salpicados de sangre. Los planos de Schadenhold cubrían el suelo de la agujereada plataforma y estaban manchados y tachados con tinta. Las anotaciones estratégicas de Dantioch casi ocultaban los detalles del gran diseño de la fortificación. Alrededor del forjador de armas se movían pies acorazados y el aire chirriaba por el incesante estampido de las armas. Cerca de él se desplomó un soldado de los Angeloi Adamantifractos, que respiraba por un agujero irregular en su pecho, y otro se desangraba hasta morir mientras un cirujano intentaba cauterizarle el muñón de su brazo perdido. Los bordes del pergamino absorbían parte del charco de sangre que crecía, pero el forjador de armas, que se llevaba la pluma a la abertura de la boca de su máscara, estaba demasiado absorto en visualizaciones tridimensionales de aquellos mapas bidimensionales y apenas se dio cuenta.

—Que el pelotón Secundus retroceda hasta el puesto de resistencia del piso superior. Están a punto de quedarse aislados —ordenó Dantioch.

Los adamantifractos acribillaban el largo pasillo que llevaba al fortín con incesantes descargas de disparos láser que salían de los cañones llameantes de sus carabinas, y el oficial de mayor rango de los Angeloi Adamantifractos en el fortín, que a Dantioch le servía tanto como despacho táctico como de comunicaciones, el teniente

Cristofori, llevaba un brazo inútil y destrozado en cabestrillo. Estaba a cargo de una pequeña pero robusta consola de comunicaciones situada en el muro acribillado, y era los ojos y los oídos del forjador de armas sobre todo lo que sucedía en Schadenhold. Mientras el teniente transmitía la orden a través de un voluminoso equipo, Dantioch filtró la avalancha de informes que procedían de los intercomunicadores personales de los guerreros de hierro y de las estaciones de comunicación de diversos fortines. Tras colgar el receptor, se llevó un dedo a los auriculares y asintió con la cabeza.

—Señor, la Nueve Trece informa que ha visto refuerzos enemigos en la cubierta del hangar le transmitió el teniente.

—¿Legionarios astartes? —preguntó Dantioch.

Sería difícil de creer. A juzgar por los cuerpos, Krendl debía de haber comprometido ya a media Gran Compañía por el momento. Schadenhold estaba repleta de la progenie de Perturabo.

—El Ejército Imperial, mi señor. Parece un contingente de infantería de los Palafreneros de Bi-Nyssal.

Dantioch se permitió esbozar una sonrisa. Sangre fresca. Parecía que Krendl tenía refuerzos. Eso, contentaba e irritaba al mismo tiempo al forjador de armas. Krendl había sido enviado para conseguir refuerzos para el primarca y Horus Lupercal, no para agotar los valiosos recursos humanos del señor de la guerra. Eso sería bastante lamentable. El problema de los refuerzos era que eso significaba que Krendl se había equipado para acabar con el asedio. Horus no permitiría que la información sobre la resistencia de Damantyne Menor y la lealtad al Emperador de algunos guerreros de hierro llegase a los oídos de otras legiones. El final estaba cerca.

—La Nueve Trece se ha visto forzada a retroceder hasta los almacenes de combustible. Esperan órdenes —añadió Cristofori.

Dantioch gruñó.

—Dígale al oficial superior que tiene permiso para usar los detonadores restantes de la Nueve Trece en los tanques de promethium. —El forjador de armas tachó los hangares de Stormbird en los planos de Schadenhold—. No los necesitaremos. Tampoco se los dejaremos a nuestros enemigos. La Nueve Trece puede retroceder por escuadras hasta la abertura de mantenimiento —continuó, clavando la punta de la pluma en el pergamino—. Que continúen hasta alcanzar al sargento Asquetal en el fortín Norte-IV.

—Señor, además, los fortines Sur-II y Este-III informan que las provisiones de

munición son cada vez más escasas.

—Repliegue a todos nuestros hombres en los niveles dos y tres al puesto de resistencia del coronel Kruishank en el centro —resopló por encima del estruendo de los disparos.

—El coronel está muerto, señor.

—¿Qué?

—El coronel Kruishank está muerto, señor.

—¡Maldición! Entonces que se reúnan con el capitán Galliop. Ellos aún tienen algunos suministros.

—Sí, señor —contestó Cristofori sin inmutarse, y comenzó a transmitir las órdenes del forjador de armas.

Aquél había sido el orden de las cosas hasta donde alcanzaba la memoria de los habitantes de Schadenhold: una batalla coordinada hasta el más mínimo detalle bajo la furia de las ráfagas de bólter. Mientras que la tronera elevada estaba pensada para proporcionar la comodidad de disparar sin problemas, abajo, en el fondo de la cámara, los guerreros de hierro, los adamantifractos y los ogros genéticos luchaban con un frenesí alimentado por la adrenalina. Cada uno sabía que su vida dependía de la implacable muerte de sus enemigos, y no había sitio donde eso fuera más evidente que en la angosta entrada del fortín. Los muros sobre la abertura perdieron su forma angular y bordes toscos. El perpetuo ataque de ráfagas de bólter y fuego láser había triturado la roca y había devuelto a la entrada su irregularidad rocosa y cavernosa propia del sistema de cuevas que se ocultaba tras los muros. Desde el techo llovía la sangre derramada por aquellos que habían fracasado al intentar irrumpir en la cámara; la parte inferior era un túmulo de cuerpos despedazados por la artillería y armaduras aplastadas.

En el centro del fortín se encontraba el venerable Vastopol. El dreadnought era demasiado grande como para utilizar la protección que proporciona el diseño arquitectónico, y en su lugar permaneció inamovible como una máquina poseída, machacando todo lo que entraba con los tubos resplandecientes de sus cañones automáticos abrasadores. La máquina de guerra se había llevado la peor parte en la defensa del fortín, y las placas reforzadas del cuerpo del sarcófago eran una masa ardiente y agujereada por los disparos de bólter. La máquina monstruosa se encontraba sobre el charco de sus propios fluidos hidráulicos y echaba chispas por una de sus pesadas piernas. El tubo de su cañón inferior había reventado y el

destrozado puño de sierra que colgaba bajo el mismo era una maraña dentada. Por encima del dreadnought, disparando desde las troneras y los huecos de los merlones de los muros, estaban los superhumanos afines a él. Expertos en el arte de obstaculizar, los guerreros de aquella legión astartes se enorgullecían de su valía en el asedio: cada guerrero de hierro defensor tenía que dar muerte a muchos de sus hermanos traidores para cumplir con las ecuaciones del forjador de armas: unas anotaciones calculadas en tiempo y sangre.

—¡Lanzamisiles! —dijo a gritos Tarrasch desde el suelo de la cámara.

Un instante después, los guerreros de hierro y los adamantifractos apartaban las armas y se pegaban de espaldas a los elementos protectores mientras la cabeza explosiva atravesaba el pasaje a gran velocidad antes de entrar en el fortín. Tras golpear un merlón del muro, el misil explotó, derramando una lluvia de afilada metralla sobre las cabezas de los defensores ocultos.

La buena puntería de los angeloi adamantifractos abrasó toda la longitud de la vía de entrada, golpeando el blindaje de los guerreros de hierro lanzados al asalto y cortando en pedazos a sus enemigos del Ejército Imperial, convirtiendo en carne de láser al 4.ª de Juntarianos de Nadir-Maru de la Flota Expedicionaria. Aquellos que consiguieron llegar a la angosta entrada detuvieron a una tempestad con sus propias carnes: las ráfagas disciplinadas, para preservar la munición, que salían de los cañones de sus hermanos de batalla allí atrincherados. Los sitiadores con armadura que llegaron a traspasar la entrada de la cámara se abalanzaron contra un incesante chorro de disparos de los cañones automáticos y de ráfagas de láser, y se desviaron a izquierda y derecha en una búsqueda desesperada por ponerse a cubierto. Su deseo de asegurar la posición en el fortín los llevó directamente a las manos del palatino de hierro y sus tropas de asalto.

Los Hijos de Dantioch, gigantones descendientes genéticos cubiertos de cicatrices, empujados hasta lo indecible por las hormonas y por una ferviente lealtad, recibieron a los intrusos con herramientas colosales creadas por ellos mismos: mazas con punta de diamantine, palas dentadas y picos con forma de garra. Por si eso no fuera ya suficiente pesadilla para los asaltantes, el palatino de hierro, el capitán Zhnev y el ultramarine Tauro Nicodemus lideraban la carga.

Un guerrero de hierro asaltante apareció entre una masa de enemigos acribillados por los disparos, una imagen borrosa negra con rayas amarillas. Con su armadura Mark IV cubierta de abolladuras de disparos, la bestia se tambaleó hacia un muro, y

después hacia el otro, antes de caer rodando. Lo siguieron otros dos traidores disparando sus bólters y una estela de juntarianos de Nadir-Maru que aprovecharon la oportunidad.

Los enormes descendientes genéticos se lanzaron contra el marine espacial que los encabezaba, y con sus picos y palas arrancaron chispas de su ceramita ya machacada. El segundo apuntó su bólter directamente hacia Nicodemus. El destello azul de la armadura del ultramarine atrajo la atención del guerrero al instante. Zhnev no perdió el tiempo con el tercero y disparó los pistones de su brazo biónico. Su crozius arcanum con forma de martillo osciló por el aire describiendo un arco impredecible y pendular que chocó contra el casco del guerrero de hierro y atravesó las placas de armadura y el hueso en el punto donde el cuello del marine espacial se unía con los hombros. El capellán de los Guerreros de Hierro activó los pistones de nuevo y retrajo la reliquia sagrada con rapidez. Zhnev comenzó a girar por el movimiento pendular del crozius y gritó con furia antes de arrancarle del cuerpo su herético casco.

Tarrasch atravesó el haz de sangre resultante con disparos alternativos de cada una de sus pistolas bólter, reduciendo así el número de tropas de Nadir-Maru que entraban por la angosta abertura. Unas caras oscuras y brillantes bajo turbantes lujosos mostraron unos dientes blanqueados al palatino de hierro. El antiguo capitán de los Guerreros de Hierro gritó varias instrucciones a los guerreros de los Angeloi Adamantifractos ubicados en los muros y a los Hijos de Dantioch situados más abajo para que abatiesen a los juntarianos cada uno con sus propios modos de combate.

El hermano Nicodemus de Ultramar tenía enfrente a un enemigo que se abalanzaba a grandes zancadas hacia él, y efectuó varios barridos con la resplandeciente hoja de su gladio. Con el otro brazo siguió sujetando el peso de un enorme escudo de tormenta. El escudo era tan alto como el propio ultramarine, una placa rectangular de superficie curvada y semicilíndrica que crepitaba por efecto del campo de energía protector. El paladín lo tenía firmemente agarrado a su costado, como el mamparo de una esclusa de aire.

Los Guerreros de Hierro de Dantioch eran salvajes en la lucha cuerpo a cuerpo, comparables a los imparables Devoradores de Mundos o al fervor leal de los Ángeles Sangrientos. Los Guerreros de Hierro eran incluso más mortíferos cuando se los acorralaba, ya que se convertían en unas frías máquinas de terror y determinación. Nadie tenía la gallardía castrense ni la habilidad pura con la espada de la que Nicodemus hacía gala. Le arrancó el bólter de las manos al guerrero de hierro con el

peso del escudo chisporroteante antes de romper el arma con un movimiento en vertical de su gladio. Antes de que el aturdido guerrero de hierro tuviese tiempo de empuñar un martillo que llevaba al cinto, el ultramarine movió el gladio adelante y atrás a través de la armadura de su oponente. La espada chirrió al perforar el peto del guerrero de hierro y salpicó la cámara con sangre de un nativo de Olympia.

Cerca de él, el marine espacial que había encabezado el atrevido asalto se liberó del acoso de los esclavos genéticos. Un hacha sierra aulló en mitad de la masa de cuerpos colosales. El guerrero de hierro escapó de la prisión de músculos, grandes cabezas y extremidades de elefante de los Hijos de Dantioch que había en su camino. El crozius del capellán Zhnev resonó en el aire con un movimiento pendular y partió en varios trozos la cabeza del hacha motorizada. El guerrero de hierro respondió de inmediato llevando su guantelete hacia el cinto para empuñar la pistola bólter. Antes de que tuviera tiempo de acabar con el capellán, Tarrasch atacó al hereje con una implacable lluvia de disparos de sus propias pistolas. Improvisó a toda prisa el ángulo de tiro y ninguno de los proyectiles consiguió atravesar las placas de la armadura Maximus. El ataque había cortado en seco la huida del marine espacial, y los gigantones genéticos, hambrientos de revancha, se ocuparon del guerrero de hierro. Uno de los monstruos rodeó el cuello blindado del astartes con un brazo abultado mientras que otros dos lo agarraron de los brazos. Los ogros tiraron brutalmente de sus extremidades y, con un crujido escalofriante y un sonido húmedo de liberación repentina, los sellos de la armadura cedieron, lo mismo que el cuerpo que albergaba.

En el lado contrario de la angosta entrada, los ogros genéticos mataban a los juntarianos de Nadir-Maru con igual deleite. Cuando las descargas de fusilería láser y las caras oscuras se desvanecieron casi al mismo tiempo, quedaron a la vista dos figuras acorazadas. Tenían las armaduras cubiertas de cheurones y de rayas amarillas, y a la espalda, a cada lado de las mochilas de energía, llevaban un par de recipientes metálicos de promethium. Los guerreros de hierro, que entraron pisoteando a los juntarianos, apuntaron hacia adelante unas bocachas de gran diámetro. El extremo requemado y goteante de cada arma remataba un largo cañón.

Tarrasch se volvió hacia el fortín y gritó sólo dos palabras:

—¡A cubierto!

La onda expansiva producida por un infierno en erupción derribó al palatino de hierro a pesar de tener bien plantados en el suelo sus pies acorazados. Los estrechos confines de la cámara favorecieron que los lanzallamas pesados provocaran un daño

enorme. El aire se convirtió en humo y en un calor abrasador, una oscuridad densa como la tinta salpicada por chorros cegadores de promethium llameante disparado a presión. Los chorros de destrucción recorrieron ardientes toda la arquitectura defensiva, y su olor predominó sobre todos los demás. Aunque todavía se oía el tableteo de los bólters sobre el estruendo de los lanzallamas de los guerreros de hierro, había otro sonido que se imponía al resto: los aullidos de dolor de los hombres en llamas: angeloi, descendientes genéticos y nadir-maruvianos. Los guerreros de hierro, chamuscados dentro de sus propias armaduras, se movían con torpeza en mitad de aquella tormenta de fuego buscando un respiro.

Pudo ser una ráfaga de bólter disparada con furia pero a ciegas en la oscuridad, o quizá, un rayo disparado por una carabina o una pistola láser. Lo más probable es que se tratase de una ráfaga de los rugientes cañones automáticos del venerable Vastopol, pero algo impactó en uno de los recipientes metálicos de combustible. Una sucesión de explosiones se desencadenó a través del denso humo, derribando de espaldas a todos los que aún seguían con vida en la cámara. Las llamas se desplegaron por el techo y el suelo, por los planos tácticos del fortín, por la entrada angosta y bajo el atestado pasaje que se abría un poco más adelante.

El guantelete de Dantioch se agarró a lo alto del muro de la plataforma como si fuera un garfio. El forjador de armas tiró de sí mismo y se levantó sobre unos pies temblorosos entre el torbellino de humo para luego apagar a pisotones el fuego que estaba quemando sus esquemas. Cristofori estaba muerto, así como el adamantifracto herido y su cirujano. Cuando el humo empezó a despejarse, Dantioch echó una mirada al suelo del fortín. Había cuerpos por todas partes, tanto leales como traidores: una alfombra de armaduras abrasadas y de carne carbonizada. Una destrucción parecida se extendía a lo largo del pasaje de la puerta. Sin embargo, había movimiento al otro lado, y no les llevaría mucho tiempo a sus atacantes organizar un asalto para aprovechar la ventaja que les brindaba aquel infierno.

El forjador de armas bajó los escalones del alféizar apoyando una mano en el muro.

—¡Tarrasch! —llamó Dantioch.

Un movimiento repentino llegó desde el hollín y el denso humo.

—Señor —respondió el palatino de hierro.

La explosión había lanzado al guerrero de hierro por el aire y lo había estrellado contra un muro, lo que hizo que perdiera el sentido. Sus palabras sonaron

temblorosas, pero el marine espacial estaba vivo.

—Se acabó. Estamos en peligro. Fuerzas enemigas inminentes. Ayuda a los supervivientes a levantarse.

—Sí, mi señor.

Mientras que Tarrasch se movía torpemente entre la carnicería buscando supervivientes, Dantioch pasó sus guanteletes por el muro. El forjador de armas comenzó a golpear la piedra de forma experimental a lo largo de toda su extensión. Satisfecho al encontrar lo que buscaba, el forjador de armas volvió hacia el mastodóntico dreadnought que permanecía vigilando en el centro del fortín, con los cañones automáticos dispuestos.

—Vastopol, ¿sigues aún con nosotros, amigo mío? —le preguntó el forjador de armas.

Por toda respuesta, el dreadnought siguió ardiendo. Las explosiones no le habían hecho mucho daño a la máquina salvo chamuscar su adamantium y prender fuego a las volutas, estandartes y florituras decorativas que adornaban su voluminosa silueta.

—No seas así —dijo Dantioch—. Se acabó. Podríamos seguir luchando hasta que cayese el último, pero ¿qué ganaríamos con eso?

El dreadnought permaneció quieto, inamovible.

—Esto no es Gholghis —le recordó Dantioch a su hermano de batalla—. Es prerrogativa del forjador de armas decidir cuándo se lucha y cuándo no. Nos han derrotado aquí. Es hora de llevar la guerra a otro lugar. Ahora, ven y ayúdame; puede que aún tengas una historia que contar.

El venerable Vastopol se puso en movimiento arrastrando su pierna destrozada, de la que no dejaban de saltar chispas, entre los cuerpos del suelo del fortín, y mientras tanto, Tarrasch se abrió camino entre los muertos y los moribundos. Todos los angeloi habían perdido la vida, lo mismo que los Hijos de Dantioch que quedaban. El infierno llameante había acabado con todos ellos, y sólo un puñado de legionarios astartes, protegidos de lo peor de la explosión por sus armaduras de combate, había sobrevivido a la catástrofe.

—¡El enemigo está avanzando! —gritó Tarrasch desde la entrada.

—¡Vamos, vamos! —instó Dantioch a los marines espaciales que emergieron del humo y la destrucción.

Tauro Nicodemus apareció a su lado de forma repentina, con la armadura antes inmaculada manchada por el hollín y salpicada de sangre.

—Pensé que éste era el lugar de retirada definitiva —comentó el tetrarca.

El ultramarine había supuesto que moriría allí, y que lo haría llevándose con él tantas vidas de traidores como le fuera posible.

—El juego aún no ha acabado —afirmó Dantioch—. Reunid vuestras armas.

—¿Hacia dónde vamos?

—Al otro lado de este muro.

Dantioch golpeó una parte del muro del fortín. Un punto débil dejado a propósito cuando se construyó el lugar.

—Vastopol.

El dreadnought, renqueante, se acercó al muro y estrelló uno de sus hombros contra la mampostería. Una nube de rocas y polvo cayó sobre la máquina de guerra. Vastopol se apartó de la abertura para permitir el paso de los legionarios astartes supervivientes: el forjador de armas, el palatino de hierro, el hermano sargento Ingoldt, los hermanos Toledo y Baubistra, el ultramarine Nicodemus y el capellán Zhnev. Más allá, se abría una ancha y empinada escalera de roca que corría paralela al muro y llegaba hasta el primitivo techo cavernoso de Schadenhold. Los legionarios astartes avanzaron en cabeza a grandes zancadas, mientras el venerable Vastopol subía los escalones con dificultad, ya que la maltrecha pierna constituía una dificultad añadida a su penosa ascensión.

El hueco de la escalera retumbó y se estremeció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tarrasch.

Todos se quedaron mudos en la oscuridad durante un momento. Entonces, un temblor sacudió la piedra sobre sus cabezas. Los escalones temblaron bajo sus pies y varias grietas rompieron el tosco techo del hueco de la escalera y sus muros.

—Es el Omnia Victrum —explicó Dantioch—. Krendl tiene por fin a sus titanes en posición.

El forjador de armas trató de imaginarse a los colosos con cicatrices de ácido que estaban fuera, las máquinas de guerra restantes de la Legio Argentum. El Omnia Victrum era un titán de la clase Imperator. Una montaña de blindaje carcomido por el óxido que avanzaba a grandes pasos por la caverna como un dios vengador. A sus flancos llevaba un armamento de proporciones inmensas, unas herramientas de destrucción monstruosas, capaces de devastar ciudades y hacer caer a los dioses máquina enemigos. Sobre su espalda se asentaba una ciudad por sí sola: un paisaje descomunal de capiteles, torres y plataformas corroídas. Una base de operaciones y

barracones móviles de refuerzos a la espera de ser utilizados.

—Está debilitando el flanco sur de Schadenhold con sus cañones y turboláseres antes de desembarcar a las tropas.

El Imperator era enorme, y casi con toda seguridad tan grande como la ciudadela de los Guerreros de Hierro. Era capaz de vomitar una horda de guerreros de hierro traidores que acabase con el asedio de una vez por todas y reforzar a los contingentes de infantería de los Palafreneros de Bi-Nyssal. Aquella sangre renovada recorrería la sección sur de Schadenhold para reunirse con Krendl y sus mermadas fuerzas en el norte, y la resistencia de los guerreros de hierro leales sería invadida y aplastada. Ni los ingeniosos fortines de retirada de Dantioch serían capaces de salvar a los habitantes de Schadenhold de la masacre que se avecinaba.

Los temblores azotaron el hueco de la escalera otra vez, haciendo trastabillar a varios marines espaciales. Dantioch cayó sobre Tarrasch, que ayudó a recuperarse a su forjador de armas, pero la mayoría tenía la mirada fija en el techo. La roca y el polvo llovieron de nuevo sobre los guerreros de hierro, y los muros se estremecieron.

—El pasillo se está viniendo abajo —apuntó Nicodemus mientras se resguardaba bajo su escudo de tormenta.

—La estructura aguantará —les aseguró Dantioch. Estaban en el techo primitivo de la caverna de Schadenhold. La artillería de asalto del Omnia Victrum estaba machacando la ciudadela con sus proyectiles, lo que hacía temblar los cimientos rocosos de la misma. El sonido cada vez más cercano de las armas subía por el hueco de la escalera. Eran los bólters de los legionarios traidores y las carabinas láser empuñadas por los juntarianos de Nadir-Maru. El enemigo había invadido el fortín vacío y los había seguido por el hueco del muro. Los disparos persiguieron a los partidarios del Emperador. Los asediadores de Krendl seguían la trayectoria de sus proyectiles.

—¡Vamos! —gritó Dantioch, y continuó ascendiendo.

—¡Forjador de armas!

Oyó la llamada de Tarrasch, y al darse la vuelta vio como su palatino de hierro se deslizaba retrocediendo sobre sus pasos hasta la posición del venerable Vastopol. Aunque el muro sur había resistido, se había derrumbado parcialmente, creando un cuello de botella por el que la enorme masa del dreadnought no podía pasar. La máquina de guerra estaba atrapada, con los hombros acorazados ladeados pero encajonados entre los muros del hueco de la escalera. Estaba pegado a la roca y era

incapaz de abrirse camino con su pierna destrozada.

El fuego enemigo impactó en la espalda acorazada del dreadnought. El hermano sargento Ingoldt y el palatino de hierro agarraron las extremidades de la máquina de guerra y tiraron del monstruo de metal. La intensidad de los disparos procedentes de la otra parte iba en aumento, iluminando la silueta del venerable Vastopol mientras los guerreros de hierro luchaban por liberar a su camarada. Los altavoces del dreadnought retemblaron con los aullidos de dolor del guerrero que lo ocupaba al mismo tiempo que los implacables rayos de fuego láser y disparos de bólter le hacían trizas las placas de blindaje traseras.

Baubistra y el capellán Zhnev bajaron corriendo hasta la máquina de guerra. El hermano Baubistra se lanzó hacia el frontal del cuerpo del sarcófago y trepó hasta las armas pesadas. Entre lo más alto de los poderosos hombros del dreadnought y el techo del hueco de escalera, Baubistra encontró un espacio para colocar el bólter, y comenzó a devolver los disparos con ráfagas cortas para ahorrar munición. Zhnev fue directo al diafragma de Vastopol y se lanzó violentamente contra el dreadnought con su armadura de combate con la esperanza de que su impacto pudiese desencajar a la máquina de guerra. El capellán fracasó. El venerable Vastopol se había convertido en un objeto inamovible. Sólo las imparables fuerzas de las tropas traidoras de Krendl serían capaces de sacarlo de allí, cuando llegara aquel momento, el dreadnought guerrero de hierro quedaría convertido en un muro de adamantium y ceramita que separaría ambos bandos.

Tarrasch oyó un silbido familiar.

—¡Lanzamisiles! —gritó.

Un misil se estrelló contra la espalda del dreadnought y derribó a Baubistra de su posición privilegiada a la vez que arrancaba del venerable Vastopol un bramido amplificado de agonía y angustia. Le siguieron dos misiles más, que destrozaron el caparazón blindado de la máquina de guerra. Los quejidos de Vastopol se hicieron más constantes mientras el gigantesco cuerpo metálico del guerrero de hierro se derrumbaba a su alrededor. Dantioch bajó apresurado hacia el dreadnought.

—Sacadlo —ordenó el forjador de armas.

—¡Pero morirá! —alegó Zhnev a gritos para hacerse oír por encima del estruendo de la batalla.

—Hazlo.

Tarrasch miró a Dantioch y a su capellán. Y después hacia arriba, donde se

encontraba Tauro Nicodemus esperando.

—Mi señor, necesitamos herramientas especiales y al magos generador Urqhart para poder hacerlo —intervino Tarrasch.

Dantioch apoyó sus guanteletes en el frío metal del sarcófago del venerable Vastopol. El guerrero de hierro de su interior seguía gimiendo agónicamente a través de sus altavoces.

—Vastopol, escúchame —le dijo el forjador de armas—. No te abandonaremos, amigo mío. Tenemos que liberarte. ¿Puedes ayudarnos?

La servogarra del dreadnought se elevó despacio entre ellos. A pesar de lo inclinada que estaba, la máquina de guerra todavía podía utilizar sus apéndices, pero poco más. El dreadnought juntó las puntas de sus garras en forma de púa y la clavó en la placa blindada del sarcófago. Unos pistones gigantescos y varios mecanismos hidráulicos se movieron en el interior del apéndice, haciendo que la garra se abriese una vez en el interior. El brazo se retrajo con un poderoso tirón. El cuerpo acorazado del Dreadnought se resistió a una automutilación, pero al final la placa se separó del armazón agujereado de la máquina.

El fluido amniosarcofágico salió en cascada del interior de la cápsula, salpicando los escalones y a los marines espaciales cercanos. Las descargas de energía recorrieron el maltrecho interior, y la cavidad dejó escapar una vaharada de vapor. El hedor era penetrante. Varios pequeños incendios estallaron dentro, y los cables y conexiones chisporrotearon. Allí enterrado, como un feto arcaico, yacía lo que quedaba del antiguo hermano Vastopol. Al guerrero poeta apenas le quedaba un atisbo de vida. Su piel de pergamino estaba encogida, y sus brazos se mostraban esqueléticos y carentes de músculos. Hacía tiempo que había perdido las piernas, y su torso era una escuálida jaula de huesos plagada de tubos que lo mantenían con vida y conectores de impulsos que vinculaban al envejecido legionario astartes con su tumba-matriz metálica.

—Sacadlo —ordenó Dantioch.

El capellán Zhnev y el hermano Toledo arrancaron al consumido guerrero de hierro del sarcófago, le extrajeron los tubos de entre sus labios marchitos y sus dientes amarillos y lo desconectaron de su interfaz de impulsos cerebrales que lo mantenía conectado al cuerpo destrozado del dreadnought. Los dos guerreros de hierro levantaron a Vastopol, con los brazos extendidos sobre los hombros de ceramita. Su cara de calavera con la cabellera mojada y raída descansaba en la armadura del capellán.

Una nueva oleada de misiles golpeó la barricada formada por el armazón vacío del dreadnought, y los guerreros de hierro se retiraron escaleras arriba. A pesar de estar extenuados por el asedio, los marines espaciales avanzaron con rapidez, sólo ralentizados por las precarias condiciones de Vastopol y la tos áspera que paralizaba al forjador de armas con una regularidad exasperante. Al llegar a la cima de la escalera se encontraron con una trampilla de hierro ubicada en el techo del pasadizo. Mientras avanzaba debilitado hacia los últimos escalones, Dantioch ordenó que se abriese la trampilla y que los guerreros de hierro pasaran al otro lado.

La cámara a la que accedieron era grande y oscura. El forjador de armas empujó una robusta palanca encajada en la piedra del muro y las lámparas comenzaron a parpadear. El aire en calma que rodeaba a los legionarios astartes cobró vida con el estruendo de unos potentes generadores.

—Selladla —ordenó Dantioch al hermano Baubistra, señalándole la trampilla.

Dantioch, que caminaba a grandes pasos por la cámara, fue avasallado a preguntas. La cámara no era ningún fortín, aunque parecía albergar una pequeña armería: arcones de munición, granadas y varias servoarmaduras Mark III. El forjador de armas hizo caso omiso de las preguntas de sus hermanos y se dedicó a activar una hilera de runas cercana.

—Sargento Ingoldt, hermano Toledo, por favor, sed tan amables de poner al venerable Vastopol en una de esas servoarmaduras de repuesto.

—Eso no lo salvará —le contestó Zhnev a su forjador de armas.

—Capellán, por favor. Mientras aún estemos a tiempo.

—Forjador de armas, debo insistir en que nos dé una explicación —dijo Tauro Nicodemus después de echar una mirada a la cámara—. Pensé que nos estábamos replegando hacia otro puesto de resistencia.

—¿Con qué fin, ultramarine? —le preguntó Dantioch al tiempo que sus guanteletes se deslizaban por los glifos y runas de la consola—. Schadenhold se ha perdido. Los leales que aún queden en la ciudadela serán masacrados por los refuerzos de Krendl y el Omnia Victrum reducirá a escombros el resto. Esta fortificación ha proporcionado al Emperador y a Roboute Guilliman trescientos sesenta y seis días en la Antigua Terra. Trescientos sesenta y seis días conseguidos con sangre de Olympia para que pudieran organizar una respuesta a la Herejía y fortificar el Palacio Imperial para obtener un desenlace más favorable que el nuestro.

—¿Cuál es el plan, mi señor? —inquirió Tarrasch, expresando en voz alta los

pensamientos de todos los que estaban en la cámara.

Dantioch miró a su alrededor, a aquel entorno cavernoso.

—Ésta es la última de las estrategias secretas de Schadenhold —respondió el forjador de armas—. Una solución final para todo asedio y una respuesta a todo enemigo que nos haya llevado hasta este punto.

—Dijisteis que la fortaleza se había perdido —manifestó Nicodemus.

—Hay muchos momentos durante una batalla en los que puedes explotar la debilidad de tu enemigo. Nosotros, a lo largo del asedio, hemos explotado casi todas ellas. No es en absoluto irónico decir que un enemigo muestra su nivel más débil momentos antes de la victoria: cuando alcanza su punto más alto de despliegue y determinación en la búsqueda del éxito. Nosotros vamos a aprovecharnos de eso ahora.

—¿Cómo? —insistió el paladín.

—En un asedio, las finalidades van en primer lugar. Debemos aceptar nuestro destino final y prepararnos para su llegada. Esta cámara fue una de las primeras que construí cuando diseñé Schadenhold. Está situada en el techo de la caverna, justo en los cimientos rocosos de la fortaleza. Alberga dos importantes equipos conectados por una consola común: un gatillo para ambos, si lo prefieres. El primero es un pequeño teletransportador con los generadores necesarios para hacer funcionar tal equipamiento. El segundo es un detonador conectado a explosivos situados en puntos débiles estratégicos de los cimientos de la ciudadela. La gravedad hará el resto. —Dantioch dejó que los demás asimilasen la enormidad de su plan—. Capellán Zhnev, por favor, dé comienzo a los rituales de teletransportación. Nuestro viaje será rápido, pero nuestro destino es muy importante.

Mientras que el capellán se aproximaba a las placas de control del teletransportador, Tarrasch ayudó a Ingoldt y a Toledo a meter dentro de la armadura a un Vastopol que apenas respiraba.

—¿Cuál es ese destino? —preguntó Nicodemus al forjador de armas. El ultramarine no estaba acostumbrado a las oscuridades tácticas.

—El enemigo ha utilizado todo con lo que contaba en la toma de esta fortificación, y eso sin duda ha dejado debilitada la suya propia. Vamos a teletransportarnos a la Benthos y tomaremos el puente de mando por sorpresa y por la fuerza. Hermanos, el tiempo apremia. Tomad posiciones, por favor.

Mientras Tarrasch y otros dos guerreros de hierro arrastraban la figura

servoacorazada del venerable Vastopol hasta las placas de transferencia, Nicodemus levantó su escudo de tormenta y se lo sujetó en el hombro. El ultramarine los siguió titubeante.

Baubistra tenía el casco pegado a la trampilla.

—Creo que han logrado pasar, forjador de armas. El enemigo se aproxima —anunció.

—Muy bien, hermano Baubistra; ahora reúnete con tus hermanos.

Mientras Baubistra se acercaba a grandes pasos, Dantioch puso en marcha el protocolo de armamento de los explosivos colocados en los profundos cimientos rocosos del techo de Schadenhold. Después, abrió los canales de comunicación de todos los niveles y los altavoces de toda la ciudadela.

—Idriss Krendl —dijo Dantioch entre dientes—. Capitán, te habla tu forjador de armas. Sé que estás ahí, en algún lugar de mi fortaleza. Sé que los traidores te hacen compañía y que te cobijas a la sombra de los dioses máquina de la Colegia Titánica. Enfrentado a todo esto, te hablaré por última vez. Y te vuelvo a recordar que esta fortaleza no servirá los intereses de nuestro poco cariñoso padre ni los de su renegado señor de la guerra. Pero, capitán, me equivoqué cuando te dije que Schadenhold nunca caería. Idriss, sí que caerá…

Con esas palabras, el forjador de armas cerró los canales y puso en marcha tanto el activador del teletransportador como el de los detonadores. Se colocó entre Nicodemus y los guerreros de hierro dentro de las placas de transferencia, y luego Dantioch se acomodó la capa. El forjador de armas selló su máscara y pestañeó en la oscuridad interior, sintiendo el antinatural empuje de la disformidad en su armadura. En algún lugar de la lejanía le pareció oír la primera de las detonaciones, unas explosiones gigantescas que reventaron los puntos débiles de los cimientos de la fortaleza. Con los ojos cerrados y los horrores de la teletransportación sobre él, Dantioch se imaginó lo que siempre había pensado que nunca llegaría a ver.

La caída de Schadenhold. Su caída literal desde el techo de la caverna. Trillones de toneladas de roca y tortuosa arquitectura cayendo al suelo rocoso, llevándose con ella a los miles de guerreros de hierro traidores y a los soldados imperiales que habían provocado la derrota de Schadenhold. La venganza final de la fortaleza, lograda con la fuerza de la gravedad, el fuego y la piedra, cayendo y aplastando bajo ella, en una montaña inimaginable de sangre y escombros, al poderoso Omnia Victrum y los dioses máquina en su destrucción total.

>Dantioch despresurizó su máscara y lanzó una mirada sobre la cubierta de despegue de la nave insignia Benthos. Estaba en buena parte vacía; la mayoría de los Warhawk y los Stormbird del crucero habían participado en el despliegue y los ataques aéreos en Schadenhold. El Stormbird alrededor del cual los guerreros de hierro se habían materializado era de color verde pálido y portaba los símbolos y los ornamentos que lo señalaban como perteneciente a los Hijos de Horus. Era el transporte personal de Hasdrubal Serapis.

Tarrasch bajó por la rampa del Stormbird portando un señalizador de teletransporte. Dantioch había ordenado secretamente que el dispositivo fuese colocado en la nave durante su encuentro con Krendl y el capitán de los Hijos de Horus en el gran reclusiam.

—¿Cómo llegaremos hasta el puente de mando? —quiso saber el capellán Zhnev.

—Con el menor derramamiento de sangre posible —le contestó el forjador de armas—. Estamos en la nave insignia de la 45.ª Flota Expedicionaria. Los guerreros de hierro son habituales en sus cubiertas. Formemos parte de esa normalidad.

—¿Y qué pasa con él? —apuntó Tarrasch, refiriéndose a Tauro Nicodemus. A pesar del hollín y la sangre, el color de la armadura del ultramarine era visible.

—La tripulación no pondrá en duda a un miembro de las legiones astartes.

Avanzaron desesperadamente por la cubierta de despegue; Dantioch seguido de sus camaradas leales al Imperio. Los marines espaciales lucharon contra el deseo de mantener sus bólters preparados y optaron por actitudes más relajadas o ceremoniales. El hermano Toledo y el sargento Ingoldt llevaban la armadura flácida del venerable Vastopol entre ellos, lo que daba a los infiltrados incluso menos apariencia de ser una fuerza agresora.

Apenas quedaban legionarios astartes a bordo de la nave, ya que casi todos los guerreros de hierro habían sido destinados a las profundidades del planeta. Lo que los marines espaciales se encontraron en su mayor parte fue personal de Estado Mayor y la multitudinaria tripulación del crucero. Pocos de aquellos mortales se atrevían a posar la mirada en los semidioses, especialmente bajo el brutal régimen de Krendl, así que el recorrido hasta la cubierta de mando discurrió sin incidentes. La estrategia de Dantioch se había ejecutado de manera tan audaz y descarada que nadie a bordo de la Benthos llegó a pensar ni por un segundo que estaban ante un asalto.

Su aproximación silenciosa al puente de mando casi se echó a perder debido a una inesperada sirena. Los guerreros de hierro alzaron los bólters y adoptaron posiciones

defensivas al instante.

—Continuad como si nada —les ordenó Dantioch.

Los leales oyeron el estruendo de las botas de armadura en la cubierta de delante.

—No nos han descubierto. No nos atacan —afirmó Dantioch.

Tras luchar contra el instinto natural y la vulnerabilidad evidente de su situación, los guerreros de hierro dejaron que los cañones de las armas volviesen a apuntar hacia el suelo de la cubierta. Un pequeño contingente de veteranos de la 14.ª Gran Compañía de Krendl desfiló por una intersección en el pasillo que se abría delante de ellos. Una vez sus pisadas se desvanecieron, Dantioch se volvió hacia sus propios veteranos para darles una explicación.

—En estos momentos, los supervivientes en Damantyne Menor ya habrán informado de la devastación, la pérdida de Krendl, de las fuerzas del señor de la guerra y del *Omnia Victrum*. Quienquiera que esté al mando querrá una confirmación visual de ese informe. Cinco hermanos de la legión menos a los que enfrentarnos.

Dantioch se dio la vuelta y avanzó con seguridad por los escalones hasta el puente de mando, flanqueado por el hermano Baubistra y por el palatino de hierro. Cuando el forjador de armas alcanzó la parte superior y miró de un lado a otro del extenso puente de la Benthos, le dio otro ataque de tos: un espasmo de convulsiones secas que llamó la atención e hizo que las cabezas se volviesen.

El puente de la Benthos era un hervidero de actividad, con suboficiales y servidores de aspecto enfermizo ocupados en sus tareas respectivas entre el laberinto de los bancos de runas, cogitadores y consolas que dominaban toda la cubierta de mando. Dos guerreros de hierro equipados con servoarmaduras de la clase Maximus montaban guardia en el arco de salida del puente, y el lord comandante Warsang Gabroon, del 4.° de Juntarianos de Nadir-Maru, se encontraba reunido con los oficiales con turbante de su equipo táctico. El lord comandante seguía igual que como lo recordaba Dantioch, y continuaba retorciéndose las trenzas de la barba de forma inconsciente mientras lanzaba miradas de incredulidad y decepción a sus subordinados.

En el epicentro de toda aquella actividad, el destino de todos los informes, datos e información, se encontraban tres guerreros de los Hijos de Horus, unos ctonianos morenos que se comportaban con aire de superioridad y que mantenían el ceño fruncido en un gesto de astucia insidiosa. Entre ellos hubo uno que, al instante, reconoció lo que todos los demás a bordo de la Benthos no habían sido capaces de

ver: la amenaza que había aparecido ante ellos. El forjador de armas enemigo, Barabas Dantioch.

Baubistra y Tarrasch se abrieron paso hasta el puente por delante de su señor. Tras poner los cañones de sus armas en las sienes de los centinelas traidores, bramaron a sus hermanos de Olympia que depusiesen las armas y se arrodillasen. El sargento Ingoldt y Toledo abandonaron su carga y avanzaron con los bólters alzados y apuntando hacia los hijos de Horus. Los dos traidores que protegían a Hasdrubal desenfundaron sus pistolas bólter y la actividad en el puente disminuyó hasta un curioso punto muerto cargado de tensión. El capitán traidor no paraba de gritar con incredulidad mientras los guerreros de hierro y los hijos de Horus no se perdían de vista los unos a los otros apuntándose con sus respectivas armas. Con el capellán arrodillado junto al moribundo Vastopol y Dantioch agarrado al arco de entrada en su acceso de tos, fue el turno de Tauro Nicodemus para romper el punto muerto.

El paladín ultramarine avanzó a grandes pasos. Era el único que se movía en la cubierta de mando. Impertérrito, Nicodemus desfiló por delante de un apopléjico lord comandante Gabroon, que en esos momentos gritaba a los semidioses enfrentados que no disparasen dentro del puente de mando. La cara de Hasdrubal Serapis estaba contraída por la furia y la confusión. La destrucción en Damantyne Menor y la aparición de Dantioch con sus guerreros de hierro en el puente de mando ya había sido de por sí bastante inquietante, pero a eso se había unido la aparición de uno de los hijos de Guilliman, que estaba de pie ante él, un misterioso ultramarine que se había involucrado por sí solo en los asuntos del señor de la guerra y, sin duda, tenía algo que ver con la resistencia de los guerreros de hierro del planeta que se encontraba bajo ellos.

Hasdrubal retrocedió hasta una de las grandes mamparas ojivales que se alzaban sobre el puente. El grueso cristal era la única cosa que separaba al capitán marine espacial del hostil vacío del exterior. Sus dos centinelas no se movieron y siguieron el avance de Nicodemus con sus pistolas bólter. Hasdrubal miró a los guerreros de hierro que apuntaban con sus armas hacia el puente de mando justo enfrente de la enorme ventana. Gabroon siguió chillando, alarmado. Hasdrubal hizo un gesto de asentimiento, confiando en que los guerreros de hierro no fuesen tan idiotas como para disparar y volar la ventana de visualización, condenando a todos en el puente de mando a una sepultura de vacío.

—¡Matad a ese maldito ultramarine! —gritó Hasdrubal, enfurecido.

Los hijos de Horus abrieron fuego. Los guerreros de hierro apuntaron con sus bólters con la intención de responder de la misma manera.

—¡No disparéis! —ordenó Dantioch entre convulsiones de su torso agitado.

Con sus guerreros de hierro de cara a las mamparas ojivales del puente, no se podía arriesgar a que un solo disparo perdido agujerease el casco de la nave.

Nicodemus levantó el poderoso escudo de asalto de su enganche en el hombro y se lo colocó delante justo a tiempo para absorber la primera andanada de disparos de bólter de los marines espaciales traidores. Mientras los proyectiles golpeaban el cerúleo brillo de la placa, el tetrarca activó el campo protector del escudo. La buena puntería de los hijos de Horus fue algo digno de contemplar. Cada disparo de bólter dio en el blanco, y si Nicodemus no hubiera estado protegido detrás del escudo de tormenta, habría acabado atravesado por una lluvia de proyectiles capaces de perforar armaduras.

Al acercarse a los traidores, el alcance efectivo de las pistolas se redujo y el campo de energía del escudo de asalto comenzó a agrietarse. Uno de los proyectiles perforantes con núcleo de adamantium, diseñado para matar marines espaciales, atravesó la placa de blindaje e impactó en el hombro del ultramarine. Como digno paladín de Guilliman que era, Nicodemus siguió avanzando, y la expresión de Hasdrubal se contrajo todavía más por la furia y la incredulidad. Los hijos de Horus expulsaron los cargadores vacíos de sus armas antes de volver a cargar y reiniciar las andanadas de disparos. Sin embargo, nada detendría a Nicodemus.

Los marines espaciales de Hasdrubal vaciaron los cargadores de sus armas por segunda vez. Nicodemus recibió un disparo en el muslo, otro en el pecho y otro más en el hombro. Esta vez las balas de adamantium dieron en el objetivo y agujerearon el escudo y la armadura del ultramarine. El campo de energía crepitó y chisporroteó hasta sobrecargarse, dejando a Nicodemus solo con una placa perforada por los disparos de bólter entre él y sus enemigos. Después de cubrir el tramo final de la cubierta de mando, el paladín de los Ultramarines se echó encima de los hijos de Horus.

Desesperados, los traidores intentaron desenvainar sus espadas ctonianas. Nicodemus ya tenía empuñado en un guantelete su propio gladio. La palma blindada de la mano estaba resbaladiza debido a la sangre que le corría brazo abajo procedente de la grave herida que había sufrido en el hombro. Nicodemus giró entre los dos legionarios astartes golpeando al primero con el escudo de tormenta. Sintió el corte de

una espada enemiga en la placa abollada y volvió a golpear al hijo de Horus. El ultramarine estiró el brazo y movió el escudo a un lado como una puerta que se abre, lo que le permitió al traidor lanzar una estocada salvaje y alocada. La espada atravesó el espacio al descubierto entre el codo y la cadera. Nicodemus bajó rápidamente la hoja de su gladio y tajó el antebrazo acorazado del marine espacial. El guantelete y la espada repiquetearon al caer en la cubierta.

El ultramarine aprovechó la ventaja que tenía contra un guardia de honor como él. Dejó al traidor sin sentido tras golpearlo con el escudo de tormenta. El canto del escudo le sacudió el casco de un lado a otro. Aturdido, el hijo de Horus resbaló en su propia sangre y cayó al suelo. Nicodemus hundió la punta de una de sus botas servoacorazadas en la placa frontal del casco del traidor para hacerlo rodar. De pie ante su enemigo boca abajo, Nicodemus sostuvo el filo inferior del escudo rectangular sobre el cuello del marine espacial. Miró a Hasdrubal y al centinela restante, quien se plantó con gesto desafiante entre el ultramarine y su señor. Nicodemus dejó caer todo el peso del escudo de tormenta, que produjo un crujido escalofriante. El cierre sellado entre la placa pectoral y el casco se rompió y el borde del escudo decapitó al traidor.

El pecho acorazado del ultramarine se movió arriba y abajo por el esfuerzo mientras se tomaba un instante para recuperarse, antes de alzar el poderoso escudo frente a él y correr hacia el escolta que quedaba. De nuevo, Nicodemus sintió el leve corte de la ligera espada ctoniana en la placa acribillada por los disparos de bólter. Esta vez, el ultramarine no se detuvo. Empotró al hijo de Horus en el grueso cristal de la ventaja ojival.

Aplastado entre la ventana de observación y el ultramarine, el traidor soltó su arma e intentó agarrar el filo del escudo con la punta de sus dedos de ceramita. Nicodemus lo aplastó contra el cristal por segunda vez, e incluso una tercera. Finalmente, el hijo de Horus consiguió agarrar el escudo, con la intención de empujar a un lado la placa y rodear el cuello del ultramarine con sus guanteletes.

No llegó a tener esa oportunidad. Nicodemus echó hacia atrás el gladio y luego atravesó el escudo de tormenta con la punta del arma para ensartar al marine espacial que se encontraba al otro lado. Se oyó un grito ahogado. Ligero. Casi inaudible. Nicodemus retiró la espada, se echó a un lado y dejó que el escudo junto con el hijo de Horus golpearan el suelo del puente de mando.

Hasdrubal se dio la vuelta. Como todos los demás en el puente, el capitán había pensado que el ultramarine arrojaría por la ventana al marine espacial, rompiendo el

grueso cristal e invitando a que el vacío penetrara en el interior. El capitán miró con miedo al paladín de Guilliman. Nicodemus se paseó de un lado a otro delante de él sujetando en el guantelete el gladio manchado de sangre. Soltó el casco adornado con un penacho y lo dejó caer por detrás de la cabeza. Atrás quedó la elegancia castrense y la calma patricia. Nicodemus escupió sangre en la cubierta. La pistola bólter que Hasdrubal empuñaba no dejó de temblar. Los guerreros de hierro los rodearon, apuntando con sus bólters al traidor.

—Se acabó —ordenó Dantioch, y su denodada insistencia atravesó el gran alboroto del puente de mando. Hasdrubal se volvió para dejar a un lado la furia del ultramarine y pasar a la frialdad ominosa de la máscara de hierro de Dantioch—. Has perdido —declaró el forjador de armas ante su enemigo.

La pistola bólter de Hasdrubal cayó de sus dedos de ceramita. Mientras Toledo y el sargento Ingoldt maniataban al prisionero, Nicodemus envainó su gladio y cojeó de vuelta por todo el puente de mando. El lord comandante Gabroon seguía profiriendo gritos de protesta. El semidiós silenció al oficial llevándose un dedo suavemente a los labios.

Nicodemus se reunió con Dantioch en la cubierta, al lado del venerable Vastopol. El forjador de armas le había ordenado a Tarrasch que tomase el control del puente. A Ingoldt y Toledo se les había asignado la seguridad del traidor Hasdrubal Serapis y su preparación para el interrogatorio. Al capellán Zhnev y al hermano Baubistra les fue asignado Warsang Gabroon, para asegurarse de que las tropas restantes del señor comandante y la tripulación de la Benthos aceptasen el súbito cambio de régimen sin un aparente derramamiento de sangre, además de las nuevas órdenes que lo acompañaban.

—¿Hay algo más que pueda hacer, forjador de armas? —preguntó el ultramarine, de pie ante los dos supervivientes del mundo fortaleza Gholghis.

Dantioch no miró al tetrarca. Los ojos del forjador de armas estaban fijos en un Vastopol que no llevaba puesto el casco. El viejo yacía sin moverse dentro de la armadura, apoyado contra el muro. El cráneo del guerrero de hierro, grisáceo y envejecido, estaba cubierto de mechones de pelo blanco, y su cara se mostraba arrugada por los siglos prematuros. Dos esferas lechosas titilaban y vagaban entre Dantioch, Nicodemus y el puente de mando.

—Nuestro honorable hermano está emprendiendo su último viaje —anunció Dantioch.

Sus palabras sonaron huecas, pronunciadas con la soledad y la simple tristeza de la pérdida. El venerable Vastopol no sólo había sobrevivido al terror de los hrud en Gholghis, había resistido a la fría invitación de la muerte y seguido adelante pese a las agonías de la edad para servir de ayuda a sus hermanos una vez más. Arrancado de su matriz metálica de forma repentina y brutal, Vastopol había seguido aferrándose a la vida. Hasta ese momento.

—Él fue nuestro cronista —comentó Dantioch—. Llevó con él nuestros recordados triunfos. Una vez, en Gholghis, me contó que las historias del pasado nos ayudan a afrontar los retos del presente, como una fortificación o ciudadela construidas sobre los cimientos de la roca arcaica. No poseo ninguna de sus habilidades, sólo diseño en hierro y roca lo que él haría con palabras. Yo, sin embargo, estoy vivo para contar el relato sobre la victoria final de los Guerreros de Hierro, el último triunfo leal de la IV Legión. Él querría que la historia continuase. Desgraciadamente, su historia, como la de nuestra legión, ha llegado a su fin —declaró Dantioch con un tono de voz grave.

—Forjador de armas —comenzó Nicodemus de forma pausada—. Eso no tiene por qué ser así. Ya os aseguré una vez que mi señor Guilliman tiene un plan. Habéis ejecutado vuestra parte a la perfección, forjador de armas. Lord Guilliman sigue necesitando vuestro ingenio y habilidad. El Imperio se encuentra debilitado, Dantioch. El ojo de un guerrero de hierro podría localizar tal debilidad y con la gran elegancia de su mano podría fortalecerlo de nuevo.

—¿Qué más quieres de mí? —le preguntó el forjador de armas.

—Qué permanezcáis hombro a hombro de ceramita junto a mi señor Guilliman y lo ayudéis a fortificar el Palacio Imperial.

—Fortificar el Palacio… —repitió Dantioch.

—Sí, guerrero de hierro.

—Perturabo nos hará pagar tales fantasías.

—Quizá —respondió Nicodemus con solemnidad—. Pero creo que la genialidad de esta victoria reside en la aceptación de que Schadenhold, a pesar de todo su indómito arte, caería. Lord Guilliman comparte vuestra visión. El futuro de la humanidad se asienta en tal posibilidad.

El ultramarine dejó que la enormidad de aquella idea calase en el forjador de armas.

Dantioch no contestó. En vez de eso, observó los vestigios de vida que

abandonaban el cuerpo de su amigo y hermano de combate. Los ojos cubiertos de costras de Vastopol parpadearon antes de ponerse en blanco y cerrarse con delicadeza. El seco susurro del último aliento escapó de los labios del guerrero poeta.

Mientras el venerable Vastopol se desvanecía y abandonaba la vida, oyó a Dantioch responder al ultramarine.

—Hablas del arte de la destrucción. La progenie de Perturabo no tiene rival en ese arte. Son indomables en la batalla y no tienen parangón en la ciencia del asedio. Muéstrame un palacio y te mostraré cómo lo tomaría un guerrero de hierro. Después te enseñaré cómo deberías pararme. No sé durante cuánto tiempo seguiré al servicio de este Imperio, pero te prometo esto: todo el hierro que queda dentro de esta envejecida armadura, es tuyo…

>Hierro por dentro. Hierro por fuera. Hierro por todas partes. Los imperios suben y caen. He combatido a las especies primitivas de la galaxia y mis hermanos de las legiones astartes seguirán luchando, encontrando nuevas amenazas en peligros como los que aún no se han alcanzado. Somos un imperio de hierro y el hierro es para siempre. Cuando el paso del tiempo haga olvidar nuestra carne, ya sea víctima del enemigo interior o del enemigo exterior, el hierro seguirá existiendo. Nuestras colmenas caerán y nuestras poderosas flotas se deteriorarán. Mucho después de que nuestros huesos desgastados se hayan consumido hasta convertirse en polvo bajo una suave brisa, nuestras armas y armaduras perdurarán. Serán los vestigios de una raza guerrera: hierro tanto de leales como de traidores. Ellos serán los que cuenten nuestra historia, un cuento con moraleja para aquellos que los sobrevivan. Al hierro no le importa ni la fe ni la herejía. El hierro es para siempre.

Y mientras nuestras armaduras de combate, nuestras espadas y bólters se pudran sobre la arena de algún mundo distante, se corroerán y perderán su lustre. Su brillo apagado se perderá y se romperán en pedazos. El verde se hará marrón y el marrón, rojo. En la tranquila chatarra oxidada de nuestro imperio caído, el hierro volverá a su estado primigenio, quizá para ser utilizado de nuevo por otra raza insensata. Y aunque la debilidad de mi carne me falle, al igual que lo hará la de mis hermanos al final, nuestro hierro seguirá viviendo. Pues el hierro es eterno.

Del hierro procede la fuerza. De la fuerza procede la voluntad. De la voluntad procede la fe. De la fe procede el honor. Del honor procede el hierro. Ésta es la Letanía Inquebrantable. Que así sea, por siempre.



ARMAS SALVAJES
AARON DEMBSKI-BOWDEN

I

Al elevar a estos individuos al rango de protectores de la humanidad, hemos creado toda una raza de seres inhumanos cuyo único propósito en la vida será defender algo que ya no entienden. Cumplirán con orgullo su deber, y llevarán su maldición con gracia, pero que nadie olvide jamás lo que hemos hecho con los mejores hijos de Caliban. La infinita ambición imperial no ha creado guerreros con el cálido corazón de un ser humano, sino ángeles con el corazón frío de las armas.

Ningún alma cambiada de ese modo puede recuperar lo que perdió. No se puede blandir un arma tan salvaje sin que tenga algún coste.

El Verbatim: Correciones de Luther,
Capítulo I: Esas armas salvajes.

La bestia nunca muere en sus sueños.

La ve deslizarse a través de los árboles, con el cuerpo sinuoso pegado al suelo, con unos movimientos lo suficientemente fluidos y carentes de solidez como para ser repugnantes. Lleva las orejas pegadas hacia atrás sobre la cabeza, y sus patas rematadas por garras pisan en silencio la capa de nieve espesa. La criatura está de caza, impaciente, pero sin pasión alguna. Sus ojos de gato de expresión muerta relucen con un hambre carente de toda emoción.

El chico dispara, y el proyectil sale muy desviado del objetivo.

El aire se estremece con el estampido del arma de fuego, y la bestia se gira sobre la nieve. Aparece una luz fantasmal en el suelo cuando lanza un gruñido hacia su atacante. Unas grandes espinas negras y temblorosas se alzan saliendo del denso pelaje blanco del cuello y de la espalda. Se trata de una respuesta instintiva de defensa. La cola azota el aire detrás de la bestia con un ritmo amenazante. Se enrosca y se agita al mismo ritmo que el palpitar del corazón del chico.

Durante un momento, ve lo que todos los caballeros más veteranos proclaman haber visto. Es algo que él siempre ha creído una imaginación producto del deseo de unos caballeros ya mayores que quieren adornar sus leyendas decadentes con un poco

de falsa poesía.

Sin embargo, allí está, en los ojos negros de la bestia, algo debajo del simple deseo por sobrevivir. Una expresión de reconocimiento le devuelve la mirada, una inteligencia primitiva, maligna a pesar de su simplicidad feroz. El momento se desvanece cuando la criatura desahoga su rabia. Algo que se encuentra a mitad de camino entre el gruñido borboteante de un león y el rugido áspero de un oso resuena en el aire frío que los separa.

El chico dispara de nuevo. El eco de otros tres disparos atraviesa el silencio del bosque y hace caer un poco de la nieve que se acumula en las ramas que hay sobre ellos. Los dedos temblorosos se esfuerzan por recargar la pistola primitiva, pero el peso fibroso de la bestia se estrella contra su pecho y lo lanza de espaldas por el aire hasta que cae derribado sobre el suelo cubierto de escarcha. El chico nota en cuanto golpea el suelo que se le escapan de la mano los gruesos proyectiles, que se esparcen por la nieve. El peso de la bestia en su espalda le quita las fuerzas y la respiración. El poco aire que es capaz de arrastrar hacia sus castigados pulmones apesta debido al fétido aliento de la criatura, y nota una neblina hedionda y húmeda en la nuca. Sea lo que sea la bestia, se está pudriendo por dentro. La saliva le cae en grandes goterones que se estrellan contra su cuello al descubierto.

Corswain gira sobre un hombro y estrella la culata de la pistola contra el cráneo de la bestia. El hueso cede con un leve chasquido, y la bestia emite un gemido que es casi felino. La criatura retrocede ante el ataque, y el chico se arrastra por la nieve para ponerse en pie y echar a correr tambaleándose. El acero susurra al salir de la vaina. Se trata de una espada que mide casi tanto como él, y la empuña con las manos temblorosas. La bestia camina alrededor de él, y al acercarse, el chico distingue cómo el ansia maligna de sus ojos pasa a ser una prudencia animal. Ahora siente miedo, o al menos, una cierta cautela. Los copos de nieve caen sobre la hoja del arma y se solidifican para transformarse en unos diamantes soldados al acero.

—Vamos, vamos… —susurra el muchacho.

La bestia salta y lo golpea en el pecho con la misma fuerza que la coz de un caballo, lo que lo derriba de nuevo. Esta vez es la espada lo que se le escapa de la mano. El arma se clava en la nieve igual que si estuviera señalando una tumba. El dolor que siente en el pecho es un crujido apagado y chasqueante, como si tuviera los pulmones llenos de hojas secas. Sabe que tiene las costillas destrozadas, pero apenas siente dolor.

El chico forcejea bajo el peso de la criatura, y sus jóvenes músculos se tensan al máximo mientras se esfuerza en estrangularla a través de la espesa capa de piel. Las espinas puntiagudas le atraviesan los dedos y los dorsos de las manos, y cada una de ellas está cubierta de un veneno transparente y doloroso. Las manos comienzan a temblarle cuando las toxinas le atacan la sangre.

Sufre un ataque de tos, y un chorro de bilis humeante le sale de golpe de la boca. El vómito cae sibilante en la nieve, donde abre agujeros en la capa helada con una impaciencia ácida. El chico apenas nota que las manos, ya inútiles, se apartan del cuello de la bestia, ni que se quedan engarfiadas igual que si fueran unas garras artríticas.

Todo su cuerpo se ve sometido a un ataque de convulsiones menos de tres latidos de corazón después. El veneno se ha apoderado de él. El grito que le sale entre los labios es en realidad el aullido silencioso de un mimo.

Todo comienza a blanquearse, a difuminarse lentamente. Se siente arrastrado, nota como el cuerpo desdibuja la superficie de nieve, pero otros sonidos, más reales, empiezan a infiltrarse en sus pensamientos: el repiqueteo de las aspas de un ventilador en un filtrador de aire activado; el sonido de las pisadas de botas en la cubierta superior; el zumbido omnipresente de los motores en funcionamiento.

Finalmente, abre los ojos.

Así es como ocurre cada vez que se duerme. La bestia nunca muere en sus sueños.

II

Su mente divagó durante la vigilia matutina. Corswain se mantuvo de rodillas junto a sus hermanos, con la cabeza inclinada sobre el pomo de la espada, y dio toda la impresión de ser otro caballero enfrascado en una reflexión profunda sobre la cruzada que se avecinaba. Lo cierto era que se había dejado llevar por los recuerdos. Sus pensamientos regresaron a su hogar, a un planeta que lo odiaba.

Caliban.

El nombre hizo que le asomara una sonrisa en los labios, aunque quedó oculta por la sombra de la capucha. Caliban, aquel paraíso mortífero de veranos ardientes e inviernos atroces, donde los bosques interminables impedían el paso de los rayos de sol hasta los matorrales, y donde los árboles más antiguos se defendían con una savia venenosa que los recorría por entero, donde cada bestia cazaba con garras asesinas, con una agilidad mítica o un veneno ácido. Los insectos picadores extendían plagas que dejaban asentamientos enteros en silencio y habitados tan sólo por cadáveres al cabo de pocos días. Las nubes de langostas repiqueteantes bajaban a tierra año tras año, y aniquilaban pueblos y aldeas enteras a su paso.

Todas las órdenes de caballeros compartían la siniestra tarea de quemar los asentamientos devastados con cada ciclo anual alrededor del sol. En Caliban, el número de nombres apuntados en las listas de muertos coincidía con el de recién nacidos. Los burócratas imperiales habían calificado al planeta como in articulo monis, que quería decir «en el momento de la muerte», y en la jerga habitual «mundo letal». Corswain se había echado a reír cuando había leído aquellas palabras por primera vez en un archivo.

Las anotaciones de los escribas calificaban al mundo como un globo sin valor alguno que no merecía mayor colonización. Se le otorgó la exención total del pago del tributo imperial cuando todos los demás planetas comenzaron a sufrir exigencias similares por parte de los empingorotados usureros de Terra. Caliban sólo tenía la obligación de entregar a sus hijos a la esclavitud voluntaria de la I Legión del Emperador.

Los comentarios negativos seguían y seguían, y entre ellos se citaban las terribles condiciones meteorológicas, que afectarían a los sensibles satélites de comunicación orbital, y unos bosques que ocupaban continentes enteros pero que no se podían explotar como industria maderera debido a la bioquímica tóxica de su flora. También existían archivos enteros en los que se definía a la fauna de Caliban como la más

depredadora encontrada hasta ese momento en cualquier mundo colonizado; desde la alimaña más pequeña, que no mostraba temor alguno por la forma de vida humana, hasta las grandes bestias que, por suerte, se encontraban al borde de la extinción.

Corswain sabía que era todo eso y cosas mucho peores, pero también era su hogar, el hogar que no había visto desde hacía más de tres largos decenios. Un hogar que no creía volver a ver. La sonrisa que se asomó a sus labios en aquella vigilia matutina fue a la vez secreta y agridulce.

Alajos lo hizo llamar una vez acabó aquel ritual reverente. Los demás caballeros salieron en fila de la cámara de reflexión. Los tabardos que los cubrían no eran lo suficientemente amplios como para ocultar los daños de combate que mostraban todas y cada una de las armaduras negras con las que se protegían.

«Llevamos dos años librando esta guerra, y recuerdo cada día, cada noche, cada orden de desenvainar las espadas y cada disparo en combate de mi arma».

Dos años. Dos años desde que Horus cometió el primer acto de su locura. Dos años desde que las legiones I y VIII recibieran la orden de surcar el vacío para combatir por la posesión de todo un subsector. Ninguno de los dos bandos cedía terreno sin recuperarlo por otro lado. Ninguno de los dos bandos se lanzaba a la carga sin dejar un flanco vulnerable expuesto a un ataque. Ninguna de las legiones perdía una batalla cuando el combate lo encabezaba su progenitor.

«Dos años de guerra civil. Un planeta contra otro, una flota contra otra, un hermano contra otro».

—Salve —lo saludó Alajos.

Corswain le contestó con un gesto de asentimiento.

—¿Ocurre algo?

Alajos, al igual que sus hermanos, llevaba un tabardo claro sobre la armadura de combate. Tenía la capucha levantada, lo que dejaba su rostro envuelto en las sombras.

—El León nos llama —le informó.

Corswain comprobó sus armas.

—Muy bien.

III

El señor de la I Legión estaba sentado como solía hacer en las últimas noches, recostado en el trono de marfil y obsidiana cubierto de recargados elementos decorativos. Tenía los codos apoyados en los reposabrazos tallados, con los dedos unidos por las puntas delante del rostro, casi rozando los labios. Sus ojos, que no parpadeaban y tenían el mismo color verde brutal de los bosques de Caliban, miraban fijamente hacia adelante sin expresión alguna, pendientes del baile titilante de las lejanas estrellas. De vez en cuando se notaba el más leve de los movimientos: un breve alzamiento de los hombros blindados de la armadura, o un simple parpadeo al que acompañaba un lento movimiento negativo de la cabeza rematada por una corona.

La armadura del caudillo era del mismo color negro profundo y puro del vacío al que estaba mirando. En la placa pectoral y en las grebas tenía tallados unos leones rampantes de oro rojo, el más exótico de los metales obtenidos de la superficie polvorienta de Marte, que mostraban sus fauces a una tripulación de cubierta devota y diligente. Nunca llevaba el casco cuando se encontraba sentado y en reposo, pero sí que tenía la larga melena de cabello rubio ceniza recogida en una cola de caballo para mantener despejada la cara de cualquier posible distracción. Una sencilla banda plateada le adornaba la frente morena. Aquel último elemento no se trataba de algo decorativo, ya que no era más que el eco de una tradición seguida por las órdenes de caballería, ya disueltas, del mundo natal que había adoptado al León. Los señores de los caballeros de Caliban eran reconocidos mediante aquellas sencillas coronas.

Alajos y Corswain se aproximaron al unísono al trono. Desenvainaron las espadas y se arrodillaron ante su señor con una sincronización perfecta. El León observó su gesto de respeto con una mirada impasible. Cuando les habló, lo hizo con una voz que era el retumbar del trueno en el horizonte. Era imposible confundir aquella voz con la de un ser humano.

—Alzaos.

Se pusieron en pie de inmediato y envainaron las espadas con otro movimiento sincronizado. Alajos mantuvo la capucha echada sobre la cara e hizo caso omiso del ajetreo que los rodeaba en el puente de mando. Sus ojos no se apartaron de su caudillo, sentado en el trono. Corswain se comportó de un modo más relajado y cruzó los brazos sobre el pecho. Su armadura tenía un aspecto menos lúgubre gracias a la gruesa capa de piel blanca que le colgaba a la espalda. La cabeza de boca dentada de la bestia descansaba sobre una de las hombreras, y constituía el cierre de la capa.

—¿Nos habéis llamado, mi señor?

—Así es. —El León se quedó sentado con los dedos delante de los labios—. Dos años, mis pequeños hermanos. Dos años. Apenas soy capaz de soportarlo.

Corswain se permitió una sonrisa.

—Pensaba en eso mismo hace menos de media hora, mi señor. Pero ¿qué es lo que ha hecho que vos penséis en ello?

El León se puso en pie por fin, y dejó su larga espada y el casco apoyados en los lados arqueados del trono.

—No ha sido porque comparta tu carácter impaciente, Cor. Eso te lo puedo asegurar.

Alajos soltó un resoplido, y Corswain sonrió.

—Venid conmigo —les dijo el León.

Lo dijo con un tono de voz que no fue ni frío ni amable, y los tres guerreros se dirigieron hacia la mesa hololítica situada en el centro de la sala de mando. El León dio una orden, y un servidor encapuchado activó los proyectores y todos quedaron iluminados por la débil luz verde titilante de las parpadeantes holoimágenes. La representación irregular que flotaba en el aire ante ellos mostraba los soles del subsector Aegis, cada uno con los mundos pertenecientes a sus respectivos sistemas. Heraldor y Thramas brillaban con más fuerza que los demás, y ambos sistemas estaban rodeados por un conjunto desordenado de runas simbólicas del Mechanicum.

Corswain no vio nada nuevo. Una larga franja de mundos rojos palpitantes señalaban la serie de sistemas planetarios que se habían declarado en rebelión abierta. Eran los mundos que se habían atrevido a desafiar al Imperio y que habían jurado lealtad al estandarte de Horus Lupercal y del Mechanicum del Viejo Marte. Eran sistemas estelares enteros que desobedecían la voluntad del Emperador, que se oponían a otros tantos que solicitaban de forma urgente ayuda del Imperio y refuerzos de Terra.

—Parthac cayó a primera hora de esta noche. —El León señaló con un gesto de la mano uno de los planetas rodeados de símbolos marcianos—. El fabricador gobernador de Gulgorand me informó de dicha victoria hace cuatro horas. —La sutil diversión del primarca habría pasado inadvertida para cualquiera que no fuera uno de sus más allegados—. No se mostró tan satisfecho cuando le informé que su ataque para tomar Parthac había dejado a Yaelis vulnerable a una respuesta armada. Los rebeldes tomaron Yaelis hace menos de una hora.

—Se excedió en sus fuerzas. —Corswain observó unos instantes los glifos destellantes antes de volverse hacia su señor—. De nuevo.

Alajos habló antes de que el León pudiera contestar.

—¿Ofreció al menos una disculpa por no prestar atención a vuestras palabras cuando le dijisteis que esto era exactamente lo que ocurriría?

—Por supuesto que no. —El León se inclinó sobre la mesa y apoyó los puños en la superficie—. Y ése no es el motivo por el que os he hecho llamar, así que ahorradme toda esa justa indignación, aunque sea la correcta.

—¿Algún contacto con el Imperio? —preguntó Alajos, y dejó que se notara una cierta esperanza en su voz.

—No. —El León paseó una mano ante la parpadeante imagen hololítica, y durante unos momentos pareció adentrarse más profundamente en sus propios pensamientos —. No, nuestros astrópatas siguen mudos debido a las turbulencias de la disformidad. Creo que nuestro último contacto registrado se produjo hace cuatro meses y dieciséis días. —Los fríos ojos verdes del caudillo no se apartaron en ningún momento de la holoimagen—. Dos años de escaramuzas en el vacío, dos años de asedios planetarios, dos años de invasiones globales y de retiradas mundiales, de asaltos orbitales y de evacuaciones en naves… y por fin tenemos la posibilidad de terminar con todo ello.

Corswain entrecerró los ojos. Jamás había oído hablar al León de posibilidades. El primarca siempre se expresaba con un pragmatismo que se guiaba por una mente analítica. Todas y cada una de sus opiniones marciales estaba cargada de lógica, y contemplaba todos los aspectos de un asunto antes de hablar en absoluto sobre ello.

—Curze —se aventuró a decir Corswain—. ¿Hemos localizado a Curze, mi señor?

El León hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ha sido mi repugnante hermano el que nos ha localizado a nosotros —explicó al mismo tiempo que señalaba de nuevo al hololito.

El hololito parpadeó y chasqueó con fuerza antes de presentar una nueva imagen.

—Una de nuestras naves de exploración, la Vigilia Seráfica, ha captado este mensaje mediante una de las balizas de espacio profundo que dejó en su recorrido de patrulla.

Corswain leyó las palabras distorsionadas, y las articuló en silencio mientras lo hacía. Su contenido hizo que se le erizara el vello.

—No lo entiendo —admitió—. Se trata de una de las correciones de Luther al Verbatim, y una muy poco popular. ¿Por qué ha dejado ese mensaje ahí?

El murmullo de confirmación del primarca sonó más bien como un gruñido feroz.

—Para provocarnos con su burla, con unas palabras que Curze cree que son aplicables a nosotros. Prepararon la baliza para que también transmitiera una serie de coordenadas junto a este mensaje. Al parecer, mi querido hermano quiere que por fin nos veamos.

—Esto sólo puede ser una trampa —declaró Alajos.

—Por supuesto. —El León se mostró de acuerdo sin dudarlo—. Pero a pesar de ello, nos dirigiremos hacia las fauces de la bestia una vez más. No podemos pasarnos una eternidad masacrándonos mutuamente, tal y como hemos hecho estos dos últimos años. Para que esta cruzada acabe de una vez por todas, mi hermano y yo debemos enfrentarnos.

—Pues entonces, continuemos persiguiéndolo —insistió Alajos—. Atrapamos a sus flotas…

—Tan a menudo como ellos atrapan a las nuestras —lo interrumpió el León. El primarca habló con los dientes apretados, y las hombreras de su armadura subían y bajaban debido a la intensidad de su respiración—. Lo he perseguido durante veintiséis meses. Me ha esquivado durante veintiséis meses y ha arrasado los planetas antes de que llegáramos, ha devastado líneas de comunicación, ha volatilizado puestos avanzados del Mechanicum. Ha escapado de todas y cada una de las emboscadas que le hemos preparado, se nos ha escurrido entre los dedos sin que llegáramos a verlo. Por cada victoria que conseguimos, Curze nos inflige una derrota. Eso no es una caza, Alajos. Si uno de los primarcas no cae, será una guerra sin fin, y ni él ni yo caeremos si no es a manos de un hermano.

—Pero mi señor…

—Silencio, capitán de la Novena. —El León siguió hablando con voz tranquila y mesurada, pero en sus ojos ardía una pasión fría, casi febril por su intensidad—. Somos una de las últimas legiones leales al Imperio que mantiene casi todos sus efectivos, y estamos aquí, solos en el vacío, esforzándonos por mantener unido a todo este reino mientras todas las demás miradas están centradas en Terra. ¿Acaso crees que no deseo reunirme con Dorn en las murallas del palacio de mi padre? ¿Crees que me apetece quedarme aquí, en el silencio del espacio, para reunir los trozos rotos de este imperio destrozado? No podemos llegar a Terra. Lo hemos intentado, y hemos fracasado. No podemos participar en esa batalla por culpa de las traicioneras mareas de la disformidad, pero el resto de la galaxia está cayendo en la oscuridad, y es posible

que seamos la única legión que lleva la luz del Emperador entre las estrellas.

El León se irguió de nuevo con los ojos todavía brillantes por la emoción contenida.

—Ése es nuestro deber, Alajos de la Novena Orden, y nuestra legión siempre ha cumplido su deber. Debemos ganar esta guerra. Tenemos a todos los mundos forja de un subsector empleando su genio y sus suministros en una lucha por la supervivencia en vez de estar proporcionando materiales a otras fuerzas del Imperio. Los mundos guerreros hacen lo mismo, al igual que los mundos agrícolas, los mundos hueste y los mundos mineros. Cuanto antes acabemos con esta cruzada, antes se verán reforzados otros sectores imperiales con el esfuerzo de esos planetas y antes podremos reunirnos con Guilliman. —Dejó escapar un suspiro tras decir la última frase—. Esté donde esté.

Corswain se mantuvo callado a lo largo de toda aquella declaración. Cuando el eco de las palabras del León se perdió en el aire, dejando tras de sí una promesa, el caballero carraspeó para aclararse la garganta.

—Comprendo muy bien por qué estás dispuesto a morder el anzuelo del primarca Curze, mi señor, pero ¿para qué nos habéis hecho llamar?

El León exhaló lentamente y señaló un planeta del hololito que se encontraba situado en el borde de la Franja Este.

—Las coordenadas señalan este sistema. No puedo arriesgarme a apartar a toda la flota de esta cruzada por un capricho fraternal. —Sonrió al decirlo, pero no fue un gesto sutil de alegría sincera. Fue el gesto de un tigre al dejar al descubierto los colmillos—. Me llevaré a una compañía y a un puñado de naves de combate con una pequeña flota de apoyo. La fuerza suficiente para repeler y esquivar cualquier posible traición si nos atacan, pero no lo bastante numerosa como para arriesgarnos a perder terreno en este penoso e inacabable punto muerto si tan sólo se trata de una pista falsa.

Alajos hizo un saludo marcial de inmediato.

—La Novena Orden se sentirá honrada de servir como vuestra guardia personal, mi señor.

—Y yo me sentiré honrado de ser servido por ella. —El León hizo un gesto de asentimiento—. Cor, pareces pensativo, pequeño hermano.

—¿Cómo se llama el planeta? —quiso saber Corswain.

El León consultó la placa de datos instalada en uno de los lados de la mesa.

—Tsagualsa. Lo describen como inhóspito, completamente inapropiado para la colonización. No existe rastro alguno de asentamientos durante la Vieja Noche.

—Así pues, un enemigo jurado nos convoca en una roca muerta que flota en el borde de la galaxia. —Corswain miró a Alajos—. Si toda la flota de los Amos de la Noche está ahí, es posible que vuelvas a enfrentarte a Sevatar.

El capitán se quitó la capucha y dejó a la vista su rostro destrozado. La mayor parte de la cara desfigurada estaba ocupada por una gruesa capa de tejido cicatrizado y de piel artificial descolorida que no se había curado de forma adecuada en los bordes. Los dientes no eran más que burdos trozos de acero fijados en unas encías reconstruidas.

—Bien. —Alajos entrecerró los ojos, que eran prácticamente el único rasgo intacto de su rostro—. Le debo esto.

IV

El crucero de ataque Vehemencia efectuó la traslación al sistema completamente solo. Entró en el silencio del espacio real impulsado por unos motores rugientes que no dejaban de emitir aullidos de protesta mientras frenaba tras surgir de la ruptura de disformidad que dejó a su paso. Los retardadores de movimiento se activaron a lo largo de la proa y del eje central de la nave, y los motores de desaceleración comenzaron a disminuir la velocidad de avance del navío de combate.

Vista desde el espacio, la maniobra se convirtió en un lento y elegante movimiento de frenada. Visto desde el interior de la nave, el casco que no dejaba de retemblar unido al estruendo de los motores hicieron que la escena fuera mucho menos grácil. Cientos de tripulantes sudorosos de las cámaras del enginarium se esforzaban por mantener en funcionamiento los inmensos hornos de plasma, mientras los oficiales uniformados del puente de mando gritaban por los comunicadores para pedir informes de situación de todas las secciones de la nave. El trono del León a bordo de la Razón Invencible era mucho más imponente que su equivalente en el puente de mando de la Vehemencia, y en vez de tomar el puesto del capitán, el León permitió que la capitana Kellendra Vray siguiera al mando de la nave. La capitana se mantuvo sentada en su trono, de menor tamaño, con el cabello de color gris recogido en una cola de caballo tirante mientras el León se quedaba de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre la placa pectoral al tiempo que observaba con atención la pantalla del oculus.

Tsagualsa giraba en el vacío ante ellos: gris, desnudo, un mundo cubierto por apenas una capa de nubes sobre el hemisferio visible.

Corswain y Alajos se mantenían apartados de su señor mientras observaban el planeta.

—Permiso para hablar, mi señor.

El León hizo un gesto de asentimiento sin apartar la mirada del oculus.

—Adelante, Cor.

—El enemigo nos ha hecho venir a un agujero de mierda.

El León frunció los labios. A los humanos que había cerca de él, el gesto les pareció una expresión de frío desdén. Para sus guerreros, fue la muestra de una leve diversión.

—Me aseguraré de incluir ese apunte en la lista de honores de esta campaña. ¿Auspex?

El oficial que se encontraba en el puesto de control del auspex habló con tres servidores encapuchados que estaban conectados directamente a las consolas mediante unos cables. Se volvió hacia el León un instante más tarde.

—Las lecturas del planeta indican que no existe forma de vida alguna en la superficie, mi señor. Tan sólo se detecta una escasa atmósfera carente de todo rastro de vida. El suelo parece estar ligeramente irradiado, pero se trata de un fenómeno natural. Una flota con un código de las legiones astartes se encuentra situada en una órbita elevada geocéntrica en el lado nocturno del planeta.

—Son unas criaturas tan literales… —gruñó el León—. ¿Tamaño de la flota? ¿Disposición?

—Aunque hay que tener en cuenta la falta de fiabilidad de las lecturas de auspex a larga distancia y los ecos de la disformidad, parecen ser siete naves. Un crucero y seis naves de apoyo, todas desplegadas según los protocolos de formación habituales.

El León posó una mano sobre el pomo de su espada envainada.

—Cuando nuestras naves de apoyo lleguen al sistema, que adopten una formación de despliegue mientras nos acercamos. Oficial al mando de las comunicaciones, envíe una señal al crucero enemigo cuando nos encontremos dentro del alcance.

La flota de los Ángeles Oscuros, a pesar de lo modesto de su tamaño, llegó al cabo de tres horas. Cuando el último destructor, el Séptimo Hijo, se reunió en formación con las demás naves, el Vehemencia aumentó la potencia de los motores para guiar a la flotilla en el acercamiento a aquel mundo muerto.

—Nos están enviando una señal —avisó el oficial de comunicaciones—. Sólo audio.

El León asintió y un momento después, una voz suave resonó por los altavoces del puente de mando, aunque salpicada por la estática.

—Bueno, bueno, bueno, mira lo que ha llegado a nuestro sistema.

—Conozco esa voz. —La propia voz del primarca parecía capaz de helar cualquier cosa—. Perro, deja de ladrar y dime dónde puedo encontrar al amo que te tira del collar.

—¿Son ésas maneras de saludar a un querido sobrino? —La suave voz se convirtió en una breve carcajada—. Mi señor se está preparando para descender a la superficie del planeta, ya que espera que vos os reunáis con él allí. Para demostrar nuestras buenas intenciones, nuestra flota se alejará de la órbita, más allá del alcance de las armas que pueden lanzar un bombardeo contra la superficie. Mientras tanto,

podéis explorar la superficie del planeta con los escáneres. En la zona septentrional de la masa continental se encuentran los cimientos de una fortaleza. Mi primarca se encontrará con vos en ese punto.

—Esto sigue oliendo a una emboscada —le advirtió Alajos. El León no le contestó. En vez de eso, respondió al mensaje:

—¿Qué me impedirá disparar contra esas coordenadas desde la órbita?

—Por favor, hacedlo. Llevad a cabo cualquier acción que consideréis necesaria. Cuando se acabe el ataque de pánico y dejéis de disparar a las sombras, por favor, informadme. Le pediré a mi señor que espere hasta ese momento.

—Sevatar…

Corswain jamás había oído al León derramar tanta amenaza con la pronunciación de un solo nombre.

—¿Sí, tío? —le preguntó la voz con otra leve risa.

—Dile a tu señor que me reuniré con él donde desea. Infórmalo de que debe limitar su guardia de honor a sólo dos guerreros. Yo haré lo mismo.

El León se pasó un pulgar por la garganta para indicar que la comunicación debía cesar. Aquellos ojos helados se volvieron hacia sus dos hijos más cercanos, y alargó una mano para tomar el casco.

—Alajos, Corswain, venid conmigo.

V

Odiaba hacer aquello.

—Permiso para hablar, mi señor.

El León llevaba puesta toda la armadura, y su rostro quedaba oculto bajo el casco de rostro rugiente y con la cresta angular formada por las alas de ángeles extendidas. De los ojos rasgados y rojos del casco emanó una sensación de desaprobación antes incluso de que la voz retumbante de barítono del primarca saliera por la rejilla de comunicación.

—Esta vez no, Cor. Concéntrate.

La espada que el León llevaba a la cintura era tan alta como un legionario astartes con la armadura completa. El primarca tenía la mano izquierda sobre la empuñadura, y su postura se encontraba a mitad de camino entre la elegancia burlesca de un pirata y la reverencia cautelosa de un caballero que se prepara para desenvainar el acero.

Corswain se mantuvo en silencio, con el bólter en las manos, pero sin empuñarlo con firmeza. La cámara en la que se encontraban carecía prácticamente de toda decoración gótica, ya que tanto el techo como las paredes estaban cubiertos por los cables y los generadores propios de los teleportadores del Mechanicum. Varios de los aparatos, que no dejaban de retemblar, emitían casi a cada momento grandes vaharadas de vapor sin que Corswain comprendiera muy bien el motivo.

—Adelante —ordenó el León.

Los tecnoservidores situados a lo largo de las paredes de la estancia tiraron de varias palancas y giraron una serie de ruedas de bronce, todo ello acompañado de una serie de chirridos. Mientras realizaban aquellos movimientos, cada uno de ellos entonaba un cántico binario de una secuencia numérica distinta, igual que si se tratara de una extraña balada matemática.

Los aparatos comenzaron a estremecerse y a aullar a medida que acumulaban energía para funcionar. Por encima del suelo liso de la cubierta se alzaba una plataforma, y sobre ella había un coro de nueve astrópatas con capucha que salmodiaban con los ojos cerrados. Sus cantos gregorianos contrastaban enormemente con los códigos carentes de armonía que emitían los tecnoservidores.

Corswain odiaba con todas sus fuerzas viajar de esa manera. No dudaría ni un momento en sentarse en el compartimento de transporte de una cañonera Stormbird que atravesara aullando la atmósfera baja de cualquier planeta en dirección hacia el fuego que el enemigo les disparara desde tierra. Que le ataran los arneses de una

cápsula de desembarco y lo vomitaran desde las entrañas de una nave en órbita para estrellarse contra el suelo varios kilómetros por debajo, y cumpliría su deber sin la más mínima queja.

Pero la telepor…

VI

… tación era algo muy distinto.

Sintió que el viento del planeta le azotaba levemente la armadura incluso antes de que la luz blanca y dorada se disipara. Apenas tenía la fuerza suficiente para mover el tabardo y el pergamino de juramento que llevaba unido a una de las hombreras. Tuvo el bólter alzado y preparado para disparar tras los pocos segundos que su visión tardó en despejarse de la neblina de olor químico producida por la teleportación. En los oídos le resonó el trueno artificial causado por el desplazamiento de aire, pero los filtros de los sentidos automáticos del casco lo amortiguaran hasta un nivel auditivo tolerable.

El aura que formaba la neblina habría durado un poco más si no hubiera sido por la brisa. Corswain se dedicó un momento a sentir el suelo bajo las botas para asegurarse de que seguía de una sola pieza. Recorrió con el cañón del bólter el paisaje que tenía ante él, con los dientes apretados y el vello erizado.

El viento cargado de polvo repiqueteaba contra el visor del casco mientras el sistema de puntería buscaba objetivos en el horizonte. Se habían materializado en el interior de un cráter que tenía al menos un kilómetro de diámetro en todas las direcciones. Del suelo sobresalían unos grandes cimientos de piedra negra. Eran demasiado nuevos para tratarse de ruinas. Se veían muros bajos y columnas que podrían ser la base de un edificio gigantesco. Los Amos de la Noche estaban construyendo algo en aquel lugar. Una fortaleza quizá… Pero era evidente que habían ordenado a los equipos de trabajo que se retiraran para poder llevar a cabo aquel encuentro.

No se movió nada. Nada respiraba cerca de allí.

—Despejado —informó, y casi a la vez, Alajos dijo lo mismo.

El León se acercó a una de las columnas de roca negra y pasó un guantelete por uno de sus lados esculpidos. Corswain tuvo la certeza de que al primarca no se le había escapado un detalle: era evidente que aquella piedra la habían traído de fuera del planeta, y que la habían llevado hasta allí para utilizarla en aquella construcción.

—¿Oís algo? —les preguntó.

Alajos se volvió hacia el primarca.

—El viento, mi señor.

Corswain no le contestó de inmediato. Le llegaba otro sonido muy débil a los receptores del casco, algo casi imperceptible. ¿Algo más aparte de su propia

respiración calmada y el palpitar mecánico del detector de movimiento que aparecía en la esquina izquierda del visor? Parpadeó para desactivar la pantalla retinal.

El aliento del planeta siguió aullando.

—Sólo es el viento, mi señor.

—Muy bien. Esperaremos —le contestó el León.

VII

Al empezar el tercer minuto, una segunda onda sónica del aire desplazado anunció la llegada de sus enemigos. Corswain miró el centro de la neblina, que ya se estaba dispersando, provocada por la irrupción de la atmósfera de la nave al teleportarse también. Las lentes no filtraron la luz con la rapidez suficiente, y tras el destello de la transición, Corswain tuvo que parpadear para aliviar los ojos doloridos. Comenzó a lagrimear sin poder evitarlo, pero no por el dolor o por el sufrimiento, sino como una respuesta biológica para suavizar la irritación.

El León ya había previsto sus movimientos, así que los avisó:

—Bajad las armas, pequeños hermanos —les ordenó en cuanto notó que tensaban los músculos.

—Sí, mi señor —murmuró Alajos, aunque el disgusto fue más que evidente en su voz.

Corswain tuvo que tragar saliva para luchar contra la sensación de asombro que lo invadió al ver lo que tenía delante. Era un dios cadavérico, con una armadura de color negro intenso, y cada uno de los dedos de los guanteletes rematado por una enorme hoja afilada y cargada de energía, tan larga como una guadaña. El cabello negro a merced del viento se agitaba alrededor de aquel rostro sepulcral. Los cráneos encadenados repicaban contra las placas de la armadura cubiertas con escritura rúnica en las que se detallaban matanzas pasadas y se celebraban las atrocidades cometidas contra el Imperio de la humanidad. Aquel cascarón vacío de una antigua nobleza, aquel espectro enjuto, no era más que la sombra de un príncipe. Sus dientes eran todos colmillos cuando le sonrió al mismo tiempo que abría los brazos hacia el León para ofrecerle un abrazo de bienvenida.

—Hermano —lo saludó Konrad Curze con voz sibilante. La sonrisa del señor de la VIII Legión era algo viperino, propia de un depredador, con la misma ansia devoradora de éste sin fingimiento alguno—. Te he echado de menos.

El León titubeó. Se llevó las manos al cuello y soltó los sellos del casco para quitárselo. Su rostro estaba marcado por una expresión de sorpresa absoluta. A pesar de todo, aquella cara seguía siendo la de un ángel, pero no las hermosas y beatíficas mentiras de los antiguos mitos religiosos, sino la verdad desvelada por los artistas de Terra. Era un rostro que podría haber sido tallado en mármol oscuro, con unos ojos de color esmeralda de una profundidad conmovedora que contrastaban con una boca que siempre tendría que esforzarse por mostrar emoción.

A los ojos de Corswain, Curze era una criatura patética y de aspecto fúnebre comparada con su señor. Era un ser escuálido que se enfrentaba a un señor de caballeros, unas zarpas que se enfrentaban a la espada de un príncipe.

—¿Curze? —le preguntó el León con la voz resonante cargada de incredulidad—. ¿Qué es lo que te ha pasado?

El Amo de la Noche hizo caso omiso de la pregunta y habló con una falsedad tan tremenda que hizo que a Corswain le chirriaran los dientes.

—Gracias por venir. No sabes lo que me alegra verte.

El León desenvainó su espada con un movimiento limpio y deliberado. Ni se puso en guardia, ni amenazó al otro primarca. En vez de eso, la aferró con los dos guanteletes negros con la empuñadura a la altura de la cara y miró a Curze por encima de los aguilones.

—Te lo preguntaré una vez, y sólo una vez: ¿por qué has traicionado a nuestro padre?

—Yo quiero preguntarte algo, hermano —le respondió Curze con una sonrisa malévola, que dejó al descubierto de nuevo los dientes afilados. Los ojos penetrantes del primarca mostraban un brillo intenso, antinatural, como de una enfermedad secreta—. ¿Por qué no lo hiciste tú?

El León bajó la espada para acabar el saludo. Ya había presentado sus respetos a la manera de los caballeros.

—Nuestro padre me ha encargado la tarea de llevarle tu cabeza a Terra.

—Nuestro padre no ha dicho nada semejante porque está escondido en sus mazmorras reuniendo todos los secretos del universo, pero sin compartirlos con nadie. Lorgar y Magnus han visto todo lo que nuestro padre quería ocultar, así que no te protejas con una pequeña mentira como si fuera un escudo, Lion. Eres el mastín de Dorn, y estás en la Franja Este sólo porque él te lo ha ordenado. —Curze se pasó la punta de la lengua por los afilados dientes—. Venga, hermano, al menos seamos sinceros entre nosotros. Conozco a Dorn —y al decirlo, Curze mostró de nuevo su sonrisa cadavérica—. Te envió para que hicieras lo que él no se atrevía a hacer.

—No he venido aquí a pelearme con palabras, Konrad. He venido para acabar con esta guerra.

El Amo de la Noche meneó la cabeza en un gesto negativo. Su pálido rostro tenía una tonalidad grisácea bajo la luz de la luna. Los labios eran la única muestra de color en aquella cara, y eran de un azul sin sangre alguna.

—Habla conmigo, hermano. Escúchame, respóndeme, y luego decide si debemos continuar esta guerra.

—No vas a lograr que cambie de bando con esa lengua traidora tuya.

Curze asintió, sin mostrarse sorprendido en absoluto. Su vil fachada se agrietó durante un segundo, y dejó a la vista el guerrero que había sido antaño, quizá jamás puro, jamás libre de tormento, pero capaz de una emoción que fuera más allá de aquella condescendencia amarga. Las tensas líneas de dolor desaparecieron de su frente, y la mueca burlona de serpiente abandonó sus labios. Su voz todavía sonó ronca, rota, pero llevaba en ella una nota de pesar.

—Lo sé, así que, ¿qué daño puede hacer que hablemos por última vez?

El León asintió.

—Esperad aquí —ordenó a sus hijos—. No tardaré en volver.

VIII

Los dos guerreros de los Amos de la Noche no necesitaron presentarse, ya que sus identidades eran más que conocidas a lo largo y ancho de las filas de millones de miembros de las legiones astartes. Ambos llevaban unos cascos con las placas faciales pintadas como si fueran calaveras, y los dos llevaban colgando de las armaduras con unas grandes cadenas de bronce los cráneos y los cascos de los Ángeles Oscuros como trofeos. Ambos mostraban un aspecto tranquilo mientras observaban a través de sus lentes rojas a los guerreros de la I Legión. Uno de ellos estaba apoyado en el mango de una larga alabarda, un arma por la que era famoso. El otro empuñaba un bólter que apuntaba hacia el suelo, y llevaba una capa de tejido negro fijada en una hombrera, desde donde le caía por la espalda.

—Me resultas familiar —dijo el primer guerrero. Luego señaló a Alajos con un gesto de la barbilla—. Nos vimos en Kruun, ¿verdad?

La voz de Alajos apenas pasó de ser un gruñido bajo.

—Sí, lo hicimos.

—Ah, sí. Ahora recuerdo el momento. —El amo de la noche soltó una suave risa e imitó un golpe de tajo con la alabarda. La hoja sierra desactivada del extremo del arma tenía más de un metro de largo, y sonreía con todos aquellos dientes afilados—. Me sorprende que sobrevivieras, ángel. Fue un descuido por mi parte. ¿Cómo está tu cara?

Corswain se acercó y puso una mano en el bólter de su hermano. Luego le habló por el comunicador, para que no pudiera oírlo el amo de la noche.

—Tranquilo, capitán. No dejes que te hiera con esas pullas infantiles.

Alajos hizo un gesto de asentimiento, y habló de nuevo mientras Corswain se apartaba.

—Se ha curado bien, aunque he de reconocer que ese corte imperfecto me escoció durante unos cuantos minutos.

—Me alegra oírlo. Es inteligente por tu parte llevar el casco puesto esta vez, primo. La última vez que te vi la cara, la mayor parte de la misma era un trozo húmedo de carne despellejada que estaba a mis pies. Mis hermanos de la 1.ª Compañía disfrutan cada vez que lo cuento, porque fue la primera vez que comencé a despellejar a un ángel cuando todavía estaba vivo.

Alajos soltó un gruñido por toda respuesta, y notó que las manos le temblaban por el ansia que sentía de alzar el arma y abrir fuego.

—Voy a matarte, Sevatar. Te lo juro por mi vida.

—Primo, primo, primo… Te supero en rango, ¿verdad? Para ti soy primer capitán Sevatar, pequeño ángel.

—Paz —dijo Corswain por el comunicador—. Paz, hermano. La venganza llegará, y será más dulce todavía gracias a este momento.

El siguiente en hablar, fue el guerrero de la capa.

—Tú, ángel de la piel. ¿Me conoces?

Corswain se volvió hacia ellos. Notó que el viento tomaba fuerza y movía la capa de piel blanca que llevaba sobre los hombros.

—Sí, Sheng, te conozco.

—La piel de animal que llevas puesta como un trofeo, ¿qué clase de criatura es? Jamás he visto nada parecido.

Corswain sonrió.

—Es la bestia que nunca muere en mis sueños.

—¿Se trata alguna clase de poesía primitiva de Caliban? Tenemos pocos poetas en nuestro mundo natal, pero sus obras te hubieran hecho llorar. Nuestra lengua se adapta muy bien a esa prosa melódica, con mucha elegancia.

—Nath sihll shah, vor'vorran kalshiel —le replicó de forma fluida Corswain en el idioma de Nostramo.

Sheng y Sevatar se echaron a reír.

—Tu acento es terrible, pero lo has dicho bien —admitió Sevatar—. Será una pena mataron a los dos cuando llegue el momento. Te juro aquí, en suelo de la VIII Legión, que nos haremos unos trofeos con vuestros cascos. No os merecéis menos.

—Que consolador —les contestó Corswain con otra risa—. Yo también tengo una pregunta.

Sevatar hizo una leve reverencia burlona.

—Estamos a vuestro servicio, primos.

—Tus guanteletes. —Y ya no dijo nada más.

Sevatar levantó la mano libre y siguió apoyado en la alabarda con la otra. El guantelete no hacía juego con su armadura negra, ya que mientras que el resto era completamente oscuro, sólo decorado con unos cuantos símbolos de rayos, los guanteletes estaban pintados de un brillante color rojo sangre.

—Una marca de vergüenza en nuestra legión —le explicó el amo de la noche, aunque su voz mostraba más diversión que arrepentimiento—. Los guanteletes de un

guerrero se marcan con este color cuando le ha fallado al primarca de un modo lo suficientemente grave como para merecer la pena de muerte. Llevará en las manos la mancha de su fracaso hasta que sea ejecutado, en el momento que decida el primarca.

Corswain observó al capitán enemigo a través del filtro de los sensores de puntería.

—Una costumbre curiosa.

—Quizá, pero también lo es tapar las armaduras con una túnica.

Corswain no pudo impedir sonreír de nuevo.

—Una costumbre de los caballeros de mi planeta natal.

Sevatar asintió.

—Esta costumbre procede de las bandas de nuestro planeta. Las manos de los traidores y de los estúpidos eran tatuadas de color rojo por la propia familia, para así mostrar que estaban marcados por la muerte. Una señal que indicaba que ninguna familia y ninguna banda toleraría un fallo grave, pero también que el condenado todavía tenía deberes que cumplir antes de que se le permitiera morir.

—Entonces, ¿qué eres? ¿Un traidor o un estúpido?

La voz del amo de la noche reveló que él también estaba sonriendo, aunque no lo hiciera su casco de aspecto desalmado.

—Las dos cosas.

Alajos estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Por qué charlas de ese modo con esos traidores, hermano? ¿Y qué les has dicho en su lengua de víboras?

—Les dije que sabía que se aparean con cerdos.

—Qué locura. ¿Es que no tienen honor? ¿Por qué se iban a reír con semejante insulto?

—Porque no son unos caballeros. Poseen cierta noción del honor, pero es muy distinta a la nuestra.

—Quizá deberías pasar menos tiempo en los archivos aprendiendo las lenguas y las tradiciones de esos asesinos.

El tono de voz de Alajos iba más allá de la reprimenda. Era casi una acusación.

—¿Y qué hay de lo de «conoce a tu enemigo»? Recupera el equilibrio de tus humores. Recuerda que estoy de tu lado. —Corswain se volvió hacia el oeste y vio que los dos primarcas ya regresaban. Caminaban con lentitud, y seguían hablando en voz baja—. El León regresa. Prepárate.



Alajos gruñó de nuevo, demasiado enfadado para hablar.

IX

Los guerreros se quedaron callados cuando sus señores regresaron. Todavía estaban algo lejos, pero lo suficientemente cerca como para que se les oyera. El León saludó a sus guerreros con un gesto de asentimiento, y ellos respondieron al saludo formando la señal del aquila sobre sus tabardos. Curze no prestó atención a sus hijos mientras seguía hablando con su hermano.

—Horus en persona me encargó que te transmitiera estas palabras —le dijo.

Si el amo de la noche había tenido un aspecto cadavérico momentos antes, en ese instante parecía recién exhumado. Los ojos del primarca, el poco blanco que quedaba alrededor de sus grandes pupilas negras, estaban inyectados en sangre hasta un punto inhumano. Su rostro enjuto estaba cubierto por una leve capa de sudor frío, y un pequeño reguero de sangre oscura le salía de la nariz. Se la limpió con el dorso del guantelete.

—Armas salvajes, todos nosotros, y no se nos puede blandir sin que tenga algún coste. Eso es lo único que la historia verá en nosotros. Incluso en ti, Lion. Incluso en ti.

El León movió la cabeza coronada en un gesto negativo.

—Subestimas el imperio de nuestro padre.

—Y tú sobrestimas a la humanidad. Míranos. Fíjate en cómo nos hemos enfrentado durante los últimos dos años aquí, en el vacío. Una cruzada entre dos legiones e incontables mundos, y no ha hecho más que empezar. Me has perseguido a lo largo de estos dos años a través de un centenar de campos de batalla, ¿y por qué nos vemos ahora? Porque yo lo he querido.

El León lo admitió con un leve gesto de asentimiento.

—Te escondes, igual que las alimañas que huyen cuando llega la luz del sol.

Curze se encogió de hombros, algo perceptible en un leve alzamiento de una de sus hombreras.

—Hermano, jamás llegarás a Terra a tiempo de defenderla. La disformidad no te dejará hacerlo. Esta cruzada no te dejará hacerlo. Yo no te dejaré hacerlo. ¿Crees que los archivos de las generaciones futuras hablarán bien de ti por tu ausencia? —Curze detuvo un momento su diatriba y se limpió otro reguero de sangre—. ¿O los descendientes humanos de este Imperio se fijarán en tus hechos y susurrarán sobre tus dudas? Se preguntarán por qué no estabas presente para defender el trono, y comentarán las probables mentiras que se contarán sobre que el León no era tan leal y

tan fiel como el poderoso y perfecto Rogal Dorn. Quizá el León y sus Ángeles Oscuros esperaron en lo más profundo del espacio, atentos, a la escucha, y decidieron unirse a la lucha sólo cuando hubo un vencedor claro.

Los ojos del Amo de la Noche destellaron, en una expresión que tanto era pesar como diversión.

—Ése es tu destino, Lion. Ése es tu futuro.

—Perdóname, hermano.

Curze inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué?

Corswain no había apartado la mirada de los dos primarcas, pero no llegó a ver lo que ocurrió, tal fue la velocidad a la que se movió el primarca. Un momento antes, los dos hermanos estaban hablando. El León tenía la mirada fija en el suelo, en actitud meditabunda, y a Curze le brillaban los ojos febriles mientras le aseguraba que ése era el innoble destino que le esperaba. Un momento después, el rostro de Curze estaba contraído en un tremendo rictus de dolor y la sangre le salía a chorros entre los dientes apretados. El León empuñaba con firmeza la espada, que estaba enterrada hasta los aguilones en el estómago de su hermano. Más de un metro de acero brillante y manchado de sangre salía por la parte posterior de la armadura de Curze.

—Por un ataque tan deshonroso —le susurró el León, pegando el rostro a la cara pálida de Curze—. No me importa quién sepa la verdad, hoy, mañana o dentro de diez mil años. La lealtad es mi propia recompensa.

El León sacó la espada de un solo tirón, y el amo de la noche se desplomó de espaldas.

En ese mismo instante, la alabarda sierra de Sevatar se puso en marcha con un chirrido terrible.

X

Corswain cruzó de un salto una pared baja y se agachó detrás al mismo tiempo que apuntaba el arma apoyado en la parte superior. La pantalla de su visor se alineó de nuevo y la retícula de puntería pasó de izquierda a derecha, sin conseguir centrarse en ningún objetivo. Sevatar y Sheng se habían marchado en cuanto cayó el primer golpe. Alajos y Corswain habían alzado sus armas, pero descubrieron que ya no había más que aire. El León ya estaba siguiendo a un renqueante Curze, y dejó a sus dos guerreros atrás.

Alajos se puso a cubierto detrás de una columna, y su respiración jadeante llegó por el comunicador.

—No he visto hacia dónde han ido.

—Yo tampoco —confesó Corswain—. Aquí Corswain, de la Novena, para el Vehemencia. Responda, Vehemencia.

—Vray, del Vehemencia.

La capitana habló con una voz tan tranquila que Corswain casi se echó a reír.

—Atenta a cualquier posible traición en el espacio —le advirtió—. Hemos entrado en combate con el enemigo.

Corswain distinguió durante un momento la silueta del León a través de un pequeño bosque de columnas. Su primarca atacaba sin cesar a Curze, que no dejaba de retroceder. Sus armas entrechocaban varias veces por segundo.

—¿Necesita una recuperación por teletransporte? —le preguntó la capitana.

Corswain se arriesgó a echar otro vistazo por encima del parapeto, pero no vio señal alguna de Sevatar o de Sheng. Se habían escondido entre los cimientos de la fortaleza, fuera de la vista, pero no fuera de combate.

—No. Tenemos que ponernos en movimiento. No podría establecer unas coordenadas fijas.

Atajos miró al otro lado de la columna.

—Vamos.

Corswain lo siguió y avanzó agachado, confiando en que el rugido del viento ocultaría el sonido de las botas contra el suelo.

XI

Los primarcas se enfrentaron en combate individual sin prestar atención a la caza que llevaban a cabo sus hijos. La espada del León trazaba una danza de agilidad exquisita en el aire, mientras que el dolor le servía de catalizador a Curze. El amo de la noche hizo caso omiso de la terrible herida que tenía en el estómago y dejó que su arcana genética se encargara de curarla y cicatrizarla. Luchó como siempre había luchado, como un asesino arrinconado contra una esquina. Las gigantescas guadañas surgidas de las vainas situadas en el dorso de los enormes guanteletes rajaban el aire, que resonaba con el choque del metal contra el metal y con los chasquidos sibilantes de los campos de energía de ambas armas.

El León echó hacia atrás la espada, y el acero plateado hendió el aire con movimientos cortantes que formaron una media luna que reflejaba los satélites que se alzaban en el cielo. Cada uno de los mandobles chocó con las garras que Curze utilizaba para bloquear los ataques. Ambos guerreros se movían de un modo que iba más allá de lo que era capaz cualquier mortal, con una velocidad que desafiaba a la vista. Sin embargo, uno era un caballero, y el otro simplemente un asesino. La sonrisa de Curze no era más que una fachada frágil en el mejor de los casos. En ese momento, se volvió de cristal.

—Nunca llegamos a practicar juntos, ¿verdad?

La voz del León casi sonó aburrida. Cada pocos segundos conseguía abrirle a Curze un nuevo tajo en la armadura o en la cara. El amo de la noche era lo suficientemente veloz como para evitar que el León lo matara de un solo golpe, pero no lo bastante hábil como defenderse de un modo impecable de cada ataque.

—Nunca me han gustado las espadas.

Curze logró colarse bajo la guardia de la espada y atacó con ambas garras. El León se echó hacia atrás con un equilibrio de perfección sobrenatural. Las garras de Curze desgarraron el tabardo de color marfil, pero apenas arañaron las capas de ceramita que había debajo.

—No hay nada de elegancia en ti —comentó el León al mismo tiempo que giraba la espada en las manos y detenía otro ataque doble de las garras con su arma—. Y tampoco nada de lealtad. Durante un tiempo, te consideré el mejor de todos mis hermanos. Ningún otro se crió fuera de la civilización, sólo tú y yo.

Curze se lamió los dientes afilados con la punta de la lengua. Tenía los ojos entrecerrados por el esfuerzo.

—Deberías estar con nosotros. Hasta tu propia legión lo siente. El señor de la guerra conoce la existencia de esa lucha interna en la I Legión.

—No hay tal lucha interna.

Sus armas quedaron trabadas en ese momento debido a que Curze atrapó la espada del León al entrelazar las garras.

—¿No? —El amo de la noche escupió la palabra como si fuera una maldición—. ¿No hay riesgo de que los Ángeles Oscuros caigan? ¿Cuándo fue la última vez que pisaste Caliban, mi orgulloso hermano?

El León sonrió, y fue la primera vez que Curze lo vio hacerlo. Sin embargo, el movimiento de los labios de su hermano no hizo nada por animar su rostro de piedra. Una roca hubiera proporcionado más calor humano que aquella sonrisa. No le respondió con otra cosa que con ese gesto.

Curze le devolvió la sonrisa, igual de falsa, igual de muerta. En ese momento dejó de luchar, abandonó aquel duelo medido y se lanzó contra su hermano con un aullido. Aunque los primarcas enfrentados representaban el pináculo de la posibilidad humana en combate, en ese instante, la agilidad, la elegancia y la habilidad del León no sirvieron en absoluto. Forcejearon y rodaron por el suelo con las manos enganchadas al cuello del oponente.

Cuando dejaron de rodar, Curze quedó encima del León. De entre sus labios del color de la muerte salieron chorros de saliva rosácea mientras utilizaba todo su peso para inmovilizar a su hermano, con las garras cerradas sobre su garganta para perpetrar el asesinato en su forma más lenta e íntima, cuando el asesinado y el asesino se miran a los ojos.

—Muere —musitó Curze. La desesperación atenazó su voz, que le surgió rasposa entre los labios—. Jamás debiste sobrevivir a ese mundo impuro al que llamas hogar.

Los guanteletes del León aferraron la garganta de su hermano en una respuesta refleja, pero la ventaja del amo de la noche era más que evidente. Curze sacudió la garganta de su hermano y golpeó una y otra vez la cabeza del León contra el suelo rocoso, una y otra vez.

—Muere ahora, hermano. La historia será más amable contigo si lo haces.

XII

Se estaba adelantando mientras serpenteaba entre el bosque de columnas y paredes de rococemento. Se alejó lo suficiente como para que Alajos le advirtiera.

—Cuidado, hermano. También nos están cazando a nosotros.

—¿Por qué no has llamado ya a la Novena Orden?

Alajos soltó un gruñido antes de contestarle.

—Ya lo he hecho. Dentro de siete minutos se producirá un asalto mediante cápsulas de desembarco en esta zona.

Corswain avanzó hasta otra columna, con los ojos reluciendo de color rojo en la penumbra.

—Voy a ayudar al León.

—Corswain… —intervino Alajos de nuevo con un tono de advertencia—. No necesita nuestra ayuda para matar a ese necrófago.

—Lo vi caer al suelo.

Corswain se arriesgó a echar otro vistazo. Los cimientos de la fortaleza eran un entramado de columnas y de paredes de piedra, y el viento que azotaba todo el cráter impedía por completo oír el zumbido de las armaduras de los amos de la noche.

—¿Qué es lo que has visto?

La voz de Alajos sonó más titubeante, cargada de dudas.

—El espectro saltó encima del León y ambos cayeron al suelo. —Corswain se quedó escuchando cómo el viento le azotaba el casco, aunque el sonido quedaba amortiguado hasta convertirse en un leve roce apagado—. Creo que los veo. Cúbreme.

—¡Espera!

No esperó. Atravesó a la carrera la zona en construcción y comenzó a recibir fuego enemigo casi de forma inmediata. Sheng. Tenía que ser él. Serpenteó entre los disparos que llegaban desde la izquierda sin hacer caso de los gritos de advertencia de Alajos. Varios de los proyectiles le impactaron y le arrancaron trozos de la armadura, que se estrellaron a su vez contra las paredes de piedra. Notó el impacto de cada proyectil explosivo como si fuera una coz que le hacía perder el equilibrio, pero fue incapaz de prestar atención a nada que no fuera el León yacente en el suelo, con el cuello flácido en manos del hereje.

El fuego enemigo cesó. Por el comunicador le llegó la voz jadeante de Alajos.

—Yo… yo mataré a Sheng.

El chasquido de las armas de combate cuerpo a cuerpo al chocar sirvió de refuerzo a sus palabras. El capitán ya estaba luchando con el amo de la noche.

—¡Detrás de ti! —le advirtió de nuevo por el comunicador.

Cuando Corswain se acercó al cuerpo caído de su señor genético, oyó el rugido de un arma sierra al acelerar a su espalda. No se volvió cuando Sevatar salió por fin al descubierto, y no dejó de correr a toda la velocidad que pudo.

—Puedo dejarlo atrás —murmuró por el comunicador.

El chirrido del arma ya no sonaba tan cerca. Sus dos corazones palpitaban con tanta fuerza como los cascos de un caballo de batalla en el suelo nevado. Corrió a toda velocidad entre columnas, por encima de muretes, con toda la rapidez que pudo por si Sevatar decidía dispararle.

A su espalda sólo oyó el silencio, y por el comunicador, el choque de las armas de filo.

—Hermano, sigue corriendo —lo apremió Alajos por el comunicador.

El tono de la voz fue más que suficiente para que Corswain se volviera, aunque no dejó de correr. Saltó otro murete, y luego miró por encima del hombro justo a tiempo de ver cómo moría su capitán.

XIII

Alajos era muchas cosas aparte de su rango como capitán de la Novena. Era un hijo fiel, un caballero entregado al deber, un táctico magnífico y un guerrero con buena cabeza para la logística detallada que requería la organización y planificación de las batallas de las fuerzas de una cruzada. También era uno de los mejores espadachines de la I Legión, y en una sesión de entrenamiento llegó a resistir casi todo un minuto al primarca.

Sospechaba que el número de guerreros de las legiones astartes capaces de vencerlo eran menos de veinte en total. Ezekyle Abaddon, de los traidores Hijos de Horus, era uno de ellos; Jubal Khan, de los Cicatrices Blancas, era otro, y el templario Sigismund, de los Puños Imperiales, era sin duda otro.

También Sevatar. Su nombre se unió a los otros y se oyó en ambos bandos de la guerra civil, aclamado por unos, denostado por otros.

Sheng era un simple pandillero de Nostramo. No representaba casi ninguna amenaza a pesar de ser uno de los lugartenientes de su primarca. Cuando Alajos le aseguró a Corswain que mataría a ese amo de la noche, no había sido una simple fanfarronada. Podía hacerlo, y lo haría. El primer intercambio de golpes le dijo a Alajos todo lo que necesitaba saber sobre la forma de combatir del otro guerrero. Sheng era un luchador agresivo, que prefería las estocadas a los tajos, que prefería esquivar a detener los golpes. Pero esos rasgos lo traicionaron, como siempre ocurría frente a aquellos que sabían buscarlos. Sheng era más lento que Alajos. Más débil. Menos experimentado. Perdía el equilibrio cuando esquivaba. No encontraba el ángulo perfecto con la espada cada vez que paraba.

La suya era una esgrima increíblemente torpe. Tardaría pocos minutos en acabar muerto. Alajos se enfrentó a él y no se contuvo en absoluto, completamente convencido de su victoria.

Cuando Sevatar por fin salió de su escondite y comenzó a perseguir a Corswain, Alajos se lo advirtió con un susurro. Su hermano decidió seguir corriendo. Sevatar, maldita fuera su alma, decidió no perseguirlo. El capitán de la Novena había visto cómo las botas de Corswain le alejaban cada vez más de su perseguidor cuando Sevatar se dio media vuelta y acudió en ayuda de su maligno hermano Sheng.

Alajos había terminado teniendo que retroceder ante ambos, con la espada en guardia constante frente a las estocadas de la espada de Sheng y los tajos de la alabarda sierra de Sevatar. Los amos de la noche se le acercaron cada vez más. Los

cráneos y los cascos robados a los Ángeles Oscuros repiquetearon contra sus armaduras.

Alajos siguió un impulso repentino y se quitó el casco de un tirón. Si aquello iba a ser el final, por la sangre del Emperador que lo tendría del modo apropiado. Alzó la espada para saludarlos a ambos y besó la empuñadura de un modo ceremonial mientras los veía acercarse.

Bajó la espada, preparado para repeler el siguiente ataque.

—Soy Alajos —les dijo—. Capitán de la Novena Orden de la I Legión. Hermano de todos los caballeros, hijo de un solo mundo, fiel a un solo señor.

Sevatar bajó la alabarda para emplearla más como una lanza. Los dientes de sierra chirriaron en el aire con un zumbido amenazador.

—Soy Sevatar el Condenado —le gruñó—, y pienso ponerme tu piel como una capa antes de que llegue el amanecer.

—Vamos, te espero —le respondió Alajos con una risa, aunque jamás en toda su vida había tenido menos ganas de reír.

Ambos se lanzaron a la carga al mismo tiempo: una lanza y una espada corta en el mismo ataque. El ángel oscuro detuvo a duras penas los dos ataques con su espada larga en una maniobra sin demasiada elegancia, pero tuvo que ceder terreno, y retrocedió atrayendo a los amos de la noche en pos de él.

En su legión, sólo dos de sus caballeros habían conseguido vencerlo en los círculos de entrenamiento. Uno de ellos había sido Astelan, que en los últimos años se había encontrado ausente de la Gran Cruzada. El otro era Corswain, el paladín de la Novena Orden, portador del Manto del Campeón.

Con su muerte, Alajos lograría ganar tiempo para su hermano.

—Hermano, sigue corriendo —dijo por el comunicador.

XIV

La pantalla retinal de Corswain se volvió borrosa mientras cambiaba de foco. Los sentidos automáticos del casco obedecieron su impulso y acercaron el foco para ver mejor al capitán Alajos retrocediendo ante el ataque de sus enemigos. Todo acabó con una rapidez humillante, a pesar de que el capitán logró parar varios mandobles y estocadas en cuestión de unos pocos latidos de corazón. Incluso a aquella distancia, Sevatar era un borrón de movimiento en la granulosa visión nocturna. Su larga alabarda cortó y atravesó el aire, y con cada movimiento se acercaba más y más al instante en que lograría atravesar la armadura del ángel oscuro.

El final llegó cuando Sheng consiguió clavarle la espada en el muslo, lo que hizo caer al caballero sobre una rodilla. El golpe de respuesta del ángel oscuro le cercenó el antebrazo al amo de la noche, y la mano, junto a la espada que empuñaba, cayó al suelo. Sevatar bajó con rapidez la alabarda mientras Sheng todavía estaba retrocediendo tambaleante.

Corswain vio como la cabeza de su amigo se desprendía rodando de las hombreras. El asesinato que casi se había cometido meses atrás, por fin se consumó.

Se dio media vuelta y echó a correr de nuevo hasta rodear la última columna. El sacrificio de Alajos le había concedido unos segundos muy valiosos. Los utilizó para lanzarse de un salto contra la espalda de Curze, y le clavó la espada en la espina dorsal a uno de los hijos del Emperador.

XV

Curze chilló con el rostro cadavérico alzado hacia el cielo. De entre sus labios pálidos salió un nuevo chorro de sangre a medida que la infernal presión que sentía en la espalda y en el pecho fue creciendo, hasta que la placa pectoral cedió con un chasquido seco que sacudió la noche. El semidiós herido agarró la punta de la espada que le sobresalía justo debajo de la clavícula mientras gritaba igual que si lo hubieran rociado de fuego químico. Más que un aullido de dolor, fue un puro ataque sónico, y Corswain se tambaleó hacia atrás. Al caballero se le escapó la espada que tenía empuñada, y en su desesperación se aferró a lo que pudo. Con una mano se agarró al cabello lacio del primarca, y con la otra, a una gruesa cadena que colgaba de la hombrera de Curze.

El primarca de los Amos de la Noche se puso en pie tambaleándose, y al hacerlo arrastró al guerrero que forcejeaba a su espalda. Corswain tiró hacia atrás de la cabeza del primarca y le arrancó un mechón de cabellos enmarañados. Lo mismo ocurrió con la cadena de bronce de la hombrera, lo que le proporcionó un arma. Sin embargo, en vez de utilizarla como un látigo contra la cabeza del primarca, la balanceó para que rodeara el cuello de Curze, y la agarró con fuerza por los dos extremos. La fría cadena de metal se tensó mientras el amo de la noche manoteaba y trastabillaba. Corswain tiró con más fuerza todavía, y bajo la respiración jadeante de Curze oyó los chasquidos suaves y húmedos de las vértebras al ceder poco a poco.

Corswain había domado caballos como parte de su formación como escudero en Caliban. El instinto le hizo tensar los músculos de todo el cuerpo la primera vez que un caballo corcoveó bajo él. Esa rigidez hizo que el animal lo derribara con rapidez. Para domar un caballo, sobre todo los fornidos y orgullosos corceles de batalla tan preciados por los caballeros de su mundo natal, hacían falta tanto equilibrio y agilidad como fuerza bruta. La clave era moverse con el caballo, mantenerse equilibrado con los músculos sueltos y flexibles para responder a cualquier truco que el animal quisiera utilizar. Corswain no había pensado en aquellos días desde hacía mucho tiempo, pero los movimientos salvajes del primarca le hicieron recordar de golpe todo aquello. Sabía que no llevaba más que unos cuantos segundos en la espalda del primarca, pero a él ya le parecían siglos.

Curze se retorció de nuevo, pero esta vez con la fuerza suficiente como para que al ángel oscuro se le escapara la pesada cadena. Corswain acabó su caída descontrolada al estrellarse contra una columna, y el impacto de su armadura arrancó un enorme

trozo de piedra. El primarca se lo había quitado de encima como si no fuera más que un insecto que lo molestara. Incluso estrangulado, después de recibir múltiples golpes, de perder mucha sangre, de sufrir cortes y de ser atravesado por dos espadas, Curze lo había lanzado por los aires casi sin esfuerzo.

Estaba herido. Por la sangre del Emperador, estaba malherido, pero logró ponerse en pie tambaleándose y alargó una mano hacia su espada, que estaba en el suelo. Si pudiera…

La sombra se alzó sobre él. Algo le golpeó el costado izquierdo, probablemente una avalancha caída de las montañas, y lo volvió a lanzar por los aires. El suelo giró y se convirtió en el cielo, y luego se convirtió en la tierra y el cielo al mismo tiempo. Corswain sintió cómo rebotaba varias veces contra la superficie rocosa del planeta hasta que se detuvo al impactar contra una pared de piedra.

Lo único que fue capaz de ver y probar fue el polvo y la sangre, ya que por suerte había quedado insensible a las protestas de su cuerpo torturado.

Aquella insensibilidad desapareció con demasiada rapidez y lo dejó a merced de sus heridas. Su cabeza no era más que un globo hinchado de dolor sordo contenida por el casco, que era lo que impedía que su cráneo se deshiciera en pedazos. El sufrimiento agónico sustituyó por completo a la fuerza. Notaba todo el costado izquierdo destrozado, literalmente roto en multitud de fragmentos. Cuando se irguió, lanzó un aullido por el esfuerzo. Sólo una pierna y un brazo lo obedecieron. A través de una lente totalmente destruida tenía una visión incompleta de los cimientos. Por el otro ojo no veía absolutamente nada. Se había quedado ciego de ese ojo, y notaba algo tibio y húmedo en la cuenca ocular vacía. De la boca le cayeron tres dientes cuando gritó de nuevo, y repiquetearon en el interior del casco.

Vio a su señor ponerse en pie gracias a lo poco que le quedaba de vista. El León, convertido en una estatua sanguinolenta, se dirigió hacia Curze con una espada en la mano, y el amo de la noche se puso en guardia con las garras. Varias de ellas estaban rotas y esparcidas por el suelo. Sin embargo, las armas de los dos primarcas volvieron a chocar, y surgió una nueva lluvia de chispas y centelleos.

Corswain sintió una nueva oleada de dolor cuando un flujo repentino de estimulantes químicos procedentes de los sistemas internos de la armadura le invadió el flujo sanguíneo en un intento por mantenerlo con vida. Dudaba que funcionara durante mucho tiempo. Algo denso y pesado le colgaba en el pecho, algo que convertía su respiración en una tortura ardiente. Estaba seguro de que algo había

reventado en su interior. De las comisuras de los labios le salía saliva ácida, que comenzaba a encharcarle la parte inferior del casco. Se ahogaría en su propia sangre y babas si no se quitaba pronto el casco o, como mínimo, abría el sellado de la rejilla de la boca.

Una figura se interpuso y le impidió seguir observando a los primarcas. Una figura con una lanza en las manos.

—No queda mucho de ti ahí dentro, ¿verdad? —le dijo Sevatar, riéndose en voz baja por el comunicador exterior del casco.

—Las lunas están llorando —musitó Corswain, y se desplomó de rodillas.

El ojo que no había perdido toda la visión se elevó hacia el cielo y contempló cómo las lunas lloraban fuego.

XVI

La primera cápsula de desembarco se estrelló contra una ladera de gravilla y lanzó alrededor una lluvia de piedras cenicientas. El escudo térmico de su casco negro brillaba por el descenso a través de la atmósfera, y de las turbinas, que todavía zumbaban, salían grandes chorros de vapor sibilante. Los pernos de sellado se abrieron con una serie de estallidos semejantes a disparos, y los lados de la cápsula se abrieron con la brusca elegancia de una flor mecánica. Los ángeles oscuros que surgieron de su interior lo hicieron con el bólter en la mano y disparando.

La segunda descendió de un modo menos brusco, seguida de una tercera y una cuarta. Las tres aterrizaron en el interior del cráter y los caballeros que transportaban se desplegaron por toda la obra de cimentación.

—Qué rápidamente cambia la marea.

Corswain estaba sonriendo con la boca llena de sangre dentro del casco. Las sombras habían desaparecido. Sevatar y Sheng huyeron de forma tan rápida como aparecieron las cápsulas.

Una nueva oleada de cápsulas de desembarco descendió repiqueteante como el pedrisco. Algunas estaban ennegrecidas para mostrar a quién servían, mientras que otras lo estaban por la fricción atmosférica. Las dos flotas que se encontraban en órbita estaban descargando guerreros en la superficie mientras, sin duda, luchaban entre ellas. Corswain apenas fue capaz de ver nada de lo que estaba ocurriendo en la superficie. Oyó como los legionarios se enfrentaban con el estampido insistente de los bólters y el chasquido de las armas sierra al chocar contra la ceramita, pero no logró ver mucho. Se quitó el casco con la mano que todavía controlaba y torció la boca en una mueca de dolor cuando el frío aire de la noche le dio de lleno en la cara destrozada.

El León también se encontraba en un estado terrible, rodeado por sus guerreros de armadura negra. La sangre le bajaba por la nuca formando una capa líquida sobre los hombros. Corswain no tenía ni idea de cómo él mismo todavía estaba vivo con tan pocas partes de su cráneo intactas.

Curze se echó a reír, al menos había comenzado a hacerlo antes de que sus propios guerreros tiraran de él para apartarlo, lo mismo que hicieron los ángeles oscuros con el León. Los dos primarcas se apartaron el uno del otro trastabillando mientras se insultaban por encima de las cabezas de sus respectivos hijos, ambos entorpecidos por unas extremidades debilitadas y unas heridas terribles que hacían que el aire estuviera

cargado con el olor de su sangre genéticamente divina.

La gran espada quedó clavada en el suelo cuando cayó de manos del León, mientras que Curze fue incapaz de levantar sus propias garras.

Corswain no pudo evitar caer al suelo a pesar de sus intentos por seguir a su primarca. Unas manos fuertes tiraron de él y lo pusieron en pie, obligándolo a hacer lo que sus músculos no le permitían. Giró la cabeza para mirar con el ojo todavía útil.

—Alajos —dijo.

—El capitán ha muerto, vuestra gracia. Soy yo, el sargento Tragan.

—Sevatar está aquí. Cuidado con él. Está aquí, lo juro. Mató a Alajos. Vi cómo ocurría.

—Sí, vuestra gracia. Vamos… por aquí. Varias cañoneras Thunderhawk ya están de camino. ¡Primera, repliegue! —gritó el sargento por el comunicador a todos los supervivientes.

Corswain cojeó apoyado en los brazos de sus camaradas mientras se preguntaba vagamente si se estaría muriendo. Le daba la sensación de que era así, aunque al no haber muerto nunca, no era más que una suposición.

—No os estáis muriendo, vuestra gracia —le dijo el sargento Tragan entre risas.

Corswain no se había dado cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Su última visión fue la de los primarcas, los dos casi de rodillas, rodeados por las falanges crecientes de sus hijos con armadura. Curze alzó las garras hacia el León mientras gruñía y lo maldecía, aunque se encontraba demasiado débil como para resistirse a que sus legionarios lo sacaran del campo de batalla. La reacción del León fue una copia desagradable de lo mismo, y fue mucho más lúgubre debido a la majestuosidad del caudillo. Lanzó insultos vociferantes con un rostro angelical pero ensangrentado mientras sus propios hijos lo retiraban del campo de batalla.

Corswain oyó por encima del clamor del combate el grito de Sevatar:

—¡Muerte al falso emperador! ¡Muerte a los ángeles de negro!

Se le erizó el vello al oír semejantes palabras. Tanto convencimiento. Tanto odio.

—La Cruzada de Thramas —dijo Corswain con un suspiro—. Tienen razón, todos ellos. Esta guerra no ha hecho más que comenzar.

—¿Mi señor?

—Mi espada.

Corswain alargó una mano, como si pudiera tocar a los grupos de guerreros enfrentados.

—¿Dónde está, vuestra gracia?

—La he perdido. —Corswain cerró el único ojo que le quedaba—. La dejé clavada en la espalda de un primarca.

XVII

La bestia nunca muere en sus sueños.

La ve deslizarse a través de los árboles, con el cuerpo sinuoso pegado al suelo, con unos movimientos lo suficientemente fluidos y carentes de solidez alguna como para ser repugnantes. Lleva las orejas pegadas hacia atrás sobre la cabeza, y sus patas rematadas por garras pisan en silencio la capa de nieve espesa. La criatura está de caza, impaciente, pero sin pasión alguna. Sus ojos de gato de expresión muerta relucen con un hambre carente de toda emoción.

El chico dispara, y el proyectil sale muy desviado del objetivo.

El aire se estremece con el estampido del arma de fuego, y la bestia se gira sobre la nieve. Aparece una luz fantasmal en el suelo cuando lanza un gruñido hacia su atacante. Unas grandes espinas negras y temblorosas se alzan saliendo del denso pelaje blanco del cuello y de la espalda. Se trata de una respuesta instintiva de defensa. La cola azota el aire detrás de la bestia con un ritmo amenazante. Se enrosca y se agita al mismo ritmo que el palpitar del corazón del chico.

Durante un momento, ve lo que todos los caballeros más veteranos proclaman haber visto. Es algo que él siempre ha creído una imaginación producto del deseo de unos caballeros ya mayores que quieren adornar sus leyendas decadentes con un poco de falsa poesía.

Sin embargo, allí está, en los ojos negros de la bestia, algo debajo del simple deseo por sobrevivir. Una expresión de reconocimiento le devuelve la mirada, una inteligencia primitiva, maligna a pesar de su simplicidad feroz. El momento se desvanece cuando la criatura desahoga su rabia. Algo que se encuentra a mitad de camino entre el gruñido borboteante de un león y el rugido áspero de un oso resuena en el aire frío que los separa.

El chico dispara de nuevo. El eco de otros tres disparos atraviesa el silencio del bosque y hace caer un poco de la nieve que se acumula en las ramas que hay sobre ellos. Los dedos temblorosos se esfuerzan por recargar la pistola primitiva, pero su puntería ha sido certera, y la pistola de su padre ha cantado su canción de muerte. La bestia cojea, y se le acerca con un trote desigual y algo grotesco.

Nota que los grandes proyectiles se le caen de la mano y se desparraman por la nieve. Hace demasiado frío como para recargar con unos dedos completamente insensibles. Deja caer también la pistola, pero no por miedo o por dolor, sino porque necesitará las dos manos para lo que ocurrirá a continuación.

El acero susurra al salir de la vaina. Se trata de una espada que mide casi tanto como él, y la empuña con las manos temblorosas. La bestia camina alrededor de él, y al acercarse, el chico distingue cómo el ansia maligna de sus ojos pasa a ser una prudencia animal. Se está muriendo, pero eso sólo hace que sea más atrevida. Su repugnante conciencia le dice que ya no tiene nada que perder. Ya sólo lo caza por pura maldad.

Los copos de nieve caen sobre la hoja del arma y se solidifican para transformarse en unos diamantes soldados al acero.

—Vamos, vamos… —susurra el muchacho.

La bestia salta y lo golpea en el pecho con la misma fuerza que la coz de un caballo, lo que lo derriba de nuevo. La bestia pesa tanto como un corcel de guerra, y su cuerpo, que no deja de retorcerse, aplasta al delgado muchacho. El dolor que siente en el pecho es un crujido apagado y chasqueante, como si tuviera los pulmones llenos de hojas secas. Sabe que tiene las costillas destrozadas, pero apenas siente dolor. La sangre humeante baja por la hoja de la espada y le empapa las manos.

Por fin, la bestia deja de moverse del todo. El joven reúne todas sus fuerzas y cuenta hasta tres para empujar hacia un lado a la apestosa bestia. Las espinas todavía tiemblan y rezuman un líquido claro. Tiene buen cuidado de no tocarlas.

La espada que empuña casi se ha quedado soldada a las manos por la capa de sangre de la bestia que se le enfría sobre ellas. Deja que la espada caiga en la nieve y se saca de la bota el cuchillo serrado de despellejar. Los pájaros cantan en las ramas de los árboles que se extienden sobre él, aunque los trinos jamás son hermosos en Caliban. Las aves rapaces se desafían las unas a las otras con sus gritos, y los carroñeros graznan a la espera de la carne del cadáver.

Todo comienza a blanquearse, a difuminarse lentamente, mientras otros sonidos, más reales, empiezan a infiltrarse en sus pensamientos: el repiqueteo de las aspas de un ventilador en un filtrador de aire activado; el sonido de las pisadas de botas en la cubierta superior; el zumbido omnipresente de los motores en funcionamiento.

Finalmente, abre los ojos.

Los dos ojos. Ve con ambos. Mira los globos de iluminación de brillo intenso que hay por encima de él, y le llega el penetrante olor a desinfectante de las estancias médicas.

Corswain deja escapar un gruñido de dolor, se incorpora, y dice:

—Agua.

XVIII

Su mente divagó durante la vigilia matutina. Mientras estaba de rodillas junto a sus hermanos, con los músculos todavía doloridos por los moratones, descubrió que le costaba mucho más conseguir la serenidad de propósito. Mantenía la cabeza inclinada y apoyada en la empuñadura de la espada, por lo que tenía todo el aspecto de otro caballero entregado a la reflexión consciente de la cruzada que se avecinaba. Lo cierto era que estaba inmerso en sus propios recuerdos. Sus pensamientos regresaron a un mundo que lo odiaba.

Tsagualsa.

Aquel nombre le hizo apretar los labios, aunque el gesto quedó oculto bajo la capucha que le mantenía el rostro en la sombra. Tsagualsa, un planeta muerto que los Amos de la Noche reclamaron como suyo. Un mundo donde los primarcas quedaron reducidos a dos hermanos vociferantes, y donde vio los cimientos de una fortaleza que un día se alzaría para convertirse en un bastión del enemigo.

Tragan lo llamó una vez acabó aquel ritual reverente. Los demás caballeros salieron en fila de la cámara de reflexión. Los tabardos que los cubrían no eran lo suficientemente amplios como para ocultar los daños de combate que mostraban todas y cada una de las armaduras negras con las que se protegían.

—Vuestra gracia —lo saludó Tragan mientras se le acercaba cojeando.

Corswain le respondió con una sonrisa.

—Ya no hace falta que me llames más así, capitán. ¿Ocurre algo?

Tragan, al igual que sus hermanos, llevaba un tabardo claro sobre la armadura de combate. Tenía la capucha bajada, lo que dejaba a la vista su rostro de rasgos fuertes y aquilinos.

—El León nos llama —le informó.

Corswain habría comprobado sus armas si las hubiera llevado encima. En vez de eso, hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien.

XIX

El señor de la I Legión estaba sentado como solía hacer en las últimas noches, recostado en el trono de marfil y obsidiana cubierto de recargados elementos decorativos. Tenía los codos apoyados en los reposabrazos tallados, con los dedos unidos por las puntas delante del rostro, casi rozando los labios. Sus ojos, que no parpadeaban y tenían el mismo color verde brutal de los bosques de Caliban, miraban fijamente hacia adelante sin expresión alguna, contemplando el hololito titilante de unas estrellas asediadas por conflictos.

Tragan y Corswain se aproximaron al unísono al trono. En un gesto ceremonial totalmente alejado de la unidad perfecta, el capitán desenvainó la espada y se arrodilló ante su señor, mientras que Corswain hizo lo mismo pero con mucha más lentitud, con el cuerpo todavía dolorido y los músculos reticentes a obedecer sus órdenes. El León observó su gesto de respeto con una mirada impasible. Cuando les habló, lo hizo con una voz que era el retumbar del trueno en el horizonte. Era imposible confundir aquella voz con la de un ser humano, y la cicatriz pálida que le rodeaba la garganta no ayudaba a humanizar ese tono de voz.

—Alzaos.

Se pusieron en pie. Corswain se mantuvo tenso, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su armadura tenía un aspecto más colorido gracias a la gruesa capa de piel blanca que le colgaba a la espalda. La cabeza de boca dentada de la bestia descansaba sobre una de las hombreras, y constituía el cierre de la capa.

—¿Nos habéis llamado, mi señor?

—Así es. —El León se quedó sentado con los dedos delante de los labios—. Hemos entrado en contacto con fuerzas imperiales.

—¿Han llegado órdenes? —le preguntó Corswain al mismo tiempo que notaba cómo se le aceleraban los dos corazones—. ¿Nos han llamado?

—Ninguna de las dos cosas. No abandonaremos la cruzada de Thramas hasta que todos estos sistemas se hallen bajo nuestro control. El Imperio sigue adelante gracias a lo que nosotros hacemos en las profundidades y sistemas más lejanos. Defender Terra no tiene sentido si el resto del Imperio se convierte en cenizas.

—No lo entiendo, mi señor. ¿Qué fuerza es la que se ha puesto en contacto con nosotros?

El León asintió con la cabeza coronada mientras contemplaba de nuevo el hololito. En sus ojos se reflejaban los brillantes racimos de estrellas y de planetas, y les habló

con una voz inusitadamente suave.

—Hemos establecido contacto con varios de mis hermanos y sus legiones por primera vez desde que nos separamos de los Lobos.

—¿Se trata del Rey Lobo, mi señor?

Corswain no se esforzó por ocultar la reticencia que sentía. Los Ángeles Oscuros y los Lobos Espaciales no se habían separado precisamente como buenos hermanos.

—No, Cor. El mensaje lo ha enviado Guilliman y nuestros primos de la XIII Legión. Por lo que parece, al saber que nos es imposible llegar hasta Terra, el señor de Ultramar nos quiere a su lado.

Antes de que ninguno de los dos guerreros tuviera tiempo de contestarle, el León entrecerró sus ojos calibanitas.

—La infinita ambición imperial no ha creado guerreros con el cálido corazón de un ser humano, sino ángeles con el corazón frío de las armas.

El primarca se puso en pie y dio una vuelta alrededor de la mesa hololítica mientras contemplaba cómo los planetas giraban alrededor de sus estrellas.

—Hijos míos —les dijo con una sonrisa, aunque el gesto carecía por completo de calidez humana—. Por lo que se ve, Horus no es el único que se cree el heredero del Imperio.